

El arte de robar en Castelar



Jorge Colonna



El arte de robar en Castelar

(Basada en hechos reales)

ÍNDICE

- CAPÍTULO (I): Renoir
- CAPÍTULO (II): Pasaporte al olvido
- CAPÍTULO (III): Mil casitas
- CAPÍTULO (IV): Interpol
- CAPÍTULO (V): Tragedia amorosa
- CAPÍTULO (VI): Asesinato vial
- CAPÍTULO (VII): Matar o morir
- CAPÍTULO (VIII): Una chacra en Pontevedra
- CAPÍTULO (IX): Perros y gatos
- CAPÍTULO (X): Expolio nazi
- CAPÍTULO (XI): Comisario Meneses
- CAPÍTULO (XII): Picasso, Matisse y Monet
- CAPÍTULO (XIII): Museo de Arte de São Paulo
- CAPÍTULO (XIV): Malinka
- CAPÍTULO (XV): Declaración testimonial
- CAPÍTULO (XVI): Tiroteo en Castelar
- CAPÍTULO (XVII): Agencia Reuter
- CAPÍTULO (XVIII): Aguantadero en Fuerte Apache
- CAPÍTULO (XIX): San Pedro y colectora
- CAPÍTULO (XX): Operativo policial
- CAPÍTULO (XXI): Patria, tradición y propiedad
- CAPÍTULO (XXII): Asignatura pendiente
- CAPÍTULO (XXIII): Henri Matisse
- CAPÍTULO (XXIV): Plan de Acción
- CAPÍTULO (XXV): Interrogatorio ilegal
- CAPÍTULO (XXVI): Investigación clandestina
- CAPÍTULO (XXVII): Cena en Tarzán

CAPÍTULO (XXVIII): Intrusión
CAPÍTULO (XXIX): Denuncia anónima
CAPÍTULO (XXX): Reunión clave
CAPÍTULO (XXXI): Galería Wildestein
CAPÍTULO (XXXII): El juez Draco
CAPÍTULO (XXXIII): Resaca de Vodka
CAPÍTULO (XXXIV): Conexión francesa
CAPÍTULO (XXXV): Ford Gran Turismo
CAPÍTULO (XXXVI): Coupé Chevy roja
CAPÍTULO (XXXVII): Secretos de Estado
CAPÍTULO (XXXVIII): Incendio trágico y final
CAPÍTULO (XXXIX): Venganza póstuma
CAPÍTULO (XXXX): Delincuentes con pincel
CAPÍTULO (XXXXI): Mi querida Anahí
CAPÍTULO (XXXXII): Siempre nos quedará París

El arte de robar en Castelar

(Basada en hechos reales)

CAPÍTULO (I): Renoir

Alto, delgado y canoso, con pelo corto y lentes de grosor llamativo, Domecq descendió del taxi en la puerta de ese oasis urbano conocido como Faena Hotel. Atravesó el hall central y se dirigió al exclusivo *Library Lounge*. Allí, en un espacio íntimo con pisos alfombrados y cortinas de terciopelo bordeaux, hundida en un cómodo sillón de cuero negro y con una copa de cóctel en la mano, lo esperaba una rubia platinada, de tez pálida y labios carmesí.

Segundos antes de la hora acordada, Domecq avanzó lentamente hacia

esa mujer de traje sastre rojo y zapatos también rojos, sentada con las piernas cruzadas, que lo miraba con firmeza. Erguido y esbozando una sonrisa de cortesía, el recién llegado se paró frente a la rubia y esperó hasta que lo invitara a tomar asiento. Luego de saludarlo con una leve inclinación de cabeza, en tono cercano y cómplice, la doctora Ximena Barrantes comenzó a tutearlo.

—Periodista, investigador privado y escritor de policiales, ¿qué tienen en común tus tres profesiones?

—El desafío intelectual de desentrañar algo oculto —sintetizó en tono convincente.

—Vale —sonrió la abogada española, dejando entrever que le había gustado la respuesta—. ¿Qué te indujo a postularte? —continuó.

—La recompensa es interesante y tengo buenas posibilidades de ganarla —dijo Domecq, mientras acomodaba el pesado armazón de sus lentes—. Además, será un desafío profesional trabajar para International Art Recovery, la prestigiosa empresa que usted creó.

La sonrisa de orgullo por el inesperado halago duró solo un instante, hasta que ella dijo:

—Si eres tan amable, ponme al tanto de tu participación en el caso del robo al Bellas Artes. Tienes 15 minutos. ¡Aprovéchalos, hombre!

—En mi WhatsApp de ayer, le mencioné que tuve la oportunidad de trabajar con Patricia Martín García, quien fue la persona que más investigó el robo de 1980 al MNBA y lo plasmó en un libro premiado —comenzó Domecq con seguridad—. En 2017, colaboré en la investigación para su segundo libro, que nunca llegó a publicarse debido a la enfermedad que la aquejó hasta su muerte. Pero lo más importante es que durante aquella investigación, con Patricia, encontramos información relacionada con uno de los cuadros que usted busca. Concretamente, “Gabrielle et Coco”, de Renoir, formaba parte de un “lote” de cuatro cuadros, que también incluía a las tres obras recuperadas en 2005....

—¿Tu quieres decir que...? —lo interrumpió ella.

—Quiero decir —retomó la palabra Domecq— que ese Renoir estuvo muy cerca de ser recuperado en 2005, junto a los otros tres (“Recodo del camino”, de

Cézanne; “Retrato de mujer”, de Renoir, y el dibujo “El llamado”, de Paul Gauguin), pero una mano negra evitó que volviera al MNBA...

—¿Entonces...? Dime quién robó los cuadros. ¿Dónde están? —lo interrumpió la doctora Barrantes con vehemencia.

—Sin temor a equivocarme, puedo responder la primera pregunta: fue la “Triple A”...

—¿El grupo parapolicial anticomunista? —volvió a interrumpir ella.

—¡Sí! Además, puedo decirle que a comienzo de 2005 el “Gabrielle et Coco”, de Renoir, estaba junto a los otras tres pinturas que fueron recuperadas en París —respondió Domecq, agregando un dato clave.

—Entonces..., ¿está en París?

—Yo no dije eso.

—¡Pero que sí...!

—Por favor, preste atención a lo que voy a decirle. En enero de 2005, los cuatro cuadros robados estaban juntos y en Buenos Aires. Pero en diciembre del mismo año, solo tres de esos cuadros fueron restituidos al Museo de Bellas Artes —explicó Domecq con tono calmado y pausado.

—¿Entonces...? ¡Dilo ya de una vez, hombre! —protestó con un gesto de ansiedad.

—Está probado que esos tres cuadros robados viajaron de Buenos Aires a Surinam, de ahí a Taiwán y de allí a París, donde fueron recuperados y devueltos a Argentina. Entonces, en alguno de estos lugares que mencioné está el Renoir que falta —concluyó Domecq.

—¿De dónde sacas esos datos tan precisos? —preguntó Ximena, exasperada.

—Todo esto forma parte de la investigación aún inconclusa que realizó Patricia antes de morir.

—¿Y cómo podemos acceder a esa información? —insistió ella.

—Yo tengo copia —respondió Domecq, sin aclarar que solo tenía una parte del trabajo realizado por Patricia.

—Antes de decidir si seguimos adelante o no, necesito conocer más datos

—exigió la abogada—. Tu mencionaste a la “Triple A” pero sin dar los nombres de las personas involucradas.

—De acuerdo —dijo Domecq y acercándose a la rubia le susurró—: Todo gira alrededor de Aníbal Gordon quien, entre 1976 y 1983, fue jefe de esa banda paramilitar que, como usted ya sabe, era una organización dedicada a secuestros, tortura y exterminio. Este grupo también se apropió de dinero, joyas, inmuebles y vehículos para engrosar “el botín de guerra”. Entre infinidad de otros delitos, se los acusó del robo al MNBA, en 1980. Finalmente, Gordon fue condenado por delitos de lesa humanidad y en 1987 murió en la cárcel. ¿Suficiente? —preguntó Domecq, con un gesto de satisfacción.

Sorprendida por la contundente respuesta, la abogada española tardó en reaccionar, pero después preguntó:

—¿Y tú qué propones?

—Quiero investigar a los sobrevivientes de la banda de Gordon —dijo Domecq, con convicción y mirándola a los ojos.

—Vale.

—Pero, como eso implica una serie de gastos, necesito cobrar un viático.

—¿Cobrar a cambio de qué? Ponte en mi lugar. ¿De qué me disfrazo yo ante mis socios si tú fracasas? —dijo Ximena.

—Serán adelantos a deducir de la futura recompensa, y en el improbable caso de que no tenga éxito, yo habré arriesgado mi vida y usted solo habrá gastado unos dólares.

—Vale —dijo a regañadientes y agregó—. Nuestros viáticos son cien dólares diarios.

—Eso puede estar bien para otros países, pero en Argentina no es suficiente —retrucó él.

—¡Qué va! ¡Pero si para vosotros el dólar está por las nubes! Que te lo digo yo, que conozco vuestras “cuevas y arbolitos”. Mira, serán cien por día, más un diez por ciento adicional en feriados, que aquí son muchísimos. Si aceptas comienzas ya —dijo la empresaria y se plantó—. ¡Tómalo o déjalo!

—Está bien, pero además necesito que paguen la puesta a punto de mi auto. Si está de acuerdo, comienzo ya y la mantengo informada —dijo él y preguntó—. ¿Algo más?

Fue entonces cuando Ximena hizo una seña para que se sumara a la mesa una mujer con los ojos más hermosos que Domecq había visto en su vida.

Aparentaba unos cincuenta años, tenía pelo negro, tez morena y unos increíbles ojos color ámbar. Lucía un vistoso mono de pantalón largo, como un elegante overall o mameluco de marca, confeccionado en tela safari verde musgo. Pero en lugar de sandalias de taco tipo aguja llevaba unos borcegos que hacían juego con el casco de moto que colgaba de su mano izquierda. Si bien este look tan informal chocaba con el refinado ambiente, a ella no parecía importarle y —quizás— le divertía.

—Os voy a presentar —dijo Ximena—. La señorita Anouk Foch es presidenta de la Fundación Paul Rosenberg, con sede en París. Y el señor Jorge Domecq es el investigador local que acabo de incorporar a mi organización.

—Mucho gusto —dijo Domecq, deslumbrado por el extraño color de esos ojos.

—¡Hola!... *Enchanté* —respondió Anouk.

—Por favor, os pido que prestéis atención —comenzó Ximena Barrantes—. Aprovecho esta oportunidad para que os conozcáis, ya que todos buscamos cuadros robados y no debemos interferir entre nosotros. Lo relacionado con robos de la “Triple A” le compete a mi empresa. En cambio, si alguna pista se vincula con el saqueo nazi, es tarea de la ONG de Anouk.

—¿Saqueo nazi? —interrumpió Domecq, arqueando las cejas por encima del grueso armazón de carey oscuro.

—¡Sí! Muchas obras robadas en Francia durante la ocupación nazi terminaron en Argentina —contestó Anouk.

—Al respecto quiero hacerte una advertencia —dijo la española mirando a Domecq—. Recuperar arte robado siempre es peligroso porque implica ir contra delincuentes, pero en los casos de la “Triple A” y los nazis o neonazis, se trata de asesinos que matan sin pensarlo dos veces. Anouk ya lo tiene en claro, por propia

experiencia, pero es bueno que tú también lo sepas. Así que, por favor, cuídate mucho, hombre.

Atento a los ojos de Anouk, Domecq le preguntó.

—¿Cómo me comunico con usted?

—Me alojo en el Palacio Duhau... —comenzó a responder la simpática francesa, cuando fue interrumpida por la doctora Barrantes.

—En principio, vosotros debéis comunicaros directamente conmigo —dijo Ximena, con una firmeza que el iluso de Domecq vinculó con hipotéticos celos—. Es todo —concluyó.

Mientras se levantaba, Domecq saludó a las dos mujeres con un gesto de cortesía y se retiró del sofisticado salón, hinchando el pecho como si fuera un habitué de ese pedacito del Primer Mundo insertado en el tercero.

Cuando quedaron solas, Ximena miró a Anouk y le preguntó:

—¿Y tú qué opinas de este vejete?

—Me pareció simpático —dijo la francesa.

—Simpático sí. Lo que pasa es que no lo busco para bailar pasodobles sino para trabajar de investigador —respondió Ximena con su chispa natural—. Mi equipo está capacitado para buscar y recuperar obras de arte. La mayoría son profesionales, desde abogados a historiadores. Además, tengo un ex agente de Interpol y un ex custodio del Patrimonio Nacional. En cambio, don Domecq es periodista jubilado, investigador privado y escritor de novelas policiales. Si tú le agregas peluquero y plomero, tienes un polirrubro completo, una agencia unipersonal de servicios variopintos —ironizó la rubia platinada, vestida de rojo.

—Supongo que usted no me invitó para hablar del señor Domecq —dijo Anouk, mientras acomodaba su casco de moto en la silla vacía.

—¡Exacto! Cuando me enteré de tu presencia en Buenos Aires, quise asegurarme de que no venimos por los mismos cuadros —respondió la abogada, tratando de marcar la cancha.

—No busco ninguna de las pinturas por las que usted ofrece recompensa —afirmó la francesa.

—Es bueno saberlo. No me gustaría chocar contigo —dijo Ximena en un tono que pareció amenazante.

—Quédese tranquila doctora. Mi trabajo es sin fines de lucro y lo hago a la luz del día... —respondió Anouk, ante una perpleja española que no podía decir lo mismo respecto a su *modus operandi*.

Sin esperar la respuesta de Ximena, la francesa recogió su casco y se retiró, caminando con elegancia a pesar de los toscos borcegos de motoquera.

Por su parte, satisfecho por el desarrollo de la reunión con las dos mujeres, Domecq atravesó la elegante recepción del Faena Hotel, llegó a la vereda y llamó a un taxi. En el trayecto hasta la Terminal Madero, donde esperaba tomar una combi de Castelar Bus, sacó el celular y llamó a su amigo Bruno Rossini, recientemente promovido a capitán de la policía bonaerense.

—¡Hola! Tengo buenas noticias.

—¡Qué suerte! Contame.

—Estoy yendo a Tarzán. Te invito a comer unos malfatti y hablamos —propuso Domecq.

—No puedo. Pero adelantame algo, por favor —le pidió a su amigo, con un tono de voz que transmitía su genuino interés.

—¡Me la dejaron picando y la clavé en un ángulo! Ni el “barrilete cósmico” podría haberlo hecho mejor —dijo el jubilado, exultante.

—¿Qué pasó? —insistió, con ansiedad.

—¡Me contrataron! —exageró.

—¿Quién?

—Ella, la empresaria española, la mujer fatal.

—No entiendo. ¿Qué pasó en los quince minutos que tenías para exponer?

—Hablé, mi propuesta gustó y me van a pagar viáticos en dólares y la puesta a punto de mi coupé Chevy —resumió en tono triunfal.

—¡Genial! Y pensar que no te tenías fe —festejó su amigo.

—Tendrías que haberme visto en el Faena frente a la *femme fatale*, una rubia platinada, toda vestida de rojo. Me sentí como Philip Marlowe en un policial de Dashiell Hammett —bromeó Domecq disfrutando su buen momento.

—¿Qué tenés que hacer? —preguntó Bruno.

—Tengo que investigar la conexión entre Aníbal Gordon y el Renoir...

—¿En serio? Ojo que eso puede ser muy peligroso. Tenemos que hablar a calzón quitado, pero ahora tengo que ir a una reunión en Interpol.

—¿En Interpol?

—Sí. Me postulé y me citaron para una entrevista laboral.

—¡Genial! Espero que se concrete.

—Gracias. Pero, antes de cortar, quiero recordarte que conozco muy bien la historia de la "Triple A". Aníbal Gordon y su banda secuestraban, torturaban y si la víctima lograba sobrevivir, la hacían desaparecer tirándola viva al mar desde los aviones de la muerte. Tené cuidado —le advirtió—. Gordon está muerto, pero sus cómplices andan por la calle. Yo no quisiera estar en tu pellejo cuando le pises la cola al león dormido.

FIN Capítulo (I): Renoir

CAPÍTULO (II): Pasaporte al olvido

Después de los merecidos malfatti de Tarzán, bien regados con Malbec, Domecq regresó a su modesto dúplex de Castelar. Apoltronado en su sillón preferido, el enigmático gato negro lo miró con indiferencia, tal vez porque no era la hora de su comida. Sin obligaciones, ni horarios, el veterano periodista dormitó en el otro sillón, con un sueño poco profundo que se interrumpía y se reanudaba con erráticas intermitencias. Cuando las luces del alumbrado público ya penetraban por el ventanal que lo separaba de la bruma del crepúsculo, retomó el placentero arte de fumar en pipa. Una vez encendida, la sostuvo con su mano izquierda mientras con la derecha revisaba los mensajes ingresados en su celular.

Luego de fantasear con la recompensa que podría cobrar en el hipotético caso de descubrir el paradero del Renoir robado al MNBA, Domecq se sentó frente a la computadora y buscó los emails intercambiados con Patricia Martín

García durante el período que había colaborado con ella. Lamentablemente, los correos enviados y recibidos eran muchos y los archivos adjuntos pasaban de un asunto a otro; en consecuencia, la lectura resultaba caótica. Entonces, cambió de criterio y comenzó a releer la versión digital de *Pasaporte al olvido*, el libro póstumo de Patricia, al tiempo que resaltaba de distinto color las palabras o frases que tenían relación con lo que ahora investigaba.

En cuanto comenzó a leer el Prólogo, se topó con una frase que no recordaba y que jaqueó sus esperanzas, «Por seguridad he mantenido en reserva la identidad de los entrevistados cuyos valiosos testimonios nos guiaron hacia la verdad» —había anticipado la autora y desconcertó a un Domecq que justamente buscaba nombres.

Después de maldecir su mala suerte, cuando empezaba a recaer en el pesimismo, decidió darse una larga ducha, con la esperanza de que le despejara la mente y le mejorara el ánimo.

Más relajado, le dio la comida al único de los gatos de Leonor recuperado después del incendio de su antigua casa. Recién entonces, con ropa cómoda, retomó la lectura. «Alrededor del mayor robo de obras de arte del país, ocurrido en la Navidad de 1980, se ha tejido una cerrada trama de verdades a medias, mentiras y ocultamientos que llega hasta nuestros días» —afirmaba la autora y luego denunciaba—: «Una de las cosas que más me conmovió fue enterarme de la enorme cantidad de gente que había salido lastimada como consecuencia de este suceso». Más adelante, Patricia decía: «Descubrí el expediente judicial descansando en uno de los estantes del Juzgado Criminal y Correccional Nro. 5, a cargo del Dr. Norberto Mario Oyarbide». De pronto, Domecq comprendió que había encontrado la punta del ovillo. En el expediente de la causa judicial N° 14426/1980 estaba lo que buscaba: los nombres de todos los involucrados en el robo del Museo Nacional de Bellas Artes. Inmediatamente, ingresó a la web del Poder Judicial de la Nación, abrió el expediente y comenzó la azarosa interpretación de esa jerga leguleya que encubría una historia de crueldad y desidia. El proceso judicial había comenzado durante la dictadura militar y estaban involucrados desde grupos parapoliciales hasta espías extranjeros. Esa historia

ocultaba secretos que era necesario develar si quería aspirar a la recompensa ofrecida por la abogada española.

Según el expediente, la noche del 25 de diciembre de 1980, el MNBA guardaba en su interior la mayor colección de obras de arte de nuestro país, cuyo valor era incalculable. No obstante eso, en materia de seguridad, el Museo de cuatro mil metros cuadrados solo contaba con una alarma anacrónica, complementada por un sereno y un bombero. Jacinto Casella, de 40 años, era el sereno, y Anselmo Semino de 44 años, era el bombero. Al leer estos dos nombres, Domecq comprendió que debía contactarlos, porque eran los únicos testigos presenciales.

Fue entonces cuando volvieron sus dudas e hicieron temblar el castillo de naipes: «¿Podré encontrarlos? ¿Estarán vivos, lúcidos y recordarán datos claves de este robo ocurrido hace cuarenta años? ¿Querrán hablar? ¿Estoy en condiciones de enfrentar semejante desafío?».

A esta altura de su vida, Domecq padecía una telaraña mental. Con el paso de los años, su memoria se había vuelto frágil y tenía que hacer esfuerzos para retener nombres y fechas. Había comenzado a olvidarse de cosas cotidianas. En el supermercado se había sorprendido al no acordarse qué iba a comprar, y en la calle se había cruzado con alguien que conocía, pero cuyo nombre no pudo recordar. Sin embargo, el cambio más sorprendente era que se habían intensificado sus conversaciones con Leonor, su esposa muerta varios años antes.

Sin respuestas para esas inquietantes preguntas y cuando su estómago ya había olvidado los malfatti del mediodía, Domecq intentó recuperar energías con una de sus frugales cenas. Poco después, mientras comía una picada de provolone y lomito ahumado, acompañada por el infaltable Malbec, el periodista y escritor se concentró en la búsqueda de los dos testigos, esas dos únicas personas que estaban en el museo la noche del robo. Primero recurrió al padrón electoral y se sorprendió de lo rápido que ubicó a Jacinto Casella. El sereno seguía viviendo en el barrio de Liniers, en el mismo domicilio que figuraba en el expediente del robo. En cambio, Semino se había mudado, hacía casi cuarenta años, y no logró ubicarlo en otras jurisdicciones electorales. El azar acababa de

decidir que el primer contacto tenía que ser con el sereno.

Ya más tranquilo, Domecq decidió darse una buena cepillada de dientes y acostarse, para recuperar energías y levantarse el día siguiente con un objetivo predeterminado: ir a Liniers y entrevistar a Jacinto Casella.

§

En Madrid, veinte años atrás, recién recibida de abogada y especializada en derecho internacional y gestión de riesgos, Ximena Barrantes había aprovechado su belleza y su ambición para ingresar a la filial española de Art Loss Register, la empresa propietaria de la base de datos privada más grande del mundo en materia de obras de arte perdidas o robadas. Una vez incorporada a esa multinacional, lejos de concentrarse solo en los temas legales, la joven abogada se mostró predispuesta a colaborar con sus colegas y de paso explorar otros espacios y aprender cosas nuevas. Como era de esperar, esta rubia simpática y proactiva no pasó desapercibida para sus superiores. Con el tiempo, pero más temprano que tarde, tuvo la oportunidad de integrar el equipo de profesionales que en 2005 posibilitó la recuperación de tres de los dieciséis cuadros robados en 1980 y su devolución al Museo Nacional de Bellas Artes, en Buenos Aires.

Luego de esa experiencia internacional, la ambiciosa Ximena Barrantes consideró que había llegado el momento de volar sola y renunció a ese trabajo para fundar su propia empresa recuperadora de arte robado: International Art Recovery.

En 2006, la doctora Barrantes logró el reconocimiento público por colaborar con la policía noruega en la recuperación del cuadro “El Grito” de Edvard Munch, robado un par de años antes de un museo de Oslo.

Sin otro éxito rutilante, pasó el tiempo hasta que –entre varias asignaturas pendientes– surgió una nueva pista sobre un Renoir que integraba el botín robado del MNBA, en 1980. Dada su experiencia en el caso, ante la posibilidad de que alguno de los cuadros robados pudiera estar todavía en Buenos Aires, Ximena decidió viajar a esa ciudad.

Alojada en el Faena Hotel, publicó un aviso ofreciendo recompensas a cambio de información sobre las pinturas que buscaba. Si bien tuvo muchas

respuestas, la mayoría reproducían fake news copiadas de las redes sociales. Como la única pista interesante la proporcionaba un tal Domecq, lo citó a una entrevista en el hotel.

Jorge Osvaldo Domecq resultó ser un jubilado al borde de la senilidad. Un viejo sabueso con dudoso olfato. Un personaje de historieta, que afirmaba pomposamente poseer el “don de la buena suerte”, para resolver enigmas. Ximena detestaba al azar y no veía con buenos ojos arriesgar su prestigio por apostar a la suerte de un don nadie, aunque aparentara tener “buena data”. Sin embargo, la abogada exitosa no quería mostrarse con las manos vacías ante sus machistas socios europeos. Por eso, intentó mantener cerca y ocupado a ese miope con voz de tango, mientras, al mismo tiempo, ponía en marcha un “plan B”.

§

Aitor Urkiola nació en un pueblo perdido en las montañas de Euskadia, adonde sus padres se habían refugiado huyendo del bombardeo de Guernica. Al cumplir veinte años y gracias al esfuerzo y capacidad de entrega demostrada en las pruebas de admisión, Aitor logró ingresar al exigente cuerpo de policía autonómica del País Vasco. No muchos años después, merced a su buena foja de servicios se incorporó a la Comisaría de protección del Patrimonio Artístico.

Por entonces, con excesivo optimismo, llegó a pensar que el resto de su vida podría ser una sucesión de buenas noticias. Sin embargo, una lluviosa y trágica madrugada de invierno, todo cambió. Antes del amanecer, Aitor se cubrió con un capote impermeable, subió a la moto y salió hacia su trabajo. Al llegar a la zona comercial de Bilbao, en una cortada mal iluminada, alguien intentó robarle la moto y Urkiola tomó la imprudente decisión de resistirse. En medio de la penumbra y la intensa lluvia, el joven policía le apuntó al ladrón y le dio la voz de alto. Sin posibilidades de escape, en un súbito e incontrolable espasmo, el delincuente levantó el revólver y –ante la amenaza– el agente Aitor Urkiola hizo fuego.

De inmediato, para evitar otro escándalo mediático por este nuevo caso de “gatillo fácil”, la superioridad pidió su renuncia a la fuerza policial.

Privado de su trabajo, Aitor estaba inerme, hundido en una profunda crisis.

Abrumado, entre la angustia y el desconcierto, durante varios meses apenas consiguió algunas changas, hasta que –por intermedio de un buen amigo– tuvo la oportunidad de incorporarse “a prueba” como chofer de la doctora Ximena Barrantes. Pasó el tiempo, y Aitor llegó a transformarse en el hombre de confianza de su jefa.

Un tranquilo mediodía de otoño, mientras una brisa jugueteaba con las hojas que caían sobre la ría de Bilbao, Aitor Urkiola recibió un perentorio mensaje de la doctora Barrantes.

«Vente pa'ca. Te necesito en BA. Va copia. Dile a Arantxa que te organice todo».

«Sí, doctora. Me subo al primer avión», respondió Aitor, sin imaginar lo que le esperaba.

FIN CAPÍTULO (II): Pasaporte al olvido

CAPÍTULO (III): Mil Casitas

Una tibia mañana de primavera, acariciado por una brisa que mecía las primeras hojas en los árboles, Domecq regresó a “Las Mil Casitas”, el inconfundible rincón de Liniers donde había nacido.

Ese barrio cercano a la estación del ferrocarril, en el límite de la Capital, conservaba una fisonomía propia. Las casas, inicialmente iguales entre sí, estaban dispuestas sobre un geométrico entramado de callecitas, bordeadas por hileras de plátanos.

Domecq descendió del tren, cruzó Rivadavia, caminó por la calle Carhué hasta Palmar, dobló y encontró el Pasaje Claudio Rosales. Al llegar al cuatrocientos, tocó timbre en la casa cuyo número llevaba anotado. La puerta se abrió y apareció un hombre que tendría unos ochenta años, calvo, de mediana estatura, flaco pero con pancita, con los ojos hundidos y las arrugas propias de

quien no ha tenido una vida fácil.

Esbozando una sonrisa, el dueño de casa arqueó las cejas en un gesto de interrogación al recién llegado.

—Soy Jorge Domecq. Llamé ayer para concertar una entrevista —se presentó el visitante.

—Encantado, soy Jacinto Casella —dijo mientras le tendía la mano—. Pase, por favor.

—¡Qué bien conservada está su casa! ¿Mantiene toda la estructura original? —preguntó Domecq apenas entró al largo y estrecho hall de baldosas, mientras observaba con detenimiento a su alrededor.

—¡Sí! ¿Ya había estado en una de Las Mil Casitas? —preguntó Casella, al tiempo que —con un ademán— lo invitaba a tomar asiento en unos pesados sillones de madera oscura, con grandes almohadones de tapizado rústico.

—¡Sí! En realidad, nací y viví acá cerca. En el pasaje El Cóndor y Tuyutí, casi frente a la Plaza Sarmiento —respondió Domecq.

—¡Qué casualidad! Yo nací en esta misma casa y sigo aquí. Es raro que no nos conociéramos de antes —opinó Casella

—Tal vez nos conocimos pero ahora no nos acordamos —sonrió Domecq, y comenzó a tutearlo con otra pregunta—. ¿En qué año naciste?

—En 1939 —respondió Casella.

—Yo en 1944. Esos cinco años son una diferencia importante. Cuando vos terminabas la escuela primaria, yo recién empezaba.

—Y cuando vos tenías 10 años, y jugabas a la pelota en la calle, yo ya trabajaba en el Mercado de Liniers.

—¿Eras changarín? —preguntó Domecq.

—¡No! No me daba el lomo, pero estaba en contacto con ellos porque mi viejo era mayorista de frutas y verduras.

—¿Todavía usaban carros con caballos?

—La mercadería llegaba al mercado en camiones, pero los minoristas todavía la retiraban en los famosos carros de verduleros.

—En la década del '50, por mi casa, también pasaba el carro del lechero y

el de la Panificación Argentina —agregó Domecq.

—¡Qué tiempos aquellos! Por este pasaje casi no circulaban autos y al atardecer los vecinos sacaban las sillas a la vereda, para tomar fresco y charlar entre ellos. En fin, lindos recuerdos, pero usted me anticipó que quería hablar de mi paso por el Museo Nacional de Bellas Artes —dijo con el mismo tono distendido y coloquial, aunque la amabilidad escondía un poco de inquietud.

—Así es, para documentar una novela, quisiera que me contara lo que recuerda de la noche de Navidad de 1980.

—La maldita noche del robo —suspiró con amargura.

—Sí —dijo Domecq y lo ratificó con un movimiento afirmativo de su cabeza.

—¿Te gusta el té frío? —preguntó Casella cambiando de tema.

—Sí...

—Esperá un minuto que voy a traer el termo.

—Ok —respondió el visitante y aprovechó el tiempo para levantarse y observar mejor esa habitación, que lucía limpia y ordenada. Tenía pocos muebles y en las paredes había algunos cuadros de fotografías de distinto tamaño, la mayoría en blanco y negro.

—Le puse limón y jengibre —comentó Casella mientras depositaba una bandeja con el termo y dos vasos, sobre una mesita baja.

—Perfecto.

—¿Qué querés saber del robo? —preguntó mientras servía el té frío en los vasos.

—¡Todo! —dijo Domecq y encendió el diminuto grabador de voz.

—¿Todo?

—Sí. Todo lo que sepas y estés dispuesto a contarme.

—No creo que me acuerde todo —anticipó Casella.

—No importa. En principio, me basta con los datos más relevantes, pero no puedo negar que los detalles podrían enriquecer mi novela. Por ejemplo: el robo fue en Navidad ¿qué recordás de esa noche?

Luego de unos breves sorbos de té, el sereno comenzó su racconto.

—Como todas las noches, me acompañaba un bombero de apellido

Semino. Cenamos lo que habíamos traído y brindamos con sidra.

—¿Comieron con sidra? —preguntó Domecq.

—Creo que cenamos con vino y a medianoche brindamos con sidra.

Después del brindis Semino se fue a dormir al sótano.

—¿Estaba autorizado? —intervino el escritor arqueando las cejas.

—Sí. Él era bombero y no sereno. En caso de incendio, yo debía activar la alarma para convocarlo. Esa noche, cuando quedé solo, hice mi primera ronda de control —continuó Casella—. Después, como siempre, me senté en el lugar asignado, frente a la puerta de entrada principal. Supongo que en algún momento me habré quedado dormido porque a eso de las cuatro de la madrugada me desperté tosiendo por el humo...

—¿Humo? —interrumpió Domecq.

—Sí. Humo en el hall central y no había luces. Encendí la linterna que llevaba colgada del cinturón y caminé hasta la escalera, donde el aire ya era casi irrespirable. Bajé al sótano, desperté a Semino y le avisé que se quemaba algo. Juntos volvimos a subir por la escalera y, con los ojos enrojecidos y llorosos por el humo, caminamos hasta la Sala Santamarina. No había llamas. Solo humo de las vitrinas con objetos de jade que habían sido quemadas con sopletes y estaban abiertas y vacías. ¡Era un robo! Muchos cuadros habían desaparecido de las paredes. Algunos marcos, sin sus telas, estaban desparramados por el piso. ¡Un desastre total! Se habían robado cuadros que valían millones de dólares y yo era el sereno. Estaba aterrorizado, pero todavía no me imaginaba como chivo expiatorio. Todavía no pensaba en la capucha, ni en la detención clandestina, ni en los interrogatorios, ni en las torturas —explotó el anciano con una catarsis que derivó en súbita descompensación y en inevitable desplome. Todo ante la pasmosa incredulidad de Domecq.

§

Por su parte, ya en Ezeiza, Aitor Urkiola —un cincuentón de mediana estatura, macizo, con pelo negro y duro, cejas bien gruesas, ojos pequeños y sonrisa cordial— completó los trámites de inmigración y se trasladó directamente al Faena donde lo esperaba su jefa. Una vez frente a ella, escuchó atentamente las

precisas instrucciones, que podrían resumirse en una frase: «investigar a la banda de Aníbal Gordon y llegar al Renoir antes que Domecq».

Sin perder tiempo, el ex policía vasco se reunió esa misma tarde con el contacto de la doctora Barrantes –un ex miembro de la Agencia Federal de Inteligencia local, apodado “Mister”– a quien le pidió información sobre Aníbal Gordon y su banda. Mientras caminaban juntos por el Parque Lezama, “Mister” repitió varias veces cinco nombres, que Aitor grabó en su celular: Aníbal Gordon, Magister Seguridad Integral, Otto Paladino, Eduardo Ruffo y Ernesto Lorenzo.

En cuanto regresó al Madero Suites, donde estaba alojado, se comunicó con Arantxa –la secretaria de la doctora Barrantes, en Bilbao– quien le recriminó no haber tenido en cuenta la diferencia horaria y haberla despertado en plena noche española. Después de disculparse y prometerle una sorpresa del free shop, Aitor le pasó los cinco nombres aportados por “Mister” y le pidió, con carácter urgente, que los investigara en la Base de Datos de Interpol España.

Para aprovechar el tiempo, Aitor se duchó, se puso ropa sport y salió a cenar. Antes de la medianoche, luego de comer un buen ojo de bife en “Sottovoce”, regresó a su alojamiento y encontró la minuciosa respuesta de Arantxa. Fiel a su costumbre, comenzó a leer por el resumen final.

→ “Magister Seguridad Integral”. Administradora del “botín” (dinero, joyas, obras de arte, propiedades) robado a los detenidos y desaparecidos durante la dictadura militar 1976/83.

→ General Otto Paladino, cofundador de la “Triple A” (Alianza Anticomunista Argentina). Desde 1975 jefe de la SIDE (Servicio de Inteligencia del Ejército). En 1976 constituyó “Magister Seguridad Integral”, empresa fantasma que manejaba los bienes expoliados durante el terrorismo de Estado.

→ Aníbal Gordon, criminal que pasó de delincuente común a jefe del grupo parapolicial “Triple A”. Estuvo a cargo del centro clandestino de detención, tortura y exterminio conocido como Automotores Orletti. Murió en la cárcel, condenado por delitos de lesa humanidad y acusado de participar del robo contra el MNBA, en la Navidad de 1980.

→ Eduardo Ruffo, mano derecha de Aníbal Gordon. Represor sentenciado por

secuestros extorsivos, torturas, crímenes y robos en las causas “Triple A” y “Automotores Orletti”. Durante el gobierno de Carlos Menem fue reincorporado a la SIDE.

→ Ernesto Lorenzo, agente de inteligencia del Batallón 601, secretario de Aníbal Gordon y encargado del centro de detención Automotores Orletti. En 1995 fue detenido con una pintura de Goya, valuada en 3 millones de dólares, que había sido robada en 1983 del Museo de Arte Decorativo de Rosario.

Al terminar de leer la apretada síntesis, sin siquiera darle un vistazo al resto del informe, con la misma impaciencia que ya lo había inducido a cometer varios errores, Aitor le mandó un mensaje a “Mister”.

—Necesito verlo urgente.

—En el mismo lugar, a medianoche —fue la respuesta.

A la hora indicada, con el cuello de la campera levantado, Aitor Urkiola comenzó a caminar por la desierta vereda del Parque Lezama, hasta que —sin que él lo hubiera percibido— un runner con capucha apareció a su lado.

—¿Qué necesita con tanto apuro? —preguntó “Mister”.

—Como Otto Paladino y Aníbal Gordon están muertos, necesito contactar a alguno de los otros dos.

—¿Está seguro? Son tipos muy pesados y están entre los más buscados del país. Como la mayoría los persigue para vengarse, no creo que quieran recibir visitas —dijo “Mister”.

—El que no arriesga no gana —respondió Aitor—. Dícales que me llamen al Madero Suites, para coordinar una reunión. Además, que se presenten como “amigos de Mister”, así sé de quiénes se trata. Por favor, recuérdelos que si la información es buena, puedo ser muy generoso —concluyó.

Durante el día siguiente, Aitor estuvo movilizándose de un lugar a otro en busca de alguien que pudiera darle las respuestas que buscaba. Regresó tan cansado que prefirió acostarse y postergar el informe a la doctora Barrantes.

Bien avanzada la mañana, poco antes de las 11 am, la encargada de la limpieza llamó a la habitación del español y nadie atendió. Luego de insistir un par de veces, supuso que no había nadie, sacó su llave, abrió, entró, y en el baño, en

medio de un gran charco de sangre, encontró el cuerpo sin vida de Aitor Urkiola.

Fin Capítulo (III): Mil Casitas

CAPÍTULO (IV): Interpol

Bruno Rossini, un muchacho amable, de origen humilde, atlético y con mentón pronunciado, de cabello oscuro y lacio, piel curtida, ojos atentos y sonrisa franca, había egresado con honores de la escuela de suboficiales de la Policía Bonaerense. Como también era honesto y trabajador, la comisaria Anahí Aberanda lo eligió para desempeñarse como su asistente. Con el tiempo, el joven demostró habilidad informática, buen juicio para sortear las frecuentes trabas burocráticas y una sana ambición de progreso personal, que le permitieron –poco a poco, con el correr de los años– ascender primero a teniente y después a capitán.

Por su parte, Natalia Blanc era una treintañera discreta y alegre que tenía unos ojos hermosos, de un extraño color gris. Durante sus estudios universitarios, se había desempeñado como pasante en el centro de cómputos de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y, al graduarse de licenciada en Informática, no le resultó difícil obtener la confirmación en el cargo. Un par de años después, fue transferida a la Departamental Morón donde se reencontró con su “vecinito” de la infancia, aquel nene con quien jugaba a los novios sin entender mucho el sentido de esa palabra, y a quien –por culpa de una mudanza– dejó de ver cuando ella recién tenía siete años.

Aquel comienzo de año, cuando el flamante capitán Bruno Rossini miró a la nueva colega, morocha, con un rubor natural en las mejillas, le pareció que se trataba de una cara conocida. En cuanto ella le sonrió, Bruno reconoció de inmediato a la chica que veinte años atrás había despertado su primer amor

platónico.

—¡Hola! —exclamó Natalia y le dio un cálido beso en la mejilla, olvidándose de galones y jerarquías.

—¿Es un nuevo protocolo? —bromeó él por la inusual escena, y ella —sonrojada— lo premió con una sonrisa luminosa.

A partir de ese momento, ambos se comportaron como si quisieran recuperar el tiempo perdido. Él la invitó a cenar la noche siguiente y ella accedió.

Casi puntual, poco después de la hora acordada, más linda que nunca, Natalia llegó al departamento de Bruno. De modo casi imperceptible, se había pintado los labios y los ojos. Llevaba unas botas altas, pantalones negros y una blusa blanca sin abrochar, que permitía el lucimiento de una excitante remera negra, ajustada y con un escote profundo. El anfitrión la recibió con un merecido piropo, porque esa mujer no era la misma con la que se había reencontrado un par de días atrás, en la Departamental Morón. Tenía los mismos rasgos, el mismo cuerpo, pero era distinta, más segura de sí misma, más atractiva, más sensual, irresistiblemente seductora.

La cena era una excusa y los dos lo sabían. Comieron algo, bebieron bastante, hablaron mucho y se miraron mucho más. Empezaron reviviendo aquella idílica infancia en una tranquila calle de Castelar, por donde casi no pasaban autos y los chicos podían jugar y andar en bicicleta sin peligro. Mientras Natalia rememoraba pequeñas travesuras que Bruno había olvidado, él la miraba con ojos ávidos, recorriendo su rostro, su piel, su cuello y la perfección de sus pechos, tratando de imaginar el placer que le proporcionaría acariciar todo aquello que por ahora solo recorría con su mirada voraz. La deseaba tanto que —sin preámbulo— la sorprendió con un beso etéreo y sutil. Primero, con prudencia, los labios de Bruno apenas rozaron los de ella, pero luego las bocas se unieron amorosamente, hasta que se entreabrieron con pasión, en un intenso e increíble beso que marcó el comienzo de una noche de placer en la que consumaron su amor.

A la mañana siguiente, Bruno despertó feliz. Fue el primero en levantarse y regresó a la cama con dos vasos y una jarra de naranja recién exprimida. La besó y comenzó a desperezarla con besos y risas. Volvieron a hacer el amor,

como si fuera la última vez que lo hacían. Un rato después sonó el timbre y les trajeron el exquisito desayuno a domicilio de “Kardinal”.

A partir de entonces, durante meses, vivieron un romance intenso, como contra reloj. Se veían casi todos los días y asistían a cuanto recital o espectáculo coincidiera con sus días de franco.

Con el tiempo, fueron compartiendo más y más cosas, inclusive la toma de decisiones, ya fueran más o menos importantes. Aunque se llevaban muy bien no siempre estaban de acuerdo, pero ambos intentaban evitar el conflicto.

Cuando Bruno tuvo que evaluar la oportunidad de incorporarse como detective en la prestigiosa Interpol, lo habló con Natalia y ella apoyó la idea. Además, argumentó que sería beneficioso que uno de ellos dejara de trabajar en la Bonaerense, para evitar seguir siendo víctimas de los tóxicos chismes que circulaban sobre los policías cuyas parejas también eran miembros de la fuerza.

Entonces, con el apoyo de Natalia, él se postuló. Pasaron los días y una mañana Bruno recibió la noticia esperada. Interpol le informaba que habían aprobado su ingreso a esa fuerza internacional. De inmediato, llamó a Natalia y acordaron salir a festejar *after office*.

La alegría estaba justificada. No solo se trataba de un trabajo mucho mejor remunerado, sino también más interesante. Su nueva misión, en el Departamento de Protección del Patrimonio Cultural, consistiría en integrar un equipo multidisciplinario dedicado a prevenir y luchar contra los delitos vinculados al tráfico internacional de obras y objetos de arte.

El tiempo pasó rápido y llegó el momento de incorporarse a Interpol. Su primer día de trabajo, Bruno Rossini salió de su departamento, caminó hasta la estación Castelar y tomó el tren. Fue un trayecto entretenido, porque le tocó compartir vagón con un conocido personaje que sobrevivía vendiendo CD's. Mientras sus canciones se emitían desde un reproductor portátil, el vendedor bailaba alegrando a los pasajeros. Ya en Once, Rossini subió al subte y luego de una combinación descendió en Plaza Italia. Para aprovechar esa gloriosa mañana de primavera, optó por caminar la veintena de cuadras que lo separaban de su destino. Avanzó por la avenida Sarmiento y luego por Casares pasando frente al

Jardín Japonés. Durante su caminata bajo jacarandás recién florecidos, Bruno pudo disfrutar el fascinante paisaje de calles y parques teñidos de lila.

Cuando ya estaba por llegar a destino, decidió releer el mensaje de aliento enviado por Natalia: «*Mi amor. Hoy es tu primer día en Interpol. Después de una carrera ejemplar en la Bonaerense, ahora tenés una gran oportunidad de crecimiento personal y profesional. ¡Suerte! Te quiero. Besos*».

Al entrar al edificio donde las oficinas de Interpol ocupaban los tres últimos pisos, Rossini se presentó en la recepción de planta baja, se acreditó y le informaron que lo esperaban en el piso siete. Subió en el ascensor y, al abrirse la puerta en el séptimo piso, se encontró con la misma asistente de Recursos Humanos que había conocido durante el proceso de selección de personal.

La señora Ordoñez lo acompañó hasta un pequeño cubículo alumbrado con luz artificial, identificado con el número 044 en la puerta y que sería su oficina. Luego, le entregó una carpeta con instrucciones para el acceso a la laptop y al celular, asignados exclusivamente para “uso oficial”. En la laptop encontraría todo lo que tenía que saber y el celular debía mantenerlo “a mano” y encendido las 24 horas de los 365 días del año. La comunicación con los miembros de la organización sería por medio de la *intranet*, donde él tenía asignado el número 044.

Finalmente, Ordoñez le informó que la puerta 099 era el acceso a un salón de descanso, donde encontraría sillones, máquinas de café, snacks y la única conexión privada para comunicarse con el exterior del edificio.

Una vez que la señora se hubo retirado, movido por la curiosidad, Rossini accionó un botón empotrado en el marco de la ventana y la hermética persiana comenzó a enrollarse. De pronto, casi encandilado por la luz solar, el joven investigador pudo distinguir la inigualable imagen panorámica del Jardín Japonés, visto desde las alturas de un séptimo piso.

Luego de descartar la idea de sacarse el saco, Rossini se conformó con aflojar el nudo de la corbata. Encendió la computadora y dedicó varios minutos a la elección de una clave suficientemente segura pero fácil de memorizar. A continuación, ingresó al programa de inducción y leyó el protocolar saludo de

bienvenida. A partir de ahí, fue apareciendo toda la información que debía asimilar.

«Nuestra misión es ayudar a la Policía de los 194 países miembros de Interpol para hacer del mundo un lugar más seguro».

Más adelante encontró un Anexo referido a su función específica: *«Los bienes culturales son parte de nuestro patrimonio, historia e identidad. Deben estar protegidos contra la delincuencia. El tráfico de bienes culturales es una actividad de bajo riesgo y alta rentabilidad para la delincuencia organizada».*

Cuando ya llevaba un par de horas de lectura institucional, Rossini recibió un mensaje con su primera misión. Debía colaborar con la Policía Federal en un caso de “muerte dudosa”, de un ciudadano español, dedicado a la recuperación de obras de arte robadas.

Junto con las instrucciones, Rossini recibió un dossier con los antecedentes del caso. Según el informe preliminar, Aitor Urkiola había sido encontrado sin vida en el baño de una suite para ejecutivos en Puerto Madero, con un disparo en la cabeza. Junto a su cuerpo había un revolver calibre 38 mm y una cápsula servida. El fiscal había calificado el caso como “muerte dudosa” porque todavía no tenía suficientes elementos para determinar si fue un suicidio o un homicidio.

Una vez que obtuvo la autorización pertinente, Rossini pudo acceder de forma remota a la laptop de Urkiola. Para su sorpresa, la última entrada del occiso a Internet había sido a la web de Interpol, a la sección Protección del Patrimonio Cultural donde buscó información del cuadro pintado por Renoir, “Gabrielle y Coco”, robado del MNBA en la Navidad de 1980.

Al continuar la revisión de la computadora del español, Rossini se topó con datos que transformaron su sorpresa inicial en una seria preocupación. No era para menos, en un correo electrónico a un tal “XB”, Urkiola había afirmado que detrás del robo al MNBA, en 1980, estaba la “Triple A”, es decir la sangrienta banda paramilitar tristemente recordada por la desaparición forzada de personas.

«¿Mi primer trabajo para Interpol es meter la cabeza en la boca del

lobo?»), se preguntó Rossini, mientras recordaba su reciente conversación sobre el mismo tema, con Domecq.

En cuanto descubrió la vinculación entre la “Triple A” y el caso que estaba investigando, Bruno Rossini se dispuso a notificar a sus superiores, pero le surgió una pregunta suspicaz. «¿Y si en Interpol ya están al tanto y –“a propósito”– me derivaron el caso para evaluar mi reacción de principiante?». Inmerso en un torbellino de dudas, Bruno quería hacer algo, pero no sabía por dónde empezar. Fue entonces cuando, con cierto apresuramiento, optó por un camino poco ortodoxo. Sin pedir permiso, ni avisar a nadie, avanzó sin ayuda en la pista que había estado investigando Aitor Urkiola.

Como globo de ensayo, intentó contactar a “XB”, el misterioso destinatario del último mensaje enviado por el español recién fallecido. Le mandó un breve WhatsApp, donde le pedía que explicara cuál era su relación con Urkiola.

Mientras esperaba la respuesta de “XB”, Rossini comenzó a evaluar otros pasos a seguir. Dado que Urkiola había dejado un resumen de su lectura del expediente judicial correspondiente al robo al MNBA, ahora se necesitaba una instancia superadora y pensó en los archivos para uso interno de Interpol. Así fue como accedió a la más completa base de datos sobre obras de arte robadas o desaparecidas, que combinaba descripciones e imágenes de más de 50.000 objetos. Entusiasmado, ingresó el nombre completo del Renoir que buscaba y en una fracción de segundos la pantalla se embelleció con la imagen de “Gabrielle y Coco”, un óleo del siglo XIX, de 42 x 32 cms, robado del MNBA el 25/12/1980. Sin ser un entendido en arte, Rossini se emocionó ante la intensidad de la mirada de aquella madre a su hijo.

Fin capítulo (IV): Interpol

CAPÍTULO (V): Tragedia amorosa

Con renovada energía, aprovechando el inmenso potencial de la base de datos de Interpol, Bruno buscó la información relacionada con el robo al MNBA. Así se enteró de la tardía imputación judicial a los ex miembros de la “Triple A”. Además de Gordon, integraron la banda Paladino, Ruffo y Ernesto Lorenzo. El dossier incluía la fecha de muerte de los tres primeros, pero Ernesto Lorenzo estaba vivo y se desempeñaba como director de una empresa de seguridad privada.

Movido por su ambición de coronar con éxito su primera misión en Interpol, Rossini continuó cruzando datos y buscando relacionar la información. Pero primero le hizo caso al estómago, fue a la sala 099 y se sirvió un café cortado doble, acompañado por galletitas saladas. Mientras merendaba, aprovechó para mandarle un mensaje a Natalia: *«Mi amor, gracias por los buenos deseos. No pude contestar antes porque están restringidas las comunicaciones hacia afuera del edificio. Estimo llegar a las 10. Por las dudas llevá tus llaves, así podés entrar y prepararte algo. Tengo información explosiva que vincula el Renoir robado del MNBA con la banda de Aníbal Gordon. Comienza en la dictadura y llega hasta hoy. Si todavía estás en la Departamental, me gustaría que buscaras antecedentes de Magister Seguridad Integral y bajaras lo que encuentres a un pendrive, para verlo juntos esta noche. Besos»*.

De regreso a la oficina 044, miró por la ventana y descubrió que la luminosa belleza del Jardín Japonés, que debería atravesar en su regreso a casa, había sido reemplazada por sombras siniestras.

Retomó la lectura de los antecedentes de Ernesto Lorenzo: agente de inteligencia del Ejército, miembro de la “Triple A” y secretario de Aníbal Gordon. En 1995 fue detenido con una pintura de Goya, valuada en 3 millones de dólares, que había sido robada a un museo de Rosario. «Bingo», pensó Rossini, «ocho años después de la muerte de Gordon, su secretario seguía activo en el mercado de obras de arte robadas. Es decir que Lorenzo no solo era un sobreviviente de la banda de Gordon, sino que además continuaba vinculado al robo de obras de arte».

En abril de 2005, Lorenzo reaparecía en los archivos de Interpol cuando

el Juez Oyarbide lo condenó por “secuestros extorsivos, privación ilegal de la libertad, lesiones y robos”. Para Rossini, lo más importante era que Ernesto Lorenzo había sido imputado por el robo de obras de arte en el MNBA, en 1980.

Finalmente, en 2006, a pesar de estar en la cárcel, Ernesto Lorenzo fue designado director de Magister Seguridad Integral que –según los archivos de Interpol– era una fachada creada para administrar el “botín” robado a los detenidos y desaparecidos durante la dictadura militar.

«Con toda esta información, mañana destapo la olla», exageró Rossini.

Mientras tanto, en la Departamental Morón, siempre dispuesta a colaborar con Bruno, Natalia ingresó a la base de datos de la Bonaerense y buscó “Magister”. A partir de ese momento, el alboroto que se produjo en la computadora fue de tal magnitud que –de haber estado prendidos los parlantes– las chicharras de alarma habrían generado un escándalo. En la pantalla, decenas de rótulos de fondo rojo y letras blancas, como los de “Crónica TV”, mostraban: ALERTA, WARNING, CONFIDENCIAL, FOR INTERNAL USE ONLY y otras.

Luego de un instante de sobresalto y duda, la muchacha se tranquilizó al pensar que estaba haciendo un trabajo para Interpol. Entonces, ingresó la clave de seguridad exigida por el sistema; de inmediato, los archivos comenzaron a ser copiados en un pendrive. Mientras controlaba la descarga, Natalia no pudo dejar de inquietarse al ver las siglas y palabras propias de un trágico período de nuestra historia (Triple A, Batallón 601, Junta Militar, Nunca Más, desaparición forzosa, vuelos de la muerte, etc). De pronto sintió un miedo irracional que quiso compartir con Bruno. Terminó la tarea, sacó el dispositivo donde había almacenado los datos, lo guardó en la cartera y le envió un mensaje a su novio: «*Ya tengo lo que pediste. Parece peligroso. Besos*».

Al finalizar su horario de trabajo, Natalia regresó en colectivo desde Morón hasta la casa donde vivía con sus padres, en Castelar Norte. Después de una tardía merienda, se duchó, se cambió de ropa y –en bicicleta– salió hacia el domicilio de Bruno, llevando el pendrive en el bolsillo trasero del jean.

Era de noche y su bicicleta no tenía luces, pero Natalia estaba acostumbrada a ese inseguro modo de desplazarse. Luego de pedalear varias

cuadras por Curutchet, tuvo que bajar la vista porque unos faros la encandilaron desde lejos. Mientras sus palpitations aumentaban presintiendo peligro, puso una mano como visera para intentar ver por dónde avanzaba su bicicleta. Las distancias se acortaban y el miedo aumentaba. Su mano regresó al manubrio para apretar el freno, mientras el pie derecho soltó el pedal y se preparó para amortiguar el inminente golpe contra el pavimento.

A pesar del sangriento choque, el criminal que conducía el auto no se detuvo, sino que –después de arrastrar varios metros el cadáver destrozado– huyó.

Ya en su departamento, alarmado por la demora y la falta de noticias de su novia, Bruno recibió un llamado telefónico breve y devastador. Una voz impersonal, neutra y casi mecánica le informó que sus datos de contacto fueron encontrados entre la ropa de una mujer fallecida en un accidente de tránsito, ocurrido en Castelar. La víctima habría sido identificada como Natalia Blanc... «¡Nooo! ¡No puede ser! ¡Ya salgo para allá!», lo interrumpió Bruno Rossini a voz de cuello, al tiempo que buscaba las llaves de su moto.

En la morgue, accedió a una fría sala recubierta con azulejos que alguna vez fueron blancos y donde el olor a formol coexistía con olores nauseabundos. Cuando un médico forense levantó suavemente la sábana blanca que cubría la cabeza del cadáver y vio la trágica imagen de Natalia, Bruno comprendió que ya no podía seguir negando su muerte. Entonces, con el rostro desgarrado de dolor, reaccionó con furia: «¡Es injusto! ¿Por qué ella? ¿Dónde estaba Dios cuando Nati lo necesitó?», gritó descorazonado y sin fe.

Amagando un portazo que no concretó, Bruno Rossini se retiró en silencio. Salió a la calle, caminó hasta su moto y manejó despacio, tratando de concentrarse en la conducción para no pensar. Al regresar a su departamento, como un autómatas, abrió la puerta, entró, fue hasta la cocina y tomó agua de la canilla. Se sacó la campera y la dejó caer sobre una silla. Caminó hasta el dormitorio y se tiró sobre la cama donde habían compartido la última noche de amor. Quiso recordar el perfume de Natalia, pero las sábanas ya no olían a ella. «¡No me queda ni su aroma! ¿Cómo fui capaz de involucrarla en algo tan

peligroso? ¡Todo es por mi culpa! ¡Por mi maldita culpa!».

Inmerso en un pozo depresivo, Bruno Rossini buscó la botella de tequila que le había regalado ella, se sentó en un sillón y tomó del pico. Esa bebida destinada a un momento de placer ahora era necesaria para olvidar. Sorbo tras sorbo, bebió hasta que su cabeza cayó sobre el pecho. Con la boca entreabierta y húmeda en las comisuras, cerró los ojos y el tiempo se diluyó entre nieblas y sombras profundas.

§

A la mañana siguiente, íntegramente vestidos de negro, abrazados, sollozando sin consuelo, los padres de Natalia Blanc presenciaron el sepelio de su única hija. Obligados a superar su aversión por ese ritual de palas removiendo tierra, sogas deslizándose el ataúd dentro de la fosa y un responso reiterado ante la mirada indiferente de los sepultureros, la dolida pareja murmuró un rezo. Junto a ellos, convencido de que nunca encontraría la manera de consolar a los padres de su novia, Bruno Rossini los acompañaba en silencio. Luego, con un gesto desconsolado y último, el joven dejó caer una rosa sobre el ataúd. Un poco más atrás, un grupo de familiares y amistades, afligidos, los rodeaban completando la dolorosa escena.

Estacionada junto a uno de los pocos árboles del cementerio de Morón, sin acercarse demasiado, la comisaria Anahí Aberanda observó la atávica ceremonia. En realidad, prestaba atención a las personas. Las estudiaba con una mirada intensa y sin apuro, como cumpliendo una misión. Cuando lo consideró oportuno, se acercó con prudencia para dar su pésame a los padres de quien fuera su eficiente colaboradora en materia de servicios informáticos. También abrazó a Bruno Rossini, su ex asistente y amigo, y le susurró: «Tenemos que hablar». Solo tres palabras. Tres palabras que suelen anticipar la existencia de un tema importante para tratar. Para Bruno, esas tres palabras bastaron, porque él ya sabía que la investigación policial por la muerte de su novia le había sido asignada a su ex jefa. La gran duda era si la comisaria podría atrapar al asesino.

§

Anahí Aberanda había nacido en la chacra que su familia tenía en Mocoretá, Corrientes. Al crecer en contacto con la naturaleza, pudo desarrollar su innata capacidad de observar, investigar y descubrir. Una vez terminada la escuela secundaria, se mudó a Buenos Aires para estudiar Bioquímica en la UBA. Poco antes de graduarse, logró ingresar como pasante en el laboratorio forense de la Policía Científica. Pocos años después de ser efectivizada, buscando más protagonismo, se arriesgó a pedir el pase a la Brigada de Investigaciones, un ámbito de hombres, signado por los prejuicios y las complicidades. Cuando apenas había cumplido los cuarenta años, y gracias a su capacidad, eficiencia y perseverancia, más la necesaria intuición, astucia y coraje, accedió al cargo de comisaria.

Una fresca mañana de primavera, a poco de llegar a su oficina, Anahí Aberanda sacó el termo de su bolso, se sirvió el rico café que había preparado en su casa y comenzó a disfrutarlo, sorbo a sorbo. Por su parte, en aquel momento, Bruno Rossini ingresó al histórico edificio policial de Morón. Caminó cabizbajo, esquivando las miradas de sus colegas, para evitar las consabidas frases de condolencias. No quería mostrar su dolor, ni simular una falsa entereza. Por suerte, sin su habitual uniforme de la bonaerense, logró avanzar sin ser reconocido.

Apenas la comisaria Aberanda advirtió que Rossini llegaba a su despacho, se levantó y lo invitó a pasar. Ya sentados frente a frente, en ese ambiente antiguo, con vidrios desgastados y muebles dispares, sin demasiada introducción, ella le explicó por qué lo había llamado.

—Sabés bien que los accidentes viales solo se investigan cuando hay claras evidencias de delito...

—O cuando alguien poderoso está interesado en el caso y ejerce presión—la interrumpió Rossini.

—Exacto —reconoció la comisaria—. El auto que atropelló a Natalia se cruzó de carril, la impactó de frente y no solo no se detuvo, sino que arrastró el cadáver muchos metros. Además, gracias a las imágenes de una cámara de

seguridad particular, descubrimos que el vehículo tenía patentes robadas.

Luego de una pausa en la que miró fijamente a su ex asistente, la comisaria preguntó:

—¿No te parece que hay cosas raras?

—Por supuesto —afirmó Rossini en tono respetuoso pero seco e impersonal.

—Por el ensañamiento parecería algo pasional —arriesgó ella.

—¿Una venganza amorosa con patentes falsas? —dijo él con cierta ironía, como para incomodar a su ex jefa.

—Si no es violencia pasional, ¿qué demonios es? —respondió Aberanda con otra pregunta, en tono firme y mirándolo a los ojos.

Ante el silencio de Rossini, la comisaria se levantó, cerró la puerta del despacho y —mientras le apoyaba una mano en el hombro—, susurró:

—Podés contar conmigo. Te escucho.

FIN CAPÍTULO (V): Tragedia amorosa

CAPÍTULO (VI): Asesinato vial

Como ya no era su jefa, sino una colega de otra fuerza de seguridad, Bruno Rossini pudo hablar mano a mano con la comisaria Aberanda. Comenzó informándole que en Interpol le habían asignado el caso de la muerte dudosa de un detective español, Aitor Urkiola, quien buscaba un Renoir robado en 1980 al MNBA, y cuya investigación apuntaba al botín de la “Triple A”. Luego de reconocer que no debería haberle pedido a Natalia que ingresara a la base de datos de la Bonaerense para buscar información de la banda de Aníbal Gordon, Bruno concluyó:

—Estoy convencido de que esa intromisión molestó a algunos poderosos y decidieron silenciar a Natalia.

—Puede ser y lo voy a investigar a fondo, pero no tenemos ningún indicio.

—¿Entre las pertenencias de Natalia encontraron algún pendrive?

—Hasta ahora no, pero si aparece te aviso.

—¿Puedo colaborar? —interrumpió Bruno, ansioso.

—Mirá... tenemos que respetar las jurisdicciones —dijo la comisaria luego del titubeo inicial—. Con mi gente debemos hacer lo que el fiscal del caso nos requiera.

—¡¿Pero yo...?!

—Vos ya no pertenecés a la Bonaerense —lo interrumpió la comisaria, con voz firme—. Para la justicia solo sos el novio de la víctima. ¿Está claro?

—Sí —respondió secamente Bruno Rossini, con indisimulable bronca contra su amiga comisaria—. Te hablé como amigo y me respondiste como comisaria —masculló.

Al salir, el sol estaba en su apogeo y la primavera reinaba por doquier, pero para Rossini toda esa belleza pasaba desapercibida porque sus sentidos continuaban atrapados en la discusión con Aberanda. Ella se aferraba a los lentos procedimientos del código procesal, mientras que a Rossini lo acicateaba una voz interior que le exigía actuar ya. ¡Sin demoras! Había que presionar a los forenses, revisar minuciosamente las cámaras de seguridad de la zona y entrevistar a todos los testigos oculares. De lo contrario nunca resolverían el caso. Abrumado, dejándose arrastrar por sus emociones, Bruno hizo un juramento: «Si Aberanda no agarra pronto al asesino de Natalia, yo lo voy a buscar hasta cazarlo, aunque tenga que actuar fuera de la ley, como un justiciero».

Para evitar el contacto con la gente, Bruno descartó la opción de tomar el colectivo y regresó caminando hasta su departamento en Castelar. Durante el trayecto se cruzó con mujeres paseando a sus hijos, adolescentes andando en bicicleta, parejas tomadas de la mano, hombres y mujeres de todas las edades disfrutando de las flores y de los pájaros que engalanaban ese hermoso día. Pero Bruno los miraba sin verlos. Solo pensaba en la pobre Naty. «¿Cómo pude ponerla en semejante peligro?», se recriminaba una y mil veces. Cuando llegó a su departamento, entró, dejó el blazer sobre un sillón y fue hasta la cocina. Abrió

la heladera y, a falta de algo para un almuerzo tardío o una temprana merienda, sacó queso para rallar y lo puso sobre la rústica mesa de madera, donde ya estaba una botella de vino empezada. Sin ganas, cortó un bocado de queso y lo acompañó con un vaso de vino. Luego, otro pedazo de queso y otro vaso de vino, seguido por otro vaso y otros más. Cuando ya le pesaban los párpados y le temblaban las manos, al borde del desmoronamiento, apartó el vaso de vino que lo acercaba al naufragio, caminó hasta el dormitorio, se tiró sobre la cama y se durmió.

Se despertó muchas horas después y se sorprendió al verse vestido, acostado sobre la cama sin abrir. El tiempo había transcurrido entre tinieblas, pero sin que nada hubiese cambiado. Seguía hundido en la misma ciénaga de la noche anterior, pero –además– ahora padecía resaca.

Como no tenía sentido volver a acostarse cuando ya estaba por amanecer, se duchó y se afeitó. Después de tomar un vaso de limón exprimido, comenzó a vestirse. En principio, aunque era muy temprano, pensaba presentarse en Interpol para cumplir con sus obligaciones laborales, pero –de pronto– cambió de idea. Le envió un mensaje a su superior informando que dedicaría esa jornada a profundizar su trabajo de campo sobre la muerte de Urkiola.

Sin avances para mostrar, Bruno debía acelerar radicalmente la marcha de su investigación. Como “XB” no había respondido el WhatsApp, ahora Rossini le envió una severa advertencia. En su carácter de agente de Interpol, exigía ser recibido dentro de las siguientes 24 horas, en el lugar y horario a convenir.

En cuanto la doctora Ximena Barrantes leyó el mensaje, respondió de inmediato y se puso a disposición, porque no quería afectar la buena relación que mantenía con las autoridades europeas de Interpol. Recién al recibir la respuesta y ver el nombre completo, Bruno Rossini comprendió que “XB” era Ximena Barrantes, la mismísima abogada española que había contratado a su amigo Domecq.

En ese momento, el agente Rossini se sintió inmerso en una pesadilla circular, donde todo tenía que ver con todo, pero nada ni nadie era lo que parecía ser. Una especie de novela kafkiana en la que era protagonista y espectador de

una metamorfosis generalizada. Sin embargo, ahora estaba sobrio, bien despierto y tenía un plan.

Esa misma tarde, en el *Library Lounge* del Faena Hotel —donde se había reunido con Domecq— la Doctora Ximena Barrantes recibió a Bruno Rossini.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó ella.

Sin dejarse intimidar por la ostentosa puesta en escena, rodeado de pesados cortinados y frágiles candelabros de cristal, el joven agente de Interpol agradeció y fue directo al grano.

—No, gracias. Como le anticipé, estoy investigando la muerte de Aitor Urkiola.

—Vale —dijo la española, con una mirada amable, mientras jugueteaba con un collar que parecía costoso.

—Encontré un mensaje que Urkiola le envió a usted y quisiera saber cuál era la relación entre ambos —preguntó Rossini.

—No era sentimental. Lástima, porque era un tío muy guapo —bromeó la rubia platinada, con una sonrisa que ayudó a distender la situación.

—¿Entonces? —insistió, persuasivo.

—Verás, yo me dedico a la recuperación de obras de arte robadas y Aitor era uno de mis colaboradores —respondió ella.

—¿Qué opina del aparente suicidio?

—¿Qué quieres que te diga? No noté nada que lo anticipara. Además, él nunca mencionó que tuviera un arma —respondió con seguridad.

—¿Habría razones para asesinarlo?

—No creo. Aitor no había estado antes en Argentina y recién había llegado porque yo se lo pedí.

—Entonces, si Urkiola no había estado antes acá, el detonante de su muerte debería ser reciente.

—Pues sí...

—¿Y quién querría ver a Urkiola muerto? —preguntó a boca de jarro.

—¡No sé, hombre! No soy pitonisa. ¿Cómo podría yo saberlo?

—¿Para qué lo hizo venir a Buenos Aires? —insistió con firmeza.

—Estoy intentando recuperar un Renoir robado al MNBA y él debía investigar una pista que apuntaba a Aníbal Gordon.

—¿Gordon de la “Triple A” ? —la interrumpió él.

—Pues sí —dijo ella—. ¿Todavía son peligrosos? —agregó con cara de incredulidad y vos baja, al tiempo que miraba a su alrededor para ver si alguien los escuchaba.

«¿Es pelotuda o se hace?», pensó Rossini. Sin embargo, con un enorme esfuerzo de autocensura, suavizó la frase y dijo:

—Como en muchos otros países, acá hubo un cambio en la superficie, pero en las entrañas del poder casi todo sigue igual. Volviendo a Urkiola, ¿alguien más está al tanto de todo esto?

—Pues, sí. En principio, yo contraté un investigador local de apellido Domecq.

—¿Qué sabe de él? —preguntó Bruno, sin blanquear su amistad con el veterano sabueso de Castelar.

—No mucho. Se presentó en respuesta a un aviso que yo publiqué. Así que lo conozco por casualidad —respondió Ximena.

—¿Por casualidad? La casualidad no existe. Todo pasa por algo —sentenció Rossini.

—En mi tierra decimos que Dios juega a los dados con nuestro destino —agregó la española.

—Lo que llamamos azar suele ser falta de información y la mayoría de las llamadas casualidades son efectos desconocidos de una causa ignorada —dijo él mientras se dejaba caer en un silencio reflexivo.

Antes de conocer a Naty, Bruno pensaba que la intuición era un asunto menor, una mera superstición, pero ella lo había inducido a prestar atención a pálpitos y presentimientos. Por eso, ante el fracaso del análisis lógico, el joven consideró llegada la hora de recurrir a su intuición y patear el tablero de los buenos modales.

—Usted fue partícipe necesaria de la muerte de Urkiola —la acusó de golpe, con firmeza.

—¿Yo? ¡Que no! ¡Nada que ver! —reaccionó la rubia escotada y volvió a mirar a su alrededor, preocupaba por el inminente escándalo.

—Usted fue la última que lo vio con vida —redobló la acusación.

—¡No es cierto! ¡El último que lo vio fue Mister! —se defendió aportando un dato clave.

—¿Quién es Mister? —continuó Rossini en tono enérgico.

—Es un informante que me recomendaron tiempo atrás.

—¿Y cómo se conocieron Mister y Urkiola? —insistió sin pausa.

—Bueno,...yo los puse en contacto —dijo con naturalidad.

—¿Reconoce que usted le pidió a Urkiola que se reuniera con Mister? —preguntó Rossini, en tono acusatorio.

—Vale —dijo la doctora Barrantes.

—¿Sí o no? —insistió él.

—¡Que sí, hombre! Que sí. ¿Pues cómo quiere que se lo diga? —respondió, agobiada y quizás sorprendida por la agresividad de Rossini.

—Entonces, usted fue partícipe necesaria —volvió a acusarla, con tono severo y mirada dura.

—Yo pedí que se reunieran para hablar del Renoir que estoy buscando —resumió Ximena, antes de concluir—. Solo pedí que hablaran. ¡Punto!

—¡Nada de punto! El punto lo decido yo —la sermoneó Rossini antes de seguir preguntando—. ¿Hábleme de Mister?

—Ya le dije. Mister es un informante. Un tío que conoce secretos y los vende.

—¿Cómo lo conoció? —insistió.

—Hace años, un agente de la ex SIDE, me refirió que en el edificio de la actual Agencia Federal de Inteligencia (AFI) existía un bunker de espías, a cargo de un tal Mister —concluyó Ximena Barrantes.

—¿Cuál es el verdadero nombre de ese tal Mister? —continuó Rossini, con su interrogatorio, a todas luces ilegal.

—Mire usted lo que le voy a decir... —comenzó Ximena, y después de un breve silencio, mirándolo a los ojos y gesticulando, continuó—. ¡No tengo la menor

idea! Para mí, Mister fue siempre Mister. Mister a secas o el Mister del bunker. ¿Me entiende? Mister, ¡y ya está! —dijo la española, con voz aflautada por los nervios y el estrés.

En silencio, Bruno Rossini se quedó mirando a esa mujer que no lograba descifrar. Por momentos, Ximena parecía ser la vecina de barrio que sale a barrer la vereda con rulos y batón. Sin embargo, esta abogada era una exitosa empresaria, acostumbrada a lidiar con estafadores, algo así como caminar sobre las brasas sin quemarse. Por lo tanto, no debía creer todo lo que ella decía.

—¿Cómo coordinaron esa reunión? —retomó las preguntas, pero en tono calmo.

—Le envié un “guasap” y Mister propuso reunirse en el Parque Lezama.

—¿Usted participó de esa reunión?

—No.

—¿No estuvo en el parque? —insistió Rossini, subiendo el tono de nuevo y mirándola con dureza.

—¡Que no! ¡Nada que ver! Yo solo los puse en contacto. ¿Está claro? ¿Me cree, no es cierto? —dijo Ximena, mientras miraba en vano hacia el mostrador donde el barman le daba la espalda.

—¿Y cómo es Mister?

—Hace un par de años que no lo veo, pero aparentaba tener unos 60. Era guapetón, de mediana estatura, bien trajeado, cabello castaño entrecano, bronceado con algunas pecas aquí y allá, posiblemente anglosajón, con ojos celestes claros, fríos e inexpresivos —concluyó con una insipiente sonrisa.

Fue entonces cuando Rossini la sorprendió al volver a endurecer su tono para hacer un pedido que pareció una orden.

—¡Llame a Mister!

—¡Pero...!

—¡Le dije que llame a Mister! —ordenó, tajante.

FIN CAPÍTULO (VI): Asesinato Vial

CAPÍTULO (VII): Matar o morir

La mayoría de los huéspedes del Faena Hotel que entraban al *Library Lounge* pedían un trago y se retiraban para disfrutar alguno de los jardines interiores que ofrecía el establecimiento. Sin embargo, la doctora Barrantes llevaba largo rato sentada en uno de los cómodos sillones de cuero, conversando con un visitante, con quien parecía mantener una intensa discusión de pareja. Sin embargo, esta hipótesis era falsa, ya que –en realidad– la abogada española estaba siendo sometida a un interrogatorio ilegal, por parte de un agente de Interpol.

Sin importarle que la información obtenida de esta forma no podría ser admitida como prueba en un juicio, Bruno Rossini no solo continuó preguntando, sino que llegó al punto de hacer un pedido que sonó como una orden.

—¡Llame a Mister!

—¡Pero...!

—¡Le dije que llame a Mister!

—¿Ahora? —preguntó sorprendida.

—¡Ya! —insistió y su tono de voz llamó la atención del barman.

—Pero... ¿qué le digo? —dudó Ximena Barrantes.

—Él va a reconocer su número y va a atender. Entonces, usted tiene que decirle “Acá te quieren hablar”, y me pasa el celular.

Tal como Rossini había anticipado, Mister atendió confiado la llamada y no pudo reaccionar cuando Ximena le pasó el teléfono.

—Hola. Mi nombre es Bruno Rossini, trabajo en Interpol Argentina y me asignaron el caso de la muerte dudosa de Aitor Urkiola, quien se habría reunido con usted. ¿Es así? —dejó su primera pregunta en el aire.

—Mucho gusto. Sí. A pedido de la doctora Barrantes me reuní con el señor Urkiola.

—¿Me podría decir de qué hablaron? —continuó Rossini, con naturalidad.

—Por supuesto. Urkiola quería hablar con alguien que tuviera información sobre el robo de un Renoir en 1980, y yo le di algunos nombres —respondió con naturalidad, como si se tratara de una conversación de rutina.

—¿Qué nombres?

—Paladino, Gordon, Raffo y Lorenzo, más la empresa Magister.

—¿Y después? —insistió Rossini.

—Urkiola me pidió que le avisara a esas personas que él quería reunirse con ellas y que iba a ser generoso con quienes le aportaran buena información.

—¿Y usted qué hizo? —preguntó, sin poder evitar el tono inquisidor.

—Primero le recordé que, excepto Lorenzo, todas esas personas ya habían fallecido; luego envié ese pedido a Magister —respondió Mister.

—¿A quién le dirigió el mensaje?

—A nadie en particular. Lo mandé al número de contacto en WhatsApp.

—¿Respondieron?

—No, pero lo leyeron.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Rossini.

—El día después de mi reunión con Urkiola.

—Bueno... pásame ese número de WhatsApp y manténgase atento a mis mensajes. Gracias —dijo Rossini y cortó.

Volviéndose hacia Ximena Barrantes, y mirándola fijamente, Rossini continuó:

—Como habrá escuchado, Mister no aportó nada nuevo. Por eso, le doy la oportunidad de que ahora me cuente algo que se le haya pasado por alto.

—¡Ya te dije todo lo que sé! ¿Me crees, verdad? —exclamó la doctora Barrantes, mientras abría los brazos, con las palmas hacia arriba, y se encogía de hombros, en una estudiada expresión para demostrar franqueza.

Consciente de que ya no obtendría ningún dato significativo, Bruno agradeció el tiempo que le había dedicado y se despidió de la abogada española. Saludó con una sonrisa al barman, atravesó el amplio hall del hotel y, ya en la vereda, le hizo una seña al primer taxi que esperaba a la sombra.

A esta altura de su investigación, Bruno Rossini se sentía como uno de los caballos que tiran de la noria para sacar agua potable de un pozo. Los pobres animales caminan en círculo durante horas y siempre está en el mismo lugar. Sin embargo, superando el sentimiento de frustración, Rossini decidió seguir adelante. En cuanto llegó a su oficina, revisó la correspondencia interna y se sorprendió al

encontrar un “recordatorio”, casi un “llamado de atención” de su superior, por no haber presentado ningún informe de las tareas realizadas desde su incorporación.

Si bien se trataba de un rutinario pedido de informes, Bruno lo percibió como acoso burocrático, y reaccionó en consecuencia. Malhumorado, se sentó frente a la computadora y no se levantó hasta concluir un voluminoso reporte para su jefe, donde –con más astucia literaria que precisión– describía los supuestos avances de su investigación. Una vez que apretó “Enviar”, sin noción del tiempo, Bruno se puso de pie y se acercó a la ventana esperando disfrutar de la belleza del Jardín Japonés, pero a esa hora solo vio tinieblas, como las que rodeaban la absurda muerte de su novia.

Tras guardar los papeles desparramados sobre su escritorio, se retiró de las oficinas de Interpol y caminó hasta la estación de subtes más cercana. Luego de una combinación entre distintas líneas, descendió en Miserere, tomó el tren y llegó a Castelar. Al pasar frente a Tarzán, Bruno recordó la última pizza a la fugazzeta que había disfrutado en ese bodegón y decidió entrar a cenar. Ya sentado a una de las pequeñas mesas de ese rincón de la bohemia nostálgica, justo al lado de la que solía elegir León Giecco, y mientras miraba los estantes repletos de botellas de todo tipo de bebidas, escuchó un tango que le recordó a Natalia, quien –pese a su juventud– disfrutaba aquellas noches en que ese ícono gastronómico se transformaba en milonga barrial.

Después de la pizza, Bruno pidió el flan casero con dulce de leche de Luján, un café doble, pagó la cuenta y salió.

Como si una caminata nocturna pudiera ayudar a la digestión de tanta pizza y tanto vino de la casa, Bruno decidió regresar caminando hasta su domicilio. Junto a las vías, la calle Los Incas estaba oscura y desierta. «Tan oscura y desierta como la calle donde mataron a Natalia», le dijo una voz interior.

Finalmente, sin contratiempos, abrió la puerta de acceso al hall del edificio, subió en el ascensor y entró a su departamento. Como todo estaba en orden, ya más tranquilo, dejó el saco y la corbata sobre una silla del comedor, se desabrochó la camisa y puso a cargar la batería de su celular. Sintonizó una de las canciones que le recordaban a Natalia, buscó una nueva botella de tequila y se

apoltronó en el sillón del living.

Pasaron las horas y, cuando estaba profundamente dormido, lo despertó el estruendo de la puerta del departamento reventada de un patadón. Guiado por su instinto policíaco, Bruno manoteó la 9 mm provista por Interpol y se parapetó detrás del robusto sillón, en espera del inminente ataque. La oscuridad era total, como si hubieran cortado la corriente eléctrica en todo el barrio. No podía llamar al 911 porque no tenía el celular. Lo había dejado enchufado en un tomacorriente cercano a la puerta de entrada, justo donde ahora estaban los atacantes. Pero... ¿quiénes serían? ¿Acaso los mismos que mataron a Natalia? ¿Los mismos que no quieren que se investigue a la "Triple A"? De pronto, el potente rayo de luz de una linterna militar iluminó el pequeño hall que conectaba el baño, el dormitorio y el living donde estaba él. Un segundo después volvió la oscuridad, pero sus ojos habían quedado peligrosamente encandilados. Le costaba ver bien y eso podría limitar la efectividad de sus disparos en un eventual tiroteo. Además, ante el inminente enfrentamiento, su pistola Beretta almacenaba solo siete balas, una cantidad insuficiente para enfrentar a sus atacantes que, por lo menos, eran dos y seguramente bien pertrechados. De pronto, una bomba de humo entró rodando al dormitorio y lo obligó a una reacción desesperada. Antes de caer asfixiado, Bruno decidió salir a matar o morir. Sin pensarlo dos veces, apoyó la linterna sobre su Beretta y salió al pasillo. La respuesta fue un tiroteo infernal. Chorreando sangre, cuando los balazos ya destrozaban su cuerpo, con un último aliento, pegó un terrible grito de furia y dolor, tan violento y tan profundo que logró rescatarlo de la tremenda pesadilla.

Jadeando, bañado en sudor y todavía tumbado en el sofá donde se había quedado dormido, Bruno permaneció en ese limbo onírico, entre el sueño y la vigilia, donde nada es lógico ni ilógico, y todo es cierto pero falso al mismo tiempo. «Fue solo un sueño», pensó, «pero pudo ser premonitorio».

Menos tenso, gracias a una larga y reparadora ducha, mientras disfrutaba un estimulante café doble, Bruno se tomó un respiro para reflexionar. Dado que en los últimos tiempos hasta lo más simple le resultaba cuesta arriba, decidió "barajar y dar de nuevo". Tenía que arrancar de cero, pero la pregunta del millón era: ¿por

dónde empezar? Por un lado, quería patear sus responsabilidades laborales para poder dedicarse a investigar la muerte de su querida Natalia. Pero, por otro lado, sus superiores le reclamaban avances en el caso de la muerte dudosa de Aitor Urkiola que –para los forenses– se alejaba cada vez más de la hipótesis del suicidio.

Entonces, a falta de una idea mejor, decidió enviarle un Whatsapp a “Magister”, con la esperanza de que respondieran y aportaran algún dato útil. *«Hola, trabajo en Interpol y estoy buscando el cuadro de Renoir “Cecille et Coco”. El señor Mister me dio este número para pedirles información. Espero su respuesta. Bruno Rossini».*

El mensaje fue recibido de inmediato, pero pasaron horas sin recibir la señal de que fue leído.

§

Mientras tanto, cuando la primavera porteña estaba llegando a su fin, la empresaria Ximena Barrantes evaluaba regresar a España. Había arribado a Buenos Aires un par de semanas atrás con la esperanza de recuperar un Renoir robado del MNBA. A poco de llegar, había contratado a un veterano experto local de apellido Domecq, pero le pareció lento, entonces hizo venir desde Bilbao a su hombre de confianza, el detective Aitor Urkiola, quién había muerto a poco de empezar su investigación. Por su parte, Interpol la estaba investigando como partícipe necesaria de la muerte de Urkiola, cuando en realidad ella podría ser la siguiente víctima. En consecuencia, para no regresar con las manos vacías, su única esperanza era que Domecq hubiera encontrado alguna pista y no se lo hubiera comunicado. Ante la duda, Ximena le dejó un mensaje, pidiendo pronta respuesta. Sin embargo, por las dudas, le encargó a su secretaria que hiciera los arreglos para regresar a Madrid.

§

Por su parte, antes de recibir el pedido de informes solicitado por Ximena, Domecq estaba buscando al otro testigo presencial del robo al MNBA, el bombero

Anselmo Semino. Ubicar a Casella había resultado sencillo porque seguía viviendo en el mismo domicilio que figuraba en el expediente. En cambio, Semino se había mudado hacía casi cuarenta años, y en el Padrón Electoral no había datos de su actual paradero. Por experiencia propia, Domecq sabía que la mejor forma de encontrar a una persona era mediante la base de datos de la AFIP, pero él ya no tenía acceso, ni mantenía contactos con alguien que lo tuviera y se arriesgara a “filtrar información”.

Cuando el antiguo reloj “cucú” marcó la medianoche, Negro dormía en el sillón y los cansados ojos de Domecq ya no daban más. Para colmo, durante las últimas horas de extenuante búsqueda, apenas había llegado a un par de aproximaciones. Desde 1980, Semino no había votado en ningún lugar del país, pero tampoco figuraba como fallecido.

Física y mentalmente agotado, sin siquiera vislumbrar un camino alternativo, decidió acostarse. Antes, en medio de su limpieza dental y cuando dudaba entre ducharse a mitad de la noche o hacerlo a la mañana, le cayó una ficha: «¿Y los meta buscadores que los periodistas usábamos para encontrar gente que no quería ser encontrada?».

FIN CAPÍTULO (VII): Matar o morir

CAPÍTULO (VIII): Una chacra en Pontevedra

Cuando el canto de los zorzales anunciaba el amanecer, y pese a que se había acostado muy tarde, Domecq se despertó con un nombre en su cabeza: “Intelius”. De inmediato, pero con mucho esfuerzo, se levantó y en pantuflas y pijamas, se sentó frente a la PC y la encendió. Cuando ingresó al programa para buscar personas que había utilizado como periodista, se encontró con una versión actualizada pero que le seguía resultando familiar. Luego de no pocos intentos,

descubrió a un Anselmo Semino que vivía en la localidad de Las Parejas, pero por el número de documento era mucho más joven que aquel bombero del museo. Tal vez fuera un hijo. Al ver el número de teléfono del supuesto hijo del bombero, su primera reacción fue llamarlo en ese mismo momento, pero un resabio de sentido común le hizo entender que era descabellado llamarlo a esa hora de la madrugada. Además, le surgieron nuevas preguntas: «Si es el hijo y me comunica con el bombero Semino, ¿qué le digo? ¿Le propongo una interminable entrevista telefónica a larga distancia? ¿Le aviso que me tomo un avión a Santa Fe y voy a verlo?». Finalmente, su instinto de conservación disipó las elucubraciones y lo encaminó hacia la tan necesaria ducha matutina.

Al salir del baño, caminó hasta la cocina, donde el gato lo esperaba mirándolo con insistencia. A continuación, gracias a la ayuda de dos tazas de café bien cargado, preparó la comida de Negro y comenzó a ordenar sus ideas, antes de llamar a Las Parejas.

Recién cuando le pareció que era una hora prudente, hizo el llamado. Lo atendió Semino hijo, quien, tras escuchar las explicaciones de Domecq, le informó que su padre vivía en Pontevedra, partido de Merlo, Provincia de Buenos Aires. En esa chacra no había teléfono fijo y su padre no usaba celular, pero “La Aurora” era un antiguo establecimiento rural, muy conocido, y cualquier vecino del pueblo le podría indicar cómo llegar hasta lo de don Anselmo Semino, el soguero.

Esa misma mañana, bajo un cielo azul, limpio y transparente, Domecq condujo su Coupé Chevy 1971, roja, hasta la estación de servicio de Arias y Lincoln. Luego de llenar medio tanque, se trasladó hasta la panadería La Española y compró una buena cantidad de biscochos de grasa, porque no sabía cuántas personas vivían con don Anselmo. Cruzó las vías del tren Sarmiento, avanzó por Blas Parera bordeando la Resera Natural de Morón, atravesó la localidad de Libertad y llegó a Pontevedra. En la calle principal, estacionó frente a una fábrica de pastas y preguntó cómo llegar hasta la chacra “La Aurora”, donde vivía el soguero Anselmo Semino. Con amabilidad provinciana, una señora de cabello blanco y rostro apergaminado le indicó que siguiera por la Avenida de la Unión, en dirección a la localidad de 20 de Junio y, luego de unos cuatro kilómetros, sobre la

mano derecha, debería estar el viejo cartel de publicidad indicando la soguería.

Domecq respetó las indicaciones y unos veinte minutos después ya estaba frente a la tranquera de la “La Aurora”. Mientras bajaba del auto, prestando mucha atención a dos perrazos que se le acercaban ladrando, el novelista e investigador escuchó una voz cascada por los años.

—¿Qué desea? —preguntó, desconfiado, un paisano de boina, bombacha y alpargatas, bastante mayor que Domecq, pero más bajo y más flaco, sin anteojos pero con la piel curtida.

—Busco al señor Semino —respondió Domecq en voz alta.

—¡A cucha! —sonó un grito ronco y los perros se volvieron para la casa, con la cola entre las patas.

Mientras el viejo paisano se sacaba la boina a modo de saludo, Domecq insistió.

—¿Usted es don Anselmo?

—El mismo que viste y calza —dijo mientras esbozaba una sonrisa que delataba una dentadura incompleta—. ¿Y usted? —preguntó manteniendo el tono distante.

—Mi nombre es Jorge Domecq y hablé con su hijo. Estoy escribiendo una novela sobre uno de los cuadros del MNBA —comenzó con prudencia.

—¿Y?

Recién entonces, Domecq se animó a preguntar:

—¿Qué me puede contar del robo de 1980?

—¡Nada! ¡Nada de nada! —respondió el paisano chúcaro, levantando la voz como ante una agresión o una amenaza—. ¡Ni loco! —agregó con la cara desencajada, como si le hubieran pedido remover las brasas del infierno.

—¿Por qué? —preguntó Domecq, en tono suave y respetuoso.

—¿Por qué? ¡Porque si hablo me matan! —dijo asustado, mientras miraba para ambos lados.

—¿Quiénes?

—La “Triple A” —dijo y con un gesto lo invitó a pasar.

Caminaron en silencio hasta un fogón, donde Anselmo se agachó a reavivar las brasas.

Durante su larga experiencia profesional, cada vez que tuvo la necesidad de convencer a alguien, Domecq se había dirigido a la cabeza de su interlocutor, pero para persuadir a Semino, debía llegar a su corazón. Entonces, poco a poco, gracias a su capacidad innata para la persuasión, con paciencia y mucho respeto, buscando las palabras y el tono adecuado, logró superar la desconfianza y comenzar un diálogo.

A partir de ese momento, sentados bajo las casuarinas y sin apuro, los hombres comenzaron a hablar de bueyes perdidos y a intercambiar anécdotas de sus largas vidas. El visitante compartió la generosa bolsa de bizcochos y el dueño de casa preparó un mate con toques mágicos, con esos yuyos que solo la gente de campo conoce y guarda en secreto.

A medida que entraban en confianza, Domecq fue orientando la conversación hacia su agrí dulce experiencia laboral, esperando que —a su vez— Anselmo hablara de sus años como sereno del Museo Nacional de Bellas Artes.

—Cuando me jubilé, después de ejercer el periodismo durante cuarenta años, me sentí con las manos vacías —comenzó Domecq, mientras se acomodaba sus gruesos anteojos de carey oscuro—. Desde muy joven, siendo aprendiz, me gustaba el olor a tinta y el ruido de las viejas máquinas de la imprenta del diario. Yo fui autodidacta. Nunca tuve diploma de periodista, pero mis colegas mayores me enseñaron la importancia de observar, preguntar y verificar, antes de escribir. Yo tenía un trabajo interesante, pero —de pronto— todo cambió. Viudo y con una jubilación miserable, en medio de la crisis, me pregunté: «¿Para qué seguir viviendo?». Por suerte, me ofrecieron publicar notas en un diario digital y recientemente me animé a saltar del periodismo a la literatura y escribí un par de novelas policiales —concluyó.

Mientras prestaba respetuosa atención al relato de Domecq, sin hacer ruido y con movimientos lentos, don Anselmo había sacado la pava de las brasas. Entonces, aprovechando la pausa, dijo: «Ya vuelvo», y se retiró. Minutos después, apareció con unos pedazos de carne que acomodó sobre la parrilla.

—Yo fui un hombre de “a caballo” —empezó Semino, arrastrando las sílabas, como si las mordiera—. Nací acá, cuando todo esto era campo. Mi familia criaba caballos y mi papá había contratado a un domador, de apellido Pineda, que era descendiente de los indios Pampa. Desde que lo vi trabajar con los animales, crecí envidiando las habilidades de ese hombre.

Luego de una pequeña interrupción para concentrarse en el fuego, la parrilla y la carne, continuó:

—Recuerdo que Pineda me decía: «Para amansar a un caballo hay que tratarlo con suavidad, respeto y tiempo. Si lo maltratás durante la doma, nunca va a confiar en vos por miedo a que le pegués de nuevo». Pineda se acercaba lentamente al potro y le hablaba, luego de un rato lo tocaba, lo palmeaba, hasta estar tan cerca como para poder soplarle en el hocico. Le juro que nunca vi un caballo que se resistiera a su cariño.

—¿Y usted aprendió esa técnica? —preguntó Domecq.

—La teoría sí, pero se necesita algo más. Ese hombre tenía un “don”, “un ángel” irrepetible. Lo mío eran los cueros y las sogas. Desde sobar tientos a trenzar lazos, incluyendo la reparación de monturas, cinchas, cabezadas y riendas —dijo Semino mostrando sus manos fuertes y ásperas.

—¿Y cómo pasó de soguero a bombero? —preguntó Domecq.

—Primero, una temprana y maldita artritis me obligó a abandonar el trabajo manual. Luego, un cliente de mi talabartería y funcionario público me conchabó, en blanco y con aportes. La verdad es que, en el Museo, yo era un segundo sereno que solo intervenía en caso de incendio —dijo Semino mientras daba vuelta el asado y ponía pan a calentar en el borde de la parrilla.

—Como le dije antes, estoy escribiendo una novela sobre uno de los cuadros del MNBA, que fue robado en 1980. El sereno Jacinto Casella me estaba ayudando, pero tuvo un problema de salud...

—¿Cómo está Jacinto? —interrumpió Semino.

—Tuvo una descompensación y lo internaron un par de días. Ya está en su casa, pero debe hacer reposo por un tiempito —respondió Domecq, antes de

animarse a preguntar—. ¿Qué me puede contar del robo de 1980?

—¡Nada! ¡Prefiero no contar nada! —dijo don Anselmo, pero sin la firmeza inicial.

—Si es por la “Triple A”, le informo que ya están todos muertos menos Lorenzo que está preso, aunque por su edad y salud tiene prisión domiciliaria.

—¡Gracias a Dios! Ojalá se pudran en el Infierno —descargó un poco de bronca, apretó los puños y escupió al piso de tierra, antes de preguntar—: ¿Qué le contó Jacinto?

—El señor Casella me contó que en 1980 era sereno del MNBA y que la noche de Navidad detectó humo y fue a buscarlo a usted que era el bombero. Según sus recuerdos, ambos subieron hasta la sala Santamarina y descubrieron el robo. Llamaron a la policía, que los interrogó por separado. Finalmente, a él lo llevaron en un vehículo, encapuchado y ya no supo más nada de usted. Lo último que contó fue que lo torturaron y le preguntaban quién estaba detrás del robo.

—¡Igual que a mí! Fue una caza de brujas, torturaron a medio mundo porque para los milicos todos éramos sospechosos. ¿No dijo nada de Magister? —preguntó Semino.

—Sí. Mencionó que era la empresa fantasma creada para manejar el botín de guerra de la dictadura militar.

—¿Nada más?

—Dijo que el general Paladino, cofundador de la “Triple A”, también era el creador de Magister.

—¿Qué más?

—Magister Seguridad Integral trabajó para el MNBA.

—¿Algo más?

—No. Nada que yo recuerde —concluyó Domecq.

—¿No habló de un entregador? —preguntó Semino.

—¡No! Él no usó esa palabra, ni insinuó nada parecido —respondió Domecq incómodo por esa suerte de juego de adivinanzas. Entonces, preguntó—: ¿Y usted qué cree? ¿Magister tuvo que ver con el millonario robo al MNBA?

—Creo que Magister armó el “robo llave en mano” —respondió Semino

mirándolo a los ojos.

—¿Para quién? —interrumpió Domecq, sin poder controlar su ansiedad.

—No sé para quién, pero en esa época los milicos estaban en todo —
concluyó.

—Supongamos que en mi novela cuento que Magister participó del robo.
¿Le parece que hay elementos para respaldar esa afirmación o voy en cana?

—Yo le puedo contar lo que sé, pero después —como usted sabrá mejor que yo— todo depende del juez que te toque, y no pongo la mano en el fuego por ninguno. Y hablando de fuego “el asado a punto, debe comerse caliente” —
sentenció Semino esbozando una sonrisa al tiempo que se acercaba a la parrilla.

Mientras el irresistible olor del asado relegaba al perfume de las casuarinas, don Semino cortó un pan y lo usó para sostener un pedazo de carne con la mano izquierda sin quemarse los dedos. Luego, mientras mordía un extremo de la carne, con el cuchillo en la otra mano terminó de cortarla y listo. Ya podía masticar ese manjar. Como el viejo asador comía sin mirarlo y sin decir nada, Domecq comprendió que tenía que imitarlo y comer sin plato, ni tenedor. Entonces, optó por una solución intermedia: cortó un pan al medio, le puso un pedazo de carne adentro y se lo comió tipo choripán.

Ambos masticaban en silencio y, cuando Semino se levantó a buscar algo, Domecq imaginó que volvería con una botella de vino, pero tuvo que conformarse con más agua fresca de pozo.

Entonces, siempre con máximo respeto, Domecq se animó a sugerir.

—¿Qué le parece si me cuenta algo más de Magister?

FIN CAPÍTULO (VIII): Una chacra en Pontevedra

CAPÍTULO (IX): Perros y gatos

Atraídos por el apetitoso aroma a carne asada, los perros de don Semino empezaron a merodear la parrilla con la expectación de arrebatarse algún bocado. Pero recién cuando los comensales se dieron por satisfechos, el viejo parrillero se acordó de los animales y los recompensó generosamente.

Aprovechando ese momento de distensión, y con sus mejores modales, Domecq se animó a proponer:

—¿Qué le parece si seguimos hablando de Magister?

—Bueno —dijo Semino, con un suspiro de resignación—. Liquidemos el mal trago de un tirón. Pero tenga en cuenta que voy a repetir lo que le escuché, en un calabozo, a un NN, un detenido clandestino, un encapuchado identificado con un número, con quien compartí celda durante mi interrogatorio. El pobre tipo sabía que lo iban a torturar hasta la muerte o lo iban a tirar con vida al mar, desde algún avión. Como sus horas estaban contadas, no tenía nada que perder y hablaba sin que le preguntaran.

Después de un alto para tomar agua y mientras Domecq seguía en silencio, continuó:

—Ese NN había sido cerrajero y de los buenos. Ya en la cárcel, pero antes del robo, miembros de “La patota” (así llamaba el encapuchado a los paramilitares), le habían mostrado fotos de cerraduras del museo, para que indicara las herramientas que serían necesarias para abrirlas.

—¿Ya conocían el edificio y tenían fotos de las cerraduras? —interrumpió Domecq.

—¡Sí! El NN me repitió que tenían planos, acceso a las alarmas y ubicación de las obras de arte que iban a robar.

—Pero... ¿cómo? —volvió a interrumpir Domecq.

—¡Porque los lobos cuidaban a las ovejas!

—¿Qué?! —exclamó Domecq.

—Magister, la empresa de Paladino, hacía la vigilancia del MNBA.

—¿La misma empresa que manejaba el botín de la “Triple A”? —preguntó con su dramática voz de tango, aunque ya conocía la respuesta.

—Sí.

—¿A quién más le contó esto?

—Primero hablé con el fiscal del caso y luego con el juez, en Tribunales pero a puertas cerradas.

—¿A alguien más?

—A una periodista... Martín García.

—¿Patricia?

—Sí. Vino dos veces. Primero no logró sacarme nada. Yo estaba cagado en las patas y por terror a un nuevo encierro preferí no hablar. Pero, después de un tiempo volvió y me mostró papeles que confirmaban lo que me había dicho el NN, entonces le conté.

—¿Qué recuerda de esos papeles que le mostró Patricia?

—No mucho... había un folleto de oro del Perú en el MNBA y decía que la exposición estaba custodiada por Magister.

—¡Buen dato! ¿De qué más hablaron con esa escritora? —insistió Domecq, sin mencionar que conocía a Patricia.

—Pregúntele a ella —dijo Semino, cambiando el tono y evidenciando su hartazgo.

—Está muerta —respondió Domecq y viendo la cara de susto que ponía Semino, enseguida aclaró—. Fue muerte natural. Falleció después de una larga enfermedad.

—Dejamos acá —dijo en un tono que iba más allá de la sugerencia.

—Una pregunta más sobre... —empezó Domecq, pero no pudo terminar la frase.

—¡No! Hasta acá llegué —respondió con firmeza y mirada dura—. ¡Basta de revolver mierda! —reaccionó como un potro arisco—. La paciencia tiene un límite. Esto es muy doloroso para mí. Usted no tiene derecho a pedirme que reviva los peores momentos de mi vida.

Un oportuno viento inhóspito, que comenzó a soplar entre las casuarinas, le proporcionó a Semino la excusa para dar por terminada esa dura sobremesa.

Parados frente a frente, mirándose a los ojos, con un apretón de manos, los

hombres se despidieron sin palabras. No hacían falta.

En silencio, esbozando un gesto de agradecimiento, Domecq tuvo que aceptar otro fracaso. Un fracaso a medias, pero fracaso al fin. Por segunda vez consecutiva, una pista —que podía acercarlo a los cuadros robados— terminó en un callejón casi sin salida. Apenas había confirmado un dato: “Magister”.

Encendió el motor del Chevy, pero esta vez los perros no ladraron, quizás porque ya conocían el auto o porque estaban entretenidos con las sobras del asado. A marcha lenta, con prudencia, el visitante atravesó la tranquera y recién entonces aceleró, levantando una nube de tierra. De pronto, una gallina apareció de la nada y se cruzó en el camino. Domecq reaccionó a tiempo y logró esquivar a la pobre bataraza, que huyó despavorida, aleteando y gritando como loca. Por desgracia, las ruedas pisaron el barro de la banquina y un fango pestilente enchastró el impecable Chevy.

Furioso, en cuanto llegó al asfalto, Domecq buscó un lavadero de autos y se detuvo en el primero que encontró. Mientras esperaba que la coupé recuperara su atractivo, caminó hasta un puesto donde vendían salame, queso y pan casero. Si bien acababa de comer un succulento asado, no pudo resistirse a la tentación de comprar esas delicias regionales.

Mientras esperaba que terminaran de lavar su auto, Domecq escuchó la voz atemporal de Leonor.

—¡Hola, gruñón! ¿Para sacarte la bronca vas a romper la dieta?

—¡Hola, mi amor! No voy a comer esto ahora. Es para hacer una picada en lugar de la cena —se defendió el viudo.

—Bueno, está bien. Hablando de otra cosa, ¿no se te fue la mano con el pobre Semino?

—¿Te parece? Yo iba tranqui, de a poco, y de pronto saltó como leche hervida —explicó Domecq.

—¿Te olvidaste del terror? Yo creo que Semino pasó de manso a arisco cuando vos le hiciste recordar el terror —opinó ella, antes de cambiar de tema—. Decime, si los dos testigos presenciales habían coincidido en señalar a Magister, ¿por qué seguiste escarbando hasta que Semino explotó? Me parece que estás

obsesionado con la verdad, pero para tu novela basta con la verosimilitud — concluyó ella con una afirmación contundente.

Cuando Domecq iba a reaccionar, la escena imaginaria se esfumó porque el muchacho lava coches lo trajo a la realidad al decirle que el auto ya estaba listo y tenía que pasar a pagar por la caja.

Al llegar a su casa, Domecq saludó a Negro; apenas logró que levantara la cabeza, sin bajarse del sillón y ni siquiera mover la cola.

Vislumbrando que tenía por delante un par de horas hasta la cena, Domecq decidió encender su antigua y robusta pipa Peterson, para disfrutar el relajante placer de fumar en ella. Tal como le había sugerido un experto, encaró el acto de cargar la pipa como parte de un placentero ritual. Volcó en la palma de la mano el tabaco que iba a utilizar y lo frotó entre ambas manos, dejando caer sobre una hoja de papel las hebras que se iban soltando. Con el tabaco que había caído en la hoja, llenó la pipa y lo prensó hasta completar un tercio de la capacidad del hornillo. Por último, la encendió con fósforos y, al percibir el agradable aroma, comenzó unas inspiraciones suaves, para evitar que el humo le llegara muy caliente a la boca, con riesgo de quemarse la lengua. Finalmente, murmuró: «¡Esto es vida!».

El momento de placer proporcionado por el bouquet del buen tabaco finalizó abruptamente cuando recibió un mensaje de Ximena reclamando un informe sobre lo realizado durante la primera semana de contratación. Al leer el pedido de su jefa, al viejo sabueso se le pusieron de punta los pocos pelos que quedaban en su cabeza. Aunque se tratara de algo rutinario, Domecq no quería reconocer que su investigación estaba empantanada y solo podría volver a avanzar cuando se recuperara el pobre Jacinto Casella. Entonces, con una redacción que bordeaba lo novelesco, el veterano investigador explicó las dificultades que debió superar hasta ubicar, cuarenta años después, a los dos únicos testigos presenciales del robo al MNBA. Luego, comentó la increíble mala suerte que implicaba la internación del primer testigo antes de que pudiera terminar de contar todo lo que sabía. No obstante, el sereno y el bombero habían

confirmado la sospecha de Patricia Martín García respecto a la vinculación entre la empresa de seguridad Magister y el MNBA. Finalmente, Domecq mintió al concluir con una generosa autoevaluación: *«Ha sido una primera semana plena de avances»*.

Una vez que le envió la respuesta a la doctora Barrantes, Domecq repasó sus notas sobre las charlas con Casella y Semino. Ambos testigos presenciales habían coincidido en sus recuerdos sobre la noche del millonario robo, pero cuando sus relatos llegaron al momento en que fueron torturados, los dos se bloquearon y no pudieron seguir hablando. Parecía que las torturas les habían borrado la memoria.

La memoria –o la falta de ella– parecía ser el tema medular de la tercera edad. El propio Domecq estaba preocupado por sus frecuentes olvidos de cosas cotidianas. De pronto, como un pensamiento lateral, se hizo una inquietante pregunta: *«¿Casella y Semino perdieron la memoria o tienen miedo de recordar porque implicaría revivir el dolor de aquel hecho traumático?»*.

Fue entonces cuando Domecq tomó conciencia de que todo era una quimera. Todo, pero todo. Desde la ilusoria recompensa de la abogada española, hasta la posibilidad de que un viejo como él encontrara un millonario cuadro desaparecido cuarenta años atrás. Dejándose llevar por el pesimismo, se autoflageló con una injusta conclusión: *«Desde la muerte de Leonor, toda mi vida fue una quimera, una ilusión, un sinsentido, una pesadilla insustancial, una ficción tan absurda como mis novelas»*.

Como si hubiera percibido la evocación a Leonor, Negro bajó del sillón y se frotó contra las piernas de Domecq. Fueron movimientos lentos, nada que ver con las corridas por la casa que hacía cuando llegaba su difunta patrona. Quizás se debía a que por entonces era un gato más joven, pensó Domecq, buscando excusas ante la habitual indiferencia del felino para con él. Después de rascarle la nuca sin esperar un ronroneo de agradecimiento, decidió tomarse unos mates y tratar de distenderse. Con música de Piazzola de fondo, mientras disfrutaba el sabor uniforme de una yerba noble, Domecq le dio de comer a Negro y buscó los productos caseros que había comprado al costado de la ruta, para prepararse una

picada.

El salame de campo acompañado de pan casero resultó ser un manjar. En cambio, el queso estaba demasiado fresco, sin la maduración necesaria para lograr la buena textura y el sabor de un verdadero Sardo.

Entre copa y copa de Malbec, pese a la hora, Domecq decidió llamar a Casella para saber cómo andaba. El viejo sereno le informó que estaba mejor, pero se mantenía reticente a continuar la charla sobre el robo de 1980.

—Te felicito, mi amor —dijo Leonor.

—¿Por qué? —preguntó Domecq, sorprendido por la reaparición de la voz atemporal de su difunta esposa.

—No solo le salvaste la vida a Casella, sino que tuviste la dignidad de no usar esa deuda moral para presionarlo a contarte el resto de la historia del robo al MNBA.

—Nadie es tan malo como aparenta, ni tan bueno como se comenta —respondió Domec.

FIN CAPÍTULO (IX): Perros y gatos

CAPÍTULO (X): Expolio nazi

A la mañana siguiente, Domecq decidió pasar por la Cámara de Sociedades y buscar información de Magister Seguridad Integral. Para su sorpresa, se trataba de una prestadora de servicios fundada en la década del '70, cuyo capital accionario estaba en poder de Magister Internacional, un holding compuesto por un enjambre de empresas de diversa índole (seguridad, transporte internacional, material bélico y muchos otros rubros) con sedes en el país y en el extranjero. La lista de sus clientes era enorme y —entre muchos otros, además del MNBA— figuraba la Fundación Rosenberg.

Desde ese momento, Domecq comenzó a buscar la mejor forma de acercarse

a Anouk, para preguntarle sobre la relación entre la fundación que presidía y el Grupo Magister.

Después de entretener el estómago con un tostado en la confitería Boston, una de las preferidas por Cortázar, a Domecq se le ocurrió aprovechar esa apacible tarde de primavera para invitar a la francesa de ojos ámbar a dar una vuelta, en su coupé, por Buenos Aires. Sorprendida, Anouk atendió la llamada y agradeció la propuesta, pero tenía un compromiso impostergable. En cambio, como pensaba quedar libre a la media tarde, lo invitó a compartir el té de las cinco, en el jardín del Palacio Duhau. Sin pensarlo, Domecq aceptó de inmediato.

El veterano investigador nunca había estado en ese edificio histórico, construido por una aristocrática familia porteña y convertido en un sofisticado hotel de lujo por la cadena Park Hyatt. Este cambio de planes estresó a Domecq, porque no tenía previsto tomar el té en un lugar tan elegante. Luego de regresar a su casa y luchar con su magro guardarropas hasta optar por una camisa de manga larga blanca y un pantalón oscuro, se subió a la coupé y se dirigió al tradicional barrio de Recoleta.

Al ingresar al hotel, se sorprendió al comprobar que Anouk lo esperaba en uno de los sillones del hall de entrada. Juntos se dirigieron hasta el jardín, donde el mayordomo asignado a Anouk les señaló la mesa reservada para ella. Mientras tomaban asiento, Domecq elogió la refinada belleza del icónico palacio. El mayordomo regresó con la tetera y comenzó la ceremonia. Cuando la infusión estuvo a punto, levantó la tetera y lentamente sirvió té negro de la India en ambas tazas. En cuanto el empleado se retiró, mientras la francesa removía suavemente el contenido de su taza, haciendo pequeños círculos con la cuchara, Domecq, tan impaciente como impulsivo, propuso intercambiar información de sus respectivas investigaciones.

—¿Inter... cambiar? —preguntó Anouk, que no había comprendido esa palabra.

—*Échanger* —dijo Domecq con la mala pronunciación propia de su francés básico.

—¡Mercí!... pero... ¿no deberíamos conocernos primero? —preguntó ella—.

Solo sé que usted es un investigador privado recientemente contratado por International Art Recovery.

—Tiene razón. Disculpe. En realidad no tengo mucho más para contarle. Soy un periodista jubilado, novelista de vocación y un investigador privado, al que un par de golpes de suerte lo llevaron a estar presente en el lugar indicado, en el momento justo.

—¿Por ejemplo?

—El caso del asesino satánico de Castelar o la guerra entre las tríadas de la mafia china local.

—¿Y cuál es su relación con Ximena?

—Ella ofreció una recompensa a cambio de información sobre ciertos cuadros robados y yo había tenido la suerte de trabajar con la persona que más investigó ese robo. Por eso me presenté y me contrató —concluyó Domecq con humildad.

—Así que es un hombre de suerte —dijo ella con una sonrisa tan hermosa como sus ojos.

—Pero hay una ley de compensaciones. Afortunado en el trabajo, desafortunado en el amor.

—¡Pobrecito! —bromeó ella.

—Ahora es su turno —dijo Domecq.

—Mi vida actual comenzó a los 14 años cuando fallecieron mis padres y pasé a vivir con mi abuela Nanette Rosenberg.

—¿Sus padres murieron juntos?

—Sí. En el Sahara, corriendo el Rally París-Dakar.

Como Domecq se quedó mudo, ella continuó:

—Mi abuela era hija y heredera de Paul Rosenberg. Supongo que como periodista habrá escuchado hablar de mi bisabuelo Paul.

—Por supuesto. Fue uno de los coleccionistas de arte más importante de Francia.

—Sí, y principal víctima del saqueo nazi —agregó ella.

—¿Y cuál es el objetivo de la fundación que usted preside?

—A diferencia de muchas organizaciones similares, pomposamente dedicadas

a “promover el bienestar de la humanidad”, la misión de nuestra fundación es difundir la obra de Paul Rosenberg.

—¿Hace mucho que la preside?

—Más de diez años —dijo Anouk.

—Disculpe que cambie un poco de tema, pero me sería útil saber por qué su fundación contrató a Magister.

—Eso empezó en la época en que mi abuela presidía la fundación. Nuestra familia había contratado a la famosa firma Art Loss Recovery para buscar los cuadros que nos robaron durante el nazismo. Por entonces, la doctora Ximena Barrantes todavía no tenía su propia empresa y trabajaba para esa organización británica. Fue ella quien nos dijo que en Argentina no entraban ni salían cuadros importantes sin la intervención de Magister, porque tenían el monopolio de la seguridad en materia de objetos de arte, desde la década del 70.

—¿Quién de Magister se contacta con usted o su fundación?

—El ingeniero Craigson. Un hombre circunspecto. ¿Suficiente? —preguntó Anouk con una forzada sonrisa que intentaba disimular su desinterés por el tema. A continuación, aprovechando que un viento arremolinado comenzaba a adueñarse del apacible jardín, la francesa hizo una propuesta.

—¿Qué le parece si entramos al Piano Bar y pedimos macarons con champagne? —propuso Anouk.

—¿Con champagne? —se sorprendió él.

—Sí. Es un maridaje bien francés, para estimular los sentidos —respondió ella, entrecerrando los ojos y con un tono de voz que a Domecq le pareció muy sensual.

El Piano Bar era un ambiente amplio, con grandes ventanas y acceso a magníficas terrazas, al entrar Domecq pensó en Leonor. «A ella le hubiera encantado conocer este palacio».

—¿Le parece bien este lugar? —preguntó Anouk, con su encantadora sonrisa, al tiempo que señalaba una mesa junto a un ventanal con vista a la zona verde de la ciudad.

—¡Perfecto! —respondió, mordiéndose el labio para frenar un inoportuno

piropo.

Ya sentados, ante la presencia de la joven uniformada que se acercó a atenderlos, Anouk ordenó:

—S'il vous plaît, una botella de champagne Demi Sec y dos macarons de chocolate amargo, y otros dos de almendras, dos de pistacho y dos de fresa.

—¿Todo eso? —preguntó asombrado Domecq.

—Son pequeños y combinan los sabores preferidos para consentir mi paladar.

Y el champagne Demi Sec tiene ese delicado dulzor que lo hace ideal para acompañar estas delicias.

Mientras la francesa de ojos ámbar saboreaba la primera copa, Domecq le preguntó:

—¿Cuál fue la motivación para que eligiera dedicar su tiempo a esta fundación?

—¿Realmente le interesa mi vida o está buscando historias para alguna novela? —preguntó Anouk mirándolo a los ojos.

—Me interesa muchísimo pero no quiero incomodarla.

Como Anouk se sentía a gusto hablando con ese hombre que podría haber sido su padre, le respondió:

—Durante mi adolescencia, desde que empecé a vivir con mi abuela, ella intentó infinidad de veces, sin éxito, contarme la historia de mi prestigioso bisabuelo —comenzó Anouk, antes de hacer un alto para servirse un macaron—. Pero a esa edad, a mí solo me interesaban las desventuras del par de locos que me dejaron huérfana al matarse mientras participaban de un maldito rally. Varios años después, poco antes de graduarme en el Lycée des Arts de París, tuve que elegir el tema de mi tesis. Yo había evaluado varias opciones sin que ninguna me convenciera, pero una decisión del gobierno francés me brindó una oportunidad inesperada. Hasta entonces, en Francia, gran parte de los documentos sobre el expolio de obras de arte durante el régimen de Vichy tenían carácter secreto y, por lo tanto, eran inaccesibles al ciudadano común. Pero cuando en Argentina estalló el escándalo de la Galería

Wildenstein, y se descubrió un gigantesco depósito de obras de arte robadas por los nazis, las autoridades francesas decidieron desclasificar los archivos relacionados con este caso y otorgar un permiso especial a las víctimas del saqueo, para que pudieran investigar si alguna de las obras que les robaron estaba en ese depósito de Buenos Aires —relató Anouk, en tono familiar, antes de hacer un alto para elegir otro macaron y tomar nuevos sorbos de champagne.

Por su parte, Domecq seguía atento a ese relato, tan minucioso que le permitía visualizar mentalmente las escenas.

—¿En español se usa el refrán “*Tuer deux oiseaux d'un seul coup*” —preguntó la francesa.

—Sí.

—Merci. Entonces, era mi ocasión de “matar dos o más pájaros de un tiro”. Por un lado, ejercer la representación de nuestra familia en un tema tan sensible implicaba una gran experiencia personal y un verdadero honor. Además, era muy probable que al revisar esos documentos encontrara información inédita, útil para enriquecer mi trabajo final de grado. Pero también podría ser la oportunidad de saldar una asignatura pendiente y empezar a colaborar con la Fundación Rosenberg, tal como mi abuela me pedía. Entonces, lo propuse y ella aceptó.

Mientras el piano aportaba una leve música de fondo, y Domecq la escuchaba con atención, Anouk continuó relatando episodios de su vida, hasta que recibió una llamada. Con suma simpatía la francesa pidió disculpas y se levantó por un instante, pero dejándole una adivinanza.

—Si el mejor lugar para esconder un elefante es dentro de una manada de elefantes, entonces ¿cuál es el mejor lugar para esconder un cuadro? *Je reviens tout de suite*.

Pensativo, intentando resolver el acertijo, Domecq bebió un par de tragos hasta terminar otra copa de champagne.

En cuanto regresó, Anouk volvió a pedir disculpas por la interrupción y preguntó:

—¿Ya tiene la respuesta?

—¡Un museo! —respondió Domecq en tono ganador.

—Tibio, tibio. El museo sería un buen lugar si no estuviera sometido a tantos controles y medidas de seguridad. En cambio, las galerías de arte suelen ser propiedad privada y es más fácil corromper a un empresario que a toda una organización burocrática.

—Antes mencionó que en Buenos Aires hay una de esas galerías sospechadas.

—¡Sí! La Galería Wildenstein, acusada de ocultar obras de arte robadas durante la ocupación nazi.

—¿Usted cree que en esa galería, además de cuadros robados a su familia, podría estar el Renoir que busca la doctora Barrantes?

—¿Por qué no? —respondió mientras se ponía de pie y le explicaba que tenía acordada una video llamada con Francia y debía retirarse a su habitación.

—Á bientôt —susurró la enigmática Anouk.

—Hasta pronto —respondió Domecq con una sonrisa que le quitaba años de encima.

Antes de salir del Hotel, Domecq se sentó en uno de los espléndidos sillones del hall central y aprovechó el WiFi para volver a revisar la lista de clientes de Magister. Como no estaban listados por orden alfabético, la búsqueda no fue rápida.

«Bingo», pensó Domecq cuando descubrió que la misteriosa Galería Wildenstein, también era cliente de Magister.

La euforia de Domecq se basaba en su creencia de que la casualidad no existe. Entonces, si no era casualidad, la vinculación entre Magister y las tres instituciones afectadas por los robos de obras de arte podría ser una pista, o al menos un indicio. Su hipótesis era que los empleados de Magister ingresaban a los edificios para prestar su servicio de vigilancia y, una vez adentro, posibilitaban la entrada de sus cómplices para concretar el robo.

En realidad, más que una pista, Domecq solo había encontrado una buena hipótesis de trabajo, que necesitaba ser confirmada con elementos de prueba. Fue entonces cuando abandonó la recepción del hotel y caminó sobre una alfombra de flores violetas, caídas de los jacarandás, hasta el estacionamiento.

Al llegar a la avenida del Libertador al 1400, Domecq se encontró con la

escena del robo.

FIN CAPÍTULO (X): Expolio nazi

CAPÍTULO (XI): COMISARIO MENESES

Jorge Osvaldo Domecq dejó atrás un atardecer naranja y rojizo para ingresar al Museo Nacional de Bellas Artes. Allí, durante la lluviosa noche del 25 de diciembre de 1980, se había llevado a cabo el mayor robo de objetos de arte de nuestra historia.

Una vez que ingresó al edificio se presentó a la responsable de la biblioteca y le contó que buscaba información de respaldo para una novela sobre uno de los cuadros robados al MNBA. A pesar de que ya era el horario de cierre, la empleada se manifestó encantada de poder colaborar con un proyecto de esa naturaleza, consultó el catálogo y le imprimió una lista de libros, ensayos y documentación sobre el robo. Si bien no lo sorprendió, el libro que encabezaba la lista era su bien conocido *Pasaporte al olvido* de Patricia Martín García, seguido por otros libros valiosos, en distintos idiomas. También había copia del expediente del caso, ensayos y artículos periodísticos.

—Me parece que el libro de Meneses podría ser útil para su trabajo —dijo Eleonora, la amable bibliotecaria.

—¿Por qué? —preguntó Domecq.

—Después del robo de 1980, la Asociación Amigos del Bellas Artes contrató a un detective privado de su confianza, Evaristo Meneses. ¿Lo recuerda?

—Creo que fue comisario —dijo él.

—¡Sí! En palabras de Juan Sasturain fue “un comisario con fama bien ganada de duro e incorruptible”, famoso en la década del ‘50 y del ‘60, por haber logrado el récord de resolución de casos en la Policía Federal —comenzó ella. Y, al ver a Domecq tan visiblemente interesado, continuó—: Una vez jubilado, Meneses había creado su propia oficina de detective privado y la Asociación de Amigos del Bellas Arte lo contrató para esclarecer el robo al museo —concluyó la cordial mujer cuyos anteojos, casi tan

gruesos como los de Domecq, pero con marco más liviano y elegante, no lograban opacar su natural belleza de intelectual madura.

—¿Cuál es el libro de Meneses? —preguntó Domecq, quien ya intuía que esa investigación paralela, de un comisario retirado, podía tener información no contenida en el voluminoso expediente judicial del caso, que ya había leído un par de veces.

—El título es *Meneses contra el hampa*, y está digitalizado, así que puede consultarlo on line, gratis. Es una autobiografía donde —con su propio lenguaje, de sesgo malevo— incluyó relatos, basado en hechos reales, protagonizados por él.

Ansioso, tomó nota de los datos de referencia y el link correspondiente a la autobiografía de quien fuera considerado el detective porteño, más parecido a “Marlowe”. Luego de intercambiar datos para posibles contactos, Domecq agradeció efusivamente a Eleonora, y emprendió el regreso a Castelar.

Después de un día más ajetreado que esperanzador, Domecq llegó a su casa pasadas las diez de la noche. Al abrir la puerta, se encontró con Negro, que lo recibió evitando el contacto visual y mirándolo de soslayo. Como además de bronca, la mascota debía tener hambre, pese a su cansancio y sin siquiera sacarse la ropa, le preparó la comida.

Una vez que atendió al gato, pudo darse el gusto de disfrutar esa gran inversión que había resultado ser la ducha escocesa. Domecq permaneció bajo los chorros de agua a diferente temperatura hasta que el estómago le recordó que solo había almorzado un tostado, mas la merienda con macarons y champagne. De inmediato, se secó y —en pantalón pijamas y pantuflas— fue a la cocina, abrió la heladera y se sorprendió gratamente con el el salame casero que había comprado al costado de la ruta. En realidad, dada su fragilidad estomacal, después del champagne con Anouk, hubiera sido prudente conformarse con una sopita de cabellos de ángel, pero necesitaba ingerir algo reconfortante y, si era rico, mejor. Pese a que el salame de campo merecía ser acompañado por un buen tinto, Domecq evitó las bebidas alcohólicas.

Ya frente a su PC, descargó el prometedor libro de Meneses y comenzó a leerlo como un lector cómplice, buscando indicios que el autor podría haber dejado escondidos entre líneas para que solo los descubriera un lector tan atento como él. Al

revisar el índice, encontró que el capítulo 22 estaba dedicado al tema que le interesaba: “1980: el caso del robo al MNBA”. La primera decisión de Meneses fue elegir un camino diferente al seguido por sus colegas en actividad. Por eso, en vez de concentrarse en los dos testigos presenciales (el sereno y el bombero), Meneses investigó a las personas que habían ingresado al edificio del museo en los días previos al robo. Por ejemplo, para la exposición “El oro de Colombia” –que contaba con 300 piezas valiosas y fáciles de transportar–, la empresa aseguradora exigió un servicio adicional de seguridad privada. Fue entonces cuando las autoridades del Museo contrataron a la empresa Magister. En cuanto Domecq leyó ese nombre, casi salta de su silla. El comisario Meneses confirmaba los dichos del bombero Anselmo Semino. Al prestar servicios de vigilancia durante la exposición de oro del Perú, la gente de Magister había tenido acceso a todo el sistema de seguridad del museo.

Domecq había recurrido a numerosas fuentes distintas en busca de información sobre Magister, ignorando que todos esos datos estaban disponibles en el libro de Meneses. En sus memorias el comisario desmenuzó la historia de esa empresa fantasma que manejaba los bienes robados a las víctimas del terrorismo de Estado: creada en 1976 por el general Paladino (cofundador de la “Triple A”) e integrada por Aníbal Gordon, Eduardo Ruffo y Ernesto Lorenzo, todos miembros de la Alianza Anticomunista Argentina.

Pero lo más relevante era que, según Meneses, durante las semanas previas a la exposición de “El oro de Colombia”, Gordon, Ruffo y Lorenzo habían tenido acceso a las instalaciones del MNBA para implementar las medidas de seguridad adicionales que ellos recomendaban para ese multitudinario evento y esto les daba una *expertise* insuperable.

Evaristo Meneses había sido un policía íntegro, que estuvo siempre del lado de la ley y enfrentó a quienes la violaban, ya fueran delincuentes comunes, funcionarios corruptos o grupos parapoliciales. Por eso, su instinto de sabueso se puso en alerta al ver que los lobos habían estado cuidando a las ovejas. Entonces, removió cielo y tierra hasta que encontr  la factura de Magister por los servicios prestados al museo.

En su libro, Meneses también relata otro hallazgo significativo: “Entre las cosas que dejaron los ladrones en la sala Santamarina había una botella vacía de

whisky de marca ‘Los criadores’, que tenía la huella de un dedo pulgar claramente impresa sobre la superficie de vidrio”. Este párrafo se completaba con un par de notas al pie de página: (1) “El dictamen que la División Rastros y Huellas hiciera sobre esta botella nunca se incorporó al expediente de este caso”; (2) “Esa marca de whisky era la preferida de Aníbal Gordon”. Entonces, Meneses se comunicó con el juez de la causa y le sugirió que hiciera comparar las impresiones digitales de Gordon, Ruffo y Lorenzo con las halladas en la botella de whisky vacía dejada por los ladrones en el museo.

A medida que avanzaba en la lectura, Domecq sentía que ingresaba en un estado hipnótico, como si Meneses lo llevara de la mano por un laberinto que terminaba en el Renoir que buscaba Ximena.

Pero esa sensación de soñar sin perder conciencia de lo que ocurría alrededor chocó pronto contra la realidad. En 1980 el país estaba gobernado por la dictadura militar y “desde arriba” se ordenó bloquear cualquier investigación “no oficial” sobre el robo al MNBA. Finalmente, ante las amenazas recibidas, las autoridades del museo decidieron cancelar la contratación de Meneses.

Así, abruptamente, había terminado la investigación de Meneses y también ahí se cortó la mejor pista de Domecq. Esta nueva frustración, más dura que las anteriores porque se había sentido más cerca de la verdad, desencadenó una ebullición de ira reprimida que creció en su interior, hasta que ya no pudo contener la bronca y – en plena noche– gritó a voz de cuello: «Me cago en mi mala suerte» «¿Por qué siempre me pasa lo mismo?».

Como en otras situaciones similares, la reacción instintiva de Domecq fue buscar algo fuerte para tomar hasta olvidar, pero esta vez hizo el esfuerzo de resistir la tentación. Con la mente en ebullición, sin saber qué hacer, ni qué pensar, mecánicamente, desenchufó el celular y revisó los últimos mensajes que le habían llegado. Entre muchos otros, encontró uno de Ximena y –con excesiva ingenuidad– se aferró a la idea de que serían buenas noticias. Lamentablemente, estaba muy equivocado. Con lenguaje duro y terminología legal, la doctora Barrantes le notificaba la cancelación del contrato que los vinculaba.

—¿Me echó? ¡La muy hija de puta me echó! —gritó Domecq y su voz gastada resonó en el silencio de la noche.

En la notificación, Ximena acusaba a Domecq de no haber avanzado en la investigación. Sin embargo, las verdaderas causas para abandonar el país eran la muerte de Aitor Urkiola y el reciente atentado fallido contra ella misma, cuando una moto subió a la vereda e intentó atropellarla.

Completa y definitivamente derrotado, Domecq buscó la botella de Vodka.

Cuando sonó el despertador, el veterano investigador estaba sumido en un sueño tan profundo que no le permitía recordar por qué estaba tirado en el sillón mientras la cama permanecía intacta. Intentó sentarse, pero tenía una tremenda resaca y se sentía en el peor de los mundos. Todo había comenzado con unas inofensivas copas de champagne, ofrecidas por Anouk, y había continuado con su propia botella de vodka, hasta vaciarla, para intentar olvidar a la maldita española y la fracasada búsqueda de cuadros perdidos.

Le dolía terriblemente la cabeza y tenía mucha sed. Al intentar levantarse para tomar agua, sus músculos agarrotados se lo impidieron. La cabeza le daba vueltas y tenía náuseas irrefrenables. Entró al baño y tomó agua del pico de la canilla. Sin valor para mirarse en el espejo, intentó darse una ducha, pero por los mareos cayó sentado dentro de la bañera. Alzó un brazo, abrió el grifo y el horrible shock de agua fría solo logró hacerlo sentir peor. Cuando ya temblaba de frío, logró abrir el agua caliente y, poco a poco, fue recuperando el control de sí mismo. Pero al pararse y ver su lastimosa imagen reflejada en el espejo, Domecq sintió vergüenza. Una vergüenza profunda, definitiva y final.

«¡Se acabó!».

FIN CAPÍTULO (XI): Comisario Meneses

CAPÍTULO (XII): Picasso, Matisse y Monet

Mientras el sol se hundía en el silencioso ocaso, un viento huracanado arrasaba el candente desierto de Sahara. Casi sin visibilidad y zarandeado por una vorágine de polvo y arena, el jeep Range Rover tripulado por el matrimonio Foch Rosenberg se estrelló contra una duna. Ese trágico accidente, que enlutó para siempre al Rally París-Dakar, dejó sin padres a Anouk cuando solo tenía catorce años.

A partir de ese momento, para Anouk ya nada sería igual. Pasó a vivir con su abuela Nanette quien, con sesenta y seis años sobre sus hombros, debió afrontar el desafío de criar y educar a esa jovencita signada por la tragedia.

Nanette era hija del acaudalado marchand Paul Rosenberg, un visionario coleccionista, amigo y mecenas de grandes pintores como Picasso y Matisse. Además de la famosa pinacoteca, Nanette había heredado un elegante palacete, ubicado en la *rive gauche* del Sena, que ella convirtió en el punto de encuentro de coleccionistas y amantes del arte.

Al mudarse a vivir con su abuela, Anouk logró adaptarse con naturalidad a esos ambientes decorados desde los pisos de mármoles policromados hasta los techos decorados con pinturas rococó.

La generosidad de Nanette, quien se esforzaba en brindarle lo más parecido a un hogar, también posibilitó el ingreso de Anouk a las reuniones de amantes del arte, que disfrutaban la inigualable belleza atesorada en ese edificio. La contemplación de tan maravillosas pinturas fue cautivando a la joven, quien pronto demostró interés por las bellas artes.

Tal vez en respuesta al ancestral llamado de la sangre en busca de sus raíces, después de completar sus estudios en el Lycée des Arts, Anouk decidió incorporarse a la Fundación Rosenberg. Como en esa época el gobierno francés había desclasificado información sobre el saqueo nazi, Nanette le propuso a su nieta que intentara localizar algunas de las valiosas pinturas robadas a su familia.

Pasaron los años y en 2006 falleció Nanette Micheline Rosenberg. La abuela de Anouk había nacido en 1917 y heredado de su padre el amor al arte. Después de la muerte de Nanette, su nieta la reemplazó en el directorio de la fundación. Con solo

treinta y seis años, Anouk comenzó a acariciar telas originales pintadas por Picasso, Braque, Matisse y Renoir, entre otros, pero su principal objetivo siguió siendo la recuperación del arte expoliado por los nazis.

Gracias a su perspicacia y tenacidad, Anouk tuvo varios éxitos, que incluyeron el retorno de obras de Picasso, Matisse y Monet.

Más recientemente, para una nueva búsqueda, Anouk tuvo que viajar a Buenos Aires donde se reunió con la abogada española Ximena Barrantes, una recuperadora de arte robado quien ya había trabajado para la fundación cuando la presidía su abuela Nanette. Ese encuentro con la doctora Barrantes tuvo lugar en el Faena Hotel y también participó el veterano investigador Jorge Domecq, con quien pronto desarrolló un lazo de confianza mutua.

Anouk había llegado a Buenos Aires siguiendo la pista de un cuadro de Henri Matisse, “Mujer sentada”, que en 1940 los nazis le habían robado a su bisabuelo, en París. Lamentablemente, a poco de llegar a Buenos Aires, justo cuando un juez argentino le brindaba la oportunidad de revalidar su derecho de propiedad sobre ese Matisse, una jugarreta del destino la obligó regresar a Europa, impidiéndole concurrir a esa audiencia. Fue entonces cuando –presionada por el tiempo– Anouk le pidió ayuda a Domecq.

Poco antes de subir al avión, lo llamó.

—¡Hola, Domecq! —lo saludó con tono cordial

—¡Hola! ¡Qué gusto escucharla! —respondió él, gratamente sorprendido.

—Estoy en Ezeiza y necesito un favor.

—¡Siempre listo! —bromeó.

—Tengo que ir urgente a Berlín, por el caso “Gürlit”, para negociar un acuerdo con el gobierno alemán para reafirmar nuestros derechos sobre las obras que nos robaron.

—¡Felicitaciones! —dijo Domecq.

—Gracias. Pero esa reunión se superpone con otra acá, en Buenos Aires, en el juzgado de Oyarbide, por el caso de la Galería Wildenstein. Esta audiencia está prevista para pasado mañana, pero yo estaré en Europa —dijo Anouk en tono de preocupación.

—¿No puede postergar alguna? —sugirió el veterano investigador.

—No, ya lo intenté. Por eso le quiero pedir que, por favor, me represente en la audiencia con Oyarbide.

—Pero... ¡no soy abogado! —tomó distancia Domecq.

—No importa, porque mi abogado estará presente. Él ya trabaja para nuestra fundación, pero me voy a sentir más tranquila si alguien de confianza mira todo por mí y después me lo cuenta.

—De acuerdo, pero —en su momento— me gustaría contárselo personalmente, frente a una mesa con macarons y champagne —dijo Domecq, evocando la noche en el Palacio Duhau.

—¡De acuerdo! Ya le mando la información que va a necesitar y lo dejo porque tengo que embarcar. *¡À bientôt!*

—¡Chau!

Con curiosidad periodística, Domecq priorizó la lectura del “caso Gürlitt”, que debería ser lo suficientemente importante como para que Anouk abandonara todo y viajara a Berlín. Unos pocos párrafos le bastaron a Domecq para calificar de miserable a Hildebrand Gürlitt, un marchand involucrado con la compra y venta de arte robado por los nazis.

Por ser el *art dealer* mejor conectado con Hitler y Goering, Gürlitt había obtenido permisos especiales para trasladar obras de arte durante la ocupación nazi en Francia. Pero como sus contactos internacionales se mantuvieron después de la guerra, recién en 2013 fue posible allanar la casa de su hijo Cornelius, en Munich. A pesar de lo tardío, este allanamiento permitió descubrir más de 1.500 obras de arte robadas durante el nazismo, que aún permanecían escondidas.

Aunque estaba tentado de seguir leyendo, Domecq tenía la obligación de prepararse para su audiencia en el Tribunales, entonces buscó y abrió el archivo que llevaba el título “Wildenstein”.

En el año 2009, la Fundación Rosenberg había presentado una denuncia en el juzgado del doctor Oyarbide, en la que aseguraba que la Galería Wildenstein, en su local de la Avenida Córdoba 618, escondía “obras pictóricas que los nazis les habían confiscado ilegalmente”.

Años después, como el expediente seguía cajoneado, Anouk amplió la denuncia con un nuevo testimonio y logró que la justicia argentina desempolvara su denuncia.

Finalmente, llegó el día y tal como se lo había pedido Anouk, Domecq se presentó en Tribunales. Pero enorme fue su sorpresa al comprobar que la audiencia estaba cancelada porque el juez Oyarbide se había jubilado.

—¡La reputa madre! —reaccionó Domecq— ¡Nada me sale bien!

Domecq estaba enojado consigo mismo. Detestaba los trámites burocráticos y, muy especialmente, los judiciales; sin embargo, había aceptado comparecer ante un juez solo para satisfacer el pedido de Anouk. Y, para colmos, todo había sido “al cuete”.

Cabizbajo, ensimismado y luchando contra sus fantasmas interiores, Domecq salió de Tribunales y deambuló hasta que sus pasos lo llevaron al Tortoni. Sin prestar atención a la mesa de al lado, donde las estatuas de Borges, Gardel y Alfonsina Storni compartían una silenciosa tertulia atemporal, Domecq buscó sosiego en un tranquilo rincón del histórico café. Molesto por su propio comportamiento ciclotímico, que lo llevaba de la euforia a la depresión y viceversa, el veterano investigador necesitaba una introspección liberadora.

En muchas otras oportunidades, cuando algo no había salido de acuerdo a lo esperado, la primera reacción de Domecq había sido darse por vencido. Y ahora le pasaba lo mismo, quería patear todo a la mierda, dejar de jugar al detective y decirle “no va más” a Anouk, tal como Ximena le había dicho a él.

«¿Y yo me consideraba un tipo de suerte?», se burló de sí mismo. «¡Hasta me comparé con el barrilete cósmico!», se auto flageló.

—¡Pará la mano, barrilete sin cola! —lo retó Leonor—. ¡Pará de subir y bajar a lo loco! —agregó con firme dulzura—. Todavía te queda mucho hilo en el ovillo. Además, estás siendo injusto con vos mismo. ¿Acaso es tu culpa que Oyarbide haya decidido jubilarse? ¿Por qué sería culpa tuya la demora burocrática en cubrir la vacante del juez? En realidad, la culpa es de todos y de nadie en particular. Así que... ¡basta de lamentos y manos a la obra! —concluyó la voz de Leonor, antes de evanescerse.

Aunque estas palabras lograran liberarlo del sentimiento de culpa, Domecq no quería presentarse ante Anouk con las manos vacías. No podía decirle: «El juez

Oyarbide se jubiló y el expediente dormirá en Tribunales por tiempo indeterminado. Chau». Entonces, luego de encargar un cortado en jarrito, con dos medialunas, una de grasa y una de manteca, Domecq encendió la notebook y sin tener aún en claro qué estaba buscando, comenzó a leer la copia de la denuncia que habían presentado los abogados de Anouk.

En principio, como la familia Rosenberg había acusado a la galería Wildenstein de “traficar obras que los nazis habían confiscado ilegalmente a Paul Rosenberg, en Francia”, a Domecq se le ocurrió concentrarse en la búsqueda de pruebas adicionales, que pudieran reforzar esa acusación.

Las evidencias aportadas por los abogados de la familia de Anouk incluían desde interrogatorios a oficiales nazis, hasta cruces de correspondencia comercial entre marchands y clientes.

Comenzó con la lectura de un documento del FBI (Oficina Federal de Investigación de los Estados Unidos) sobre “Contrabando de arte robado por los nazis”, donde se afirmaba que “fueron más de 600.000 las obras de arte saqueada entre 1933 y 1945, de las cuales se desconoce el destino del 90 por ciento”.

A medida que avanzaba en la lectura, Domecq se encontró con todo tipo de intrigas, que mezclaban contrabando, espías, marchands y coleccionistas, con la complicidad de presidentes, ministros, diplomáticos, hasta importantes museos y prestigiosas galerías, que transaron con el enemigo por ambición o para salvar vidas.

Cuando los mozos del Tortoni ya habían empezado a poner las sillas sobre las mesas, Domecq encontró una sorprendente afirmación del FBI: “En las rutas entre Argentina, Brasil y Estados Unidos están las claves para encontrar parte del botín más cuantioso de la historia”. Fue entonces cuando Domecq descubrió lo que parecía un punto débil en la presentación de los costosos abogados de Anouk. Ellos se habían concentrado en la fuga de obras de arte desde Europa a Argentina, pero no investigaron la posterior salida de esas obras de arte, desde nuestro país hacia el resto del mundo. «¡Tengo que buscar la conexión americana!», se dijo Domecq, antes de formular una pregunta sin respuesta, por ahora: «¿Cuál habrá sido el siguiente vértice de la triangulación de obras de arte robadas por los nazis? Empezaba en Europa, pasaba por Argentina... ¿y después?».

FIN CAPÍTULO (XII): Picasso, Matisse y Monet

CAPÍTULO (XIII): Museo de Arte de São Paulo

Esa fresca noche de primavera, Domecq bajó del tren en Castelar y –para evitar la insegura caminata nocturna– tomó un taxi hasta su casa. Al llegar, como medida de precaución, le pidió al chofer que esperara hasta que él entrase. Una vez adentro, cerró la puerta con las dos llaves, más el pasador de seguridad. La sorpresa fue que Negro no estaba en el sillón, sino sobre el pequeño felpudo junto a la puerta de entrada y lo miraba como las esposas celosas que, en los comics, controlan la llegada de maridos fiesteros. Domecq apenas alcanzó a tocarle la nuca en una fallida caricia, porque Negro tenía hambre y ya caminaba hacia la cocina. Lo siguió y, en el trayecto, logró tirar el saco y la corbata sobre el sillón, desabrocharse la camisa y descalzarse. Bajo la insistente mirada de la mascota que perteneciera a su esposa, le preparó la comida, se la sirvió y recién entonces pudo pensar en la ducha.

Después de cerrar la puerta del baño para evitar la inoportuna visita del felino, Domecq comprobó la temperatura del agua, se metió en la bañera y permaneció hasta perder la noción del tiempo.

Una vez que logró relajarse, se secó, se puso el pijamas y, en pantuflas, volvió a la cocina. Abrió la heladera y encontró queso y huevos, como para hacer un omelette. Luego de la cena, liviana pero bien acompañada con Malbec, se sentó frente a la computadora y retomó la tarea iniciada en el Tortoní.

Antes de abandonar el icónico café, Domecq se había preguntado cuál era el papel de Argentina en la triangulación de obras de arte robadas por los nazis. Buscando esa respuesta, luego de extensas lecturas, encontró una lapidaria conclusión del FBI: “Uno de los métodos de los comerciantes involucrados en el descomunal saqueo de los nazis, era ‘lavar’ las obras pasando primero por Buenos Aires, para luego trasladarlas

desde allí a Brasil y Estados Unidos, donde algunas aún permanecen exhibidas en las salas de connotados museos”. Como el volumen de operaciones con Estados Unidos superaba la posibilidad de revisión por una sola persona, Domecq decidió focalizarse en Brasil.

Con toda la noche por delante, y un sueño apenas incipiente, preparó un termo con café y, junto con la lata de galletitas saladas, lo puso sobre el escritorio, a la izquierda del teclado de la PC. Continuando la revisión del mismo documento, Domecq encontró que el FBI también afirmaba que “la elección de Argentina fue estratégica, porque no le declaró la guerra al Eje hasta que faltaba poco para que terminara el conflicto. Entonces, durante su ‘período neutral’, prácticamente no hubo controles que obstaculizaran la entrada de mercaderías desde Alemania, incluyendo las preciadas obras de arte confiscadas ilegalmente”. El remate del informe era contundente: “En Argentina, entrar obras, disfrazarlas, hacerles en unos años una genealogía venerable y reenviarlas a otros mercados era simple”.

Ya había pasado la medianoche y al termo de café le quedaba menos de la mitad de su contenido inicial, pero a pesar del sueño, el estado de ánimo del viejo investigador había mejorado, porque empezaba a entender el “modus operandi” para la reexportación de obras de arte robadas por los nazis y que habían llegado a nuestro país.

«Tal vez Anouk tenga razón y algunas de las obras saqueadas a su familia podrían haber llegado a Argentina. Pero eso no quiere decir que quedaron acá. Es probable que algunas hayan vuelto a salir hacia otros países», pensó Domecq, mientras recomenzaba la búsqueda de datos más precisos, porque aún no había encontrado ni una sola mención a la Galería Wildenstein.

Como sus ojos ya no podían cumplir su cometido, Domecq decidió irse a dormir en cuanto terminara la página que estaba leyendo. Fue entonces cuando, al pie de un memorándum de la División de Patrimonio Cultural de Interpol Argentina, descubrió el siguiente párrafo: “Esta División mantiene abierta la investigación sobre el Museo de Arte de São Paulo (MASP), respecto a la controversia sobre las obras señaladas en el anexo y que han sido adquiridas por intermedio de la Galería Wildenstein de Argentina y que son reclamadas por una familia europea que asegura le

fueron robadas por los nazis”.

«¡Increíble!», pensó Domecq, «¡hasta el museo más grande de Brasil está salpicado por el escandaloso tráfico de obras de arte robadas!».

Cansado pero satisfecho, se fue a acostar y con un tenue optimismo pensó: «Tal vez Rossini podría darme una mano con la información “in side” de Interpol Argentina».

A la mañana siguiente, antes de desayunar, repasó las frases sobresalientes que había encontrado la noche anterior en el memorándum de Interpol, y le envió un Whatsapp a Bruno Rossini. «Hola Bruno, ¿todo bien? Llamame cuando puedas porque necesito info de la Galería Wildenstein»,

La breve respuesta no tardó en llegar: «Todo bien. ¿Cenamos en Tarzán a las 9?»

«De acuerdo», contestó Domecq, contento por la oportunidad de hablar mano a mano con su amigo, sin apuros, con suficiente tiempo como para preguntarle todo lo que necesitaba saber sobre la inmensa base de datos de Interpol.

§

Con bastante puntualidad, los amigos se encontraron en el histórico bodegón del Oeste y coincidieron en elegir el plato del día “Trucha al cartoccio”, acompañada por el vino blanco sugerido en la carta del local.

Después de que Bruno se explayara sobre su inserción en Interpol, Domecq tuvo la oportunidad de contar el abrupto final de su trabajo para Ximena, y la nueva fuente de viáticos en dólares gracias a su colaboración con Anouk y la Fundación Rosenberg. Esta nueva tarea le había permitido descubrir el misterioso mundo de las obras de arte robadas por los nazis, pero para seguir avanzando necesitaba acceder a los registros de importaciones y exportaciones de obras de arte realizadas por la Galería Wildenstein, y muy especialmente los cuadros vendidos al Museo de Arte de São Paulo. Como la fuente más confiable era la base de datos de Interpol, le pidió colaboración a Bruno, quien aceptó sin reparos.

La trucha con salsa tártara había estado exquisita, acompañada por una abundante porción de papines al vapor y el infaltable vinito blanco. Satisfechos,

ambos saltaron el postre y pidieron café lungo, bien amargo. Fue entonces cuando Bruno aprovechó para hacer un pedido.

—Por favor, hablame de Ximena Barrantes. Estoy a cargo del caso “Urkiola” y me gustaría conocer tu punto de vista sobre ella y su entorno.

A Domecq le resultó extraño que sospecharan de Ximena, ya que Urkiola había sido su hombre de confianza. No obstante, para colaborar con su amigo, relató todo lo sucedido, tal como lo recordaba, tratando de ser objetivo y no emitir opinión.

—Como recordarás, a la doctora Barrantes la conocí cuando me postulé a la recompensa que ofrecía por datos sobre un Renoir —comenzó Domecq—. Ese día, ahí mismo, conocí a Anouk, bisnieta de Paul Rosenberg...

—Eso ya me lo habías contado —lo interrumpió Bruno, quien se sentía incómodo cuando su viejo amigo repetía una y otra vez la misma anécdota—. Me interesa lo que pasó después.

—A Ximena le conté que había directivos de Magister imputados por el robo al MNBA.

—¿Le dijiste que pertenecían a la “Triple A”?

—¡Sí! Cuando le recordé que eran ex paramilitares muy peligrosos, ella llamó a España y le pidió a Aitor Urkiola que viniera a Buenos Aires. Una vez acá, ella lo puso en contacto con un ex espía, un tal “Mister”, que decía tener información sobre los cuadros robados al MNBA. Después de esa reunión con Mister, Urkiola apareció muerto. Entonces, Ximena se asustó y regresó a España —concluyó Domecq.

—Es la misma historia que repiten todos. Yo creo que las muertes de Natalia y Urkiola están vinculadas, pero no logro ver la conexión. Y lo peor es que la respuesta debe estar frente a nuestros ojos y no logramos verla —dijo Bruno y agregó—: Sospechamos de la “Triple A” pero Aníbal Gordon y los demás imputados por el robo al MNBA están todos muertos, excepto un viejo de más de 90 años, internado en un geriátrico, con prisión domiciliaria. Entonces, alguien debe haber heredado el botín y está dispuesto a defenderlo a cualquier precio. Incluso eliminando a Natalia.

—Si me permitís una conjetura —comenzó Domecq y continuó sin esperar respuesta—. Todo fue muy rápido, demasiado rápido. En la Departamental Morón de la Policía Bonaerense, Natalia abrió un archivo digital y saltó el alerta. Supuestamente, en ese mismo momento alguien se enteró, decidió callarla y le ordenó a un sicario que la matara esa misma noche. Me parece demasiado aceitado para ser cierto —concluyó Domecq.

—¿Entonces? —lo apuró Bruno Rossini

—¿Y si fue casualidad y la muerte de Natalia es uno de tantos accidentes viales? —preguntó Domecq.

— ¡Las casualidades no existen! —insistió Bruno Rossini levantando el tono, pero su voz fue absorbida por el murmullo reinante en el bodegón.

Luego de unos tensos segundos en silencio, Bruno reconoció que había reaccionado mal.

—Disculpame —dijo con un tono apenas audible—. Por favor, seguí. Te escucho.

—Alguien racional, como el detective de mis novelas, haría dos cosas. Una, dejaría que la comisaria Aberanda llegara a una conclusión sobre el caso Natalia. Dos, se concentraría en exprimir a “Mister” y descubrir su relación con Magister.

—¡Imposible! Mi prioridad es vengar a Natalia —respondió Bruno, exaltado—. ¡Y esto no es ficción!

Con una forzada sonrisa, en silencio, el viejo Domecq le extendió la mano a su impulsivo pero buen amigo, e hizo “mutis por el foro”.

FIN CAPÍTULO (XIII): Museo de Arte de São Paulo

CAPÍTULO (XIV): Malinka

Pese a la buena predisposición de Bruno Rossini, conseguir la información solicitada por Domecq era un asunto complicado, porque la base de datos de Interpol incluía millones de documentos, cuyo procesamiento requería conocimientos de interfaces para metabúsquedas. Como además existían restricciones y niveles de autorización para consultar ciertos archivos, Bruno tuvo que pedir ayuda y la tarea le demandó un par de días.

Finalmente, cuando Domecq recibió el email de su amigo, con los links necesarios, pudo acceder a un inmenso listado de operaciones de comercio exterior argentino, con destino a Brasil, en las que aparecía la Galería Wildenstein.

Por desgracia, el listado no solo incluía importaciones o exportaciones concretadas, sino también cotizaciones, permisos de embarque y demás documentación aduanera. Fue por eso que Domecq demoró bastante hasta encontrar el primer dato útil. Se trataba de un informe del FBI donde se afirmaba que “el apellido Wildenstein aparece mencionado en varias comunicaciones interceptadas por los Aliados, en las que se menciona el tráfico de obras robadas por los nazis que llegaron a Argentina y se exportaron a Brasil o Estados Unidos”.

En otro caso, más exitoso, el FBI capturó al ruso León Viasmsky, uno de los mayores contrabandistas de arte robado durante el nazismo, quien –gracias a contactos de alto nivel– habría logrado un pasaporte diplomático argentino, lo que le permitió evadir los controles de aduanas sobre él y su equipaje, en el que llevaba las obras, algunas de las cuales provendrían de la Galería Wildenstein.

Horas después, cuando ya estaba por suspender la ardua búsqueda, Domecq descubrió un documento importante que, a su vez, le hizo replantear su modo de trabajo. Con fecha del 29 de diciembre de 1943, un alemán residente en la capital argentina le escribe una carta a una reconocida galería de Brasil, ofreciendo un Picasso en 12.500 dólares. Pero lo importante estaba en el argumento de venta: “La Galería Wildenstein certifica que esta obra perteneció a la colección de Paul Rosenberg”.

«¡Bingo!», exclamó Domecq. «Para muestra basta un botón».

Si bien apenas había descubierto una pequeña punta del iceberg, este aporte le permitía presentarse ante Anouk como alguien que había logrado transformar un fracaso en una oportunidad. Cuando la jubilación de Oyarbide le impidió cumplir con lo

que Anouk le había pedido, en vez de darse por vencido, Domecq había seguido buscando hasta encontrar “la punta del ovillo”. A partir de ese momento, los expertos que asesoraban a la Fundación Rosenberg y tenían acceso a la mejor tecnología disponible, podrían optimizar la búsqueda de los cuadros saqueados a Paul Rosenberg, y que circulaban por América.

El gran aporte de Domecq consistía en cambiar el criterio de búsqueda. En vez de perder tiempo revisando los laxos registros de Argentina en materia de importaciones de obras de arte, casi siempre flojas de papeles, Domecq proponía revisar los registros de las exportaciones de arte desde Argentina a Brasil y Estados Unidos. La diferencia residía en los controles. Como yankees y brasileños examinaban con rigor la documentación de respaldo de las obras de arte que llegaban a su país, era necesario registrarlas localmente, antes de salir de Argentina. Entonces, al igual que el resto de los exportadores, la Galería Wildenstein estuvo obligada a incluir todos sus datos en los envíos de obras de arte al exterior. «Gracias a mí los investigadores ya saben por dónde empezar a buscar», exageró Domecq.

En plena noche, saboreando el éxito, el ciclotímico investigador de Castelar sintió que había llegado a un punto de inflexión, como si el destino le estuviera brindando la oportunidad de barajar y dar de nuevo. Por un lado, la doctora Ximena Barrantes lo había liberado de compromisos (en realidad lo había despedido). Por otro, Anouk le había pedido un favor incumplible, pero él se lo iba a compensar con creces. No había ganado la recompensa por el Renoir, pero había cobrado buenos viáticos, en dólares, tanto de la española como de la francesa. Satisfecho por la tarea cumplida y casi sintiéndose ganador, decidió notificar a Anouk aquello que él consideraba un gran hallazgo.

Fue entonces cuando el frágil silencio de la madrugada se quebró al tono de la voz de Leonor. Tras recordarle que la euforia era mala consejera, le sugirió postergar su mensaje hasta la mañana siguiente, porque solo después de un buen descanso él podría estar en condiciones de encontrar las palabras adecuadas para explicar eso que él consideraba un gran aporte para la investigación de Anouk.

§

Por su parte, luego de cumplir con el envío de datos pedidos por Domecq,

Bruno llamó a las oficinas de Magister y pidió hablar con el señor Ernesto Lorenzo.

—¿De parte de quién? —preguntó una voz aniñada.

—Bruno Rossini, de Interpol Argentina.

—El señor Lorenzo está incomunicado —respondió la joven.

—¿Incomunicado? —se sorprendió él.

—Sí. En prisión domiciliaria. Buenas tardes —contestó, saludó y, sin dar lugar a otra pregunta, ella cortó.

De mala gana, aquella cálida tarde de primavera, Bruno subió a su moto y se dirigió a las oficinas de Magister, en Castelar Norte, no lejos de su departamento. Estacionó sobre la vereda, llamó por el portero eléctrico, dijo su nombre y —para su sorpresa— luego de abrir la pesada puerta de hierro oxidado, lo recibió una pelirroja con ropa cómoda e informal, apenas una remera musculosa ajustada y mini shorts desgastados, con flecos. Mientras lo examinaba de arriba a abajo, ella se recostó contra el marco, sin decir nada, como si hubiera estado esperándolo. En realidad, lo había visto por la cámara de seguridad y pudo abrir con una pose estudiada.

Bruno se sacó los anteojos de motociclista y su mirada se posó en los ojos de la chica, pero se fue deslizando hasta los entreabiertos labios rojo cereza. Finalmente, en tono amigable, saludó:

—¡Hola! —como ella, sin inmutarse, lo miraba en silencio, Bruno agregó—: Soy de Interpol, llamé antes y me cortaste.

Luego de encogerse de hombros, tras otro marcado silencio, mientras bajaba sus largas pestañas, con una sonrisa enigmática, la chica contestó con otra pregunta:

—¿Me vas a arrestar?

Sorprendido por esa chica atractiva, que se comportaba de manera inquietante, Bruno actuó con cautela.

—Ni siquiera conozco tu nombre —dijo él.

—Malinka

Ella vio que Bruno dudaba y para aumentar su desconcierto, con una expresión inocente, pero en tono sensual, como “Lolita”, insistió:

—¿Me vas a arrestar o no?

—Necesito hablar con Ernesto Lorenzo —dijo Bruno intentando reforzar sus

palabras con un rictus de autoridad.

—Ya te dije que está en prisión domiciliaria... in co mu ni ca do.

La forma con que Malinka silabeó la última palabra bastó para hacerle entender que estaba interpretando un papel distinto al de una simple recepcionista. Le sostenía la mirada y le respondía con firmeza, como una mujer bien plantada. Malinka parecía representar escenas ya ensayadas. Intentaba ser seductora y lo lograba.

—¿Alguien de Magister puede atenderme? —preguntó Bruno, metiéndose en un camino sin retorno.

—Yo.

—¿Vos? —preguntó sin poder evitar que su gesto pareciera descalificador.

—¡Sí, yo! ¿Por qué me subestimás? —reaccionó, con motivos.

—No es por eso. Es que...—comenzó un vano intento de arreglar las cosas.

—¡Probame! —lo desafió ella, mientras con un gesto equívoco lo invitaba a pasar.

Esa absurda escena que había comenzado en la puerta de entrada se trasladó hasta una hermética oficina. Se trataba de un espacio que parecía una garita de vigilancia, con enormes pantallas supuestamente para monitorear cámaras de seguridad, que en ese momento estaban apagadas. Solos, frente a frente, sentados a la misma mesa, se miraron como ajedrecistas que intentan descifrar el pensamiento del otro.

—¿Me podrías decir si recibiste a un señor de apellido Urkiola? —preguntó Bruno, yendo derecho al grano.

—Sí.

—¿Qué quería?

—Ver al señor Lorenzo, pero está incomunicado.

—¿Qué te acordás de la visita de Urkiola? —pregunto Rossini, intentando un tono cordial y gesto amigable.

—Fue breve.

—¿Y?

—Era español y simpático. Buscaba un cuadro.

—¿Era un cuadro robado?

—Sí. Robado de un museo, hace cuarenta años —respondió mientras controlaba el tallado de sus uñas...

—¿Qué más?

—Nada más. Se fue y yo le pasé el informe al ingeniero Craigson—dijo con desgano.

—¿Craigson es tu jefe? —insistió Bruno, buscando a tientas.

En ese mismo momento, antes de que Malinka pudiera contestar, sonó el teléfono y su jefe le ordenó que terminara ya mismo la conversación con Rossini y cerrara la oficina, para trasladarse de inmediato a la sede del Grupo.

Cuando ella le avisó a Bruno que debía retirarse, él le pidió un teléfono de contacto, pero —sin responderle— Malinka comenzó a cerrar la pesada puerta de hierro.

Con la esperanza de que ella no estuviera involucrada y actuara bajo presión, Bruno se arriesgó a hacerle una advertencia.

—Tené cuidado. A Urkiola lo mataron... —fue lo último que el joven alcanzó a decir, mientras la pelirroja empujaba la puerta hasta que terminara de cerrarse.

Lejos de darse por vencido, Bruno Rossini volvió junto a su moto y se dispuso a esperar hasta que la pelirroja abandonara la oficina.

Como las horas pasaron sin novedad, el agente de Interpol concluyó que el edificio debía tener otra puerta de salida por la calle lateral, fuera del alcance de su vista.

Al día siguiente, Bruno volvió al edificio Magister y llamó con insistencia desde el portero eléctrico, hasta que descargó su furia en una ruidosa patada contra la ya maltrecha puerta de hierro. Como desconocía el verdadero nombre de Malinka, no podía rastrear su teléfono particular.

De mal humor y casi al borde de la frustración por su incapacidad para descifrar a la extraña pelirroja, Bruno se calzó el casco, subió a su moto y se dirigió a su casa.

Estaba obligado a replantear su investigación. Como la doctora Barrantes había regresado a España, la única persona que había tenido contacto con Aitor Urkiola y estaba disponible era el ex espía y agente de inteligencia apodado "Mister". Si bien ya había pedido antecedentes de este personaje a distintas fuerzas de seguridad, aún no

había recibido ningún aporte significativo.

Sin embargo, cuando revisó los últimos correos electrónicos que había recibido, encontró uno con la esperada respuesta de un exagente del Servicio de Inteligencia del Estado (SIDE), que ahora trabajaba en Interpol de España. Este colega aportaba los siguientes datos: “M.I.S.T.E.R. es la sigla que identifica a un bunker ubicado en el sótano del actual edificio de la Agencia Federal de Inteligencia (AFI). En la jerga interna, apodaron Mister a la persona que tiene acceso a ese bunker, que está protegido con un moderno sistema de autenticación biométrica. Además, si bien no está probado que Mister sea un contacto con la CIA, hay muchas versiones al respecto”. Lamentablemente, en el mensaje no se mencionaba ninguna relación de Mister con Magister, la “Triple A”, ni con la banda de Gordon.

FIN CAPÍTULO (XIV): Malinka

CAPÍTULO (XV): Declaración testimonial

Desde la creación de Puerto Madero, el control de la seguridad de esa zona estuvo en manos de la Prefectura Naval Argentina, pero tras un reciente acuerdo entre Nación y Ciudad, esa responsabilidad pasó a manos de la Policía Metropolitana (CABA). El cambio de guardia se produjo un primero de mes y justo esa misma mañana Aitor Urkiola apareció muerto en Madero Suites. Las primeras autoridades en intervenir fueron las de Prefectura Naval, quienes consideraron que el deceso de Urkiola había sido anterior a la medianoche y, por lo tanto, la investigación todavía era competencia de ellos. El expediente del caso fue caratulado como “muerte dudosa”.

Pasaron los días, y luego de la autopsia judicial, el dictamen forense determinó que Urkiola había fallecido durante la madrugada, en consecuencia la investigación de su muerte tenía que cambiar de jurisdicción y pasar de Prefectura

a la Policía Metropolitana. Además, en base a la autopsia, el dictamen de los forenses descartó la posibilidad de suicidio y dictaminó que Urkiola había sido asesinado.

En el conflicto de jurisdicciones y de competencias, no solo intervenían la Prefectura Naval y la Policía Metropolitana, sino que había un participante más. Como el crimen de Urkiola estaba vinculado a la recuperación de una obra de arte, considerada patrimonio cultural, una ley establecía que –en la investigación– era obligatoria la participación de Interpol.

Al enterarse de este cambio sustancial, el agente Bruno Rossini tuvo dos reacciones. Primero, festejó que la autopsia le diera la razón y confirmara su propia conclusión al observar la escena del crimen: no había sido suicidio. Segundo, decidió aprovechar el cambio de jurisdicción para solicitar el acceso a la investigación policial en curso y al expediente judicial del caso.

Bruno Rossini ignoraba cuál sería la colaboración que le brindaría la Policía Metropolitana, pero no podía ser peor que la de Prefectura, ya que estos le habían negado el acceso a la investigación de la muerte de Urkiola, argumentando que se trataba de un suicidio. «Por suerte la autopsia solucionó este problema», pensó Bruno.

«Si conoce el interno, márkelo. De lo contrario espere y será atendido por la operadora», decía el mensaje de bienvenida al conmutador de la Policía de CABA. A partir de ese momento, Rossini fue obligado a escuchar una larga sucesión de canciones para centrales telefónicas, hasta que una voz humana lo derivó al Departamento de Investigación Criminal, donde otra señorita le informó que el caso Urkiola estaba asignado al inspector general Pitu Camayo. Como este inspector no estaba en la oficina, le sugirió que volviera a llamar o dejara su número para ser llamado. Rossini eligió la última opción, pero al rato se arrepintió, ya que temía que se demoraran en responderle. Sin embargo, cuando todavía estaba en medio de estas elucubraciones, recibió la llamada que estaba esperando.

—Hola. Acá Interpol, habla Rossini.

—Soy Camayo —se presentó con una voz grave y áspera.

—Mucho gusto, señor inspector general —respondió Rossini.

—Llámeme Camayo, por favor.

—De acuerdo. Soy agente de Interpol y me asignaron el caso del Renoir que buscaba Urkiola...—había empezado Rossini, cuando lo interrumpió.

—Mire. Recién esta mañana me llegó el informe de Prefectura sobre este caso. Lo leí y no es gran cosa —comenzó el veterano inspector antes de hacer una propuesta—. ¿Qué le parece si nos reunimos acá para ver cómo seguimos?

—Me parece bien. ¿Cuándo...?

—Si quiere, véngase a eso de las cuatro de la tarde —propuso con voz todavía más profunda, como aguardentosa.

—De acuerdo, ¿dónde...?

—Hornos 238, junto a la autopista —lo interrumpió para pasarle la dirección—. En el cuarto piso pregunta por mí. ¿Estamos?

—De acuerdo.

Una vez que recibió el archivo de Camayo, Rossini imprimió una copia. Luego fue a la habitación 099 y se trajo un café y un plato con galletitas saladas, a modo de almuerzo.

Finalmente, en plena tardecita porteña, Bruno tomó un táxi y tuvo que padecer el caótico tránsito de cualquier día laboral a esa hora. Al llegar al nuevo edificio policial, el joven se sorprendió gratamente por su moderno diseño, pero su sorpresa fue aún mayor cuando la puerta del ascensor se abrió en el cuarto piso. Era un inmenso espacio vidriado, muy luminoso, sin tabiques interiores, que albergaba decenas de pequeñas islas para trabajo individual, con escritorio, computadora, teléfono y sillas ergonómicas. Pero para Rossini, quizás lo más llamativo, era que no había ni un solo cable a la vista. Parecía una de esas oficinas de Wall Street, según muestran en las películas. Cuando consultó a la recepcionista del piso, con una sonrisa, ella le señaló a la única persona con gorra en ese amplio y sobrio ambiente.

Bruno Rossini caminó unos pocos metros y se paró frente al hombre que tenía la cabeza cubierta con una gorra o boina con visera, color gris topo. El hombre estaba tan ensimismado frente a la pantalla de la computadora, que Bruno

tuvo que llamar su atención.

—¿Inspector general...? —comenzó el recién llegado.

—¿Rossini? —interrumpió ese hombre de edad incierta, pero cerca de la jubilación. Al ver el gesto afirmativo, Camayo le señaló la silla para que se sentara frente a él—. Así que es “custodio del Patrimonio Cultural”. ¿Qué es eso?

—Trabajo para Interpol en un departamento similar a la DEA, pero en vez de droga, combate el tráfico ilegal de obras de arte.

—Tan claro como el agua —festejó con una ronca risotada.

—¿La copia que me mandó estaba completa? —preguntó Rossini.

—Le mandé todo lo que recibí de nuestros primos de Prefectura. Deben ser buenos marineros porque como detectives dejan mucho que desear —bromeó el inspector y su boca dejó ver una dentadura completa, pero desapareja—.

¿Está de acuerdo con lo que escribieron?

—Está muy resumido.

—Resumido e insuficiente. Describen la escena del crimen como típica de un suicidio, pero la autopsia dice lo contrario.

—Tiene razón. Vamos a tener que empezar desde el principio —sugirió Rossini.

—¿Desde cero? ¿Entonces usted tampoco avanzó nada en todo este tiempo? —preguntó Camayo, reaccionando como un maestro cabrón frente a un alumno reincidente. Pero no era el caso. Rossini no era un subordinado y ni siquiera pertenecía a su misma fuerza. Era un colega de otra fuerza. Un par, solo que mucho más joven.

Sin poder disimular su enojo ante las ínfulas de superioridad de ese viejo que pontificaba desde su total ignorancia del caso, Rossini expuso con vehemencia su versión de los hechos y defendió su insistencia en la búsqueda de un asesino pese a que la “versión oficial” indicaba “suicidio”. Resumió sus extensas conversaciones con la Doctora Barrantes, con el camaleónico Mister y con la extraña secretaria de Magister. Finalmente, sin poder evitar el dolor de recordarlo, dijo que su búsqueda no debería estar muy errada porque algún

poderoso se sintió amenazado y mató a su novia, justo después de que ella metiera la nariz en el botín de la “Triple A”.

Sorprendido por la apasionada catarsis de Rossini y por la posible vinculación de Magister con el caso Urkiola, el inspector Camayo se disculpó y lo invitó a tomar un buen café.

Como estaban cerca de San Telmo, acordaron caminar hasta uno de los bares de esa zona. Durante el trayecto, mientras Camayo aprovechaba para fumar, y pese a la diferencia de edad, los hombres conversaron mano a mano. A pedido de Camayo, Rossini relató los avances y retrocesos de su investigación, tal como lo había informado a Interpol.

Al llegar a la esquina de Perú y Carlos Calvo, eligieron entrar al bar “El Federal”, fundado en 1864 y que en sus principios había sido pulpería y prostíbulo. Traspasaron las puertas de madera con vidrios de ribetes dorados y, una vez en el interior de ese emblema de identidad porteña, pidieron dos cafés. El inspector se sacó la boina con visera, encendió otro cigarrillo y, sin esperar a que el mozo trajera el pedido, comenzó a preguntar.

—¿Cómo tenía pensado seguir?

—Quería volver a hablar con Mister. Ya tuvimos una conversación, pero ahora pensaba en algo más formal.

—Me parece muy bien —se apresuró Camayo—. Podemos citarlo a declarar en sede policial, sin imputarlo, solo como testigo.

—¿Y yo voy a poder estar presente? —preguntó el joven.

—Sí —fue la escueta respuesta, que no llegó a disipar la duda de Rossini.

§

A la mañana siguiente, Bruno Rossini repitió su habitual recorrido desde Castelar hasta la sede de Interpol, en Palermo chico. Ya en su oficina, como no había otros temas importantes, se dedicó a redactar el segundo informe de su único caso, poniendo énfasis en destacar que no había recibido respuesta de Magister.

La idea era completar el informe hasta incluir la reunión del día anterior con Camayo, en la sede de la Policía de CABA.

Al mediodía fue a la sala 099 y se sorprendió al ver que, por algún festejo, había sandwichs de miga para los funcionarios que trabajaban en ese piso. Media hora después, reconfortado, regresó a su oficina y continuó con el tedioso informe. A media tarde se sorprendió al recibir un mensaje del inspector Camayo. Suspendió lo que estaba haciendo y, al leer el “Asunto”, se puso en alerta: “Declaración de testigo en sede policial”.

Hola, antes de que lo citáramos, hoy se presentó Mister (cuyo nombre es Gonzalo Craigson Benitez). Vino con su abogado y dijo que no tiene nada que declarar sobre el caso Urkiola.

No sé cómo carajo se enteró, pero se nos adelantó y nos dejó en “off side”. Lo cierto es que vino a despegarse del tema y empiojar la investigación. Te mando copia de los datos personales para que estés informado.

Esto recién empieza. Pitu Camayo.

NOTA: Después de indicar fecha y lugar, el testimonio dice:

///...comparece, sin haber sido previamente citado, el señor Gonzalo Craigson Benitez quien promete decir verdad de todo cuanto supiere y le fuere preguntado, siendo informado de las consecuencias que se pueden derivar de las declaraciones falsas o reticentes.

El dicente expresa que en relación a las circunstancias enumeradas en los incisos b), c), e) y f) de la citada normativa manifiesta que no le comprenden.

Por instinto, Bruno se preguntó si debería creerle a Camayo. «Alguien le había avisado a Mister que le convenía presentarse antes de que lo citaran». Como no tenía respuestas para sus dudas, continuó leyendo los datos personales

de Mister enviados por Camayo.

. *Gustavo Craigson Benitez.*

. *Edad: 61 años.*

. *Ex-cadete del Liceo Naval Militar con estudios en Ingeniería.*

. *Desde joven integró la nómina del antiguo Servicio de Informaciones del Estado (SIDE), con tareas confidenciales con contenidos de acceso restringido.*

. *Actualmente estaba retirado, pero prestaba servicios informales de asesoramiento.*

NOTA: Existían rumores sobre sus contactos con la CIA, pero nunca fueron confirmados, ni acá ni en USA.

Pese a la atención que acababa de dedicarle a la lectura de la información enviada por Camayo, a Bruno le quedó sabor a poco. El inspector general se había limitado a pasarle copia de los datos que Mister había querido compartir, pero sin obligarlo a responder preguntas sobre Urkiola y Magister. Además, Camayo le había enviado esos datos “en crudo”, sin agregar su opinión o, al menos, un comentario.

Había sido una pena perder ese tiempo leyendo el insustancial dossier de Camayo, en vez de continuar la redacción del segundo informe para su jefe en Interpol.

Pero lo más grave había sido posponer su regreso a casa, sin siquiera imaginar las posibles consecuencias.

FIN CAPÍTULO (XV): Declaración testimonial

CAPÍTULO (XVI): Tiroteo en Castelar

Anocheía. Fastidiado por la falta de avances en la investigación, Bruno Rossini se retiró de las oficinas de Interpol. Con una extraña inquietud, atravesó

de prisa los ya sombríos parques palermitanos y caminó hasta la entrada al subte. Luego de la combinación con el tren, llegó a Castelar. Cruzó hasta el estacionamiento, que permanecía abierto las 24 horas, y retiró su moto. Pese a que era noche cerrada, se le ocurrió pasar frente a las oficinas de Magister para ver si había algún movimiento. Pero la calle estaba tan oscura que ocultaba totalmente la siniestra puerta de acceso a la oficina de Malinka. Sin detenerse, continuó hasta su departamento. Estacionó sobre la vereda y –mientras colocaba las cadenas anti robo– el sordo ronquido de otra moto lo alertó. Por instinto, pensó en la inseguridad y comenzó a ponerse de pie, pero ya era tarde. Con un estruendo infernal, pulverizando la tranquilidad del barrio, las balas silbaron sobre su cabeza. Unas se incrustaron en el frente del edificio y otras destrozaron los cristales de la entrada. Pese a que su moto le servía de escudo, un balazo en el hombro le impidió desenfundar su arma reglamentaria y otro le perforó el frágil casco motoquero. Inerte, el cuerpo ensangrentado de Bruno se desplomó sobre la vereda salpicada de astillas y filosos pedazos de vidrio.

§

Una fresca noche de primavera, después de dejar a sus hijos en casa de la abuela, la comisaria Anahí Aberanda hizo unas compras de último momento y regresó a su departamento. Poco después, mientras guardaba en la heladera los productos frescos recién comprados, recibió un llamado de su asistente.

—Hola, Raula —la saludó al identificar el llamado.

—Buenas noches, comisaria, hubo un tiroteo en Castelar. Hay un herido y la ambulancia está en camino...

—Pasame a buscar, ya mismo —la interrumpió.

Minutos después, Raula Díaz y el chofer del patrullero llegaron hasta la puerta del edificio de departamentos donde los esperaba la comisaria. De inmediato, los tres se dirigieron a la calle Montes de Oca, entre San Pedro y Rodríguez Peña. Aberanda quería evitar que la escena del crimen se contaminara con las pisadas de curiosos, por eso –al arribar al lugar del tiroteo– le ordenó a su asistente y al agente que conducía el patrullero que despejaran la zona.

—Primero acordonen el perímetro y restrinjan el acceso —ordenó—. Después documenten todo con fotografías.

Si bien la víctima de los disparos ya había sido recogida por una ambulancia del SAME y llevada al Hospital Posadas, como el ataque había sido cerca de la casa de Bruno y había una moto involucrada, Aberanda tuvo una corazonada y pidió que averiguaran el nombre de la víctima. Cuando le confirmaron que se trataba de Bruno Rossini, la comisaria dejó a Raula Díaz de custodia y le pidió al chofer que la llevara hasta el hospital, para averiguar cómo estaba su ex asistente y buen amigo.

Luego de interesarse por la salud del joven internado en terapia intensiva, Aberanda se comunicó con el fiscal de turno quien le confirmó lo que ya sabía: «como la víctima del atentado es un agente de Interpol, el caso debe pasar a la Justicia Federal».

Aunque desde lo profesional ya no fuera responsabilidad suya, Anahí apreciaba mucho a Rossini y —además— no podía dejar de vincular este ataque a tiros con la muerte de Natalia Blanc, un caso abierto y cuya investigación estaba a su cargo. Ambos atentados habían tenido lugar en Castelar Norte, en su jurisdicción, como si el destino la estuviera desafiando a enfrentar a la mano negra que se había ensañado contra esta joven pareja de miembros de las fuerzas de seguridad.

Para avanzar, necesitaba hablar con Bruno sobre la posible conexión entre ambos atentados, pero lamentablemente el joven estaba grave y no podía hablar. Entonces, como ya no tenía sentido permanecer en el hospital, decidió regresar a la escena del atentado para volver a inspeccionar la zona del tiroteo e intentar hablar con algún testigo presencial.

Ya en el lugar de los hechos, aprovechando que todavía no había llegado la policía científica, la comisaria Aberanda traspasó la cinta amarilla y con sumo cuidado avanzó hasta la maltrecha moto de Bruno. Su intención era revisar los impactos de bala, que aparentaban ser de calibre militar. En eso estaba, cuando su asistente le avisó que un periodista quería hablar con ella. Molesta, Aberanda dijo que estaba ocupada, pero la agente Raula Díaz insistió. «El periodista es

Domecq». Sin cambiar la cara de incomodidad, la comisaria se acercó al veterano periodista.

—Hola. Lo siento pero estoy ocupada.

—Disculpá. Pero tengo información de Bruno que deberías conocer.

—Te escucho, pero resumilo al máximo —respondió ella.

—Como no sé cuán informada estás sobre el nuevo trabajo de Bruno, quería contarte que Interpol le había asignado el caso de un español de apellido Urkiola, asesinado cuando estaba husmeando en el pasado de Magister. A su vez, cuando la novia de Bruno intentó ayudarlo a buscar vinculaciones entre la banda de Gordon, Magister y la “Triple A”, fue atropellada por un auto y murió. Como Bruno creía que detrás de ese asesinato estaba Magister, intentó y logró contactar a una empleada de esa empresa, de nombre Malinka, quien simpatizaba con skinhead, fachos y neonazis. En fin, quería contarte estos entretelones porque pueden tener relación con los ataques a Bruno y Natalia —concluyó Domecq.

Después de haberlo escuchado sin interrupciones, la comisaria Aberanda se acercó a Domecq y, en voz baja, le dijo:

—Escuchame, Bruno ya me había contado su sospecha de que Magister mandó a matar a su novia. Yo investigué y no encontré nada. Pero este nuevo ataque a tiros refuerza la hipótesis de Bruno y, aunque estoy fuera de este caso, me voy a meter a fondo. Se lo debo a Bruno y por un tiempo él no va a poder ocuparse personalmente. Disculpame, pero ahora tengo que seguir trabajando.

Domecq se depidió con un gesto y comenzó a caminar hasta su casa. La conversación con Aberanda le había dejado sabor a poco, tenía la sensación de que ella no había demostrado suficientemente compromiso con Bruno, quizás porque el caso había pasado a la Justicia Federal. No obstante, como Bruno se debatía entre la vida y la muerte, lo más importante era que el joven amigo superara el mal trance. Trató de ser optimista, pero nada de lo que imaginó pudo borrar aquella sensación preocupante.

Ensimismado en sus pensamientos, Domecq llegó a su casa, entró y se dirigió al baño, sin prestar atención a Negro. Cuando ya estaba secándose las

manos, lo sorprendió un inusual maullido agudo y prolongado. De inmediato dejó la toalla y se acercó al animal, que dejó de maullar y levantó la cabeza para mirar a los ojos a su patrón (o, mejor dicho, el viudo de su patrona). Al notar que el gato rozaba sus pantalones, Domecq intentó acariciarlo, pero Negro dio media vuelta y tras caminar hasta la cocina, se paró frente a su plato.

Cuando esperaba encontrarse con un recipiente vacío, descubrió que, por el contrario, estaba casi lleno. El único detalle era que, tal vez por apuro, a la mañana no había sido muy prolijo y la comida había quedado mal repartida, acumulada sobre los bordes, como el cráter de un volcán, y no en el centro del plato. La primera reacción fue tirar el contenido a la basura y volverlo a llenar. Pero después, decidió hacer un intento previo. Agarró ese plato casi lleno y, con sus dedos, barrió la comida que estaba pegada a los bordes y la acumuló en el centro del recipiente, como formando una pequeña meseta. Milagrosamente, el gato se acercó y comió todo lo que no había tocado durante el día. Aliviado, el viejo Domecq se acordó de Leonor y su eterna paciencia para prestar atención e interpretar cada “mensaje” de su mascota. En cambio, él se las arreglaba a pura prueba y error. Por suerte, en ese momento, acababa de acertar.

Al ver cómo el gato devoraba su comida, Domecq se lamentó por haber dejado pasar la oportunidad de comer algo rico en el centro de Castelar, antes de regresar a su casa.

Estaba tan cansado como hambriento y –además– quería darse una ducha. Pero ducharse, cocinar y cenar no era una opción porque el tiempo sumado de las tres cosas implicaba demorar mucho la hora de acostarse. En consecuencia, postergó la ducha para la mañana siguiente y se dirigió a la cocina con la idea de prepararse un sándwich Montecristo, esa exquisitez que le había enseñado su querida Leonor.

Al detectar la notoria diferencia entre las fetas de jamón cocido que tenía en su heladera y las verdaderas lonchas de Lacón que le ponen los franceses, Domecq recordó la frase “para el hambre no hay pan duro” y se devoró el sandwich. Al terminar, necesitó lavarse las manos con mucho jabón y someterlas a un largo enjuague, para sacarse la mayonesa y la mostaza. Finalmente, se sirvió

otro vaso de Malbec y se sentó frente a la PC.

Aunque no sabía cuándo se recuperaría Bruno (si es que se recuperaba totalmente), Domecq quería llegar pronto a una conclusión sobre la pelirroja Malinka y sus reuniones con “cabezas rapadas”.

En cuanto ingresó la palabra “neonazi” el buscador mostró una serie de artículos periodísticos, entre los que se destacaba uno publicado por la Agencia de Noticias Reuters.

Jóvenes neonazis, condenados a trabajar en el Museo del Holocausto

Dos jóvenes neonazis fueron condenados a trabajar 50 horas en el Museo del Holocausto de Buenos Aires y otras 100 en un comedor comunitario como castigo por haber pintado cruces esvásticas en una sinagoga de la capital argentina.

Los ‘skinhead’ (cabezas rapadas) deberán acudir al Museo del Holocausto para participar de acciones pedagógicas que les permitan tomar conocimiento directo de las horrendas circunstancias del exterminio de judíos en la Alemania nazi, dictaminó un tribunal de Buenos Aires.

Tras dedicar 50 horas a esas actividades, los jóvenes neonazis deberán trabajar otras 100 en un comedor comunitario del sureste de la capital argentina, donde les espera la labor de fregar pisos y trabajos de pintura, entre otros de mantenimiento.

NOTA: Al allanar los domicilios de los detenidos, la policía incautó armas de fuego, cuchillos, uniformes e insignias nazis, además de vídeos racistas.

Al leer este artículo, Domecq se preguntó: «¿Quiénes son estos cabezas rapadas? ¿Qué lugares frecuentan? ¿Pertenece a alguna organización? ¿Son conocidos de Malinka?».

Llegado a este punto, decidió darle una buena cepillada a sus dientes, para

luego imitar a su gato que dormía plácidamente.

§

Mientras tanto, en plena noche, la intrigante Malinka entraba al Hospital Posadas en busca de Bruno Rossini.

Fin CAPÍTULO (XVI): Tiroteo en CASTELAR

CAPÍTULO (XVII): Agencia Reuter

Bien temprano, al escuchar que no había piquetes cortando el Acceso Oeste, Domecq se animó a usar su impecable Chevy para ir hasta el Hospital Posadas. Una vez allí, se presentó en Terapia Intensiva donde le dieron el parte médico de Bruno Rossini. El balazo en el hombro demandaría una larga rehabilitación del brazo derecho. En cuanto a la herida en la cabeza, si bien la lesión no era grave, la preocupación de los profesionales pasaba por el extenso período que había estado inconsciente. Por eso, el auditor médico enviado por Interpol dejó abierta la puerta para un eventual traslado del paciente a la Fundación Favalaro.

Teniendo en cuenta que los partes médicos se emitían cada 24 horas, Domecq decidió volver a la mañana siguiente.

Mientras se retiraba, recordó la pregunta que lo perseguía desde la noche anterior. «¿Cómo ubicar a los neonazis castigados por dañar esa sinagoga?» La primera respuesta fue bastante lógica. «Como es una noticia publicada por Reuter, debería comenzar la búsqueda por las oficinas de *Thomson Reuters Argentina*. De paso, sería una buena oportunidad para desempolvar mi carnet de periodista».

Para evitar el caos del tránsito capitalino, Domecq regresó a Castelar, dejó la Chevy en el estacionamiento de Pompeya casi Carlos Casares y caminó hasta la parada del microbus, que lo llevaría hasta el Obelisco. Al subir, se

sorprendió por el aumento del precio del pasaje y se preguntó si todavía estarían vigentes los viáticos que le había ofrecido Anouk, ya que ella nunca le había dicho que dejara de investigar. En realidad, después del fracaso por la jubilación de Oyarbide, Domecq había logrado aportar un dato muy importante sobre los cuadros saqueados a la familia Rosenberg, pero solo había merecido un escueto reconocimiento. «*Félicitations mon ami. À bientôt. Anouk*». El veterano investigador sabía que era necesario aclarar el tema, de una vez por todas, pero tenía miedo de precipitar el fin de la ambigua relación que mantenía con la aristócrata francesa.

Con el suave traqueteo de la combi, Domecq se fue quedando dormido y recién despertó con el sacudón producido al pasar sobre el lomo de burro que delimitaba la autopista y la Avenida 9 de Julio. Unas pocas cuadras más adelante, descendió y caminó hacia El Bajo hasta ingresar a una moderna torre vidriada, con vista a la Reserva Ecológica.

Domecq fue recibido por una joven alta, elegante, intensamente morena, con unas prolizas trenzas afro, quien lo hizo pasar a una sala que tenía paredes recubiertas de enormes pantallas con imágenes cambiantes de cifras, gráficos y la hora correspondiente a las principales Bolsas de Valores del mundo. Cuando comenzaba a impacientarse, por una puerta lateral, apareció un hombre mayor, encorvado, que caminaba apoyado en un bastón.

—Soy Simon Weis —se presentó, con voz suave pero clara, sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos.

—Yo soy Jorge Domecq, periodista de investigación, y estoy interesado en el artículo que publicaron sobre los neonazis.

—Hasta ahora, los que me contactaron por esa nota eran jóvenes rapados que querían insultarme. O algo peor. Pero no parece ser su caso —dijo, con una voz cada vez más baja, como si perdiera energía.

—No. Evidentemente no soy joven y mi calvicie no es auto infligida —bromeó Domecq—. Tampoco ando agrediendo colegas. Simplemente, busco información sobre esos dos indeseables.

—Por favor, sígame —dijo el señor Weis—. Pasemos a mi oficina.

Del otro lado de la puerta había un ambiente no tan amplio pero muy elegante, donde el mobiliario de monitores, vidrio y metal había sido reemplazado por madera noble, que estaba presente tanto en pisos y revestimientos de paredes, como en puertas y muebles.

El señor Weis —calvo, pálido, con nariz aguileña y párpados caídos— se sentó detrás de un antiguo escritorio, digno de un museo de ebanistas, e invitó a Domecq a hacer lo propio.

—Lo escucho —dijo, con un temblor en la voz.

—Como mi jubilación no alcanza para pagar las facturas, acepté buscar un cuadro a cambio de una recompensa —dijo Domecq a modo de introducción—. Pero ese cuadro había sido robado y estaría en poder de gente pesada, realacionada con los neonazis. De ahí mi interés por el tema.

Mientras Domecq se explayaba, Weis lo escudriñaba como evaluando su credibilidad. Finalmente, abrió un cajón del escritorio, sacó una tarjeta personal y —al dorso— copió una larga y compleja clave alfanumérica.

—Mi instinto de supervivencia me induce a dudar de todos, pero en este caso prefiero arriesgarme a creer en usted —comenzó Weis con su voz cada vez más frágil—. Al dorso de esta tarjeta encontrará una clave con un nivel de autorización similar a la de un investigador académico, que le permitirá acceder a una *base de datos complementaria*, no disponible para el resto de los usuarios.

Dicho esto, Weis llamó a su atractiva secretaria, quien le entregó un sobre a Domecq.

—Para facilitarle la tarea, en ese sobre encontrará un pendrive con varios archivos, que incluyen nuestras menciones a Sasiain y Pampillón, las dos personas que pintaron esvásticas en la sinagoga. Espero que le sirva. Ahora, si me disculpa, tengo que asistir a un almuerzo —dijo Weis y, sin levantarse, le extendió la mano para saludarlo y dar por terminada la reunión.

Ya de regreso en su casa, Domecq descubrió que Negro estaba más sociable que de costumbre. Primero había ronroneado y luego intentó enrollar la cola en su pierna. «No puedo dejar de preguntarme qué pasa dentro de la cabeza de este gato», pensó el dueño de casa, y ante la duda decidió mantener la táctica

que solía darle resultado “ni muy muy, ni tan tan”. En otras palabras, mantenerlo atendido, pero sin cargosearlo.

A continuación, encendió el horno para recalentar unas empanadas, sobrantes de una comida anterior. Puso un mantel individual y una copa de vino junto al teclado de la PC y, minutos después, comenzó a comer y trabajar al mismo tiempo. Mientras la mano izquierda sostenía la empanada, la mano derecha movía el *mouse* o tipeaba en el teclado

En cuanto conectó el pendrive de Reuter a su PC, Domecq seleccionó el archivo de la Fiscalía en lo Criminal y Correccional Federal N.º 2 de Morón, donde se solicitaba el procesamiento de Sasiain y Pampillón. Estaban acusados no solo de dañar una sinagoga, sino de perpetrar ataques con connotaciones nazis. Al allanar sus viviendas, en Castelar y Morón, entre muchas otras cosas, incautaron fotos de reuniones realizadas en la Cervecería Skin, de la calle Santa Rosa.

Una vez que terminó de almorzar y ordenar la cocina, teniendo en cuenta que esa cervecería estaba a no más de diez cuadras de su casa, le hizo caso al proverbio “No dejes para mañana...” y fue a conocer Skin.

Sin apuro, disfrutando de una tarde primaveral, Domecq caminó hasta el local y al ingresar, mientras mostraba el carnet de periodista, manifestó que trabajaba *freelance* para Castelar Digital. Cuando pidió hablar con el dueño del establecimiento, en contra de lo esperado, el señor Wolf se presentó de inmediato, interesado en participar de una nota sobre las cervecerías de la zona, para ser publicada en ese reconocido medio digital. Luego de un rato de charla insustancial, Domecq se animó a preguntar por un enorme mural que mostraba jóvenes rapados, brindando con grandes jarras de cerveza. «Oktoberfest» —fue la escueta respuesta del dueño del local, sin ninguna referencia a los skinhead. Pese a su ansiedad, para evitar sospechas, el veterano sabueso tuvo que derivar la conversación a temas comerciales, como las nuevas tarifas promocionales para la publicidad en Castelar Digital. Fue entonces cuando el dueño del local le sugirió que volviera la semana siguiente, cuando ya debería estar de regreso su socio. Sin poder avanzar más, el periodista aceptó el ofrecimiento para probar las cervezas artesanales, entre las que —según su paladar— sobresalía una IPA,

proveniente de El Bolsón.

En cuanto salió de Skin, Domecq se comunicó con su amigo Gabriel Colonna, para explicarle lo sucedido. De buen humor, fingiendo enojo por haber invocado a Castelar Digital sin consentimiento previo, Gabriel lo intimó a reparar el daño mediante una invitación a la próxima “Fiesta de la cerveza”, con “canilla libre” incluida.

Como su visita a Skin no había arrojado los resultados esperados, Domecq recurrió de nuevo al pendrive de Reuter. Al volver a abrir el archivo del allanamiento de la casa del skinhead de Castelar, además de folletería y fotos, encontró recortes de diarios con artículos sobre el mentado “tesoro nazi” descubierto en 2017, en Beccar. Dado que en los márgenes había anotaciones manuscritas, Domecq imaginó que podían ser datos relevantes y se dejó llevar por las ganas de descubrir algo más.

Cuando el reloj “cucú” marcó la medianoche, los irritados ojos de Domecq pedían una tregua. Había dedicado varias horas a ampliar las imágenes escaneadas, intentando descifrar palabras o números manuscritos, casi ilegibles, y el cansancio le pasaba la factura. Ya había decidido dar por terminada su jornada, pero al detectar la frase “pinturas de distintas épocas”, la curiosidad volvió a ser más fuerte y se detuvo a leerlo con detenimiento. Se trataba de otro artículo, pero con más detalles, sobre el material nazi descubierto en Beccar.

Thomson Reuters Argentina,

Misterioso tesoro nazi. Detrás de la pared de una biblioteca, en una casa de Beccar, había una habitación oculta con un pequeño pero muy valioso museo del Tercer Reich. Entre los objetos encontrados había varios bustos de Hitler, de distinto tamaño, muchas medallas de oro con esvásticas grabadas en ellas, una estatua del águila nazi, pinturas de distintas épocas y fotos mostrando que algunos de esos objetos habían sido utilizados por el Führer.

S,

le surgió una pregunta: «Si un jubilado, como yo, con apenas una computadora hogareña, puede acceder a tanta información relevante, ¿por qué no avanzan las

investigaciones oficiales que cuentan con inmensos recursos, humanos y materiales, tanto de las fuerzas de seguridad como del Poder Judicial? ¿Acaso no les interesa descubrir la verdad?».

Luego de varias horas de sueño reparador, Domecq tuvo que levantarse al baño. Fue entonces cuando escuchó el canto de un zorzal y supo que ya estaba amaneciendo. Sin poder evitar la tentación de “echar un vistazo” a la pantalla de la PC, la encendió y buscó la última búsqueda que había realizado la noche anterior, donde se mencionaba el tesoro nazi.

El artículo periodístico que lo había desvelado ponía énfasis en la importancia histórica que tenía el hallazgo de este museo nazi, con objetos utilizados por el mismísimo Hitler. Pero el ojo avisado de Domecq se había focalizado en la frase “pinturas de distintas épocas”. Fue entonces cuando se animó a preguntarse: «¿Serán cuadros saqueados por los nazis, como los que busca Anouk?».

Cuando Negro se le acercó y permaneció mirándolo en silencio, Domecq comprendió que el felino le estaba reclamando el desayuno. Entonces, se levantó, buscó el costoso alimento reductor de alérgenos y se lo sirvió.

Mientras ordenaba la cocina, recordó al señor Weis. «En Reuter deben tener un buscador que permita consultar la lista de cuadros encontrados en el Museo Nazi de Beccar», pensó Domecq y decidió mandarle un WhatsApp a Weis.

El resto de la mañana transcurrió sin novedades y el veterano investigador pudo dedicarse a tareas hogareñas, como lavar sábanas. En eso estaba cuando recibió la respuesta de Reuter. Mediante un mensaje de texto, la secretaria del señor Weis le hizo llegar una nueva clave de acceso a la base de datos.

Sin demoras, Domecq comenzó a buscar las intrigantes pinturas y pronto pudo festejar. Entre los cuadros hallados en el allanamiento al museo nazi de Beccar había obras de artistas impresionistas, como las que integraban la saqueada galería de Paul Rosenberg. Por supuesto, nada indicaba que hubieran recuperado un Matisse como el que buscaba Anouk, pero era una buena noticia, desconocida hasta ese momento, digna de ser compartida con la francesa de los ojos ámbar.

Por pensar demasiado en Anouk, las frágiles neuronas de Domecq no se percataron de otra posibilidad: entre las pinturas impresionistas incautadas en el museo nazi de Beccar podría haber un Renoir como el que buscaba Ximena Barrantes.

FIN CAPÍTULO (XVII): Agencia Reuter

CAPÍTULO (XVIII): Aguantadero en Fuerte Apache

«¡Por fin viernes!», pensó Anahí Aberanda, porque esa tarde sus hijos vendrían a quedarse con ella. Recién dos días después, el domingo al anochecer, los chicos debían regresar a la casa de su abuela, quien el lunes los llevaría al colegio. Esa rutina solo cambiaba en feriados y vacaciones, y se mantenía en el tiempo porque el sueldo de comisaria no alcanzaba para comprar una casa adecuada para vivir los cuatro.

Anahí entró a la cocina y encendió una hornalla para prepararse las tostadas, pero ese día la presión de gas no era suficiente y tuvo que recurrir a la tostadora eléctrica.

Justo cuando el aparato avisaba que las rodajas de pan estaban a punto, sonó el celular. Como no esperaba que nadie interrumpiera su desayuno, se incomodó. No obstante, al ver que era una llamada de su asistente, decidió atender.

—¿Sí?

—Buen día comisaria, encontramos un Chevrolet Vectra gris con todas las características del que atropelló a Natalia Blanc —dijo la agente Raula Díaz.

—¿Dónde está?

—En el predio municipal de Morón Sur, en Mazza y Gallardo, junto a otros autos que se están incendiando —respondió Raula.

—¿Llegaron los bomberos?

—Sí, pero están tratando de apagar el fuego en unos patrulleros que...

—¡Que salven al Chevrolet! Dale la orden de mi parte. Lo necesitamos para buscar huellas. Deciles que con ese auto mataron a una mujer policía — ordenó la comisaria. Y agregó—: Ya voy para allá.

Con la presión de salir lo antes posible, Anahí apenas se lavó, se cepilló los dientes y se peinó lo necesario como para hacerse un rodete. Por último, se puso el uniforme y se perfumó con un toque de esa fragancia que le transmitía seguridad.

A medida que se acercaba al predio municipal, la comisaria empezó a escuchar las sirenas policiales, superpuestas con las de bomberos, pero recién al doblar por la calle Ríos Gallardo pudo divisar las luces giratorias de la autobomba, que teñían de anaranjado los remolinos de fuego y humo negro.

Enfundada en un camperón amarillo con bandas reflectantes, la comisaria descendió de su auto. De inmediato, y a paso vivo, la agente Raula Díaz fue a su encuentro.

—¿Y el auto? —fue lo primero que dijo Aberanda.

—Está en la otra cuadra. Apagaron el fuego y lo remolcaron —respondió su asistente.

—¿Y vos cómo estás? —preguntó la comisaria y, sin esperar respuesta, le hizo un gesto para ir hacia el auto sospechoso.

Al llegar junto al Chevrolet Vectra Gris, cuyos vidrios habían estallado por el calor del fuego, la comisaria esbozó una sonrisa y le dio una palmadita a su asistente. La satisfacción era doble. El auto en cuestión no solo estaba correctamente acordonado con cintas policiales para preservarlo, sino que tenía abolladuras en la trompa, compatibles con las que produce el impacto contra una persona, como en el caso de Natalia.

Una vez que llegó el camión para remolcar el auto hasta la sede de los peritos de la Bonaerense, Aberanda y su asistente se dirigieron a la departamental Morón, donde las esperaba un día ajetreado. Ya en su oficina, y luego de presionar a su colega de la Policía Científica para que le pasara lo antes posible el número de motor del auto incendiado, Anahí Aberanda decidió releer el

expediente con la investigación del caso Natalia Blanc.

Después de un tiempo prudencial, llegó el mensaje esperado. Además de informar que el adjunto contenía una foto de la chapita rectangular con el número de motor —que había estado remachada al block del auto— la Policía Científica transcribía los trece dígitos alfanuméricos.

De inmediato, llamó a dos de sus colaboradores y les pidió que ubicaran urgente a qué auto correspondía ese número de motor.

«Nadie en su sano juicio cometería un crimen con su propio auto, pero al menos descubriremos dónde lo robaron», pensó la comisaria Aberanda.

De pronto, con el brillo del éxito iluminando sus ojos, Raula se paró en la puerta del despacho de su jefa.

—¡Lo tenemos! —exclamó la agente Díaz—. Este auto fue robado en Hurlingham el día previo a la muerte de Natalia Blanc.

Entusiasmada por la noticia, Aberanda consideró llegado el momento de convocar al resto de su equipo de investigadores. La instrucción fue precisa.

—Revisen las cámaras de seguridad. Ustedes dos sigan el rastro de este Vectra y dibujen su recorrido desde el momento del robo, cuando todavía conservaba la patente original. Por su parte, el resto del equipo hará lo mismo, pero desde el momento del atentado a Natalia hacia atrás, es decir, el trayecto en el que ese auto circulaba con patentes robadas. Teóricamente, los dos grupos deberían encontrarse en la zona donde se produjo el cambio de chapas de identificación. Ubicar ese “punto de unión” es nuestro mayor desafío. Tomen nota de todos los datos de interés, especialmente los lugares donde estacionó o se detuvo. Bueno, empiecen ya. ¡Suerte!

Aprovechando que los integrantes de su equipo estarían ocupados por un buen rato, Anahí se hizo una escapada hasta el cajero automático del Bapro, para retirar el poco efectivo que le quedaba a esa altura del mes y con el que debería enfrentar un oneroso “finde con los peques”. Una vez que tuvo el dinero en su bolsillo, llamó a su asistente para conocer las novedades. Como Raula le informó que ninguno de los dos equipos había hecho avances significativos, Anahí aprovechó que estaba en el centro de Morón y —aunque todavía faltaba para el

mediodía— hizo una escala en la hamburguesería que más le gustaba, y que no era la misma que siempre elegían sus hijos.

Una vez que satisfizo el antojo gastronómico, Anahí Aberanda regresó a su oficina y fue prácticamente rodeada por los miembros de su equipo.

—¡Buenas noticias, comisaria! —se anticipó, Raula, eufórica.

—¡En San Pedro y coleccionista! —tronó un vozarrón.

—¡Debajo del puente...! —terció la voz de la sargenta Nuria Godoy.

—Ahí cambiaron las patentes —agregó el agente de voz gruesa.

—El Chevrolet Vectra llegó con unas patentes y salió con otras....

—Venía de Hurlingham y siguió para Castelar —completó la sargenta.

—Por favor, de a uno por vez. Nuria, haceme un resumen —pidió

Aberanda.

—Sí, comisaria —comenzó la sargenta Godoy—. El Chevrolet que buscamos había sido robado en Hurlingham, llegó a la Autopista del Oeste, estacionó debajo del puente de San Pedro y tardó en salir. Después de un rato continuó hacia Castelar donde una cámara detectó que llevaba patentes cambiadas.

—¡Muy bien! —reconoció la comisaria—. Ahora, para ubicarme en el tiempo, tengo otra pregunta. Este auto fue robado el día 12 y el atentado fue el 13. ¿Cuándo fue la reunión debajo del puente para cambiar patentes, etc., etc.?

—Al Vectra lo ubicamos entrando al puente de San Pedro, el día 13, al anochecer —respondió la sargenta.

—Entonces, en parte de ese lapso de 24 horas, ese auto estuvo estacionado. Lo más probable es que la noche del 12 al 13 hubiera estado en un aguantadero. Tenemos que ubicar ese lugar... —estaba diciendo Aberanda cuando fue interrumpida por Osorio.

—¡Comisaria! El auto robado tenía contratado seguimiento satelital.

—¡Qué buena noticia! Yo, personalmente, gestionaré el acceso al dispositivo de rastreo, mientras ustedes siguen revisando las imágenes de las cámaras de seguridad —dijo la comisaria, pero luego, cambiando el tono, agregó—: antes de que empiecen esta búsqueda, tengo que informarles algo malo

y algo bueno. Lo malo es que hoy no podrán salir a comer, pero lo bueno es que traeremos pizza para todos. Raula se ocupará de preguntarles qué es lo que prefiere cada uno. Ahora sí, manos a la obra —concluyó, con un gesto de aliento para sus colaboradores.

Motivados, esos policías bonaerenses intentaron darle una satisfacción a su jefa. Al llegar el *delivery*, luego de festejar la llegada de la pizza como si fuera un gol, como no había platos, la mayoría siguió trabajando con una pringosa porción en una mano y usando la otra para tipiar en el teclado o maniobrar con el mouse.

No mucho tiempo después, como si estuviera en un bingo, Raula Díaz fue la primera en pegar un gritito de alegría.

—¡Lo encontré! ¡Mire, comisaria! Acá *durmió* el Vectra —exclamó la joven, señalando la pantalla de su computadora.

Si bien varios se levantaron para mirar, nadie obstruyó el paso de la comisaria, quien —sin sentarse en la silla que alguien le ofrecía— se inclinó sobre el hombro de Raula y miró el globito rojo que titilaba en el Google Maps.

—Muy bien, Raula. Parece que es en Fuerte Apache o en los alrededores. Decime, ¿después del robo, al auto lo llevaron directamente hasta ahí?

—Sí, comisaria.

—Tenemos que confirmar que es solo un aguantadero transitorio y no un desarmadero. De eso dependerá cómo seguimos —dijo Aberanda.

—¿Vamos para allá? —preguntó la sargenta Godoy.

—Sí, pero con un solo auto, vos y yo. Sin detenernos y sin mostrar armas, que parezca una recorrida de rutina. Nos vamos a acercar lo mínimo imprescindible, para observar si es un aguantadero, o algo más —respondió la comisaria.

En un hermoso atardecer de primavera, la sargenta Godoy condujo el patrullero hasta el ícono de la inseguridad bonaerense, conocido como Fuerte Apache. En el trayecto hasta el Monoblock 19, ubicado en el corazón del asentamiento, el vehículo policial había tenido que bordear basurales nauseabundos donde yacían autos desguazados y quemados. Al llegar al sitio señalado por el GPS, observaron un galpón construido con chapas viejas,

apoyadas contra el muro del monoblock.

Frente a la precaria construcción, donde todavía daba el sol, estaba sentada una anciana solitaria, de cabellos grises, ojos pequeños y arrugas profundas. A pesar de la temperatura agradable, la mujer tenía los brazos cruzados en la cintura, apretados como si luchara contra un frío interno. Parecía absorta en sus pensamientos, pero sin dejar de prestar atención a los policías. En estos tiempos, a nadie sorprendería que ancianos, embarazadas y niños fueran utilizados por las pandillas como vigías.

El galpón no tenía ventanas y presentaba un portón de chapa, entreabierto, que permitía acceder a un playón sin techo, aparentemente vacío, pero que podría haber escondido un auto como el que buscaban. Lentamente, el patrullero pasó frente a la anciana y siguió el recorrido preestablecido, bordeando el entramado de callejuelas estrechas y pasillos sinuosos.

Horas después, cuando todo su equipo había tenido tiempo para observar las fotos que ella les había compartido, la comisaria volvió a reunirlos en su despacho.

—En mis fotos de Fuerte Apache habrán visto el galpón de chapas donde se desactivó el seguimiento satelital del Vectra robado en Hurlingham —comenzó Aberanda—. Se trata de una construcción precaria, como para esconder un vehículo por poco tiempo. Típico refugio de los que levantan autos y los dejan “enfriar” en estos lugares transitorios, hasta que venga a buscarlo alguien más comprometido con la operatoria y que lo llevará a un desarmadero o lo venderá si surge una oportunidad. Yo creo que esto último es lo que pasó con el Vectra. Lo robaron, lo guardaron una noche en Fuerte Apache y se lo vendieron a alguien que necesitaba un auto para atropellar a Natalia Blanc —resumió la comisaria y, después de tomar un sorbo de agua, concluyó—: esta mañana, cuando comenzamos a trabajar era de noche y ahora, después de casi 12 horas, la noche nos encuentra trabajando. ¡Basta por hoy! Traten de descansar, así el lunes rendirán más. ¡Buen finde!

En cuanto terminó su arenga, Anahí Aberanda escapó de la oficina, subió a su auto y no paró hasta estacionarlo en el garaje del edificio donde vivía. Como

una exhalación, llegó hasta el ascensor, marcó piso 3, descendió, caminó a paso vivo por el pasillo, puso la llave en la cerradura y, en pleno silencio, y con un enorme sentimiento de culpa por llegar tarde, abrió.

—¡Hola, mamá! —gritaron a unísono sus dos diablillos, y Anahí pensó: «¡Gracias a Dios, es viernes!».

FIN CAPÍTULO (XVIII): Aguantadero en Fuerte Apache

CAPÍTULO (XIX): San Pedro y colectora

Esa madrugada, cuando sonó el despertador, Anahí tuvo la sensación de que los fines de semana pasaban demasiado rápido. Después de dos días de libertad, disfrutando de la compañía de sus hijos, ya había llegado el lunes y tenía que ir a trabajar. La simple idea de afrontar las responsabilidades propias de su cargo de comisaria le resultaba agobiante. Entonces, resignada a enfrentar un período de cinco días hasta que llegara el nuevo fin de semana, se propuso —al menos— romper la rutina.

Su primer cambio consistió en reemplazar el café con tostadas caseras por un desayuno completo, con jugo de naranja recién exprimido en La Intendencia. Además, como le resultaba chocante ir a un bar vestida de comisaria, decidió salir con ropa de calle y llevar el uniforme en el baúl de su auto, para recién cambiarse en el vestidor de su despacho.

Después de desayunar, cuando Anahí ingresó al edificio de la departamental Morón, el policía de guardia no pudo evitar que su mirada bajara por la pollera hasta esas atractivas piernas, generalmente ocultas bajo los pantalones del uniforme policial.

A las 8:30 AM, en punto, la comisaria bajó del ascensor en el tercer piso y comprobó con satisfacción que la mayor parte de sus colaboradores se le había adelantado y ya estaba en sus asientos, reiniciando la conexión a la Intranet o

poniendo orden en sus escritorios. Entonces, se acercó a su asistente y le pidió que avisara al resto del equipo que en quince minutos deberían concurrir a su despacho.

En cuanto estuvieron todos, la comisaria les agradeció el esfuerzo que estaban realizando.

—¡Buen día y buena semana para todos! Espero que hayan descansado bien. Por suerte, el viernes lograron buenos avances y no fue necesario venir el sábado. Hoy es otro día y no podemos dormirnos en los laureles —comenzó Aberanda, con un tono de voz suave, pero firme—. Voy a empezar con un repaso de la situación. El rastreador satelital del Chevrolet Vectra nos llevó al refugio transitorio que algunos ladrones de autos tienen en Fuerte Apache, pero como esa gente solo habría proporcionado el auto, y no tendría que ver con la muerte de Natalia, por ahora la vamos a dejar al margen de la investigación principal. Necesitamos reconstruir todo el recorrido del Vectra, desde que lo robaron hasta que atropelló a Natalia, lamentablemente, a partir de su llegada al aguantadero, el auto quedó desconectado del satélite. Tal vez alguien descubrió el dispositivo de rastreo y lo desactivó. En consecuencia, les pido que expriman sus neuronas, porque dependemos de lo que ustedes puedan descubrir en las imágenes captadas por las pocas cámaras de vigilancia activadas en esa zona. Para nosotros, las más importantes son las que cubren accesos y salidas del puente de San Pedro y colectora, donde entregaron el auto al asesino. Tengan en cuenta que la persona que trajo el Vectra se quedó a pie. Entonces, si no se fue caminando, lo hizo en algún otro vehículo que también tuvo que haber parado debajo del puente (auto, moto, bicicleta). Hay que revisar las imágenes captadas por esas cámaras hasta identificar las patentes de los otros vehículos que pudieron haber estado presentes durante el supuesto intercambio del auto por dinero. No vayan a creer que esto es todo, les anticipo que quedan muchas otras búsquedas para el resto del día.

Aprovechando que los integrantes de su equipo estarían ocupados por un buen rato, la comisaria Aberanda le pidió a Raula Díaz que la acompañara.

—Vamos a recorrer la zona que rodea al puente de San Pedro —comenzó

a explicar Aberanda—. Cumpliendo con las normas, acabo de pedir un relevamiento informático de los dispositivos de monitoreo policiales, municipales y vecinales registrados en el Partido de Morón, pero mi instinto de sabueso se resiste a acatar a rajatabla las normas de procedimiento.

—¿Cómo es eso? —preguntó la agente Díaz sin distraer la mirada del camino.

—En mi opinión, el proceso de toma de decisiones policiales está sometido a una estricta lógica preestablecida. Por supuesto, yo respeto y hago respetar los reglamentos, pero —además— le apuesto algunas fichas a mi intuición. Por ejemplo, sabemos que existen otros cientos de cámaras en viviendas y pequeños comercios, que no están registradas y la policía no controla... las quiero buscar. ¿Vamos?

En cuanto escuchó a su jefa, la agente Díaz actualizó las coordenadas del GPS y se dejó guiar hasta el puente del Acceso Oeste sobre la calle San Pedro, en el límite entre los partidos de Hurlingham y Morón. Luego de estacionar el patrullero en el playón de una estación de servicio, continuaron a pie.

Esa radiante mañana de primavera, al ingresar al túnel de la calle San Pedro, las mujeres afrontaron el contraste entre la penumbra reinante a su alrededor y la luz en el exterior. Como las fachadas de los edificios iluminados por los rayos del sol tenían una gran nitidez, Aberanda pudo distinguir, a lo lejos, lo que parecía ser una cámara de vigilancia, colocada en el frente de un comercio.

Mientras seguía observando, le pidió a su asistente que la ayudara en esa búsqueda. La idea resultó ser efectiva porque detectaron tres cámaras de vigilancia, dos del lado de Castelar y una del lado de Hurlingham. Solo una de las tres, que correspondía a una gomería, había sido consultada por la policía y —en su momento— el encargado del lugar respondió que las cámaras no funcionaban, excusa muy común para evitar involucrarse en un caso policial, especialmente cuando se tiene algo que ocultar, como la reventa de gomas de dudoso origen, o algo peor.

—¿Qué te parece si volvemos a preguntar, a ver si a las chicas nos dan la misma respuesta que a nuestros compañeros varones? —dijo la comisaria y

acercó el patrullero hasta el playón de cemento donde un jovencito controlaba el aire de un neumático.

—Buenos días, ¿usted es el dueño? —preguntó Aberanda.

—¿Yo? ¡No! ¡Ni ahí! ¡Ojalá, doña! —respondió el muchachito, sorprendido. Y, con una sonrisa pícara, agregó—: el trompa es el que está mateando en el escritorio.

—Permiso. Buen día. Parece que hoy tienen luz —dijo la comisaria al entrar a la precaria oficina, cuyas paredes estaban cubiertas de viejos almanaques, con fotos de chicas ligeras de ropa.

—Buen día. Sí. Hay luz ¿Por qué? —preguntó entre sorprendido y desconfiado.

—Es que el otro día no pudimos revisar las cámaras por falta de electricidad —mintió.

—No, no. Siempre dijimos que no funcionaban —se defendió el dueño en tono arisco.

—Es cierto, no funcionaban... —comenzó Anahí con su mejor sonrisa—. Pero no funcionaban por falta de electricidad —continuó y, sin darle tiempo, se dirigió a su asistente—. Agente Díaz, revise las grabaciones.

—¡Nooo! —se opuso el dueño con firmeza.

—¿Cuál es el problema? Si realmente no funcionan, no las vamos a poder usar, se las devolvemos y chau.

—¡Espere, oficial!

—Soy comisaria.

—Disculpe comisaria —empezó, con un tono de voz más cordial—. ¿Cuál día necesita ver?

—La noche del 12 al 13 de ese mes.

—Si le parece bien, yo la busco, la copio y se la mando. Así la revisa tranquila en su oficina —propuso.

—Muy bien. Mejor aún, mi asistente Raula Díaz, que es experta en informática, se quedará acá con usted revisando la integridad y confiabilidad de las imágenes que nos tiene que entregar. Y, por favor, no intente seducirla

ofreciéndole neumáticos de regalo, porque ella no tiene auto particular.

—No con este sueldo —bromeó Raula.

Sin darse por aludida, la comisaria Aberanda le pidió a su asistente que permaneciera en el lugar, para revisar todo el proceso de copiado de las imágenes solicitadas y, recién cuando tuviera la copia en su poder, podría pedir un taxi para regresar a la sede policial.

En cuanto subió al patrullero, Aberanda encendió el motor y salió lentamente de la gomería para visitar dos casas vecinas, en cuyos frentes se veían cámaras de seguridad que enfocaban hacia el ingreso o la salida del Puente de San Pedro. Primero tocó timbre en un chalet modesto, pero bien mantenido, rodeado de un coqueto jardín. En cuanto la dueña entreabrió la puerta, la comisaria señaló la cámara y preguntó si había estado encendida la noche del 12 al 13. A media voz, como si compartiera un secreto, la cordial anciana respondió que solo era una carcasa “espanta giles”, completamente vacía, sin elementos para captar imágenes.

Con las manos vacías, Aberanda se retiró y repitió la pregunta a los dueños de la otra casa. En este caso, un señor de mediana edad respondió que solo conectaban el aparato cuando se ausentaban y no era el caso de la noche del 12 al 13 de ese mes. Como ya no tenía razones para permanecer en ese lugar, condujo de regreso a la comisaría. En el trayecto, se detuvo a comprar unas empanadas que reemplazarían a su habitual almuerzo saludable.

Ya en la Departamental, la comisaria se acercó a sus investigadores con la esperanza de escuchar buenas noticias. Sin embargo, todos permanecieron con sus miradas clavadas en los monitores, tratando de evitar a su jefa, en un claro mensaje de que no tenían nada para aportar. La única que se puso de pie y se acercó, sin demasiada convicción, fue la sargenta Godoy.

—Creo que encontré algo...

—Venga, por favor —la interrumpió la comisaria al tiempo que le hacía una seña para que la acompañara a su despacho.

—La escucho —dijo, cuando ya estaban sentadas frente a frente.

—Estuve intentando armar una secuencia entre las imágenes del Vectra

captadas antes y después del puente de San Pedro.

—¿Encontraste alguna cámara que enfocara la salida del túnel hacia la colectora?

—No muy cerca, a un par de cuadras...

—No importa. Tal vez Raula nos traiga una buena noticia al respecto.

Sigamos.

—De acuerdo, comisaria. En Castelar, sobre San Pedro, la primera cámara de monitoreo municipal está recién dos cuadras después del puente. En cambio, en Hurlingham pudimos acceder a una que está instalada a menos de una cuadra del puente...

—¿Qué buscabas? —la volvió a interrumpir la comisaria.

—Buscaba otros vehículos que también se hubieran detenido debajo del puente, un poco antes o un poco después que el Vectra —respondió la sargenta.

—¿Buscabas posibles cómplices?

—Algo así. Al menos gente vinculada al caso...

—¿Encontraste algo? —se apresuró la jefa.

—Además del Vectra, solo dos vehículos coincidieron en ese momento y lugar —respondió Godoy—. El primero en llegar desde Hurlingham fue el Vectra, seguido de un motociclista. El otro vehículo era una camioneta tipo Traffic o combi, que no pude identificar bien. Llegó última y se fue primera. Se me ocurrió que podría haber traído a los personajes más importantes, que llegaron para pagar la compra del Vectra y dar las instrucciones finales antes del atentado.

—¡Cuánta tela para cortar! Esta información tiene varias interpretaciones y vos ya te hiciste la película —bromeó la comisaria—. Sin embargo, reconozco que entre lo poco que tenemos, lo tuyo es lo más cercano a una pista. Por eso, lo vamos a utilizar para sacudir las neuronas de nuestro equipo. Juntá a todos en la sala de reuniones y repetí lo que me contaste de los tres vehículos. Después, con el sargento Osorio, organicen tres grupos de trabajo. Uno debe descubrir e investigar el número de patente de la moto. El segundo grupo hará lo mismo con la patente de la Traffic. Y el tercero investigará a qué vehículo habían pertenecido las nuevas patentes que le colocaron al Vectra. Recuerden que mañana a la mañana, en cuanto encienda mi computadora, quiero tener todas las respuestas.

Cuando la comisaria estaba terminando de dar las instrucciones, la sargenta

Godoy la interrumpió abruptamente para avisarle que su asistente estaba en peligro. En medio de una llamada, desde la gomería de San Pedro, justo antes de que se cortara la comunicación, Raula Díaz había pegado un grito pidiendo ayuda.

FIN CAPÍTULO (XIX): San Pedro y colectora

CAPÍTULO (XX): Operativo policial

Sin apagar la sirena ni las luces giratorias, la sargenta Godoy clavó los frenos y la camioneta policial se detuvo de golpe sobre el playón frontal de la gomería. Las puertas se abrieron y los cuatro policías descendieron casi al mismo tiempo. Todos llevaban chalecos antibalas y armas largas. El sargento Osorio fue el primero en llegar junto a la enorme y maltratada persiana de enrollar que les bloqueaba el paso, y la golpeó varias veces con la culata de su escopeta. Temiendo por la vida de la agente Díaz, la comisaria, con un megáfono, exigió que abrieran de inmediato.

—Abran o entramos por la fuerza— gritó Aberanda y, como no hubo respuesta, ordenó arrancar la persiana.

De inmediato Osorio y Kisnerman engancharon la eslinga de acero del malacate de la camioneta al marco lateral del portón. Cuando la comisaria hizo la señal, la sargenta Godoy activó el motor de fuerza de la camioneta 4x4 y un ángulo de la cortina metálica comenzó a ceder. Sin dudar, Osorio se zambulló peligrosamente por la abertura. Luego de unos interminables minutos de silencio, el vozarrón del sargento avisó que ya podían pasar.

La primera en seguir a Osorio fue Aberanda, quien luego de agacharse y reptar sobre rodillas y codos, pasó por el hueco de la persiana, se levantó y corrió hacia un cuerpo encapuchado que yacía en el suelo. Temiendo lo peor, arrancó la

capucha y apareció el rostro de la pobre Raula, desesperada por una bocanada de aire y furiosa por la humillación. El dueño de la gomería la había sorprendido, poniéndole una filosa lezna en el cuello para quitarle el arma reglamentaria. Después, la había maniatado con sus propias esposas y le había puesto una bolsa sobre la cabeza. Aparentemente, por lo poco que la agente Díaz había podido escuchar a través de la capucha, el dueño del local intentó eliminar imágenes supuestamente comprometedoras grabadas en la memoria de la cámara de seguridad y después huyó.

Al regresar a la Departamental Morón, una vez que la comisaria y sus dos sargentos descendieron de la camioneta policial, el agente Kisnerman se encargó de llevar a la maltrecha Raula Díaz hasta la casa de sus padres, para que la cobijaran durante el shock emocional.

Ya era de noche cuando Aberanda ingresó a su despacho, acompañada por Godoy y Osorio, y les ofreció compartir café “del bueno”, que aún tenía en su termo personal. Luego de comentar la traumática experiencia vivida por la joven Raula, la comisaria les pidió que trataran de identificar al dueño de la gomería para pedir su captura.

Por su parte, ella se comunicó con el oficial a cargo de la guardia del Laboratorio de Informática Forense y, con tono respetuoso pero firme, le informó que necesitaba —con urgencia— que recuperaran las imágenes borradas de la cámara de seguridad que le estaba haciendo llegar por uno de sus agentes.

—¡Kisnerman! Venga por favor —lo llamó la jefa en cuanto lo vio regresar a la oficina.

—Sí, comisaria —dijo el agente al acercarse.

—¿Cómo estaba Raula cuando la dejaste con sus padres? —preguntó.

—Igual —respondió el poco locuaz agente.

—Gracias. Por favor, llevá esto urgente al Laboratorio Forense —pidió la comisaria.

Los sargentos Godoy y Osorio eran jóvenes, buenos policías, tenían similar antigüedad en la fuerza y solían competir por los ascensos o los aumentos

salariales. Como, además, sabían trabajar en equipo, aquella noche la comisaria les había pedido que identificaran al dueño de la gomería, que se había fugado luego de dañar las cámaras de seguridad. En eso estaban trabajando los sargentos cuando recibieron una llamada de uno de los móviles, avisando que una persona se había metido en el local de neumáticos, violando la faja de clausura e ingresando por el hueco que había quedado en la persiana. De inmediato, Aberanda ordenó que bloquearan la salida de esa persona, hasta que llegara Osorio con refuerzos.

Quiso el destino que el intruso fuera el dueño de la gomería, es decir, la misma persona que estaban buscando. En consecuencia, el joven sargento pudo capturarlo, identificarlo con los documentos que llevaba entre sus ropas y llevarlo detenido a la Departamental.

Mientras tanto, la sargenta Nuria Godoy siguió revisando imágenes de las cámaras de seguridad. Como ya conocía a qué hora el Vectra había atropellado a Natalia, no le resultó muy difícil detectar el paso del auto por San Pedro y Curuchet, antes del atentado. La segunda cámara que lo captó estaba en la zona de los Tribunales de Morón, después de atropellar a Natalia, y la última imagen pertenecía a una cámara ubicada cerca del predio municipal donde apareció abandonado y con un principio de incendio. Un dato adicional, de suma importancia, era que en todas las imágenes de ese auto solo se veía una persona: el conductor que mató a Natalia Blanc. Además, en la única imagen donde se lo veía con capucha era en la cámara más cercana al atentado.

Con muy buena onda, satisfecha por estas últimas noticias, la comisaria felicitó a los dos sargentos por haber aportado las frutillas del postre, en un buen día de trabajo. Mientras ordenaba sus papeles, cuando ya se disponía a regresar a casa, Aberanda recibió una llamada de su amigo Domecq.

—¡Hola!, ¿cómo estás? —dijo al identificarlo.

—Bien. ¿Y vos? —preguntó él.

—Trabajando.

—¿A esta hora?

—Así es. Además, al llegar a casa tengo que cocinar.

—¿Los chicos están con vos?

—No.

—Entonces, vení a cenar conmigo. Ya puse carne a la parrilla, agregó un poco más y listo.

—Es que mañana tengo que madrugar.

—Más a mi favor. Venís, comés y te vas. Ni siquiera tenés que lavar los platos y de yapa te comparto una buena noticia.

—¿Qué pasó?

—Le dieron el alta a Bruno.

—¡Qué bueno! ¿Cómo está?

—Vení y te lo cuento con detalles.

—Si voy, tiene que ser ahora mismo, con lo puesto y en patrullero.

—Listo. Ya pongo más carne. ¿Chorizo o morcilla?

—Solo carne y algo verde.

—Te espero.

—¡Chau!

En silencio y solo con las luces de posición encendidas, el agente Kisnerman condujo hasta el domicilio de Domecq. Una vez que descendió la comisaria, el patrullero reanudó su marcha, sin llamar la atención.

El dueño de casa —que lucía un delantal de cocina, sobrio e impoluto, como sin estrenar— abrió la puerta y descubrió que Anahí se las había arreglado para cambiarse y reemplazar el trajinado uniforme policial por un conjunto de jean azul y una camisa clara, con mangas largas arremangadas a la altura del codo.

Mientras los viejos amigos se saludaban e intercambiaban las palabras de rigor, el gato de la difunta Leonor —en un ataque de celos— se había escondido para no aparecer durante toda la velada, sino recién cuando la visitante ya se había retirado.

Domecq no era un gran asador pero, en la pequeña parrilla instalada en el balcón-terraza, se las arreglaba como el mejor. En este caso, ante la imprevista duplicación de los comensales, hizo rendir la porción de carne, la morcilla y el chorizo, inicialmente pensados para su consumo personal y ahora transformados

en una parrillada mixta para dos, pero con achuras solo para uno. Como Anahí había pedido “algo verde” y él no tenía lechuga, ni suficientes tomates como para preparar una ensalada, agregó a la parrilla las verduras que encontró en la heladera: rodajas de calabaza, un ají, un tomate y una berenjena. Todo adobado con una exquisita preparación casera, con receta heredada por transmisión oral. Finalmente, como no podía ser de otra manera, todo estuvo generosamente acompañado por el mejor Malbec que el bolsillo de Domecq podía solventar.

Sin descuidar su tarea, el parrillero le compartió a Anahí su preocupación por el largo período de rehabilitación que debería enfrentar Bruno, en su intento de recuperar la completa movilidad del brazo y mano derechos.

A su vez, como estaba en plena investigación del atentado contra la novia de Bruno Rossini, quien a su vez había sido baleado días atrás, la comisaria no pudo evitar que la conversación fuera derivando al plano policial.

Cuando Anahí reconoció que —después de innumerables fracasos— recién ahora estaba avanzando con una pista prometedora, no imaginaba lo que el veterano Domecq tenía para contarle.

—Una vez que le dieron el alta en el Posadas, Bruno decidió internarse en la Clínica de Rehabilitación Integral, en Parque Leloir —comenzó a contar Domecq—. Durante una larga charla que mantuve con él, en el jardín de ese establecimiento, le comenté que “Malinka” (la empleada de Magister) asistía a reuniones de un grupo neonazi. Fue entonces cuando Bruno, sobreponiéndose al dolor de sus heridas, me compartió sus últimos hallazgos, realizados el mismo día en que terminó baleado frente a su casa.

—Todo se habría desencadenado cuando el caso Urkiola pasó de Prefectura a la Policía Metropolitana, y le fue asignado al inspector general Pitu Camayo —comenzó Domecq—. De inmediato, Bruno pidió reunirse con él para intercambiar información sobre Magister, Mister y, en menor grado, Malinka. Para sorpresa de Bruno, el policía federal conocía el verdadero nombre de “Mister”. Se trataba de Gustavo Craigson Benitez, un ingeniero que había trabajado en la SIDE, bajo las órdenes del general Paladino, quien lo había reclutado para trabajar en Magister, donde llegó a desempeñarse como gerente.

—¿“Mister” sigue trabajando para ellos? —preguntó Aberanda.

—Sí, y Malinka es su secretaria.

—¡Cartón lleno! —exclamó ella.

Sin hacer comentarios, Domecq continuó con su relato.

—Según la Policía Metropolitana, el único sobreviviente de la banda de Aníbal Gordon —y supuesto custodio del botín de la “Triple A”— era Ernesto Lorenzo, un anciano de más de 90 años, internado en un geriátrico, con prisión domiciliaria.

—Eso ya lo sabíamos —intervino la comisaria.

—Sí, pero lo nuevo es que Craigson Benitez (alias “Mister”) se convirtió en el actual capo de Magister.

—¿Y qué hace ahí? —preguntó ella.

—Aparentemente, su principal responsabilidad es administrar los cuantiosos bienes acumulados a lo largo de los años y pagar en tiempo y forma las correspondientes rentas a Ernesto Lorenzo y a las viudas y herederos de los paramilitares que crearon esa organización.

—¿Entonces solo es un liquidador o albacea? —insistió Aberanda.

—En principio, sí, pero, según Camayo, Craigson se habría dejado arrastrar por la ambición de recrear un grupo fascista, algo así como una versión siglo XXI de la vieja “Triple A”...

—¡Qué locura! Son otros tiempos. ¿Es una idea o hay algo en marcha? —lo interrumpió, sorprendida, la comisaria.

—Según Camayo ya han reclutado jóvenes de las fuerzas de seguridad y servicios de inteligencia —respondió Domecq—. Tal vez por eso, pudieron detectar tan pronto la intromisión de Natalia Blanc y darle inmediato escarmiento. ¿Café? —preguntó el anfitrión cuando vio que su invitada miraba la hora.

—¿Nespresso? —preguntó ella.

—No. Eso no está al alcance de este jubilado —se defendió Domecq—. Pero tengo un Franja Blanca de Bonafide que me sale muy bien. Mejor vamos adentro, que está refrescando.

Ya en la pequeña sala de estar, mientras saboreaban el café, Anahí sintió la

obligación de compartir alguno de sus últimos avances.

—Entre nosotros —dijo en tono bajo, como si alguien más la pudiera escuchar—, nuestra pista más firme es que el Vectra que mató a Natalia habría sido robado en Hurlingham y, antes del atentado, debajo de uno de los puentes del Acceso Oeste, le habrían cambiado las chapas patentes.

Cuando Domecq esperaba más datos, Aberanda miró el celular y mencionó que al otro día debía madrugar.

—Una cosita más. Te conté los avances de Bruno y vos me compartiste los tuyos, pero yo también tengo “buena data” propia para contarte.

—Pero yo...—había empezado Anahí, cuando la voz de Domecq se superpuso a la suya...

—Encontré el eslabón inicial de la cadena. Los neonazis de Magister se entrenan en Morón —dijo Domecq, disparando estas frases como cañonazos.

—¿Qué?!

FIN CAPÍTULO (XX): Operativo policial

CAPÍTULO (XXI): Patria, tradición y propiedad

Finalizado el asadito en el balcón, cuando Anahí ya se retiraba, Domecq la había sorprendido con una noticia bomba.

—Encontré el eslabón inicial de la cadena. Los neonazis de Magister se entrenan en Morón.

—¿Qué?! —exclamó la comisaria Aberanda—. ¿Por qué no empezaste por ahí? Por favor, contame rápido que ya vienen a buscarme.

—Hace unas semanas leí que un juez había sancionado con tareas comunitarias a dos jóvenes que habían pintado esvásticas en el frente de una sinagoga de Beccar. Entonces, fui a la agencia que había publicado la noticia y me

enteré de situaciones muy preocupantes, que estarían sucediendo en la cervecería Skin en la calle Santa Rosa, de Morón. De puro curioso, fui a dar un vistazo. Me presenté como periodista y –en contra de lo esperado– al dueño del local le interesó la divulgación de sus actividades. Es más, me comentó que estaban reclutando miembros, directamente en la Web.

—¿En la Web? ¿A cara descubierta, a pesar de estar prohibido...?

Justo cuando Domecq iba a responder, sonó el celular de la comisaria. Era el chofer que había venido a buscarla y se reportaba ante su jefa.

—Mirá, Jorge, esto que tenés entre manos es una bomba que roza la seguridad nacional. Por favor, antes de publicar nada, te pido que me mandes un informe personal incluso poniendo en condicional cosas que escuchaste pero que aún te falta confirmar con otras fuentes.

—De acuerdo, te mando un correo de voz. Como una mano lava la otra, yo quisiera conservar la primicia —dijo Domecq, mientras ayudaba a Anahi a ponerse la campera de jean.

Fue entonces cuando ella le dio un cálido beso en la mejilla, como agradecimiento a ese hombre que podría haber sido su padre. Después dijo adiós, abrió la puerta y se fue.

Tras haber pasado la velada en algún escondite, Negro reapareció en cuanto la mujer policía se retiró de la casa. Tal vez atraído por el olor, se acercó a la parrilla, pero como solo quedaban chicharrones carbonizados, regresó a la cocina.

Por su parte, mientras lavaba la vajilla, Domecq se sirvió la última copa de Malbec, justo para terminar la botella. Se sentía excitado, pero no por el perfume femenino que aún perduraba. Era un estado de excitación emocional derivado de la información que acaba de recibir y aún no había podido procesar. Necesitaba relajarse, por lo tanto, decidió disfrutar de su cómodo sillón y gratificarse con el incomparable placer de fumar en pipa.

Inmerso en el placentero bouquet de un buen tabaco, Domecq dejó volar su imaginación con la insólita esperanza de que sus ideas se ordenaran solas. Todo había empezado cuando se postuló para buscar un Renoir robado al MNBA.

Después, el detective español Urkiola -que vino en busca del mismo Renoir- apareció muerto, tras reunirse con “Mister”, actual capo de Magister. Por su parte, Rossini y su novia habían buscado información de Magister y habían recibido el escarmiento. Ella murió y él fue baleado. ¿Por qué quisieron eliminarlos? ¿Por descubrir el lado fascista de Magister? ¿O por develar la vinculación de Magister con el robo al MNBA?

Esta era una pregunta para hacerle a Rossini, pero en la clínica de rehabilitación no pasaban llamadas a esta hora de la noche. Por lo tanto, lo mejor era un buen baño antes de acostarse para sacarse el olor a humo de la parrilla. Abrió la ducha, contuvo la respiración y esperó que el agua helada le aplacara los nervios y comenzara a relajarlo. Después, entre las sábanas limpias, pero sin planchar, cerró los ojos e intentó dormir.

§

A la mañana siguiente, el patrullero conducido por la agente Raula Díaz pasó a buscar a la comisaria y –tras sortear los añejos baches que permanecerían intactos hasta las próximas elecciones– enfiló hacia la calle que bordeaba la plaza y la Intendencia Municipal. Un lomo de burro la obligó a disminuir la velocidad y volver a acelerar, despacio porque a Aberanda le molestaban los sacudones bruscos. Finalmente, Díaz estacionó en el playón de la Departamental Morón.

Al pasar por la guardia, luego del respetuoso saludo, un agente le entregó a Aberanda un paquete que llevaba su nombre. Al ver que lo enviaba el Laboratorio de Informática Forense, le guiñó un ojo a su asistente. De común acuerdo, al bajar del ascensor, las dos entraron a la oficina al trotecito, con el paquete en alto, como si fuera un trofeo.

—No sé qué cuernos son las “técnicas de ingeniería inversa”, pero gracias a ellas nuestros colegas forenses lograron recuperar las imágenes de la cámara de seguridad que el dueño de la gomería intentó eliminar.

En medio de la euforia, sin perder tiempo, la sargenta Nuria Godoy hizo las conexiones necesarias para que las escenas grabadas en la cámara de seguridad de la gomería aparecieran en la pantalla. Ansiosa, Godoy avanzó rápidamente

hasta llegar a las imágenes correspondientes a una hora antes del atentado contra Natalia. Poco después apareció lo que buscaban. El Chevrolet Vectra salía del Puente de San Pedro, ya con las chapas patente cambiadas. Pero lo trascendente era que el conductor aparecía a cara descubierta, y sin la capucha que llevaba en las imágenes captadas en la calle Curuchet. Sin poder esperar, la propia comisaria accionó el mouse y, al ampliar la imagen, descubrió que el conductor tenía la cabeza rapada.

Ante semejante hallazgo, mientras su equipo continuaba revisando las imágenes, buscando pruebas de algún delito que explicara la desproporcionada reacción del dueño de la gomería, Anahí se acordó de su amigo Domecq y le envió un WhatsApp. «Un dato y un pedido. El asesino de Natalia llevaba la cabeza rapada. Ahora, más que nunca, necesito tu informe sobre los Skinhead. Cariños. Anahí».

§

Debido a la lluvia que caía sobre Parque Leloir, la reunión prevista por los amigos tuvo que mudarse del jardín de la Clínica a la pequeña habitación donde Bruno estaba internado.

—¿Ya podés recibir noticias fuertes? —preguntó Domecq.

—Por supuesto que sí —respondió Bruno, sorprendido.

—Bueno, entonces te informo que el conductor del Vectra, que mató a Natalia, llevaba la cabeza rapada.

—¿Un maldito skinhead?

—Eso parece, pero no está confirmado.

—¿Aberanda sigue a cargo de esa investigación?

—Sí.

—¿Le contaste todo lo que hacen los neonazis en Morón?

—No. En cuanto mencioné el tema me pidió un informe detallado.

—¡Otro informe! ¿Esta es una investigación o un concurso literario? Nos van a tapar las palabras. Interpol me pidió un informe de lo que me pasó y yo le mandé copia de la denuncia policial. Todos escriben, pero nadie actúa. Pasan los

días, se ha escrito mucho pero nadie cayó preso —se quejó Bruno.

—Es lo que hay —respondió Domecq, encogiéndose de hombros—. En realidad, solo le voy a mandar un correo de voz.

—¡Escuchame! Si esas son las reglas de juego, vamos a mandarle un informe como para que Aberanda se caiga de culo.

—¿“Vamos” a mandarle? ¿En plural?

—Sí, entre los dos, a cuatro manos, porque hay cosas que todavía no te pude contar y quiero detonarlas de una vez por todas. ¡Terminemos con este masoquismo de medias palabras! —concluyó Bruno, fastidiado.

—¿Detonar? ¿Tenés alguna bomba? —preguntó Domecq, intrigado.

—Vuelve la “Triple A”, remozada.

—¿Estás seguro? —preguntó incrédulo Domecq.

—Ya están reclutando gente —agregó

—Si te referís a lo de Skin, no es para tanto —opinó y, cambiando de tono, bromeó—. ¿No te habrá hecho mal el balazo en la cabeza?

—No me hagas reír, boludo, que se me salen los puntos de sutura —dijo Bruno en un tono entre la risa y la queja.

—Estuve en la cervecería Skin, y el dueño me habló a calzón quitado. Convocan a muchachos duros, del rugby y kick boxing, para armar una fuerza de choque, como “barra bravas”, pero adoctrinados. Tienen una web y reclutan “en blanco”, sin tapujos. Buscan anticomunistas, para defender la consigna: “patria, tradición y propiedad” —argumentó.

—Esa es la fachada, pero yo tengo la versión *inside* —dijo Bruno.

—Te escucho.

—Malinka me visitó varias veces —dijo Bruno, en voz baja y tono confidente.

—¿Y...?

—Fue un par de veces al Posadas y viene acá todos los días.

—¿Todos los días? ¿Quiere guerra? —comenzó Domecq con una sonrisa pícaro, pero luego recordó la reciente muerte de Natalia y terminó pidiendo disculpas—. Perdón, se me salió la cadena...

—Malinka es una buena chica, nieta de Ernesto Lorenzo —retomó la conversación, en tono coloquial—. Ella siempre quiso conocer la historia de la “Triple A” y la banda de Aníbal Gordon, pero cuando el abuelo contestó sus preguntas le hizo jurar que no lo contaría mientras él estuviera vivo.

—Suenan a verso, ¿vos le crés? —preguntó Domecq, incrédulo.

—¿Por qué no?

—¿Y, mientras tanto, qué hacemos? ¿Nos quedamos cruzados de brazos esperando que Lorenzo estire la pata y la nieta deschave sus secretos? —lo encaró Domecq.

—¡Yo no hablé de esperar! Al contrario, creo que hay que actuar ya. Hay que frenar a Craigson, antes de que se convierta en Aníbal Gordon. Hay que impedir que Magister reflote a la “Triple A” —dijo Bruno, con convicción.

—¿Y quién se lo va a impedir? —preguntó Domecq, con crudo realismo—. Yo estoy viejo y vos estarás en rehabilitación por varios meses. Juntos somos más inútiles que la Armada Blancaleone. ¿Acaso Interpol?

—¡Escuchame! —dijo Bruno, en tono enérgico—. Olvidate de Interpol. Estoy con licencia médica. Además, mientras la carátula del atentado contra mí sea “Intento de asalto”, es tema policial y no se meten. En cambio, Aberanda es una comisaria en actividad y tiene en sus manos el caso de Natalia que se vincula con Magister. Como ayer te pidió información de Craigson Benitez, es la oportunidad de tirarle todos los datos por la cabeza.

—¿Ahora? —preguntó Domecq

—¡Sí, ahora!

Después de acordar con Bruno el contenido de texto, Domecq sacó su celular, buscó a Anahí entre sus contactos, carraspeó y comenzó a grabar el contundente mensaje de voz. Finalmente, utilizó la función que permitía escuchar los mensajes de audio propios antes del envío y —casi sin cambios— lo mandó.

Una vez que tuvo la confirmación de que el mensaje había sido recibido en destino, Domecq le preguntó a su amigo:

—¿Y ahora qué?

—¿Estás bien sentado?

—Sí, ¿por qué preguntás?

—Para que no te caigas de espaldas cuanto te diga que el botín de Magister también incluye cuadros... —comenzó a contar Bruno, pero fue interrumpido.

—¿El saqueo nazi de...? —quiso preguntar Domecq, pero tampoco pudo terminar la frase.

—¡No sé! —lo interrumpió a su vez Bruno, levantando la voz—. Todavía no entré en detalles. Son muchos temas y con ella tengo que avanzar en puntas de pie, porque no quiere incriminar más a su abuelo.

—¿Malinka es tu informante? —preguntó Domecq, para confirmarlo.

—¡No es una informante! —dijo Bruno con firmeza—. Es una amiga que me cuenta cosas, pero sin obligación, ni a cambio de nada.

—Entonces, necesito verla o hablarle —dijo Domecq.

—¡No! No por ahora. Vos pasame tus preguntas y yo voy a tratar de conseguirte respuestas.

—¡Pero...! —intentó quejarse el viejo investigador.

—Es eso o nada —fue la tajante respuesta de Bruno.

Como justo sonaba la campanilla que indicaba la hora del almuerzo para los internados, Domecq aprovechó para saludar a su amigo y retirarse.

En la playa de estacionamiento de la clínica, mientras secaba las gotas de lluvia sobre el parabrisas del Chevy, Domecq se acordó de su amiga comisaria. «Me gustaría ver la cara de Anahí cuando escuche el explosivo mensaje que le acabo de mandar».

FIN CAPÍTULO (XXI): Patria, tradición y propiedad

CAPÍTULO (XXII): ASIGNATURA PENDIENTE

«¿Por qué no contesta?», se preguntó Domecq, ansioso por conocer la reacción de Anahí al leer el mensaje que le había enviado ese mediodía. Se trataba de una serie de datos concretos que implicaban aportes sustanciales para la investigación que ella estaba realizando.

«Bruno no quiere que hable con Malinka y Anahí me pide un informe y después lo ignora. ¿Estarán molestos porque avancé más que ellos?», pensó Domecq, con una desmesurada autoestima.

«Cuando me postulé para buscar el Renoir de Ximena, no imaginé terminar enredado con Interpol y la Bonaerense. Tampoco pensé que Bruno y Anahí pudieran ser tan desagradecidos e incapaces de trabajar en equipo. En fin, mejor solo que mal acompañado. De ahora en adelante, voy a concentrarme en la búsqueda de los cuadros de Anouk, que es mi única fuente de viáticos», concluyó su berrinche.

El seco sonido del lavarropas al detenerse interrumpió las elucubraciones del multifacético jubilado. Como ya había completado el proceso de lavado, sacó las camisas y las colgó en perchas, en el baño, bien estiradas para que no se marcaran arrugas. En cambio, sometió a la ropa interior a un adicional proceso de centrifugado, para que se secara mejor. A continuación, regresó a la cocina y encendió la luz del horno para controlar la cocción de la pizza. Como le pareció que ya estaba lista, con un repasador doblado agarró el molde pizzero y lo sacó. Al instante, en otra muestra de senilidad, el insoportable dolor de una quemadura lo obligó a soltar el recipiente y dejarlo caer sobre la mesada. Más allá del estruendo, que sobresaltó a Negro, no hubo más consecuencias que algunas manchas adicionales. Una vez que se sirvió una porción generosa con muzzarella y tomate, llevó el plato a la mesa, junto a la copa de vino y el teclado de la PC.

Encendió la pantalla y buscó los mensajes intercambiados con la Agencia Reuter. Al revisarlos, notó que todavía no le había agradecido al señor Weis por su autorización para acceder al inventario de cuadros hallados en el museo nazi de Beccar. Entonces, aprovechó para darle las gracias y comentarle que esa información también había resultado útil para investigaciones que llevaban a cabo Interpol y la Policía Bonaerense. Recién entonces le planteó el nuevo pedido.

Comenzó mencionando su colaboración con la familia Rosenberg, víctimas del saqueo alemán, y continuó con la “casualidad” de que los nazis de Beccar tuvieran cuadros impresionistas y –más concretamente– un Matisse, como el que buscaba Anouk. Lamentablemente, en la base de datos suministrada por Reuter, había un listado con los pintores identificados, pero sin mencionar el nombre de los cuadros. Por lo tanto, necesitaba esa información para saber si esa pintura de Matisse, con una mujer sentada, encontrado en el museo nazi de Beccar, era o no el cuadro buscado por Anouk.

Para su sorpresa, poco después de enviar su mensaje de texto, Domecq recibió –por mensaje de voz– una pronta y extensa respuesta. El señor Weis, en forma coloquial, con voz débil, decía que –acorde con su edad– era un trasnochador serial y al recibir el último mensaje de Domecq se habían activado sus neuronas y disparado su locuacidad. Comenzó remontándose a la década del '40, cuando su familia vivía en Strasbourg y los alemanes invadieron Francia y los saquearon como a los Rosenberg, que también eran judíos. Muchos años después, cuando se recibió de abogado, el señor Weis había iniciado los reclamos de resarcimiento por vía judicial, que aún dormían el sueño de los justos. A medida que envejecía, Weis había intentado que sus hijos continuaran su lucha, pero prefirieron vivir el presente sin perder tiempo removiendo el pasado. Por eso, ahora había decidido apoyar a Domecq como una forma de saldar su propia asignatura pendiente. Ese apoyo incluía el acceso a bases de datos especialmente segmentadas para buscar obras de arte desaparecidas.

Con solo un clic en el link indicado por el señor Weis, Domecq accedió a un metabuscador que permitía interactuar con varias bases de datos al mismo tiempo, rastrear cuadros con una operatoria válida tanto para descripciones como para imágenes, y agrupar los resultados según el criterio elegido. Para comenzar, buscó “Matisse, mujer sentada” y tuvo un resultado espectacular por lo rápido, pero inabarcable por la cantidad de respuestas obtenidas, que contradecían al aforismo, “lo que abunda no daña”. Aparecían centenares de cuadros de Matisse, de distinto tamaño y pintados en distintas fechas, en cuyo título estaban las palabras mujer y sentada. Por ejemplo: “Mujer sentada en una silla amarilla”,

“Mujer sentada en una silla en su tocador”, “Mujer sentada frente a la ventana”, “Mujer sentada leyendo”, “Mujer sentada desnuda”, y muchísimas combinaciones más. «¡Basta!», exclamó Domecq. «Parece que Matisse estaba obsesionado con las mujeres sentadas. Esto es peor que buscar “una aguja en un pajar”, porque yo ni siquiera conozco la aguja que debo buscar».

Frustrado por la desmesura del desafío intelectual que estaba enfrentando, para no ir a acostarse con ese disgusto, decidió leer un artículo sobre la recuperación de un Matisse de la familia Rosenberg, ocurrido en 2012. Fue entonces cuando encontró un dato extraordinario: según Interpol, ese otro Matisse estaba valuado en 20 millones de euros. «¿¡Qué!?», exclamó Domecq. «Entonces, en vez de cobrar viáticos, me conviene trabajar a porcentaje», concluyó, mientras se dirigía al dormitorio.

Pasaron las horas y Domecq no paraba de dar vueltas en la cama. Cortar de golpe sus reiteradas sobredosis de cafeína le había generado serios trastornos para conciliar el sueño. Además, las emociones contrapuestas, experimentadas poco antes de acostarse, también conspiraban contra la posibilidad de un sueño reparador. Entonces, sin mirar el reloj, se levantó, encendió la computadora y descubrió que algo raro pasaba con su vista. En la bandeja de entradas de correos electrónicos había un email de Anouk, recién llegado, que tenía como asunto la palabra “URGENTE”. Lo abrió y le pareció que era muy extenso. Ocupaba al menos un par de carillas, pero cuando intentó leer el primer renglón no pudo hacerlo, porque parecía estar en blanco, como si acabaran de borrarlo. Por un momento dudó de sí mismo. «¿El renglón está en blanco, o está bien escrito, pero yo no puedo verlo?», se preguntó. Intrigado, y con los nervios de punta, pasó al segundo renglón y se repitió el mismo fenómeno. Entonces, bajó la vista hasta el último renglón y se encontró mirando una hoja en blanco. El pobre Domecq no entendía nada, había leído sobre problemas vinculados a la senilidad, y reconocía la fragilidad de su memoria, pero nunca nada parecido a esto que estaba padeciendo. Perder la vista era lo peor que le podía pasar. De pronto, angustiado y en medio de ese razonamiento, un potente haz de luz sobre sus ojos lo sobresaltó y lo arrojó a este mundo.

«¡Nooo!», protestó Domecq, al despertarse mucho antes de lo necesario, porque los primeros rayos del sol se filtraban por la persiana y le daban en los ojos.

Tenía un terrible cansancio, dolor de cabeza y el mal humor que le producían las recurrentes pesadillas. Se levantó, encendió la computadora y buscó el onírico mensaje de Anouk, pero –como era de esperar– no lo encontró. Cuando Domecq se convenció de que había sido un sueño, trató de interpretarlo. Tras descartar algunos pensamientos disparatados, aceptó que podía tratarse de un simple recordatorio, por el informe que tenía que enviar a Anouk.

Ya bajo la ducha, discutió consigo mismo cómo debía reorganizar su jornada para priorizar la tarea de escribirle temprano a la francesa.

Mientras la puerta del baño continuaba cerrada, Negro se las ingenió para llamar la atención, primero con maullidos y luego con irritantes rasguños en la puerta. Viendo que el gato no hacía caso a sus gritos, tuvo que salir a medio secar, desnudo y descalzo. Fue a la cocina, preparó el desayuno de la mascota de Leonor y regresó al baño, para terminar de secarse y afeitarse.

Finalmente, preparó tostadas, las puso en un plato y lo dejó sobre la mesa junto al té con limón y el pote de miel, al lado del teclado y el monitor de la PC.

*Hola, Anouk,
Espero que te encuentres bien.
Me gustaría saber si mis sugerencias para controlar el tráfico de obras de arte en el tramo Argentina / Brasil pudieron ser implementadas y –en ese caso– qué resultados obtuvieron.
Por mi parte, sigo avanzando. Una de las buenas noticias es que logré que la Agencia Thomson Reuters apoye nuestra búsqueda de obras de arte saqueadas por los nazis. Tal como podrás comprobar en el archivo adjunto, gracias al metabuscador de Reuters, pudimos encontrar varios cuadros de Matisse, pero para focalizar la búsqueda en la versión de “Mujer sentada en una silla” que pertenecía a tu familia y aún no recuperada, necesito detalles de la obra (año, medidas, tipo de pintura, tela y cualquier dato que ayude a diferenciarla, porque hay varios cuadros de Matisse con nombres parecidos.)
À bientôt, Jorge O. Domecq
Nota: Por favor, recordale a tu contador que todavía no cobré mis viáticos del mes pasado.*

Salut,
Je vais bien. Merci

Al terminar el desayuno, Domecq revisó el mensaje que acababa de redactar y se lo envió a Anouk.

Cuando todavía Domecq estaba terminando de secar y guardar la vajilla, llegó un email de Anouk. Sorprendido por la rapidez de la respuesta, abrió el mensaje y descubrió que era muy breve.

```
Salut,  
Je vais bien. Merci.  
Je vous envoie les coordonnées de notre Matisse (Voir  
pièce jointe).  
J'ai déjà prévenu le comptable.  
À bientôt.  
Anouk
```

Lamentablemente, pronto comprendió que la brevedad era la forma elegida por Anouk para enrostrarle su malhumor. Tal vez era una reacción por el error protocolar que él había cometido al incluir un reclamo financiero en una carta personal. «No se le reclama dinero a una dama», pensó Domecq, recordando las novelas victorianas.

Esperando que el contenido del archivo enviado adjunto no fuera tan negativo, lo abrió. A medida que avanzaba en la lectura, el humor de Domecq cambió con un par de buenas noticias. Por un lado, la inminente transferencia bancaria iba a cubrir no solo los viáticos del mes anterior sino también los del mes en curso, lo que implicaba un notición para las magras arcas del jubilado. Otro dato importante era el que le permitiría diferenciar los cuadros de Henri Matisse que llevaban nombre similar. En la pintura ya recuperada por la familia Rosenberg (“Mujer sentada en una silla”), la mujer que aparecía en el cuadro tenía un abanico en el regazo. En cambio, en el cuadro que todavía buscaba Anouk la mujer aparecía sentada en una silla, frente a una ventana. «Ahora cargo este dato en el metabuscador y salta la banca», se alentó Domecq en su jerga pasada de moda.

Entusiasmado, ingresó al metabuscador de Reuter y cargó “Henri Matisse,

mujer sentada en una silla, frente a una ventana” y apretó BUSCAR.

FIN CAPÍTULO (XXII): ASIGNATURA PENDIENTE

CAPÍTULO XXIII: HENRI MATISSE

Domecq había dedicado buena parte de su vida al periodismo de investigación, al análisis en profundidad de determinados asuntos con el fin de poner en evidencia ilícitos que de otro modo permanecerían ocultos. Como periodista solía dedicar meses a un solo tema, una misma investigación, realizando entrevistas, haciendo preguntas, revolviendo papeles, consultando bases de datos digitalizadas. De modo que el trabajo que estaba haciendo para Anouk no difería demasiado con su experiencia anterior. Sin embargo –tal vez por la edad, o tal vez por la peligrosidad de los personajes que estaba investigando– Domecq no podía evitar una preocupación, una sensación cercana al temor, para no usar la palabra miedo. Aunque no quisiera pensar en Urkiola, lo cierto era que ese detective español había muerto al intentar hacer lo mismo que él estaba haciendo ahora.

Este breve flujo de pensamientos se interrumpió cuando en el monitor aparecieron las respuestas que estaba esperando. El buscador de Reuter había localizado 73 páginas web en las que aparecían juntas las palabras: «Henri Matisse 1926 mujer sentada silla ventana». Para acotar la búsqueda agregó el tamaño del cuadro (25 x 48 cm) y materiales utilizados (oleo sobre lienzo). De esta forma redujo el resultado a solo cinco respuestas. Tres de las cuales incluían la frase “frente a la ventana” y las otras dos “de espalda a la ventana”. Como Anouk no le había informado si –en el cuadro que buscaban– la mujer estaba “de frente” o “de espaldas, no le quedó otra alternativa que revisar las cinco respuestas obtenidas.

Fue entonces cuando se le ocurrió agregar a la búsqueda la aclaración «robado por los nazis en París en 1940».

Cuando buscó en los dos sitios web que hacían mención a la mujer de espaldas a la ventana, encontró que ambos ubicaban al cuadro en un Museo de Montreal, y ninguno mencionaba al saqueo nazi.

Lamentablemente, las otras tres páginas web que hacían referencia a la imagen de una mujer “frente a la ventana” (y con el resto del nombre en total coincidencia con los otros dos, incluyendo “robado por los nazis”) no indicaban la ubicación actual de la obra. Una de las páginas web informaba “SIN DATOS”, la segunda no mencionaba la ubicación y la tercera era la única que hacía referencia a que el cuadro podría haber estado en el Museo Jeu de Paume, en París.

«Encontré tres sitios con toda la información del cuadro que busca Anouk, pero justo falta el dato de dónde carajo está, que es lo único que me interesa», refunfuñó malhumorado.

Para paliar la incipiente fatiga ocular e intentar disipar la mala onda, el jubilado salió al patio trasero y se sentó al sol. Mientras observaba a un laborioso hornero que iba y venía, subiendo la mezcla barrosa para construir su nido, Domecq reflexionó sobre la página web del Jeu de Paume: «No es perfecta, pero me dice por dónde empezar a buscar».

«De ahora en más será cuestión de tener paciencia para leer y releer cada palabra, referencia o nota al pie, buscando datos entre líneas, en esa web», concluyó Domecq.

Después de pasar por la cocina para tomar un jugo de naranjas recién exprimido, decidió sentarse frente a la pantalla de la PC y comenzar a explorar ese sitio web. Fue ahí donde Domecq descubrió el nombre de la mujer que había posado para Matisse, en 1926. Se trataba de Lydia Delectorskaya, una joven rusa que huyó a Francia durante la revolución bolchevique de 1917. Ella cuidó a Matisse en sus últimos años de vida y de paso le sirvió de modelo para alguno de sus cuadros. Otro dato interesante era que en esa época el representante de Matisse era Paul Rosenberg (el bisabuelo de Anouk), dueño de la galería de arte más influyente de la época. Cuando los nazis invaden Francia y ocupan París, saquean la galería de arte de Rosenberg y –entre cientos de otros cuadros– desaparece el Matisse que todavía seguía buscando Anouk.

En la web del Jeu de Paume, que Domecq estaba consultando, se recomendaba el libro “El museo desaparecido”, del investigador Héctor Feliciano, quien había sido galardonado por aportar información fehaciente sobre las obras de arte robadas durante la Segunda Guerra Mundial. Según Feliciano, las víctimas fueron, en su gran mayoría, familias judías, como los centenarios banqueros Rothschild o los marchands de arte Rosenberg.

Si bien Feliciano había dedicado muchos años a buscar hasta encontrar algunas obras de arte, todavía eran muchísimas más las que permanecían extraviadas.

El propio Feliciano reconocía las dificultades para seguir el rastro de algunos de los cuadros robados, debido a que –después de la guerra– muchas de estas importantes obras desaparecieron en la nebulosa del mercado de arte europeo y norteamericano, gracias a la complicidad o a la negligencia de marchands de arte, casas de subastas, curadores de museos, historiadores de arte y expertos internacionales.

El atrapante planteo de Héctor Feliciano indujo a Domecq a buscar la versión completa y digitalizada de su libro. Este texto comienza con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Por entonces, París era la capital mundial del arte, donde exponían pintores como Picasso, Matisse o Braque, y donde también comerciaban la mayoría de los marchands y coleccionistas de arte.

La rápida ocupación alemana de París, en junio de 1940, significó para los nazis la oportunidad histórica para acceder a un botín de guerra prácticamente inagotable. Además, el hecho de que Hitler y Goering fueran coleccionistas de pinturas convirtió al pillaje de obras de arte en una práctica sistemática, dirigida por estos dos nefastos personajes, que valoraban el saqueo artístico tanto como las victorias militares o las conquistas territoriales. En realidad, al saquear las colecciones de arte, Hitler intentaba apropiarse del alma y los valores culturales de los franceses.

El robo de arte alcanzó tales proporciones que –al retirarse los alemanes de París, tras cuatro años de ocupación– más de cien mil obras de arte habían desaparecido.

S bien en los primeros años de la posguerra se recuperaron y restituyeron miles de estas obras, con el pasar de los años el entusiasmo inicial fue desvaneciéndose y la tarea quedó inconclusa. Se calcula que –solo en Francia– unas cuarenta mil obras de arte todavía permanecen desaparecidas.

«Entre esas cuarenta mil obras no recuperadas está el Matisse que busca la familia Rosenberg», pensó Domecq.

Según Feliciano, una vez en poder de los nazis, las obras de arte eran transportadas al pequeño museo del Jeu de Paume, en el jardín de las Tullerías, donde las catalogaban, describían, inventariaban, fotografiaban y despachaban por tren a Alemania. Parte de esos registros habían sido recuperados pero su acceso estaba restringido.

«¡Noo! Encontré los datos que buscaba pero no me permiten leerlos», se lamentó el pobre viejo.

Ese día, el estado de ánimo de Domecq parecía más voluble que de costumbre. Luego de una explosión de alegría (al comprobar que la web del Jeu de Paume resultó ser más importante que lo que él había imaginado), sobrevino la furia al descubrir que el acceso a ese registro de obras confiscadas por los nazis estaba reducido a damnificados o investigadores acreditados.

«¿Investigador acreditado, yo? ¡Imposible!», se autoflageló.
«¿Dannificado? El bisabuelo de Anouk, pero murió hace mil años».

Mientras mascullaba, entre puteada y puteada, Domecq escuchó la voz atemporal de Leonor.

«¡No te des manija, cascarrabias! Tal vez Anouk pueda hacer algo».

Sin siquiera agradecerle la sugerencia a su difunta esposa, de inmediato, le envió un mensaje de texto a Anouk para que le consiguiera el acceso a esos esquivos registros clasificados

Una vez que envió el Whatsapp, Domecq le hizo caso al estómago, sacó una vianda del freezer y la puso en el microondas. Para evitar la modorra después de comer, reemplazó el Malbec por jugo de naranjas. Finalizada la frugal comida, cuando estaba lavando el exprimidor de cítricos, se sorprendió al recibir la respuesta de Anouk.

La francesa le contestaba con un lacónico «*je vais essayer*» (lo voy a intentar).

Pese a la aparente falta de compromiso de Anouk, Domecq evitó quejarse para no provocar otra discusión con su querida Leonor. Sobreponiéndose a la tentadora idea de una siesta, retomó la lectura de otros contenidos que ofrecía la inmensa web del Jeu de Paume. Se trataba de un sitio inabarcable, que impactaba tanto por la belleza de las imágenes como por la variedad de información. Además, pero con acceso restringido, permitía consultar numerosos archivos privados de familias y comerciantes de arte, en distintos idiomas.

Luego de un par de horas, Domecq tuvo que reconocer que sin la ayuda solicitada a Anouk nunca accedería a investigaciones que siguiesen el recorrido de las obras desaparecidas.

Para colmos, en algunos casos, en vez de respuestas, se topó con preguntas inquietantes. Por ejemplo, un ensayo comenzaba así: “¿Cuál es el paradero de las obras robadas por los nazis? ¿Acaso fueron destruidas? Si no han sido destruidas, ¿por qué no aparecen?” Y continuaba con elucubraciones propias de una novela de intriga y no de un serio trabajo de investigación profesional.

Las horas pasaban pero Domecq solo había encontrado algunos cabos sueltos en los Estados Unidos. Concretamente, en los Archivos Nacionales de Washington se conservaban unos trece millones de folios sobre el pillaje nazi pero –después de medio siglo– aún no se había establecido un índice de temas que ayudara a orientarse. La información existente se encontraba dispersa entre infinidad de archivos, como piezas de un inmenso rompecabezas.

En realidad la búsqueda de datos confiables era un problema internacional. Por ejemplo, en Francia, después de la liberación de París, en 1944, Charles de Gaulle creó la Dirección General de Estudios e Investigaciones (DGER), para albergar documentos confidenciales del Servicio de Inteligencia francés durante la guerra. Complementariamente, este organismo (DGER) realizó investigaciones fundamentales, inmediatamente después de la huida de los nazis, y recopiló información esencial del saqueo. Pero, debido a la lentitud de la burocracia francesa, la consulta de esos archivos resultó ser sumamente difícil. Además, las

absurdas leyes sobre la confidencialidad y la privacidad dificultaban el trabajo de investigadores independientes como Domecq.

Teniendo en cuenta que sus ojos reclamaban una tregua, decidió salir un rato al patio trasero, poner la descolorida reposera de lona en un sector de media sombra e intentar descansar. En lo alto, el hornero festejaba haber terminado su nido, pero el viejo imaginó que era un arrullo para él.

Luego de dormir un rato, pero menos que lo necesario, a Domecq se le ocurrió cambiar el criterio de búsqueda y prestar atención a la fecha de los documentos. Regresó al comedor diario (que utilizaba también como *home office* y biblioteca), ingresó a la web del museo y abrió el informe más reciente. El título era sumamente tentador. “El misterio de las obras de arte requisadas por los nazis a los grandes coleccionistas judíos y nunca recuperadas cuenta ahora con una inestimable ayuda para su resolución”. Se trataba del lanzamiento de una base de datos en Internet (patrocinada por la colectividad judía), que permitía acceder a un registro de 20.000 obras de arte robadas en Francia, Bélgica y Holanda durante la Segunda Guerra Mundial (<http://www.errproject.org/jeudepaume/>).

Este proyecto de “Recuperación Cultural Digital” tenía el ambicioso objetivo de crear una lista completa de todos los objetos culturales saqueados por los nazis, y su recorrido desde el momento de su expoliación hasta el presente. La metodología de trabajo consistía en aprovechar el obsesivo deseo nazi de documentar, clasificar y listar su expolio. Sus propios y muy detallados inventarios de confiscación serían la más completa y fidedigna fuente de información para seguir el rastro de las obras desaparecidas

«¡Ahora sí!», festejó Domecq. «Todos los caminos conducen al Jeu de Paume».

FIN CAPÍTULO (XXIII): HENRI MATISSE

CAPÍTULO (XXIV): Plan de Acción

La noche del domingo, agotada de tanto jugar con sus hijos, Anahí Aberanda se había ido a dormir sin limpiar la cocina ni ordenar la casa. En cambio, ese lunes, después de cenar con Domecq, acababa de regresar temprano y podía dedicarles un buen rato a las tareas hogareñas. Una hora después, cuando estaba a punto de darse por satisfecha y disfrutar de un baño relajante antes de acostarse, recibió un mensaje de su amigo jubilado, que incluía el informe que le había solicitado durante la cena.

A medida que avanzaba en la lectura, la comisaria maldecía haberse enterado a esa hora de la noche y no a la mañana siguiente, porque al conocer los peligros en ciernes ya no podría conciliar el sueño.

«¡Mister es Craigson Benitez y lidera Magister! Magister está reclutando skinheads para refloatar la Triple A. El que mató a Natalia tenía el cráneo afeitado». Estas eran algunas de las explosivas revelaciones de Domecq.

«¿Por dónde empiezo?», se preguntó Aberanda—. «Tengo que chequearlo».

La mañana siguiente, los colaboradores de la comisaria tuvieron una doble sorpresa. Cuando ingresaron a la oficina, ella ya estaba trabajando en su despacho y —al conectar sus computadoras a la Intranet— se encontraron con un dossier fechado a las siete de ese mismo día, con un Estado de Situación y el consiguiente Plan de Acción, que empezaba a regir en ese preciso momento.

—Solo le faltó poner “ESTO SE AUTODESTRUYE EN 30 SEGUNDOS” — bromeó la agente Raula Díaz, con un hilo de voz para que no la escuchara su jefa.

Luego de resumir las denuncias más graves efectuadas por Domecq en su informe nocturno, la comisaria convocó a sus colaboradores a verificar si esas afirmaciones eran ciertas o no. A continuación, dispuso una amplia serie de medidas, indicando el nombre del responsable y el plazo para cumplirla. La sargenta Nuria Godoy tenía que confirmar la identidad del dueño de la gomería, ya apresado, y pasarle el caso al fiscal. Los agentes Kisnerman y Díaz tenían que completar la identificación de los vehículos cuyas patentes fueron robadas y usadas en el atentado a Natalia Blanc: un Vectra, una Traffic o similar y una moto.

El sargento Osorio revisaría las grabaciones de las cámaras de seguridad, para buscar más información del cabeza rapada. Finalmente, la comisaria continuaría investigando a Craigson Benitez, alias “Mister”, o Craigson a secas, quien arrastraba un frondoso prontuario.

De muy joven, Craigson había ingresado al Colegio Militar, donde conoció al general Otto Paladino, quien sería su jefe y mentor. En 1975, durante la presidencia de Isabel Perón y la conducción de López Rega, el general Paladino – cofundador de la “Triple A”– fue designado jefe de la SIDE (Secretaría de Inteligencia del Estado), y el joven Craigson lo siguió a su nuevo destino.

Cuando derrocó a Isabelita, la junta Militar también desplazó a Paladino, quien –ese mismo año– creó la empresa de seguridad Magister, y también hasta allí lo acompañó Craigson.

El objetivo de Magister era manejar el cuantioso botín generado durante la dictadura militar. Con el paso del tiempo, Magister fue absorbiendo empresas expropiadas a los opositores, hasta convertirse en un holding. Fue entonces cuando Craigson adquirió vuelo propio. Tenía buen ojo para los negocios. Sabía cómo repartir y quedarse con una tajada.

Ya en democracia, durante el juicio a las Juntas Militares, Otto Paladino y Aníbal Gordon fueron condenados por delitos de lesa humanidad, en cambio Craigson fue absuelto, porque no pudieron demostrar que él también tuviera las manos manchadas de sangre. El argumento de su defensa fue que Aníbal Gordon era el brazo armado de Paladino, en cambio Craigson era el brazo administrativo, sin vinculación con desapariciones o muertes.

No obstante, había otra causa que apuntaba contra Craigson Benitez. Se trataba de un contrabando de armas compradas a Taiwán, para usar en el operativo de recuperación de las Islas Malvinas. Aunque la denuncia estaba bien fundamentada, la causa nunca avanzó porque ningún juez aceptó el caso. Nadie quería exponerse a ser tildado traidor a la patria.

Al profundizar el tema, la comisaria Aberanda encontró que la acusación contra Craigson era doble. Por un lado, había comprado armas de contrabando y, por otro, había pagado mediante un trueque con obras de arte robadas de

museos.

En 2001, el juez federal Norberto Oyarbide tuvo que intervenir en la recuperación de tres obras de arte robadas al Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA), en 1980, y que habían reaparecido en París. Según la casa de subastas Sotheby's, cuando un ciudadano taiwanés les presentó esos tres cuadros, sus tasadores descubrieron que eran robados y notificaron a Art Law Register, que encendió la alarma internacional.

Al ser detenido, el vendedor taiwanés argumentó que en su país no estaba prohibido el trueque de armas de guerra por cuadros, por lo tanto, se había tratado de una operación legal y de buena fe, ya que la empresa Magister de Argentina, alegó haber comprado los cuadros en una subasta local.

Como responsable de Magister, Craigson Benitez fue imputado, pero la causa en su contra quedó cajoneada hasta su prescripción.

«Parecería que Craigson y Magister están vinculado a todos los casos violentos que estamos investigando», pensó Aberanda, mientras se servía el estimulante café que había traído en termo desde su casa. Apenas terminó de verterlo en una taza, antes de poder tomar un sorbo, la computadora avisó con una breve señal que había entrado un mensaje. Sin poder contener su curiosidad, le dio un vistazo a la pantalla y se encontró con el aviso de Godoy. La sargenta no solo había confirmado la identidad del dueño de la gomería, ya apresado y con antecedentes, sino que había redactado el memorándum para presentarle el caso al fiscal de turno. Mientras le hacía pequeñas correcciones al documento de Godoy, Aberanda aprovechó para disfrutar cada sorbo de café negro, sin azúcar.

De pronto, el sargento Osorio se puso de pie y se acercó al despacho de la comisaria. Cuando ella le hizo una seña, el hombre entró y, con su tosco vozarrón, le informó que el Vectra había entrado al playón de Morón sur, seguido de una moto, de donde alguien encapuchado bajó con un bidón e inició un incendio. Finalmente, el cabeza rapada (que había manejado el Vectra) subió a la moto con el encapuchado del bidón y huyeron hacia el este. Tal vez hacia Fuerte Apache.

Entusiasmada, la comisaria llamó a los agentes Kisnerman y Díaz quienes informaron estar bastante avanzados en la identificación de los tres vehículos

involucrados. Entonces, Aberanda decidió cambiar el plan de trabajo y unificar a su gente en un solo equipo. Cuando ya todos estaban en su despacho y le prestaban atención, dijo:

—Creo que estaba equivocada —reconoció—. Con la nueva información, me inclino a creer que la camioneta blanca, simil Traffic o combi, que aparece debajo del puente, es de una empresa de transporte, tipo Castelar Bus, y no está involucrada. Entonces, tenemos que concentrarnos en el recorrido de los otros dos vehículos y —muy especialmente— buscar imágenes del motociclista sin capucha, para ver su rostro y poder identificarlo. Desde ahora, esta es la prioridad para Osorio y ustedes dos. Quiero respuestas —dijo la comisaria y, en buen tono, pero con mirada severa, preguntó—: ¿Participaron solo dos personas? ¿Qué tareas hizo cada uno? ¿En algún momento contactaron a alguien más? ¡Manos a la obra!

Por su parte, a Raula Díaz le pidió corregir el buen memorándum que ya había redactado, para mandarlo a la Fiscalía cuando estuviera listo.

—Usted, sargenta Godoy, quédese conmigo para revisar todo, otra vez, como abogadas del diablo.

Luego de un par de horas trabajando a destajo, Aberanda autorizó un *break*, para que su gente saliera a comer algo o dar una vuelta para despejar la mente.

No mucho después, un poco más relajados, los policías retomaron sus tareas.

Pasaron las horas y llegó la noche. Afuera llovía a torrentes. Los remolinos de agua repiqueteaban contra las ventanas y había en el aire olor a tierra mojada. Para dar un cierre a esa jornada de trabajo forzado, la comisaria convocó a su equipo. Resumió los datos consensuados y permitió que cada uno aportara su punto de vista. Después de varios intentos, correcciones y nuevos comienzos, el Estado de Situación, consensuado en ese momento, era el siguiente:

El crimen de Natalia Blanc fue perpetrado (al menos) por dos individuos con distintos grados de responsabilidad, utilizando dos vehículos.

(1) Vectra. Lo roban en Hurlingham. Lo duermen una noche en Fuerte Apache. Le cambian las chapas patentes bajo el puente de colectora. Lo usan para atropellar

a Natalia y lo abandonan en el playón de Morón. El conductor era un hombre rapado.

(2) Moto. Llega y sale del puente, siempre con un conductor provisto de casco, quien podría haber transportado las chapas patentes para cambiarlas. Por último, este motociclista pasa por el playón de estacionamiento para buscar al asesino rapado, que acababa de abandonar el Vectra, y baja un bidón con combustible para incendiarlo.

Mientras su personal, a las apuradas, acomodaba los escritorios para irse a sus casas lo antes posible, la comisaria Aberanda aprovechó esos minutos para revisar su celular. Entre otros, encontró un mensaje de voz de Bruno, enviado desde la Clínica de Rehabilitación. Con un dramático tono de voz, preguntaba: «¿Sabés algo de Malinka? Dejó de visitarme y su teléfono está siempre apagado. Como yo no puedo salir de acá, te pido que la busques. Por favor».

«¿Y yo qué tengo que ver?», se preguntó Aberanda—. «Se lo voy a reenviar a Domecq quien seguramente estará encantado de perseguir chicas traviesas».

FIN CAPÍTULO (XXIV): Plan de Acción

CAPÍTULO (XXV): INTERROGATORIO ILEGAL

«La función policial es “*investigar para detener*” y no “*detener para investigar*”», fue la dura respuesta del fiscal Bartik, a cargo del caso Blanc, cuando la comisaria Aberanda solicitó allanar el bar Skin, para detener por averiguación de antecedentes a Adolfo, un cliente frecuente de esa cervecería, sospechado de ser el “cabeza rapada” que manejaba el Chevrolet Vectra al momento de atropellar y matar a Natalia Blanc.

Para el fiscal Bartik, ese pedido de allanamiento era un “manotazo de ahogado”, una muestra de impotencia por parte de la policía bonaerense, porque

no habían podido averiguar ni la identidad, ni el domicilio del sospechoso (apodado Adolfo), ni nada que lo incriminara, más allá de raparse la cabeza y tomar cerveza en “Skin”.

Furiosa, al borde de un ataque de histeria, la comisaria Aberanda estrujó la hoja con membrete del Ministerio Público. Ella consideraba que el mensaje era una burla, y al venir impreso en papel con membrete y no digitalizado, parecía más grotesco. Pero lo peor era que el fiscal tenía bastante razón. Aberanda y su equipo habían trabajado mucho, pero avanzado poco. Al menos no lo suficiente como para poder detener al sospechoso. Gracias a un minucioso relevamiento de las imágenes de las cámaras de vigilancia, públicas y privadas, habían identificado los dos vehículos utilizados en el atentado y tenían numerosas capturas fotográficas del rostro de los dos conductores. También habían logrado relacionar al chofer rapado que mató a Natalia con un concurrente al bar “Skin”, que se hacía llamar Adolfo. Sin embargo –y esto era lo más importante– los policías bonaerenses no habían logrado armar un caso sólido. No tenían suficientes pruebas o evidencias como para incriminar y detener a Adolfo. Por eso Aberanda había querido “tomar un atajo” y allanarle la casa, con la intención de buscar evidencias para detenerlo y hacerlo “cantar”.

A decir verdad, el enfrentamiento entre el fiscal Bartik y la comisaria Aberanda obedecía a razones más profundas. Como en el Ajedrez de Borges, ellos dos movían las piezas, pero “más arriba” otros los movían a ellos. Desde tiempos inmemoriales, la policía y los fiscales (Ministerio Público) se enfrentan para imponer la división de responsabilidades que pretende cada uno.

En muchos países existe una clara división entre las funciones de prevención del delito (a cargo de la policía) y las funciones de represión del delito (a cargo de los fiscales, que deben buscar las pruebas necesarias para realizar un juicio penal). En base a este criterio, el fiscal Bartik rechazaba no solo la orden de allanamiento solicitada por Aberanda, sino también la participación policial en el caso, excepto que él lo solicitara expresamente.

Por su parte, la Policía de la Provincia de Buenos Aires se arrogaba la facultad de proceder, por iniciativa propia, a realizar la investigación de hechos

delictivos, aunque con la obligación de informar –posteriormente– a los fiscales los resultados de su investigación.

En base a este último criterio, Aberanda decidió ignorar el rechazo del fiscal y seguir adelante. Llamó a su equipo y les informó el plan para avanzar sin allanamientos. Los sargentos Godoy y Osorio, en coordinación con sus respectivos ayudantes, debían concentrarse en seguir –día y noche– al tal Adolfo. Pero no usarían uniforme, sino ropa de civil. Tampoco utilizarían autos policiales, sino los propios y, obviamente, debían guardar comprobantes de los gastos, para su posterior reintegro.

—¿Alguna vez se ha hecho esto? —preguntó el sargento Osorio.

—Sí, pero como en este caso, fueron operativos secretos, y nadie escribió ni comentó nada. ¿Está claro? —concluyó la comisaria, con el rostro más tenso que de costumbre.

Todos se apuraron a asentir con la cabeza, excepto Raula Díaz, que preguntó:

—¿Y yo?

—Vos me vas ayudar a redactar una respuesta al fiscal Bartik. Con diplomacia no exenta de sutil sorna, vamos a decirle que se meta la orden de allanamiento en...

—Ya entendí, comisaria —se apuró a contestar la agente Díaz.

—Mi última instrucción para ustedes dos —dijo la comisaria mirando a los sargentos Godoy y Osorio— es que no vuelvan hasta tener respuestas para todas las preguntas que yo podría hacerles.

—Sí, señora —dijo Osorio.

—Sí, comisaria —dijo la sargenta Godoy.

A la mañana siguiente, bajo una copiosa lluvia de primavera, mascullando contra las calles anegadas, la comisaria ingresó a la Departamental Morón y se sorprendió al ver a los sargentos Godoy y Osorio, de uniforme, esperándola de pie, junto a la puerta de su despacho.

—¿Qué pasó? —preguntó Aberanda, presintiendo algo raro.

—Ratte está detenido —respondió Osorio, casi con solemnidad.

—¿Quién ...?

—Adolfo Ratte, el cabeza rapada que atropelló a Natalia —respondió el sargento.

—¿Dónde..., cómo?

—Está abajo, en el calabozo del sótano. El resto es secreto —respondió la sargenta Nuria Godoy

—¿Secreto?

—Usted dijo...

—Déjense de joder y pasen —ordenó la comisaria.

Una vez que los tres entraron, Aberanda cerró la puerta, se sentó y —sin ofrecerles tomar asiento— dijo:

—¿Cómo es esa historia que nunca existió?

—Fue fácil. La sargenta Godoy, de civil, lo provocó, el rapado reaccionó y la agredió. Entonces, yo me identifiqué y lo detuve por violencia de género y averiguación de antecedentes. Pero no está registrado. El tipo no existe y nadie va preguntarnos qué le pasó —dijo Osorio, con naturalidad, mostrando una faceta desconocida de su personalidad, que sorprendió a su jefa.

Durante su formación profesional, Aberanda había presenciado interrogatorios donde los expertos —gracias a su pericia en la manipulación psicológica— explotaban ciertas debilidades de la naturaleza humana hasta lograr que delincuentes curtidos acabaran confesando.

Lamentablemente, ese no era su caso. A ella le resultaba difícil conseguir que alguien confesara un delito. Sin embargo, creía que una vez que el interrogado empezara a decir la verdad, luego le resultaría más difícil mentir. Fue por eso que prefirió darle un papel protagónico a Raula Díaz.

La celda, ubicada en el sótano de la comisaría, apenas tenía espacio para una cama, un lavatorio y un retrete de metal. No había espejo. Tres de las paredes eran muros rugosos y la restante tenía una puerta con barrotes. No había ventanas, estaba limpia, pero olía a humedad.

—¡Quiero llamar a un abogado! —exclamó con vehemencia Adolfo Ratte, al escuchar que se abría la puerta del calabozo—. Tengo derecho a una llamada— prosiguió con menos énfasis, al ver entrar a la joven agente.

—Por supuesto que sí —respondió Raula, con naturalidad—. Pero primero tenemos que completar tus datos. ¿Nombre completo?

—¡Quiero un abogado!

—Ya te dije que sí —respondió manteniendo la calma, y agregó—: Cuanto antes terminemos con este papelerío burocrático, antes podrás hablar por teléfono. Ahora, necesito saber tu nombre y dirección...

—Adolfo Ratter. Alvarez Jonte 37, Castelar.

—Qué casualidad. Yo nací en Alvarez Jonte 745, pero me mudé de chiquita —dijo Raula como si se estuvieran conociendo por Tinder—. ¿Edad?

—Diecinueve

—¡Qué joven! Parecés mayor que yo y tengo veintiuno—sonrió Raula, frente a un detenido que parecía sorprendido por el trato amistoso y empezaba a bajar la guardia.

—¿A qué te dedicás?

—Estudio informática y me dedico a eso —respondió, sin quejarse.

—¡Qué bueno! —dijo ella, tratando de empatizar—. ¿Hacés service a domicilio?

—¿...?

Mientras el detenido no salía de su sorpresa, la sargenta Nuria Godoy abrió la puerta del calabozo y pidió que la agente Díaz acompañara al detenido hasta la sala de interrogatorios número dos.

En realidad, en la Departamental Morón solo una sala de interrogatorios cumplía con los requisitos de tener una pared de vidrio ciego —para poder controlar desde afuera— más el correspondiente equipo para grabar y filmar. Por lo tanto, la sala de interrogatorios dos no existía. El espacio apodado sala N.º 2 era un ambiente de unos cinco metros cuadrados, con techo bajo y sin ventanas, que había sido depósito de útiles de escritorio, hasta que fue desafectado por la humedad que ennegrecía paredes y techo.

Ese día, a los apurones, la comisaria había pedido que sacaran las cosas en desuso amontonadas ahí y pusieran una mesa y tres sillas, cuanto más viejas, mejor.

Cuando el detenido entró a la deprimente sala dos, no había nadie en su interior, y la mísera iluminación de una bombita colgando de un cable le daba un aspecto siniestro que aumentaba la sensación de aislamiento e indefensión.

La agente Díaz lo siguió y ambos se sentaron frente a frente y esperaron en silencio. De pronto, a espaldas del detenido, se abrió la puerta, entró la comisaria, caminó en silencio, rodeando la mesa, hasta su silla y se sentó.

—Soy la comisaria Aberanda y me informaron que ya estuviste detenido — dijo, en el mismo tono coloquial utilizado por su asistente.

—Fue solo para identificarme —respondió Adolfo Ratte, tenso y en actitud defensiva.

—Acá dice “desorden en la vía pública” —agregó en tono emocionalmente neutro.

—Era un acto de la juventud comunista y otras org...

—¿Apoyás a la guerrilla marxista? —preguntó la comisaria, como sorprendida.

—¡No! Todo lo contrario. Ellos mataron a mi abuelo —argumentó, como ofendido por la confusión de bando.

—¿Tu abuelo era militar?

—No. Era custodio de Isabel Perón —respondió levantando la frente, como con orgullo.

—Debe ser muy duro que hayan matado a tu abuelo por custodiar a una presidenta constitucional —agregó Aberanda, tratando de generar cierta complicidad.

Luego de permanecer unos segundos mirándolo en silencio, la comisaria le hizo un comentario inapropiado.

—Como sos muy joven, te voy a contar algo que quizás no sepas. Teniendo en cuenta que tus huellas dactilares están por todo el Chevrolet Vectra Gris que no pudiste quemar y que —además— quedó sangre de Natalia Blanc en la trompa

de ese auto, el fiscal va a pedir que te den cadena perpetua. Como todo lo que digas en sede judicial puede ser usado en tu contra, te recuerdo que tenés derecho al silencio y a la no autoincriminación. En cambio, todo lo que digas acá, en sede policial, no tiene valor en el juicio y no puede ser usado en tu contra. Es más, si yo le escribo al fiscal del caso, y le informo que no te resististe a la detención y que colaboraste en el proceso de instrucción, podés aspirar a una reducción de la pena.

—Hum —suspiró el pobre tipo.

Fue entonces cuando —aprovechando la confusión del detenido y sin preocuparse por violar sus derechos— la comisaria Aberanda le descargó una pregunta demoledora.

—¿Por qué mataste a la agente de policía Natalia Blanc?

—¡No, no! —repitió, comenzando a transpirar y a desmoronarse—. No la maté, me pidieron que la atropellara... pero ella se tiró al piso y no pude evitarlo. Tampoco sabía que era policía.

—¿Quién te pidió que la mataras? —insistió Aberanda, con más firmeza.

—Matarla no. Nadie quería matarla. Solo un toque y un buen susto, como aviso al novio que es agente de Interpol.

—¿Quién te pidió que la golpearas para asustarla? —preguntó la comisaria en tono severo, lejos de la laxitud inicial tanto de ella como de la agente Díaz.

—La organización

—¿Cuál? —dijo ella, con mayor aspereza.

—La orden Alba Thulle

—¿Y eso qué es? —intervino Raula Díaz, actuando como la “policía buena”.

—Nazis —intervino Aberanda—. Los nazis creían que la tierra era hueca, y que adentro vivía una raza superior, llamada Thulle.

—Somos neo nacionalistas —aclaró el detenido, cada vez más transpirado y temblando.

—¡Neonazis! —insistió la comisaria Aberanda, con el rigor propio de un “policía malo”.

De ahí en más, la comisaria le preguntó todo lo que le interesaba saber y grabó lo que el aprendiz de nazi —a borbotones y con gesto inexpresivo— fue contestando con la sinceridad fruto del miedo.

Una vez que la comisaria consideró que no podía exprimirlo más, dejó que el joven descansara en su celda, hasta la mañana siguiente. En cuanto la sargenta Nuria Godoy, se retiró para acompañar al detenido de regreso a su celda, la comisaria miró a su asistente, le mostró el celular donde había grabado el interrogatorio y le dijo:

—Raula, esto nunca existió.

FIN CAPÍTULO (XXV): Interrogatorio ilegal

CAPÍTULO (XXVI): Investigacion clandestina

«Amaneció con calor y lluvia. Después refrescó, pero siguió lloviendo. Ahora llueve y comenzó a anegarse. Justo a la hora que...» La intempestiva entrada de su secretaria interrumpió el soliloquio del fiscal Bartik.

—Llegó una notificación de la Departamental Morón —dijo su secretaria.

—¿Otro pedido de allanamiento? —preguntó el fiscal en tono burlón.

—Notifican una detención —respondió ella.

—Déjeme la copia y cierre la puerta al salir —ordenó el fiscal, frunciendo el ceño ante ese imprevisto, justo a la hora de irse.

Tal como le había anticipado su secretaria, la Departamental Morón (con la firma de la comisaria Anahí Aberanda) le notificaba oficialmente la detención *in fragantti* de Adolfo Ratte por violencia de género en la vía pública. Durante el procedimiento de identificación, el detenido manifestó ser integrante de una organización neonazi que habría provocado el accidente donde perdió la vida Natalia Blanc.

«¿Manifestó ser neonazi? ¿Así porque sí? ¿Quién va por la calle diciendo

“soy neonazi”? ¿Quién se auto incrimina sin necesidad? ¿Me están tomando por boludo? ¡Todo esto está armado! Pero, ¿para qué? ¿por qué?».

Mal predispuesto, entre ofendido y enojado, el fiscal Bartik reaccionó tomando una decisión en caliente. Considerando que la comisaria Aberanda se había extralimitado en sus funciones, ordenó que a las 9 am del día siguiente, la policía bonaerense debía presentarse en su despacho, acompañando al detenido identificado como Adolfo Ratte, para interrogarlo en sede judicial.

Mientras tanto, en el departamento de policía, al terminar la jornada laboral, la comisaria Aberanda reunió a sus colaboradores y los felicitó por haber aprovechado al máximo el “hecho fortuito” que les permitió detener al cabeza rapada y completar la investigación.

«¿Fortuito, las pelotas», murmuró la agente Raula Díaz y quienes la escucharon tuvieron que esforzarse para no reír.

Por último, Aberanda les notificó la citación del fiscal Bartik para interrogar a Adolfo Ratte y les solicitó a los sargentos Osorio y Godoy que se ocuparan del traslado del detenido, hasta los Tribunales de Morón, en tiempo y forma.

La mañana siguiente, bajo una pertinaz llovizna, a las 8:20 am, los sargentos Osorio y Godoy sacaron a Ratte de su celda, lo subieron a la parte trasera del patrullero, le pusieron unas esposas especialmente encadenadas al piso del vehículo y, a las 8:30 horas en punto, atravesaron el portón del edificio policial y salieron a la calle.

Justo en el preciso momento en que el patrullero, conducido por la sargenta Godoy, pisaba el asfalto, apareció una moto de alta cilindrada con un conductor y un acompañante, ambos vestidos de negro, con cascos también negros y viseras oscuras. Ni Osorio ni Godoy se preocuparon porque interpretaron que se trataba de colegas motorizados que regresaban a la sede policial.

Sin embargo, el largo tableteo de dos pistolas ametralladoras, les enrostró su grave error. Sin bajarse de la moto, los desconocidos acribillaron el asiento trasero del patrullero y destrozaron el cuerpo de Adolfo Ratte.

«¿Muerto? ¿Asesinado dentro de un patrullero? ¿En la puerta de la comisaría? ¿Los custodios sobrevivieron ilesos? ¿Quiénes conocían la hora del traslado? Acá, mi secretaria y yo. Allá, la comisaria, algún asistente y los responsables del traslado». Descontrolado de furia e impotencia, el fiscal Bartikse torturaba con preguntas que –por entonces– nadie podía responderle.

«Si cuando ordené que me trajeran a un detenido me entregaron un cadáver acribillado, ¿con qué responderán mi próximo pedido?», continuaba preguntándose el atribulado fiscal. Pero como no estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados, Bartik le ordenó a la comisaria Aberanda que le mandara de inmediato la cinta original –intacta– con la grabación completa del interrogatorio a Adolfo Ratte.

Cuando Raula Díaz le mostró a la comisaria Aberanda la notificación del fiscal Bartik ordenando la entrega de una cinta que para ellas no existía, las mujeres intercambiaron una mirada cómplice. Luego, al leer la palabra “inmediato” Aberanda decidió, al menos, cumplir esa parte del pedido enviándole un WhatsApp en ese mismo momento.

«EN ESTA SEDE POLICIAL EL OCCISO SE IDENTIFICÓ PRESENTANDO EL DOCUMENTO CUYA IMAGEN, DE AMBOS LADOS, SE ADJUNTA. Comisaria Anahí Aberanda. Morón, PBA».

Con esta respuesta, al negar la existencia de una grabación con las declaraciones del joven neonazi durante el largo interrogatorio ilegal, la comisaria Aberanda estaba ocultando pruebas y seguía acumulando delitos.

§

En 1976, Gunther Ratte, el abuelo de Adolfo, era un activo miembro del Nacional Socialismo que integraba la custodia presidencial de Isabel Martínez. Tiempo después, por ser persona de confianza de López Rega, fue elegido para supervisar un centro clandestino de detención, destinado a la práctica sistemática de torturas para obtener información de los opositores cautivos.

Gunther Ratte no llegó a cumplir un año en ese cargo porque murió como

consecuencia de la explosión de una bomba colocada por terroristas en su auto particular.

Pasaron décadas, nació Adolfo, creció y un día, entre las pertenencias de su abuelo, el joven encontró una foto de Hitler que –al dorso– tenía la intrigante frase: “Debemos asegurar la existencia de nuestra Raza y el futuro para los niños Blancos”.

De ahí en más repitió este tipo lecturas y –tal vez por su influencia o por haber heredado los genes nazi-fascistas de su abuelo– Adolfo Ratte se vinculó con el movimiento neonazi local. Fue un proceso gradual que comenzó con su acceso a un blog que se dedicaba a reclutar jóvenes simpatizantes de esa ideología, para introducirlos en la doctrina de la superioridad de raza, la xenofobia y el antisemitismo.

Con el tiempo, Adolfo Ratte pasó de pintar esvásticas en sinagogas a robar un auto para atropellar y matar a una agente de policía. Fue arrestado y murió asesinado durante su traslado a los Tribunales de Morón.

§

Esa noche, inmersa en el penoso sentimiento de culpa, la comisaria Anahí Aberanda odió su trabajo. No había forma de mitigar el dolor causado por la muerte del joven Ratte, asesinado frente al departamento de policía cuando –bajo su responsabilidad– era trasladado a los Tribunales de Morón.

Aunque sus colaboradores argumentaban que la culpa había sido del fiscal Bartik, por su intempestiva citación a Adolfo Ratte, Anahí se culpaba por la detención ilegal de ese muchacho de diecinueve años, que ahora estaba muerto.

Era su culpa. Ella no solo había sugerido y avalado la acción clandestina de Osorio y Godoy, sino que había interrogado personalmente a Adolfo Ratte y después alguien lo silenció.

«¡Fue mi culpa! Mi putísima culpa», se repetía Anahí, mientras se tapaba la cabeza con la almohada y esperaba que le hiciera efecto el somnífero.

Después de incontables horas dando vueltas en la cama, cuando el sol del mediodía ya entraba por la ventana de la cocina, la segunda taza de café bien

negro logró despabilarla.

A medida que el recuerdo del asesinato de Adolfo Ratte iba quedando en segundo plano, Aberanda comenzó a valorar la importancia de los datos sonsacados de manera ilegal. Se trataba de pistas muy interesantes, que merecían ser investigadas. Sin embargo, por tratarse de un delito federal, a partir del momento en que intervino el fiscal, el caso pasaba a la órbita de la Policía Federal.

«Yo inicié la pesquisa. Yo pedí el allanamiento y cuando me lo negaron me arriesgué a seguir por mi cuenta. ¡Es mi caso y la investigación tiene que ser mía!», mascullaba Anahí, furiosa por haber quedado marginada de la causa contra los neonazis. Pero no reaccionaba solo por no poder protagonizar una investigación de semejante trascendencia, sino porque las raíces de la organización donde militaba Ratte estaban en el lumpen de la zona oeste y ninguna fuerza de seguridad lo conocía mejor que ella.

En base a esta mezcla de argumentos, vocación y capricho, la comisaria Aberanda decidió no compartir los datos aportados por Adolfo Ratte y utilizarlos en una investigación secreta para descubrir el verdadero alcance de la misteriosa orden Alba Thulle.

A esta altura de los acontecimientos, Aberanda comprendió que estaba frente a un desafío que no podía enfrentar sola. Se trataba de un trabajo de largo aliento que exigiría mucha dedicación, y ella –además de sus responsabilidades como comisaria– necesitaba dedicar mucho tiempo a sus hijos.

Tampoco podía involucrar a su equipo policial en una investigación ilegal más adecuada para personajes marginales como Domecq.

« Pero, ¿quién más», se preguntó Aberanda.

Bruno Rossini, con su sed de venganza contra los asesinos de su novia, podría ser el indicado, pero –en caso de participar en esta operación clandestina– estaría arriesgando su trabajo en Interpol.

«Primero voy a hablar con Domecq y juntos decidiremos cómo abordar a Bruno», pensó y, de inmediato, le envió un mensaje al veterano investigador de Castelar.

«Hola, si te interesa, tengo inside information del explosivo caso de los neonazis. Anahí».

«Hola, por supuesto que me interesa. Decidí vos cuándo y dónde reunirnos. Domecq».

«¿Qué te parece mañana a las 21, en Tarzán? Te mando un audio “solo para tus oídos”. Anahí».

«Confirmado horario y lugar. Nos vemos mañana. Domecq».

De no ser por Negro, aquella mañana el jubilado hubiera dormido un par de horas más. Pero el ronroneo, primero, y el maullido, después, lo obligaron a levantarse para darle de comer a ese gato tan denso como su antigua propietaria.

Cumplida la cuota alimentaria de la mascota de Leonor, Domecq seleccionó unos tangos de Piazzola y se dirigió a la cocina para calentar agua para el mate. Cuando estuvo a la temperatura adecuada, comenzó a volcarla en la calabaza. El fino chorrito caliente fue mojando la parte seca de la yerba, incorporándola poco a poco, para prolongar el sabor parejo de la mateada. Luego de varios amargos, optó por salir y caminar hasta Tarzán, para encargarse un menú especial, bien correntino, para su cena con Anahí.

Una vez que entró al bodegón de los bohemios nostálgicos, saludó a los empleados que estaban haciendo la gran limpieza matinal de instalaciones y vajilla, y se dirigió a la cocina.

En ese espacio no muy grande, los techos ahumados contrastaban con los cuarteados pero aún blancos azulejos. Sartenes –negras por fuera, pero relucientes por dentro– colgaban sobre una mesada repleta de cacerolas y utensilios. Ollas enormes humeaban al calor de las hornallas. Sobre una robusta tabla de madera, Venturino picaba verduras. Era un cocinero veterano con gran experiencia culinaria, delgado, de facciones agradables, sonrisa cordial y ojos pequeños escondidos tras lentes gastados. Tenía gorro, camisa y delantal prolijamente blancos. Como ya se conocían y Aberanda también era habitué del restaurant, Domecq simplemente le pidió a Venturino que, para esa noche, prepara alguno de los platos correntinos que ella solía pedir.

Satisfecho por la propuesta de pacú al horno relleno de nueces y especias, hizo el encargo y la reserva, salió del local y regresó a paso vivo hasta su casa. Mientras se duchaba, lamentó no haber comprado unas empanadas de Tarzán para ese mediodía.

Ya frente a la PC, buscó las últimas noticias y recién entonces comprobó la notoriedad que había alcanzado el caso del “cabeza rapada” fusilado dentro de un patrullero. La víctima había sido detenida por la comisaria Aberanda y estaba siendo trasladado a los Tribunales de Morón, a pedido del fiscal Bartik. Un diario sensacionalista ilustraba la escena con una caricatura donde el veterano fiscal, como personaje de Shakespeare, interpelaba a un busto de Hitler que sostenía en sus manos: “*To be, or not to be...*”.

FIN CAPÍTULO (XXVI): Investigación clandestina

CAPÍTULO (XXVII): Cena en Tarzán

Ansioso por la reunión de esa noche, Domecq enfrentaba las limitaciones de su guardarropa. Su vestuario era limitado y Anahí ya lo conocía casi todo. No siempre había sido así, pero desde el incendio de su casa en Liniers, donde perdió todo, solo había podido comprar prendas informales y calzado deportivo. Por suerte, la cena era en Tarzán donde nadie se sorprendería de su carencia de saco y zapatos. Más aún, como se pronosticaba una noche cálida, podría ir con cualquier camisa de manga corta, porque todas solían combinar con el jean azul oscuro.

Por su parte, Anahí decidió enfundar sus sinuosas curvas en un pantalón de cuero negro, acompañado por una blusa fucsia escotada. Su cabello azabache estaba suelto y brillante, como recién salido de la ducha. Pero lo más llamativo era que venía a cara lavada sin el maquillaje que solía usar a toda hora. Tal vez por eso, Domecq tuvo la sensación de estar ante una mujer distinta, aún más linda que la que conocía.

Una vez que el mozo sorprendió a la agasajada con el menú correntino, encargado por su acompañante, la charla se hizo más fluida. Luego de comentar los progresos de Bruno en su larga rehabilitación, hablaron de bueyes perdidos hasta que Anahí se transformó en la comisaria Aberanda y recordó la razón de ser de esa cena. Comenzó resaltando la importancia de la información obtenida durante el interrogatorio clandestino al joven Ratte, cuya copia de audio ya le había enviado. Como era de esperar, Domecq manifestó haber escuchado y tomado nota de la grabación, y aprovechó para recordarle lo que él había averiguado siguiendo a Malinka y que ya habían comentado la noche del asadito en el balcón.

Cuando Anahí planteó las dificultades para unir las piezas del rompecabezas que querían resolver entre ambos, Domecq se animó a formular una síntesis: Ratte (el asesino de Natalia Blanc) había confesado que se reunía con su grupo neonazi (Alba Thulle) en el sótano de la cervecería Skin. Esa era la misma cervecería a la que concurría Malinka, la empleada de Magister y conocida de Bruno. Hipótesis: el detective español Aitor Urkiola llegó a Magister buscando información sobre un cuadro robado al MNBA, supuestamente por la banda de Aníbal Gordon. Como Urkiola había averiguado demasiado, lo mataron. Cuando Bruno Rossini, agente de Interpol, siguió los pasos de Urkiola e investigó a Magister, saltó la alarma mafiosa. Luego, cuando Natalia, novia de Bruno, buscó datos en la Bonaerense, los asesinos de Urkiola se enteraron, la atropellaron y ella murió. Preguntas: ¿acaso Malinka es el nexa entre Magister y los neonazis que mataron a Natalia?, ¿quién mató a Urkiola?, ¿quién mató a Ratte?, ¿quién baleó a Bruno Rossini?, ¿fue un neonazi?, ¿fue alguien de Magister, como “Mister Craigson”?

Con una inmensa sonrisa y los pulgares hacía arriba, Anahí felicitó a su amigo, al tiempo que pedía otra botella de Malbec. Estimulado por el apoyo, el viejo detective se animó a arriesgar otra conjetura:

—Los neonazis se reúnen en la cervecería Skin que está en Castelar, pero tiene una sucursal en Beccar. También en Beccar acaban de descubrir un museo secreto nazi que incluye cuadros. A su vez, mi amiga Anouk Rosenberg está

buscando cuadros que los nazis le robaron a su familia, en París, y podrían estar en nuestro país. Me pregunto, dado que en Beccar confluyen nazis y neonazis, ¿sería muy loco buscar alguna conexión entre los neonazis de Adolfo Ratte y los nazis que trajeron a nuestro país obras de arte saqueadas en Europa?— concluyó Domecq y miró a su amiga buscando una respuesta.

Anahí Aberanda estaba muda. Había escuchado atentamente, mezclando sonrisas de aprobación con movimientos de cabeza para expresar desacuerdo, pero ahora no sabía qué decir. En silencio buscaba una síntesis mental para emitir una opinión equilibrada. La hipótesis inicial planteada por Domecq parecía razonable, pero el devaneo final no parecía propio del Domecq detective sino de las imaginativas neuronas del autor de novelas policiales que llevaba adentro

Sumida en su introspección, Anahí no había prestado atención al par de parejas que —atraídas por los compases de “A media luz”— habían dado comienzo a la tradicional milonga de Tarzán. Por eso, se sorprendió al escuchar la propuesta de su viejo amigo.

—¿Bailamos? —la invitó Domecq con una sonrisa gardeliana.

Sin proponérselo, Anahí reaccionó con un exagerado gesto de asombro e incredulidad que se fue transformando en una risa rara, hueca e inapropiada que —de repente— desencadenó un tremendo ataque de risa, espontáneo, incontenible y contagioso.

Ofendido primero, insólitamente contagiado después, Domecq empezó a reírse en forma cada vez más descontrolada, para continuar en un carnaval de carcajadas que ya no pudo parar.

Para salir de esa situación incómoda, le hizo una seña al mozo, pidiendo la cuenta. Después de que cada uno pagara su parte, Anahí se ofreció a llevar a Domecq hasta su domicilio.

Al momento de bajar del auto, se miraron, intercambiaron sonrisas y no pudieron evitar que volviera esa risa contagiosa.

Ella arrancó y se alejó acelerando, mientras él buscaba las llaves.

Cuando llegó frente a la puerta de entrada a su dúplex, Domecq descubrió que estaba entreabierta. No mucho, lo mínimo que permitían los restos de la

cerradura destrozada a golpes, sin la sutileza de los ladrones expertos. El pobre viejo quedó paralizado. Miró hacia la calle, pero el auto de la comisaria ya se había perdido de vista. Posiblemente habría doblado en la primera esquina.

«¿Entro o me voy?», se preguntó mientras, instintivamente, daba el primer paso hacia adelante. Llevado por una fuerza irracional –de a poco– fue abriendo la puerta. Antes de que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad interna, retrocedió aterrorizado cuando un bulto negro saltó hacia él. Al comprender que era el gato de Leonor, ya su corazón latía desbocado, peligrosamente desbocado. Respiró hondo y dejó que el animal siguiera su loca carrera. Siempre alerta, extendió el brazo derecho y tanteó hasta encontrar el interruptor. A pesar de que su voz interior le gritaba que no lo hiciera, Domecq encendió la luz del pequeño hall de entrada. Asomó la cabeza. A primera vista todo estaba en orden. Entró. Avanzó agazapado, junto a una de las paredes. Al llegar a la sala de estar, prestó atención. El silencio total lo animó a seguir avanzando. Estaba nervioso, el corazón seguía galopando y un sudor frío bajaba por su nuca. Encendió otra luz y abrió la puerta por completo. Recién entonces comprendió que habían revisado todo y dejado su casa patas para arriba. Cajones, armarios, hasta los muebles de cocina y el vanitory del baño habían sido manoseados y revueltos. «¿Qué mierda buscaban? ¿Venían por mí?», se preguntó al tiempo que descubría una pisada. Luego otra distinta. Parecían de una zapatilla y de un zapatón o borceguí. Habían entrado al menos dos personas. Aparentemente, se habían ido. «¿O no?» Recién entonces llamó a Aberanda y rogó que no hubiera apagado el celular.

§

Bruno Rossini se sentía frustrado, porque los que asesinaron a Adolfo Ratte lo habían privado de la posibilidad de vengar la muerte de su novia. Por eso, en cuanto se enteró de que Ratte era el brazo ejecutor de una orden llamada Alba Thulle, Rossini decidió ampliar su venganza e incluir a los miembros de esa organización neonazi. Sin embargo, para concretarla, necesitaba salir de la Clínica de Rehabilitación donde estaba internado.

Como no era ni muy simpático ni muy querible, Bruno tuvo que recurrir a su capacidad de negociación para lograr un régimen especial de salidas. Así fue que

se comprometió a respetar los horarios de los medicamentos, cumplir los turnos de las sesiones de rehabilitación y colaborar con el personal de la clínica, a cambio de obtener libertad para manejar su tiempo, inclusive para ausentarse en las horas libres.

Satisfecho por el acuerdo logrado, Bruno le envió un mensaje de WhatsApp a Domecq, para pedirle colaboración. Para su sorpresa, el veterano investigador le respondió que tenía otras prioridades. Había sido víctima de un ataque a su casa y –antes de que se repitiera– debía averiguar quiénes fueron los que rompieron la puerta y revolvieron todo, de arriba abajo, poniendo en evidencia que lo tenían en la mira y podían agredirlo impunemente.

Para Bruno, esa noticia fue un golpe muy duro. Por un lado, su amigo estaba en peligro y él no podía ayudarlo. Por otro, él mismo buscaba la ayuda de Domecq, pero no podría contar con ella. En consecuencia, iba a avanzar solo, investigando por su cuenta, tratando de unir los cabos sueltos que giraban alrededor de Magister.

Sin esperar más, decidió aprovechar las dos horas libres que tenía por la mañana para buscar a Malinka, con quien no había podido comunicarse durante la última semana.

A Bruno le había impactado que Malinka hubiera sido la primera persona que lo visitó en el Hospital Posadas, apenas salió de terapia intensiva. Además, continuó haciéndole compañía casi todas las tardes, en el parque de la Clínica de Rehabilitación. Por eso, la consideraba una buena chica.

Según ella, el único malo de la familia era su abuelo, a quien hasta su esposa odiaba por su participación en la banda de Aníbal Gordon. En las charlas con Malinka, Bruno había avanzado con sus preguntas hasta llegar a la “Triple A”. Su intención era averiguar si ese grupo parapolicial todavía se mantenía activo. Sin embargo, Malinka había evitado el tema y desde entonces ni lo visitaba, ni contestaba sus llamadas.

Esa mañana, con la intención de llegar a Magister antes del cierre del mediodía, Bruno Rossini pidió un remise para ir desde Parque Leloir a Castelar

Norte. Durante el breve trayecto, el endemoniado tránsito le hizo extrañar la versatilidad de su moto.

Cuando estuvo frente al edificio Magister, se encontró con una imagen peor de lo que recordaba. A las paredes descascaradas y portón oxidado, las lluvias primaverales le sumaban un yuyal que invadía la veredita angosta. Ya frente al portero eléctrico, llamó insistentemente, pero nadie respondió. El robusto portón de hierro, además de la cerradura doble, ostentaba un candado de tamaño llamativo y que él no recordaba haber visto antes.

«Espero que a Malinka no le haya pasado nada malo», pensó Bruno, mientras, inconscientemente, miraba hacia el cielo.

De pronto, recordó que ella no siempre había salido por ese portón. «Tiene que haber otra salida», pensó.

Como el edificio de Magister ocupaba media manzana, con altas ventanas enrejadas, en dos plantas, sobre tres calles, Bruno comenzó a bordearlo, prestando atención a los detalles. En uno de sus lados, la enorme construcción descascarada lindaba con un kiosko que tenía la fachada prolijamente pintada de amarillo y las aberturas de color azul. Entre este local y el edificio Magister había una pequeña puerta pintada de azul rodeada de pared de color amarillo. Como eran los mismos colores usados en el comercio, sin ninguna marca divisoria, a primera vista parecía ser parte integrante del kiosko. Sin embargo, la mirada entrenada del agente de Interpol descubrió que la puerta tenía el mismo diseño que las ventanas del edificio contiguo. Entonces, no le costó mucho deducir que esa puerta podría haber sido una ventana que convirtieron en puerta. «Pero... ¿A quién pertenece ahora», se preguntó Bruno.

Luego de mirar el pequeño mostrador con golosinas, entró al kiosko y compró un paquete de pastillas de menta. Mientras esperaba el vuelto, preguntó:

—¿Esa puerta pertenece a este negocio?

—No —respondió con indiferencia el kioskero.

—¿Entra y sale gente con frecuencia?

—No sé —dijo, de mala gana.

—Gracias —concluyó Bruno, antes de dar media vuelta, para acercarse a

la puertita azul y romperle la cerradura de una certera patada.

Recién cuando ya estaba en el interior del edificio, Bruno se sobresaltó al recordar que no llevaba consigo la credencial de Interpol, para presentar a la policía, que no tardaría en llegar. Entonces, se apuró a revisar el enorme depósito hasta encontrar algo que justificara pasar una noche en un calabozo.

De pronto, cuando le parecía haber encontrado algo importante, Bruno se paralizó al escuchar -antes de lo esperado- la sirena de un patrullero que se acercaba a toda velocidad.

FIN CAPÍTULO (XXVII): Cena en Tarzán

CAPÍTULO (XXVIII): Intrusión

Una vez que rompió la puerta lateral y logró ingresar al misterioso edificio, Bruno Rossini buscó evidencias de la vinculación entre Magister y Alba Thulle, esa organización neonazi a la que pertenecía Adolfo Ratte, el asesino de Natalia, sospechado de matar a Urkiola y atentar contra él mismo. «¿Quién maneja la orden Alba Thulle?», se preguntaba Bruno, una y otra vez. «¿Quién es el jefe de Adolfo Ratte? ¿Ratte conocía a Mister? ¿Magister está detrás de estos asesinados? ¿Y Malinka, qué papel juega?».

Lo cierto era que Malinka trabajaba en Magister, subordinada al ingeniero Craigson (alias Mister) quien era una de las últimas personas que vieron a Urkiola con vida. Además, en caso de que ella estuviera involucrada, parecía ser el eslabón más accesible. Al menos había sido buena con él.

Aprovechando los rayos de sol que ese mediodía se filtraban por las antiguas persianas de hierro, el agente de Interpol convertido en intruso fue recorriendo los distintos ambientes de Magister, tomando fotografías de armarios y estanterías. La primera satisfacción fue descubrir banderas negras con esvásticas y águilas imperiales, como así también afiches con jóvenes rapados, vestidos de

negro, tatuados y en poses amenazadoras, esgrimiendo cadenas, palos y garrotes. Apremiado por el tiempo, fotografió las etiquetas con identificaciones colocadas en los lomos de biblioratos y carpetas, apretujados en centenares de estantes, que se extendían del piso al techo, a lo largo de esos galpones o depósitos.

De pronto, se paralizó al escuchar la sirena de un patrullero que se acercaba cada vez más. Sin posibilidad de escapar, decidió esconderse dentro de uno de los grandes armarios. El primero que abrió tenía estantes con poca separación entre sí, y el segundo tampoco tenía espacio como para ocultarse. Sin opciones, caminó lentamente hacia la misma puerta lateral que había roto a patadas, con las manos en alto. Pero –por fortuna– el patrullero siguió de largo. Aliviado del pico de estrés, recordó que en la oficina donde lo había recibido Malinka había una PC. De inmediato, corrió hacia esa parte del edificio tratando de no tropezar en la penumbra. Buscó y buscó, hasta encontrar la computadora. Como no tenía un pendrive para copiar archivos, abrió y revolvió los cajones buscando uno, pero no tuvo suerte. En eso estaba cuando volvió a escuchar la sirena policial. Esta vez, Bruno decidió no abusar de su suerte y escapar, sin llevarse nada más que las fotos tomadas con su celular.

Al salir a la calle, pese a los gritos e insultos del kioskero y dadas las circunstancias, caminó con la mayor naturalidad posible, sin darse vuelta hasta llegar donde lo esperaba el Uber.

En el trayecto de regreso a la clínica, recordó que su amigo Domecq conservaba el equipamiento fotográfico profesional, apto para ampliar imágenes y analizar los mínimos detalles. Entonces, le envió un mensaje con las fotos y una explicación de lo que necesitaba.

La respuesta de Domecq fue inmediata: «Los hijos de puta que entraron a mi casa se llevaron el equipo fotográfico. Sorry».

Con sentimientos encontrados, lamentando la noticia de Domecq, pero sin que borrara la satisfacción por los primeros resultados de su intrusión en la guarida de Magister, Bruno regresó a la Clínica de Rehabilitación con el tiempo

justo para higienizarse y sentarse a la mesa cuando ya empezaban a servir la sopa “Primavera” de coliflor.

Después del almuerzo, evitó la siesta prescrita por su médico y se sentó en el jardín, a la sombra de un enorme Ginkgo que estaba recuperando su follaje. Al mirar las fotos, a pesar de la escasa calidad, revivió el escalofrío que había sentido dentro del tétrico edificio de Magister. Los oscuros ambientes con largas estanterías parecían vetustos archivos de documentos impresos en papel, guardados en biblioratos o carpetas, con etiquetas o rótulos manuscritos. A pesar de la aparente prolijidad en su origen, después de décadas de humedad en techos y paredes, el polvo y las telas de araña que cubrían gran parte de los estantes, le daban un toque siniestro.

Lamentablemente, en el apuro, solo había fotografiado el exterior de los legajos, sin abrir ninguna carpeta para verificar su contenido.

Al avanzar con el vistazo superficial a las fotos, le llamó la atención algo que en su momento le había pasado desapercibido. Se trataba de un cartel, en segundo plano, pegado a una pared, en el que se celebraba la llegada de un misterioso “DÍA X”. Como no tenía idea del significado, Bruno googleó desde su celular y descubrió que los neonazis anunciaban un supuesto golpe de estado a nivel mundial para el “Día X”, fecha incierta en la que el orden democrático colapsaría y el control pasaría a manos del nazismo. Desconcertado, Bruno no sabía si prestarle atención al anuncio, o ignorarlo por temerario y absurdo. Ante la duda, copió la explicación de Google y se la envió a Domecq, precedida por la pregunta: «*¿Debemos preocuparnos?*».

Al retomar el análisis de las fotos, se detuvo en unas cajas, prolijamente apiladas, que apenas se veían en el fondo de una de las imágenes, pero parecían cajas de municiones. Por un instante, sintió que la suerte estaba de su lado y había descubierto la cueva de Alí Babá. Emocionado, no podía sacar los ojos de esas sospechosas cajas, y cuanto más miraba la foto más le parecía que contenían balas. Sin embargo, un resabio de sentido común lo convenció de que las cajas deberían estar vacías, porque ese depósito no podía contener cosas demasiado importantes, ya que carecía de alarmas o personal de vigilancia

permanente y tenía una puerta lateral muy fácil de vulnerar.

Pasaron las horas y como en la Clínica de Rehabilitación la puntualidad era parte del tratamiento, Bruno Rossini se resignó a volver a su habitación para cambiarse de ropa. Unos segundos antes de las 19 hs, entró al comedor y se dirigió a su mesa, que –como siempre– estaba puesta con plato, cubiertos y copa, para un solo comensal, más la jarra con agua, que era la única bebida disponible.

En cuanto le sirvieron el saludable consomé desgrasado, a Bruno lo invadió la nostalgia por los poderosos guisos y cazuelas que servían en Tarzán.

Finalmente, después del plato principal y la compota, pero antes del té de yuyos digestivos, Bruno sintió una vibración y –violando las estrictas normas vigentes durante las comidas–, espió su celular y descubrió que tenía una larga sucesión de mensajes de su amigo Domecq. Entonces, apoyándose una mano en el estómago y la otra en la boca, como evitando una arcada, huyó del comedor, ante la piadosa mirada de quienes presenciaban la escena.

Ya en su habitación, leyó los mensajes y quedó atrapado como si se tratara de una buena novela de suspenso. Los envíos de Domecq comenzaban con un mensaje de texto: «Un fotógrafo de mi confianza logró hacerte las ampliaciones». A continuación incluía reveladoras imágenes de las fotos sacadas por Bruno en del interior del edificio Magister.

Todo este material –enviado también a Anahí– fue seguido de otro mensaje, con una convocatoria. Domecq comenzaba con una disculpa por su reacción ante el atentado a su casa. Pero había recapacitado y consideraba que solo juntos podrían tener éxito en esta patriada contra el neonazismo. Argumentaba que entre los tres ya habían reunido suficientes elementos de prueba como para armar una causa sólida contra Magister y la orden Alba Thulle. Sin embargo esas pruebas no eran judicialmente válidas, por no haber sido obtenidas respetando los procedimientos legales y con la intervención de funcionarios habilitados para esa tarea.

Resumiendo, más allá de ser una excelente trama para una ficción Best Seller o para una investigación periodística digna de un Premio Pulitzer, ningún juez tomaría en serio estas denuncias fruto de investigaciones clandestinas. «Creo

que la única forma de que la Justicia pueda aprovechar todo lo que hemos averiguado, sería que algún fiscal “redescubra, por sí mismo” la trama criminal que nosotros ya hemos descubierto», argumentaba Domecq. «Por lo tanto, se necesita un eslabón entre la Verdad y la Justicia. Si están de acuerdo, pueden comenzar con el análisis de estas imágenes ampliadas de las fotos que Bruno sacó en Magister. Espero respuestas».

«OK», fue la breve y ambigua respuesta de la comisaria Anahí Aberanda. Aunque, quizás, lo más significativo era que no se oponía. Al menos, no abiertamente.

«Yo me sumo, siempre listo para vengar a Natalia», respondió Bruno.

Aprovechando que sus amigos eran miembros de las fuerzas de seguridad, Domecq les preguntó: «¿Cómo demonios se blanquea una prueba obtenida ilegalmente, para que un fiscal pueda usarla en un juicio?».

La primera respuesta fue de Aberanda: «Podés realizar una denuncia anónima en el 0800 de la Fiscalía General de la República, o bien vía email, o ingresando los datos de la denuncia a un específico formulario Web. ¡Pero ojo! Antes de hacer nada, tenemos que hablar cara a cara entre nosotros, porque esto puede estallarnos en las manos». Fue la preocupante conclusión de la comisaria.

Pasaron varios días de idas y vueltas, donde cada uno avanzó por su parte, hasta que los tres amigos acordaron encontrarse en el jardín Botánico Ragonese, ese maravilloso oasis ubicado en el corazón del INTA, Castelar. Aquella tarde, los recibió una explosión primaveral de aromas y colores provenientes de infinidad de plantas y árboles, que se habían puesto de acuerdo para florecer al mismo tiempo. Caminando por esos senderos, entre los árboles, Aberanda, Rossini y Domecq se toparon con pájaros que no se ven en la ciudad y hasta con una liebre que pasó a pocos metros de ellos. Aunque la paz del atardecer en aquel pulmón verde era ideal para la meditación y sugería pensamientos elevados, los visitantes discutían algo tan poco bucólico como la amenaza neonazi.

—¿Por qué rechazás la idea de una denuncia anónima? —preguntó Domecq.

—El problema no es el “qué”, sino el “cómo” —contestó la comisaria

Aberanda—. Si le pasamos “todas” nuestras investigaciones a la Fiscalía y ellos las desaprovechan, vamos a quedar sin el pan y sin la torta. Los nazis no solo seguirían impunes, sino que estarían alertados y ya no podríamos hacer nada, porque quedaríamos con las manos vacías.

—Entonces démosle solo una puntita —sugirió Domecq.

—Tibio. ¿Pero, cómo saber la medida justa? Si le damos poco, no les sirve. Pero si le damos mucho pueden tener éxito, quedarse con los honores y hasta salpicarnos por haber hecho una denuncia anónima y no una presentación oficial. No olvides que soy comisaria y Bruno es agente de Interpol —argumentó Anahí.

—Como soy un jubilado sin vinculaciones con ningún organismo de seguridad, yo podría hacer la denuncia —se postuló Domecq.

—¿Qué les parece si, antes de hacer la denuncia, hablamos con el fiscal y le ofrecemos información a cambio de libertad de acción?—propuso Bruno.

—¿Libertad de acción? ¿Acaso creés que el fiscal Bartik te va a permitir vengar a Natalia? —preguntó con sorna, Anahí.

—No. En cuanto libertad de acción me refería a que nos deje seguir investigando en forma paralela —argumentó Bruno.

—No, no. Ningún fiscal se arriesgaría a una locura como esa. Y una vez que hablemos, perdimos —insistió ella.

—Creo que Anahí tiene razón —intervino Domecq—. Propongo enviar una denuncia anónima al email del fiscal Bartik, precedido por un mensaje duro y contundente, como una patada en las bolas. ¿Qué les parece algo así...?: “Ocupate de Magister, hijo de puta”.

FIN CAPÍTULO (XXVIII): Intrusión

CAPÍTULO (XXIX): Denuncia anónima

Leandro Bartik había nacido en Choele Choel, rodeado de un vergel de frutas y verduras, bañadas por el Río Negro pero a merced del pertinaz viento patagónico. Su padre era un empleado municipal, que regaba las calles de tierra sedienta, con un camión cisterna, en una lucha desigual contra el recalitrante viento caliente que secaba la tierra y se la robaba de un soplo hecha polvo.

Para no repetir esa historia de lucha desigual, Leandro se concentró en los estudios. Una vez que se graduó de abogado en la Universidad del Comahue, se mudó a Buenos Aires para iniciar la carrera judicial. Se casó con una coqueta porteña que le pidió el divorcio antes del primer aniversario. Con los años, paso a paso, logró ser designado fiscal en los Tribunales de Morón.

Mucho tiempo después, ya cerca de su jubilación, el veterano Leandro Bartik, formado en la vieja tradición jurídica, tuvo que lidiar con la implementación del sistema acusatorio y adaptarse a la nueva división de roles, en base a la cual la investigación pasaba a estar a cargo de los fiscales, quienes debían promover la acción penal contra los autores de un delito, que luego debería ser probada en un juicio oral y público.

Quiso el destino que el fiscal Bartik tuviera que debutar en el sistema acusativo justo con el caso de la muerte de Natalia Blanc, donde lo que parecía ser un accidente de tránsito con un muerto y un conductor dado a la fuga, se transformó en un atentado llevado a cabo por una organización neonazi.

Aquella noche, en su despacho, se secó la frente con el mismo pañuelo con que acababa de limpiar los cristales empañados de sus anteojos. Odiaba el calor húmedo de Buenos Aires y extrañaba el clima seco de la Patagonia. Mientras con la mano izquierda guardaba el pañuelo estrujado en el bolsillo trasero de su pantalón, su grueso índice derecho tipiaba una serie de letras, tanto a la derecha como a la izquierda del teclado. Cuando en la pantalla apareció el buscador, ingresó “*neonazismo en Argentina*” y –luego de una definición elemental (“*ideología que promueve el odio a las minorías*”)– se topó con el libro “*Sombras de Hitler*”. Era una investigación de Raúl Kollmann sobre la vida secreta de esas

bandas en nuestro país y la complicidad del Estado.

Como en su casa nadie lo esperaba –estaba divorciado y no tenía mascotas–, el fiscal decidió aprovechar la brisa fresca que empezaba a entrar por la ventana y quedarse un rato más, para ojear la versión digital de ese texto.

A poco de avanzar en la lectura, Bartik confirmó que el movimiento neonazi había copiado la misma idea fuerza que cohesionaba al movimiento nazi: el prejuicio a lo distinto. No solo a los negros, judíos y homosexuales, sino hasta los gordos como él. *“El prejuicio al extranjero, al aborigen, al distinto... implica achacarles la culpa de todo lo negativo y si es necesario exterminarlos”*. Al leer el verbo exterminar, se agravó la preocupación del fiscal, pero recién hizo eclosión cuando leyó que para el temido “Día X” existía en marcha un plan de acción local para desestabilizar nuestra democracia.

Desde que había recibido una amenaza oculta en un collage de fotos, el fiscal Bartik estaba conmocionado. Se trataba de un fotomontaje en el que se destacaba la imagen de Ratte, el neonazi acribillado. También aparecían unas cajas de balas, pero no lograba saber si eran simbólicas o contenían impreso algún dato en clave. Si bien había descubierto que la mención al “Día X” implicaba el caos, lo grave era que no tenía ninguna pista sobre cuál era esa fecha tan temida. « ¿Por qué a mí? ¿Qué les hice a los neonazis? ¿Voy a terminar como Nisman? Mejor no levanto la perdiz y mantengo el perfil bajo. Pero, ¿qué significa ese fotomontaje? ¿Ratte, neonazis, balas, “Día X”? ¿Y si no es una amenaza? ¿Y si es una broma? Pero, ¿por qué arriesgarse? Soy fiscal, no un don nadie. Como fiscal no me puede pasar nada. Como fiscal estoy bien, estoy muy bien acá, no tengo nada que temer», intentó auto convencerse, negando su miedo.

Sin embargo, en medio de esa zozobra, Bartik comenzó a dudar: « ¿Y si estoy equivocado? ¿Y si el fotomontaje no es ni una amenaza, ni una broma, sino otro tipo de mensaje? Algo más relacionado con Ratte que conmigo. ¡Lástima que no llegué a verlo con vida! Solo la comisaria Aberanda pudo hablar con él. ¿Será cierto que Ratte se negó a declarar? ¿Y si confesó algo? ».

Fue entonces cuando se animó a consultar a Aberanda mediante un breve WhatsApp. *«Hola, comisaria, recibí un extraño fotomontaje con la imagen del*

difunto Adolfo Ratte. Como usted pudo hablar con él, me gustaría conocer su opinión sobre el sentido del mensaje adjunto. Gracias. Fiscal Leandro Bartik».

§

Frente al espejo, desnuda, Anahí revisaba su largo cabello azabache recién lavado, buscando señales del paso del tiempo. Llevaba dos años divorciada y se sentía capaz de volver a enamorarse, pero era un tema al que no le había podido dedicar el merecido tiempo. Siempre surgían imprevistos, como la llamada que – justo en ese momento– estaba ingresando en su celular. Era Domecq. Atendió.

—Hola ... —simulando desperezarse.

—Hola, Anahí. Internaron al fiscal Bartik. ¿Será culpa nuestra?

—¿Bartik? Anoche me envió un mensaje. Te lo copio y después hablamos. Estaba saliendo de la ducha. Chau.

Ese mismo sábado a la mañana, mientras esperaba que sus hijos llegaran para pasar el fin de semana con ella, Anahí recibió otro llamado de Domecq.

—Fuimos nosotros. Lo asustamos, se descompensó y lo internaron —dijo, muy nervioso, enojado y con un exagerado sentimiento de culpa por el fotomontaje que le había enviado al fiscal.

—Tranquilízate. Están por llegar mis hijos y no puedo ocuparme, pero vos podrías darme una mano. Habría que preparar el borrador de una respuesta tranquilizadora para que yo le mande al fiscal. Además, tendríamos que agregarle alguna pista que omitimos en el primer mensaje. ¿Te parece bien? —sugirió Anahí, acostumbrada a manejar los humores de su amigo.

—Bueno. Preparo el borrador y te lo mando. Besos a los chicos — respondió Domecq, bajando un cambio.

Esa noche, cansada pero feliz, después de un divertido pero extenuante día con sus hijos, aprovechando que ellos estaban entretenidos con una peli, Anahí leyó el borrador de la respuesta a Bartik, preparada por Domecq.

«Estimado doctor Bartik, ante todo espero que ya se encuentre recuperado. Con respecto a la denuncia anónima que recibí creo que alguien quiere ayudarlo a descubrir quién mató a Adolfo Ratte. En el fotomontaje, la esvástica parece acusar

a los nazis. El “Día X” y las balas podrían anticipar algún tipo de caos. Las siglas “PFP”, posiblemente apunten a la organización neonazi Patria, Familia y Propiedad. Esta es mi humilde interpretación. Quedo a su disposición. Comisaria Anahí Aberanda».

Como el borrador de la respuesta era razonable, para no incomodar a Domecq, la reenvió sin cambios al fiscal.

§

Solo, en la habitación de la clínica donde había sido llevado de urgencia por un aparente ataque cardíaco, mientras esperaba los resultados de los exámenes de rigor, Bartik leyó la respuesta de Aberanda. Luego de releerla, más aliviado, agradeció y formuló nuevas preguntas.

«Gracias, comisaria. Espero que su interpretación sea la correcta y no se trate de una amenaza sino de una denuncia bienintencionada. Coincido con la interpretación de los símbolos, pero no tengo en claro el mensaje. El neonazi Ratte es la víctima, pero ¿a quién acusa el denunciante anónimo? ¿Al PFP que prepara la rebelión del “DÍA X”? Saludos, Bartik».

§

El domingo a la mañana, antes de que se despertaran sus hijos, Anahí leyó el nuevo mensaje de Bartik y se lo reenvió a Domecq, sin agregar ni una palabra. El veterano investigador no necesitaba que le dieran cuerda.

Esa noche, ya de regreso, luego de dejar a sus hijos con la abuela, Anahí leyó el nuevo borrador de Domecq y –tras unos retoques– lo reenvió al fiscal.

«Estimado Bartik, coincido con usted en que la pregunta parece ser: ¿quién mató a Ratte? Con respecto a la identidad del victimario, el denunciante solo menciona a “PFP” y muestra en el fotomontaje un bar o cervecería, que podría ser un lugar de reunión. Pero no tenemos elementos para formular una hipótesis mínimamente razonable. Creo que es el momento de escuchar a la intuición. Saludos, Aberanda».

§

Ese caluroso lunes de primavera, el fiscal Bartik comenzó el día en la farmacia, haciéndose tomar la presión. Un rato después, al entrar a su despacho, lo encontró ocupado por varios hombres, ruidosos y con overall. Cuando estaba por reaccionar con vehemencia, descubrió –con enorme satisfacción– que los operarios acababan de reparar el viejo equipo de aire acondicionado. No obstante, antes de retirarse, el capataz reconoció que el viejo equipo nunca volvería a alcanzar el frío máximo soñado por el acalorado fiscal patagónico. «Algo es algo, pero, ¿era necesario estar al borde de la muerte para que me arreglaran el aparato de aire?», pensó Bartik.

Dispuesto a hacerle caso a los médicos y tomarse las cosas con calma para evitar otro ataque de pánico, llamó a su fiel secretaria y –de muy buen tono– le pidió que no le pasara llamadas, ni dejara que lo interrumpieran hasta el mediodía, momento en que debía recordarle tomar una pastilla contra el estrés.

Por su parte, luego de enviar una disculpa al Consejo de la Magistratura por su demora en el caso de la demanda de desalojo de Tribunales, inició la búsqueda de antecedentes penales de la organización Patria, Familia y Propiedad.

Después de descartar varias referencias judiciales no significativas, encontró un fallo emblemático. Se trataba del caso contra Oleksandr Levchenko (alias “el rusito”), condenado en 2018 a 9 años y medio de prisión, junto a otros seis skinhead integrantes de la violenta organización neonazi “PFP”. Fue considerado un caso testigo porque, un par de años después, fue expulsado del país.

Una vez que leyó el fallo contra Levchenko y “PFP”, Bartik copió en un archivo Word los argumentos utilizados por el fiscal de aquel caso de 2018 y comenzó a resaltar las frases de la acusación que le parecieron relevantes para su investigación.

El joven Levchenko y otros seis miembros de “PFP” fueron condenados *“por formar parte de una agrupación destinada a imponer sus ideas y combatir las ajenas por la fuerza; por el delito de incitar al odio, a la hostilidad, a la discriminación, a la violencia y a la destrucción del orden social y democrático”*.

Después de leer y copiar esta parte de la sentencia, el fiscal siguió buscando antecedentes.

Las víctimas de los ataques del grupo “PFP” habían sido homosexuales, miembros de la comunidad trans, extranjeros, mujeres y defensores de la igualdad de género. Esta banda comenzó a operar en Mar del Plata, en 2013, cuando los skinheads atacaron a una mujer trans extranjera, la golpearon, la desnudaron y luego en el piso le arrojaron una piedra de gran tamaño que le fracturó la cara. Otra víctima fue un inmigrante boliviano miembro de la organización Acción Antifascista, que recibió una brutal golpiza con palos de PVC rellenos de cemento. Metodología que repitieron, agrediendo a mujeres frente a la Catedral de Mar del Plata durante la marcha del Encuentro de Mujeres en 2015.

Luego de agradecer a su secretaria por el puntual recordatorio que acababa de hacerle, el fiscal hizo un alto para tomar el ansiolítico prescripto.

Satisfecho por los avances de esa mañana, Bartik se dejó llevar por la curiosidad y les dio un vistazo a las acusaciones formuladas por el fiscal y que el juez de 2018 no había incluido en su sentencia contra los miembros de “PFP”, argumentando insuficiencia de pruebas o fuera de jurisdicción. La mayoría eran hechos similares ocurridos fuera de Mar del Plata, por ejemplo, en Morón, más precisamente, en Castelar. De pronto, a pesar de estar medicado, Bartik comenzó a sentir un fuerte dolor en el pecho, seguido de palpitaciones, mareos, escalofríos, asfixia y sensación de desmayo. Convencido de su muerte inminente, perdió el conocimiento y se desplomó, arrastrando su sillón giratorio en la estrepitosa caída.

Esa noche, desde la misma habitación de la clínica donde había estado internado 48 horas antes, y desobedeciendo las estrictas órdenes médicas, el fiscal Bartik le mandó un dramático mensaje a la comisaria Anahí Aberanda: «*Por favor, necesito verla urgente*».

FIN CAPÍTULO (XXIX): Denuncia anónima

CAPÍTULO (XXX): Reunión clave

Conseguir un lugar de reunión exclusivo, con la privacidad garantizada, cómodo, de fácil acceso y en Castelar, no era tan sencillo. Menos aún si debía ser gratis y tener la aprobación de tres personas.

Finalmente, Aberanda, Domecq y Rossini se reunieron en las oficinas de Castelar Digital, al anochecer, fuera del horario de oficina.

Mientras intercambiaban saludos y comentarios sobre temas personales, los tres amigos dieron cuenta de la primera ronda de café, con las cápsulas de Nespresso que les había dejado Gabriel Colonna.

Para entrar en tema, la comisaria Aberanda compartió lo más importante de la larga charla que había tenido con el fiscal Bartik, en la clínica donde estaba internado. En los nuevos chequeos le habían detectado una falla en la válvula Mitral que implicaba la necesidad de una cirugía y luego una vida sedentaria incompatible con su función de fiscal. En consecuencia, debería anticipar su jubilación por razones de salud. Sin embargo, antes de retirarse de la función pública, Bartik se proponía avanzar con la investigación iniciada a partir de la denuncia anónima. «Alguien confió en mí y no quiero defraudarlo», había dicho el fiscal.

A partir de esa introducción, Aberanda explicó el fallo contra Levchenko y la organización neonazi “PFP”. Después de leer la muy fundamentada acusación que en 2018 había hecho el fiscal Falcón, Aberanda comentó que Bartik tenía una buena relación con su colega Falcón, al punto que le había pedido ayuda. Concretamente, le contó su situación y le pidió que recibiera a la comisaria Aberanda, para orientarla en base a su exitosa experiencia contra la banda “PFP”.

Desgraciadamente, el fiscal Falcón —que seguía en actividad— no solo estaba muy ocupado, sino que por la peligrosidad de los casos que manejaba, vivía rodeado de custodios y evitaba las reuniones. No obstante, dada su relación con Bartik, Falcón había accedido a responder por WhatsApp solo una pregunta, que la comisaria Aberanda debía enviarle vía mensaje de texto.

—¿Por qué sólo una pregunta y no tres, cinco o diez? —protestó Domecq,

viendo el vaso casi vacío.

—Deberíamos preguntar sobre el asesinato de Natalia —dijo Rossini, con la idea fija en la venganza.

—No es necesario responder hoy, sí o sí —intervino Aberanda más serena porque llevaba más tiempo analizando el tema—. Tenemos una bala de plata y sería imperdonable desperdiciarla. ¿Qué les parece si tiramos propuestas, todas las que se nos ocurran, sin importar el número, para después analizarlas y comenzar su eliminación, hasta que quede una?

Con un movimiento de cabeza hecho por Domecq, y los pulgares en alto de Rossini, quedó aprobada la moción.

—Con respecto a la pregunta sobre Natalia, hay que tener en cuenta que Falcón investigó a PFP en 2018, mucho antes de la muerte de tu novia.

—Ya sé. Pero el caso del “rusito” era de lesiones y no de asesinatos, tampoco habla de balazos como los que me tiraron a mí. Por eso me gustaría saber si Falcón sospechó de alguna muerte dudosa atribuible a PFP, pero no lo pudo probar —concluyó el joven.

—Es un buen punto. Lo pongo en la lista y después veremos —opinó Aberanda antes de proponer lo siguiente—: Creo que deberíamos hacerle una pregunta abierta, tipo: ¿Usted investigó a PFP? Nosotros descubrimos tal y cual cosa. ¿Qué nos sugiere? ¿A quién le apuntamos? ¿Dónde debemos buscar un punto flojo o vulnerable?

—Son muchas preguntas y no mencionamos los cuadros robados —dijo Domecq.

—Ese es nuestro desafío. Lograr la síntesis —respondió ella y agregó—: Por suerte, *la notte è piccola per noi*.

Pasaron las horas, con avances y retrocesos hasta que hubo un forzado acuerdo entre todos.

La pregunta recién sería formulada después de una amplia y minuciosa introducción que incluiría los descubrimientos que ellos tres ya habían realizado sobre PFP, neonazis y “Día X” en Argentina, cervecería Skin, el depósito de Magister, los casos de Levchenko y Ratte, los robos a museos, Mister, Craigson y

Malinka. Por último, formularían esta pregunta: «Teniendo en cuenta lo descripto precedentemente, ¿qué nos sugiere?».

Era noche cerrada, cálida pero con una leve brisa que la hacía más llevadera. Mientras caminaban por San Pedro rumbo a una hamburguesería que estuviera abierta a esa hora, ninguno estaba conforme. Habían confiado demasiado en la buena predisposición del fiscal Falcón, quien podría desligarse del tema respondiendo con un monosílabo o una ambigüedad. Pero ya habían jugado su carta y mandado el WhatsApp. Solo restaba esperar. Probablemente, más que lo deseado.

Sin noticias de la demorada respuesta de Falcón, los tres amigos continuaron con sus vidas, sus rutinas y sus investigaciones.

La comisaria Aberanda aprovechó para controlar los avances de su equipo en las tareas que les había asignado. Primero se reunió con la sargenta Godoy y el agente Kisnerman a quienes les había encargado investigar y recopilar las apariciones de miembros del grupo PFP en las redes sociales. La presentación de Godoy comenzó con una síntesis:

—Los integrantes de la banda se muestran en las redes haciendo el saludo nazi y luciendo insignias fascistas, cruces de hierro, tatuajes de esvásticas y águilas imperiales. Los lugares de reunión más frecuentados son las cervecerías Skin, de Morón y Beccar. También el Ciervo Rojo y el patio Cervecerero de la Oktoberfest.

—¿En Córdoba? —preguntó Aberanda.

—Sí, en Villa general Belgrano —respondió Godoy—. Tenemos imágenes de un desfile, marchando con el brazo extendido, saludando a una bandera negra.

—¿Eran muchos?

La sargenta Godoy miró al agente Kisnerman y este respondió:

—La filmación del desfile muestra unas 10 filas de 5 militantes en cada una. Unas 50 personas en total, incluyendo adolescentes.

—¿Vieron a alguien parecido a Ratte o a Craigson Benitez?

—No podría decirle, comisaria. Se necesitaría algún soft de reconocimiento facial —respondió Godoy.

—¿Se muestran armas o explosivos —continuó Aberanda.

—Hay instructivos sobre uso de armas de guerra y preparación de explosivos. Algunos están realizados profesionalmente, incluso en otros idiomas, pero la mayoría son versiones caseras. Estas grabaciones muestran un campo de entrenamiento y diversos galpones.

—¿Pudieron identificar algún lugar? ¿Algún edificio?

—Las escenas de campo podrían estar grabadas en cualquier lado. Pero seleccionamos imágenes de interiores, para revisar en detalle. Depósitos, con cajas y con biblioratos.

—¿Biblioratos en estanterías, como un archivo de documentación? —se interesó Aberanda.

—Sí. Algo así —respondió Godoy tras mirar a su asistente, quien asentía con un leve movimiento de su cabeza.

—Quiero que seleccionen las imágenes de esos depósitos de papelería en estantes y las comparen con las fotos que envié Bruno Rossini, de Interpol. ¡Ya! —ordenó la comisaria, dando curso a su intuición.

Apenas se retiraron sus dos colaboradores, Aberanda llamó al sargento Osorio y su asistente, a quienes les había encargado que revisaran el contenido recuperado del celular de Adolfo Ratte.

—Los veo distendidos. ¿Traen buenas noticias? —les preguntó la comisaria, arqueando las cejas.

—El 92 % de las llamadas efectuadas por Ratte se concentran en dos números. Uno es el de esa chica Malinka y el otro corresponde a una línea protegida —informó Osorio, con satisfacción.

—¿Línea como las de la SIDE?

—Sí, comisaria.

—¡Tiene que ser Mister! —murmuró, antes de preguntar—. ¿Y las llamadas entrantes?

—Nada que ver. Todo muy disperso. Ratte recibía muchísimos mensajes desde distintos números. Por supuesto que están el de Malinka y el otro protegido, pero entre ellos dos no llegan al 10 % —respondió el sargento.

—Bueno. Por ahora, concentren la atención en los números protegidos tanto entrantes como salientes. Hagan una tabla con fechas, horarios, duración y otros datos de interés. ¿Entendido, sí? ¡Manos a la obra! —concluyó la comisaria.

«Si Bartik quiere pescado, que se moje el culo», pensó Aberanda. Dado que el fiscal intentaba avanzar en su última causa judicial, a ella le pareció razonable pedirle que utilizara el poder de la Fiscalía para averiguar los datos faltantes.

«¿A quién pertenece este celular protegido?», decía el breve WhatsApp que comenzaba con el número al que más llamaba Ratte.

Después de enviar el mensaje a Bartik, la comisaria continuó revisando con detenimiento la profusa información rescatada del celular del difunto neonazi. En eso estaba, cuando recibió el WhatsApp con la demorada respuesta del fiscal Falcón. Desgraciadamente, al leerlo, la comisaria Aberanda explotó en una puteada que sobresaltó hasta a los colaboradores que estaban más allá del vidrio que limitaba su despacho. No era para menos. El mensaje parecía una broma, solo mostraba una dirección. Pero lo peor era que se trataba de un dato que ya conocían de memoria. Merlo 2350, Castelar, la dirección de Magister.

Al presenciar la inédita reacción de su jefa, que gritaba a voz de cuello, como descontrolada, la agente Raula Díaz se acercó con una botella de agua. Aberanda la recibió con una mirada de furia, pero de inmediato —como si acabara de reconocerla— cambió el gesto en un fallido intento de mostrar una sonrisa y, mientras destapaba la botella, esbozó un “gracias”.

—¡Además, puso mal el número! —exclamó Raula en tono burlón.

—¿Quién, qué? —balbuceó la jefa sin entender lo que decía su asistente.

—El fiscal, escribió 2350 en vez de 2310.

Ambas se rieron hasta que la comisaria preguntó:

—¿Qué carajo hay en el 2350 de Merlo?

—Supongo que será el mismo edificio, es una mole de...

—¡No supongamos nada! —ordenó Aberanda volviendo al tono imperativo.

—Con permiso —dijo la asistente, acostumbrada a ayudar a su jefa en los problemas informáticos. Se acercó y tecleó hasta poner en pantalla el mapa de

Castelar. Hizo click sobre Merlo 2350 y apareció la imagen del maltrecho edificio de Magister. No había ninguna chapa con el número 2350, apenas un muro tapiando el hueco de una vieja puerta. La única entrada seguía siendo en el 2310.

—Falcón no está actualizado o se equivocó al tipiar —prejuzó Raula.

—¿Y si los equivocados somos nosotros? —preguntó Aberanda, y sin esperar respuesta ordenó—. Ampliá la imagen al máximo posible.

—Ya está al máximo. Pero puedo intentar por otros medios —propuso la agente Raula Díaz.

—De acuerdo. Quiero ver bien esa tapia. Además, decile a Osorio que venga a verme.

Poco después, desde el marco de la puerta del despacho, resonó el vozarrón de Osorio:

—¿Quería verme, comisaria?

—Sí. Quiero que pase por Merlo 2350. Hay una puerta tapiada y necesito que usted descargue una buena ráfaga de fotos sobre esa puta tapia. Tiene que buscar alguna irregularidad, cualquier cosa rara —le pidió la jefa—. Lleve ropa de civil para poder pasar caminando frente a la puerta y, como si fuera de una inmobiliaria, tomar fotos desde cerca, con el celular. Fíjese si hay cámaras de seguridad, ya sean de Magister o de los vecinos. ¿Está claro? ¡A moverse! Rapidito que tengo una corazonada —ordenó.

Apenas se retiró el sargento Osorio, regresó la agente Raula Díaz.

—¿Puedo pasar? —preguntó la joven, y su jefa asintió moviendo la mano.

—Merlo 2350, todavía figura en el catastro municipal. Nadie lo dio de baja —informó Raula.

—¿Eso solo? —exclamó decepcionada, la comisaria.

—Merlo 2350 era el domicilio de otra empresa distinta a Magister y luego se unieron —agregó la agente.

—¿Tenés el nombre?

—Wildenstein & Company.

—Me suena. ¿Sabés a qué se dedicaba? —preguntó la comisaria.

—Galería de arte. Posiblemente haya sido un depósito de...

—Comunicame con Domecq, ¡ya! —la interrumpió, con vehemencia.

—Sí, comis... —murmuró Raula Díaz mientras corría hacia su teléfono.

Pese a la buena predisposición de su asistente, la comisaria no pudo hablar con Domecq porque tenía apagado el celular. Entonces, a las apuradas, sin mediar introducción, Aberanda le envió a su amigo un mensaje por WhatsApp que parecía una orden: «Contame sobre Wildenstein».

Casi simultáneamente, la comisaria recibió la respuesta del fiscal Bartik, informando que el número del teléfono restringido correspondía a Magister, con dirección en Merlo 2310.

—¡Confirmado! —exclamó Aberanda—. Magister, Ratte y Mister son todos la misma mierda.

FIN CAPÍTULO (XXX): Reunión clave

CAPÍTULO (XXXI): Galería Wildenstein

«Aunque no me explicaste para qué necesitás esta información, te paso parte de mi archivo sobre los Wildenstein. Cuando puedas, contame si averiguaste algo que me pueda interesar», respondió Domecq.

“En 1875, la galería Wildenstein abrió su primera sucursal en París y pronto labró una reputación basada en sus cuestionadas prácticas empresariales.

Se asegura que durante la II Guerra Mundial, Georges Wildenstein trabajó con un influyente marchante nazi, Karl Haberstock, que compraba y vendía obras de arte robadas a los judíos.

Después de la II Guerra Mundial, la galería reanudó la actividad, hasta que en la década de los sesenta, André Malraux, ministro francés de Cultura, acusó a Georges Wildenstein de sobornar a un funcionario para que permitiera la exportación ilegal de cuadros.

La última crisis de los Wildenstein, ya en este siglo, empezó cuando la policía francesa incautó en esa galería una ingente cantidad de obras de arte cuyo expolio había sido denunciado por familias judías saqueadas por los nazis. Además, la policía anti fraude presentó una denuncia por presunto lavado de dinero y evasión de impuestos.

Nota: La última dictadura militar argentina despojó de todos sus bienes a más de 600 empresarios, entre otros a los Wildenstein”.

Cuando la comisaria Anahí Aberanda leyó el resumen que le había enviado Domecq, lamentó no haber sido más clara en su pedido de datos sobre los Wildenstein, porque lo que acababa de recibir no incluía la información que necesitaba. Sin embargo, no se preocupó demasiado. Ese tema ya no tenía prioridad, porque –por fin– su equipo de investigadores había encontrado evidencias de una pista firme.

Aberanda estaba investigando varios temas en forma simultánea y –al contar con un reducido equipo de trabajo– se había visto forzada a reasignar tareas en busca de mayor efectividad. En este nuevo esquema, mientras la sargenta Godoy y el agente Kisnerman continuaban investigando al grupo PFP, el sargento Osorio y su asistente debían revisar las imágenes recuperadas del celular de Adolfo Ratte y cotejarlas con las fotos del interior del edificio Magister, que había tomado el agente Rossini, de Interpol.

Esta última era una tarea sumamente tediosa y con el paso de las horas parecía infructuosa. Los dos policías no habían encontrado ninguna coincidencia, tal vez porque debido a su formación, les prestaban más atención a los fierros que a los papeles. Fue así que, mientras veían una grabación –en la que aparecía el difunto Ratte practicando la técnica de desarmar y armar un moderno fusil Kalashnikov AK74– se toparon con algo similar a lo que ya había fotografiado Rossini. Con lógica ansiedad volvieron a comparar las fotos y descubrieron que ambas correspondían a las AK74. Exultantes, el sargento Osorio y su asistente ingresaron al despacho de la comisaria para informarle que dentro del edificio Magister había un depósito del fusil ruso más vendido ilegalmente en todo el mundo.

Disimulando la euforia contenida, Aberanda cotejó las imágenes hasta confirmar el hallazgo con sus propios ojos. Satisfecha, reunió a todos sus investigadores en su despacho. Luego de felicitarlos efusivamente por los excelentes resultados del trabajo en equipo, les aclaró que todavía no había llegado el momento de festejar, porque primero debían reconfirmar esa evidencia hasta convertirla en un sólido elemento de prueba. En principio, mientras Osorio y su ayudante continuaban buscando nuevas coincidencias, la sargenta Godoy y el agente Kisnerman intentarían mejorar la calidad de aquellas imágenes que acababan de clasificar como evidencia.

A pedido de su jefa, pero sin suerte, Raula Díaz intentó comunicarse con el fiscal Bartik y con el agente Rossini, de Interpol. Como ninguno la atendió, les dejó un mensaje de texto a cada uno, en nombre de la comisaria.

El primero fue para el fiscal: «Encontramos armas de guerra en el edificio Magister. Necesito hablarle urgente».

El siguiente mensaje estaba dirigido a Rossini, empezaba igual pero tenía un pedido diferente: «Encontramos armas de guerra en el edificio Magister. Si tenés más imágenes, mandámelas urgente».

Como buena asistente, Raula intentó averiguar si el doctor Bartik seguía internado. Llamó a Tribunales de Morón, habló con la secretaria del fiscal y se enteró de que Bartik estaba reponiéndose en su domicilio. Acto seguido, lo llamó al teléfono fijo de su casa y, como estaba conectado el contestador, repitió el mensaje que ya había enviado por WhatsApp.

Bruno Rossini no había podido atender el mensaje porque en ese momento estaba en una sesión de kinesiología, con el celular apagado. Al terminar la sesión, lo encendió y se entusiasmó al enterarse de que su peligrosa intrusión en la boca del lobo había valido la pena. De inmediato respondió: «Bravo. Acá van todas mis fotos».

Mientras la agente Díaz le informaba a su jefa que Bartik había sido dado de alta, llegó el mensaje de Rossini con las nuevas fotos. Aberanda interrumpió la conversación, leyó el WhatsApp, se puso de pie y caminó hasta el escritorio de Osorio para avisarle que en la Intranet ya había una nueva tanda de fotos sacadas

por Rossini. Además, aprovechó para arengar a su equipo, pidiéndoles que aceleraran la búsqueda para que las evidencias no volvieran a escurrírseles entre los dedos.

De regreso a su despacho, la incansable Anahí le pidió a Raula que se comunicara con la vigilancia del country donde vivía el fiscal Bartik para que fueran hasta su casa y le avisaran que la comisaria Aberanda le había enviado un mensaje urgente.

No habían pasado quince minutos cuando llegó la llamada de Bartik.

—Hola, doctor. ¿Cómo está usted? —dijo Aberanda.

—Bien, gracias —respondió con voz frágil—. Parece que debo felicitarla. Cuénteme más, por favor.

—Tenemos imágenes de dos fuentes distintas. La más importante corresponde a una grabación que estaba en el celular del difunto Ratte, en la que se filmó con un rifle Kalashnikov AK74...—le explicaba ella en tono neutro y profesional, cuando el fiscal la interrumpió.

—¿En Magister?

—Sí —afirmó con el mismo tono, y continuó—: Las imágenes del ambiente que rodea a Ratte coinciden exactamente con las tomadas en el depósito de Magister, en Merlo 2310, por un agente de Interpol.

Entonces, el fiscal Bartik preguntó:

—¿Interpol allanó ese lugar?

Esa era la pregunta que ella hubiera preferido no tener que responder, porque podría derrumbar su castillo de naipes. Pero, como no tenía sentido mentir, respondió con un monosílabo.

—No.

—Entonces, ¿cómo entró ese agente de Interpol? —esta era la pregunta obvia. Aberanda se había metido sola en ese laberinto y repetía una escena circular, condenada a volver a repetirse. A pesar de que las fotos de Rossini no eran pruebas legalmente aceptables, ella le había mandado un contundente mensaje al fiscal: «Encontramos armas de guerra en el edificio Magister». Como era una afirmación que el fiscal no podría sostener frente a un juez, la comisaria

se vio obligada a retroceder en chancletas.

—Fue casual. Un hecho fortuito. El agente de Interpol encontró una puerta lateral abierta, entró, sacó fotos y se retiró sin tocar nada. No vio a nadie y nadie lo vio a él.

—¡Una intrusión! —exclamó el fiscal, exagerando deliberadamente el tono de sorpresa e indignación.

—Un allanamiento inmediato podría confirmar todo y solucionar esta debilidad legal —arriesgó Aberanda, fingiendo naturalidad.

“Clic” fue la muda respuesta del fiscal Bartik.

—La puta madre —masculló entre dientes la comisaria—. Se pudrió todo —le confesó a la agente Raula Díaz, que había presenciado el duro entredicho.

Mientras tanto, ensimismado, sin prestar atención a lo que acaba de ocurrir en el despacho de la comisaria, el sargento Osorio continuaba revisando los videos de Ratte. Había un instructivo sobre cómo manipular explosivos con un tramo de filmación que no podía visualizarse, como si hubiera sufrido un desperfecto. Ante la duda, Osorio consultó a su colega Godoy. La sargenta no tardó en darse cuenta de que se trataba de un problema de falta de luz. La grabación había sido realizada en un ambiente cerrado, iluminado por una lámpara que, de pronto, se apagó. Sin demora, gracias a sus conocimientos del tema, la sargenta Nuria Godoy logró hacer visibles las imágenes grabadas sin luz artificial.

Un gesto de sorpresa y merecida satisfacción iluminó el rostro de ambos policías. Ante el inesperado corte de luz, la persona que filmaba a Ratte tardó en apagar el celular. Esa demora, acompañada de imprevistos movimientos de su brazo, permitió que se grabaran imágenes no deseadas. Así, no solo quedó en evidencia el recinto, sino también el rostro de la mujer que estaba filmando.

Con justificada euforia, Osorio y Godoy irrumpieron en el despacho de quien continuaba rumiando de bronca por la actitud del fiscal Bartik.

—¡Malinka! —exclamó Aberanda en tono gutural, al reconocer que la mujer que filmaba era la misma que se reunía con Bruno y que este había fotografiado varias veces—. ¡Ratte con explosivos dentro del edificio Magister! Felicidades!—

agregó mientras abrazaba a Godoy y a Osorio, liberando una explosión de sentimientos largamente contenidos. Acababan de meter un gol de media cancha, que merecía ser festejado.

Una vez que Raula Díaz, reunió a todo el equipo, la comisaria, ya serena, les agradeció y les hizo otro pedido.

—Hoy desperdiicé una buena oportunidad al apresúrame y hablarle al fiscal antes de tiempo, sin tener un caso cerrado —comenzó Aberanda—. Ahora tenemos al pez en el anzuelo, pero debemos mantener el perfil bajo hasta que lo hayamos sacado del agua. ¿Entendido?

A partir de ese momento los cuatro investigadores del equipo se concentraron en buscar más coincidencias entre las imágenes del celular de Ratte y las fotos sacadas por Bruno en la oficina de Malinka.

Mientras se servía el rico café hogareño, conservado bien caliente en el termo, llamó a Bruno Rossini.

—¡Hola, Anahí! Un gusto escucharte —la saludó él.

—¡Hola, Bruno! ¿Cómo estás?

—Estoy bien, pero todavía no me dieron de alta y no puedo reincorporarme —respondió, contento de que ella se interesara por su salud, ya que últimamente solo lo llamaba por urgencias laborales.

—Si te parece bien, me gustaría pasar a buscarte para que vengas a darle un vistazo a unas imágenes de Ratte, en Magister, con Malinka.

—¿¡Con Malinka!? —se le escapó una sentida exclamación.

—Sí.

—¿Está a salvo? —insistió Bruno.

—En la filmación se la ve bien, aunque pueden ser imágenes viejas —respondió la comisaria, antes de insistir—. ¿Te paso a buscar?

—No, gracias. Mejor por teléfono. ¿Qué necesitas?

—Me gustaría que revisaras la grabación de Malinka y Ratte, para ver si descubris algún elemento que vincule ese ambiente con lo que viste en Magister.

—¿Aparecen estanterías en el fondo?

—Sí.

—¿En la ampliación se ven biblioratos?

—Sí.

—Yo vi biblioratos con el logo de Magister. Te sugiero que trates de identificarlos.

—¡Buena idea! ¡Gracias, Bruno! En cuanto tenga novedades, te aviso —
concluyó Aberanda.

A partir de ese momento, comenzó una velada competencia entre los compañeros para ver quién encontraba la imagen buscada. Con decisión, cada uno en su computadora, los investigadores ampliaban las fotos sacadas por Malinka con el celular de Ratte, donde este joven neonazi aparecía manipulando explosivos, dándole la espalda a unas estanterías repletas de biblioratos que —en su lomo— podrían tener el rótulo de Magister.

§

La tormenta llegó rápido. Mientras el viento del sudeste arreaba nubarrones hacia Castelar, tirado en la cama, boca arriba, Bruno Rossini pensaba en Malinka.

Aberanda, siempre predispuesta a pensar mal, sospechaba de esa pelirroja seductora, de tez pálida y labios sensuales, pero Bruno tenía otra opinión y estaba dispuesto a defenderla. Él creía que Malinka era una buena chica, que había tenido la desgracia de nacer y criarse en un entorno violento, sojuzgada por la increíble brutalidad de su abuelo y el silencio cómplice del resto de la familia.

Ernesto Lorenzo había sido miembro de la banda de Anibal Gordon y trabajado para la “Triple A”. Su nieta, Malinka, odiaba las actividades de su abuelo y —en cuanto él muriera— ella estaría dispuesta a contar todo lo que sabía. Al menos, esto era lo que la muchacha había compartido con Bruno, aún sabiendo que él era agente de Interpol.

«Si Malinka estuviera comprometida con los neonazis no hubiera sido tan franca conmigo», pensó Bruno, intentando autoconvencerse, antes de que le surgiera una duda. «Sin embargo, ¿por qué nunca quiso hablar de “Mister” Craigson?».

FIN CAPÍTULO (XXXI): Galería Wildenstein

CAPÍTULO (XXXII): El juez Draco

«¡Qué calor! ¡Cada año es peor! ¿Para qué me mudé a un country si igual tengo que estar con aire acondicionado, encerrado, mirando la primavera detrás de la ventana? ¡Y todavía no llegó el verano!». La eterna queja del veterano fiscal, se interrumpió al recibir otro mensaje de texto de la insoportable comisaria Aberanda.

«Doctor Bartik, comprendo que esté molesto conmigo, pero es mi deber informarle que tenemos en nuestro poder la prueba que usted necesitaba. En las imágenes que le estoy enviando, detrás de Adolfo Ratte, hay estantes con biblioratos, en cuyas etiquetas está el nombre de Magister. Son cientos de rótulos preimpresos que comparten la misma imagen que las Kalashnikov. Además, la persona que filma y aparece en la grabación es empleada de Magister. Se trata del material que obtuvimos del teléfono de Ratte, cuando fue legalmente detenido. Espero sus noticias. Cordialmente, comisaria Aberanda».

Tras frenar el primer impulso de apagar el celular, olvidarse del tema y seguir mirando por la ventana, la curiosidad lo indujo a echarle un vistazo a las imágenes ampliadas que acababa de recibir.

Aunque buscó fallas o debilidades, esta vez Aberanda había hecho bien los deberes. Bartik había soñado retirarse después de resolver algún caso resonante, de esos que se comentan en los diarios, por esa razón aprovechó la oportunidad para mandarle un mensaje al juez Otto Draco, en cuyo juzgado se tramitaba el caso “Ratte”.

Draco no era de los jueces que se caracterizan por su sobriedad y prudencia. Por el contrario, junto con el fallecido juez Oyarbide, se había hecho conocer por sus muy publicitados allanamientos contra supuestos “ricos y famosos”, sin respetar la presunción de inocencia que ampara a todas las personas hasta que una sentencia definitiva establezca lo contrario. Luego de un serio llamado de atención, por parte del Consejo de la Magistratura, el juez Draco había aceptado reducir su exposición mediática, alejarse de la farándula y –muy

especialmente— respetar el estricto cumplimiento de las obligaciones que implicaba su cargo.

Pasó el tiempo, y cuando llegó a sus manos el WhatsApp del fiscal Bartik, el juez Draco vislumbró la oportunidad de una revancha. La sola mención de un depósito con explosivos y fusiles Kalashnikov podía llevarlo nuevamente a la tapa de los diarios, pero por buenas razones.

Cuando el iluso fiscal Bartik recibió la respuesta del juez Draco, tuvo que releerla varias veces, para poder entender la maniobra que subyacía entre líneas.

El mensaje del juez comenzaba con una felicitación por los avances realizados en el caso Ratte, pese a los escasos recursos disponibles y gracias al tremendo esfuerzo personal del veterano fiscal. Pero —en opinión del juez— semejante esfuerzo había dañado la salud del doctor Bartik, quien ahora necesitaba descansar hasta recuperarse. Mientras tanto, su trabajo de investigación quedaría en manos del propio juez Draco y un grupo de sabuesos profesionales, que contarían con todo el apoyo tecnológico y económico necesario para una investigación de tal envergadura.

En consecuencia, el fiscal Bartik ya podía agradecer los servicios prestados por la comisaria Aberanda y pedirle que entregara —lo antes posible, y al propio juez Draco— toda la documentación y elementos de prueba del que tuviera en su poder.

« ¡No! ¡No puede ser! ¿Estoy fuera? ¿Ese juez de mierda me sacó del caso? ¿Esa basura de Draco me roba lo que tanto me costó conseguir? ¿Me reemplaza por sabuesos profesionales? ¡Mentira! Seguro contrata a sus amigotes de turno. También pateó a la comisaria Aberanda, pero esa mina tiene los ovarios bien puestos y seguro va a reaccionar. ¡Ojalá haga algo! A mi edad y con esta salud, ya no estoy para pelear, pero tengo suficiente información como para hacerle mucho daño a Draco».

Convencido de su nuevo rol, el fiscal Bartik se desquitó dándole manija a Aberanda, incitándola a reaccionar contra el atropello cometido por el juez Draco, quien —de un plumazo— se había apropiado de los logros del fiscal y la comisaria.

Esa calurosa noche de primavera, en un pub de Morón, el equipo de

investigadores de Aberanda disfrutaba de la primera ronda gratis. Se trataba de una invitación de la comisaria, como premio por haber encontrado la prueba que buscaban: los rótulos de Magister en los biblioratos que estaban detrás de Ratte en su grabación con armas y explosivos.

Mientras tanto, la jefa permanecía en su antiguo pero bien refrigerado despacho, con un pocillo de café hogareño en la mano, empezando a revisar la pila de casos pendientes. De pronto, miró el inicio de un inesperado mensaje enviado por el fiscal Bartik, y quedó paralizada, como si hubiera recibido un golpe de *knockout*. “*Siamo fuori*” eran las dos palabras elegidas por Bartik para sintetizar la sucia maniobra palaciega del ambicioso juez Draco.

Luego de reventar el pocillo contra la pared y revolver por el aire los papeles que estaban sobre su escritorio, Anahí Aberanda lamentó no tener un porro, o algo más fuerte. Entonces, recordó la botella de Vodka que le había regalado Domecq y –sin dejar de putear– se fue a su casa.

Muchas veces, Anahí se había quejado de su soledad, pero esa noche no imaginaba nada mejor que estar sola. Sola con su frustración. Sola con su bronca. Sola contra la injusticia. Sola contra la discriminación. Sola contra todo.

§

Para Leonor, su gato Negro había sido algo así como un entretenido compañero durante las largas noches en las que su esposo se demoraba en la redacción del diario. Además, ella lo consideraba un felino muy inteligente. En cambio, para Domecq era un animal extravagante, que le daba inesperados cabezazos, corría por la casa durante la noche y tenía la maldita costumbre de empujar lo que encontrara sobre la mesada de la cocina. Lo peor era que Negro seguía incorporando más comportamientos extraños, sin que él pudiera interpretar su sentido.

Esa calurosa noche, el gato a quien nunca le había gustado el agua, no paraba de manosear el inodoro, tratando de mover el agua y salpicar, como si fuera el más divertido de los juegos. De nada valieron los pedidos, instrucciones y órdenes, con crecientes tonos de voz. Entonces, Domecq recurrió a un sifón y con

un preciso chorro le proporcionó toda el agua que el gato parecía desear.

Tras un aullido estremecedor, Negro huyó despavorido

Primero confuso, después afligido y finalmente preocupado, Domecq buscó a la mascota de Leonor. Comenzó confirmando que la puerta de entrada estaba cerrada y se tranquilizó porque Negro no podría haber escapado a la calle.

Retrocedió sobre sus pasos y volvió a revisar la sala de estar que también usaba como comedor diario y *home office*. Pasó al dormitorio y buscó sin éxito. Revisó el baño y la cocina. Nada. Al ver que la ventanita de la cocina estaba entreabierta, abrió la puerta que daba al pequeño jardín y revisó la leñera y los rincones preferidos de Negro.

Cuando pensaba preguntarle, medianera por medio, a la vecina de al lado, el compungido Domecq recibió un mensaje de la comisaria Anahí Aberanda: «*Siamo fuori*. LPQLP. Ver adjunto. Anahí».

Como estaba concentrado en la búsqueda del gato, a primera vista le pareció una grosera broma de Anahí quien le debía una respuesta sobre Wildenstein. Por lo tanto, decidió no leer el adjunto hasta que ella cumpliera con lo adeudado. «Te toca mover a vos», escribió Domecq en su WhatsApp.

Como los minutos pasaron sin novedades de Negro, ni de Aberanda – ignoraba que el primero estaba escondido debajo de la cama y la segunda yacía borracha en un sillón–, Domecq decidió irse a dormir. Mientras buscaba un pijamas más liviano, casi se infartó al escuchar el repentino aullido de Negro huyendo del dormitorio antes de ser pisado. Convencido de que nunca entendería a los gatos, pensó que tampoco entendía a Anahí Aberanda. «¿Qué significa su insólita puteada?», se preguntó. Como no valía la pena acostarse con una de esas dudas que quitan el sueño, regresó al comedor diario, activó el ventilador de techo, encendió la PC y abrió el archivo del último mensaje de Aberanda. Recién entonces, Domecq descubrió que se trataba del reenvío de un WhatsApp del fiscal Bartik. «Tal vez la puteada era para el fiscal», pensó.

El rumor de las hojas sacudidas por el viento indujo a Domecq a abrir la ventana, con la esperanza de que entrara una brisa fresca. Pero ni la brisa, ni el ventilador pudieron frenar la calentura del jubilado al ver que el H de P no era

Bartik sino el maldito juez Draco, un verdadero pirata que se merecía ese insulto y muchos más. Un zángano que vivía apropiándose de los logros de gente que –en muchos casos– había arriesgado el pellejo y/o se había roto el culo laburando.

En plena bronca se levantó para buscar una bebida espirituosa, pero en el mismo estante encontró el equipo de fumar y cambió de idea. Antes de seguir leyendo las maldades de Draco, el viejo Domecq intentaría relajarse con la gratificante ceremonia de encender la pipa.

Lentamente, pasaron muchos minutos hasta que Domecq pudo empezar a disfrutar el tibio bouquet de un buen tabaco inglés.

«El pez grande siempre se come al más chico», pensó resignado. «No vale la pena intentar cambiar lo inmodificable, pero podemos intentar un boomerang», concluyó.

Mientras recordaba viejas experiencias de abuso de autoridad, Domecq finalmente interpretó que la puteada de Aberanda ocultaba un pedido de ayuda. Sin esperar que ella se lo confirmara expresamente, el inquieto jubilado empezó a imaginar posibles cursos de acción.

«El juez no se comunicó con Aberanda, sino solo con el fiscal. Por lo tanto, es un problema entre ellos, dentro de Tribunales», fue la primera conclusión positiva. Sin embargo, como el fiscal Bartik le había informado a Aberanda que debía entregarle las pruebas del caso Ratte, ella no podía negarse. «Pero puede dárselas en cuentagotas», completó el razonamiento.

«Sin embargo, tarde o temprano Aberanda deberá entregar el celular de Ratte y quedará fuera del caso. Por su parte, Bruno sigue con problemas de salud. ¿Entonces? Parece que soy el único que podría hacer algo. Pero, ¿qué?», se preguntó Domecq, sin encontrar respuestas.

Al llegar a este punto, ya avanzada la noche, como Aberanda todavía no le había pasado las novedades de Wildestein, Domecq –ya más tranquilo– decidió irse a dormir.

Al entrar al dormitorio, Domecq descubrió que Negro había regresado al dormitorio y dormía sobre la cama, del mismo lado que solía elegir Leonor. Instintivamente, para no tocarlo, dejó caer una de sus pantuflas y el ruido contra el

suelo fue suficiente para sobresaltar al gato y hacerlo bajar.

Con los ojos cansados de soportar el brillo de la pantalla de la computadora, muerto de sueño, el jubilado se dejó caer sobre la cama y se durmió tan pronto su cara se hundió en la almohada.

§

La alarma del despertador le recordó a Bruno Rossini que ese día debía presentarse en la clínica para gestionar el alta médica imprescindible para reintegrarse a Interpol. Por costumbre, revisó las llamadas y mensajes ingresados a su celular. Al descubrir la puteada de Aberanda, miró a qué hora la había mandado y asumió que la comisaria estaba en pedo, desahogándose después de algún berrinche con su ex. Por lo tanto, consideró que el voluminoso archivo que adjuntaba no debería contener nada importante y no lo leyó.

FIN CAPÍTULO (XXXII): Juez Draco

CAPÍTULO (XXXIII): Resaca de vodka

Anahí Aberanda bebió rápidamente el último resto de vodka y sintió un fuego en el fondo de la garganta, como si hubiera tragado agua hirviendo. Miró la botella vacía, pensó en una ducha, pero se quedó dormida en el sillón.

Al despertar, intentó ponerse de pie, pero la botella rodó entre las piernas y se estrelló contra el piso. Maldiciendo, pateó las astillas de vidrio que se esparcieron por todo el ambiente. Tambaleando buscó la escoba y la pala. Barrió lo que pudo y lo tiró a la basura.

Aunque las resacas parezcan todas iguales, en el fondo no lo son. Anahí recordaba los síntomas que había experimentado con sus resacas de cerveza, pero no se podían comparar con los serios estragos que su cuerpo padecía por la maldita vodka.

Volvió a maldecir su incipiente adicción: «Emborracharse es cosa de débiles. Emborracharse es escapar de algo».

Entre vómito y vómito, Anahí casi no había podido dormir. Seguía con náuseas, intenso dolor de cabeza, malestar estomacal y tremenda sensación de fatiga. Como no estaba en condiciones de ir a trabajar, y necesitaría tiempo para eliminar las toxinas y superar la resaca, llamó a la Departamental y avisó que estaba enferma. A continuación, se comunicó con su mamá y le rogó que – después de dejar los chicos en la escuela–, fuera a prepararle algunos de esos brebajes, con zumos y yuyos, capaces de levantar un caballo.

Mientras tanto, se dio una larga ducha fría, se envolvió en una toalla y volvió a tirarse sobre la cama. Recién se despertó cuando su mamá le acariciaba la frente, como en su niñez. Y también como entonces, bebió todo lo que ella le traía, sin importar el color, el olor, ni el sabor. Al mediodía, después de otro baño que incluyó lavado de cabeza, Anahí encendió su celular. Buscó las esperadas respuestas de Domecq y Bruno, pero ninguno de los dos había contestado su pedido de auxilio. Llevada por un impulso, les envió un nuevo WhatsApp, más explícito: «Necesito verlos. Voy a estar todo el día en casa. Los espero. Por favor, lean el archivo que les mandé ayer».

Esa tarde, cuando el sol se acercaba al horizonte y teñía el cielo de rojo, Anahí Aberanda recibió en su casa a Domecq y Bruno.

Luego de poner sobre la mesa tres vasos y una jarra de limonada con hielo y jengibre, la dueña de casa comentó el lamentable mensaje con la capitulación de Bartik ante Draco. Tras desahogarse con insultos contra el ambicioso juez y el cobarde fiscal, Aberanda confesó que estaba dispuesta a dar pelea para retener el caso Ratte –aunque implicara arriesgar su cargo–, pero sin involucrar a su equipo de la Bonaerense, porque ellos no tenían la culpa de la patriada que ella planeaba con la armada Brancaloneone.

—Yo quiero ser Vittorio Gasman —bromeó Domecq.

—Me parece que el papel femenino lo hacía Catherine Spaak —agregó Aberanda.

—En la armada Brancaloneone, ¿quién era el tercero en discordia? —

preguntó Bruno.

—Creo que Gian María Volonté —aportó Domecq, el memorioso.

—Como Gasman tenía el personaje principal, pido hablar primero — propuso Domecq, y dado que ninguno de sus amigos se opuso, comenzó—: Desde mi punto de vista, el juez quiere robarse los aplausos y le declaró la guerra al fiscal, pero no a vos —dijo mientras miraba a Aberanda—. El pedido que te hace Bartik es un daño colateral, por efecto transitivo. El fiscal se fue de boca, sin tener las pruebas en la mano. Se confió en tu palabra, pero ahora eso no le alcanza y te pide pruebas sólidas, para mostrarle al juez. Punto.

—No quiero regalar nuestros logros a quienes los van a usar para hacer negocios en vez de justicia —reaccionó ella.

—De acuerdo. Pero no propuse regalar nada. Tarde o temprano vas a tener que entregarle el celular. Entonces, ¿qué te parece si se lo mandás tal como lo tenía Ratte? Estarías cumpliendo con el pedido, pero el fiscal seguiría con las manos vacías, sin el desbloqueo, ni las desgravaciones que hizo tu equipo.

—¡Eso tiene patas cortas! —insistió Aberanda, todavía pálida por la resaca.

—Tenés razón. Por eso, va a ser necesario que a todos los futuros pedidos de Bartik también los respondas en dosis homeopáticas. Lo importante es devolver la pelota a su lado de la red y esperar. Así ganás tiempo para investigar por tu cuenta.

—Me parece bien —dijo Bruno—. En paralelo voy a seguir buscando al jefe de Ratte.

Aprovechando que la comisaria dudaba, Domecq cambió de tema.

—No recibí tus novedades sobre Wildestein. ¿Me las mandaste?

—Me olvidé. Ahora te las mando —respondió ella.

—¿No había nada interesante? —insistió Domecq mirándola a los ojos.

—Una parte del edificio Magister pertenecía a los Wildestein —dijo, como sin darle importancia, evitando la mirada de su amigo.

—¡¿Qué!? ¿Por qué no me avisate de inmediato? —reaccionó Domecq, desenchajado.

—Con todo este lío...—como no tenía fuerzas para pelear, ella intentó

disculpase, pero –de pronto– se tapó la boca para evitar una arcada y corrió hacia el baño, supuestamente, a vomitar.

Ante el cariz que había tomado la reunión, Bruno agarró a Domecq de un brazo y lo arrastró hasta la puerta, murmurando:

—Mejor, nos vamos.

Una vez en la coupé Chevy, tras encender el motor y hacerlo rugir con aceleradas innecesarias, Domecq se desahogó:

—¡Es una mina muy egoísta! Se siente el centro del mundo. Si tiene problemas te llama de urgencia, pero si le pedís algo, no te da bola.

—Todos somos egoístas —dijo Bruno, en voz baja.

—¿Mal de muchos...? —empezó Domecq.

—Entonces, ¿los Wildestein compartían edificio con Magister? —dijo Bruno cambiando de tema.

—Así parece. Esta va a ser mi prioridad. Si en Interpol encontrás algún dato, será bienvenida tu ayuda.

—¡Por supuesto!

La llamativa coupé roja había llegado a destino. Mientras Bruno agradecía y se bajaba, Domecq observó que los cristales de la entrada ya habían sido reemplazados, pero las marcas de los balazos permanecían en la fachada de ese edificio de departamentos, en el centro de Castelar, donde su amigo se había salvado por milagro.

En cuanto llegó a su casa, mientras Negro y él se ignoraban mutuamente, Domecq leyó el WhatsApp que acababa de enviarle Anahí Aberanda.

«Según el catastro municipal, la propiedad ubicada en Merlo 2350 pertenece a Wildestein & Company. Ahora, esa puerta está tapiada y la única entrada es por el número 2310, que corresponde al edificio Magister. Va copia del catastro. Bs. AA»

«¡Qué raro! Un edificio de los Wildestein con el acceso tapiado y lindero con Magister. Tengo que verlo», decidió Domecq.

Subió a la coupé, se dirigió hacia la calle Merlo y la dejó a un par de cuadras, porque era un auto fácil de identificar. En la noche cerrada, siempre

desde la vereda de enfrente, Domecq empezó la inspección ocular. En Merlo 2310, la puerta de Magister estaba en la penumbra. El alumbrado público tenía el foco apagado y el edificio carecía de iluminación propia en su frente. A mitad de cuadra había más luz, nada espectacular pero suficiente como para distinguir la tapia de ladrillos que bloqueaba la supuesta entrada en Merlo 2310, sin ninguna identificación numérica. Todas las ventanas tenían gruesos barrotes. Luego de un rato de ir y venir, sin cruzarse con ningún vecino a quien preguntar, entró al barcito de la estación de servicio que había en la esquina. Se sentó en uno de los taburetes del mostrador y pidió una cerveza, con un especial de jamón y queso. Había solo otra mesa ocupada y el dueño ordenaba las estanterías. Como había un banderín del Gallo de Morón, Domecq sacó el tema de los ascensos. Al rato, tras descubrir que una de las cámaras de seguridad del local enfocaba hacia Merlo al 2300, le preguntó si el aparato funcionaba bien. Ante la respuesta positiva, se arriesgó a otra pregunta:

—¿Durante cuánto tiempo guardan las grabaciones?

—No sé ni me interesa —le respondió el tosco dueño del bar a ese viejo tan extraño como molesto.

—Los de ese edificio me deben plata, pero están borrados, quisiera saber si viste movimiento —mintió Domecq dejando dos billetes de \$ 1.000 como propina. El comerciante los agarró y contestó, que algunos días llegaban camiones o camionetas que descargaban y cargaban cosas.

—¿Lo tendrás grabado?

—Supongo que sí —dijo mientras rebobinaba las imágenes almacenadas—. Acá se ven dos camionetas... y acá un camión descargando.

—¿A cuánto me vendés una copia?

—Diez lucas.

—No tengo tanto, te doy seis.

El dueño del bar hizo una seña de aceptación con la cabeza, agarró los seis billetes de mil y se fue a una oficinita trasera. Al rato volvió, le entregó la copia y dijo:

—Vuelva cuando quiera, pero no le mencione esto a mi socio.

Se estrecharon las manos, y Domecq se perdió en la oscuridad, en busca del Chevy.

Ya en su casa, mientras Negro dormitaba sobre una de las sillas del comedor diario, Domecq conectó el pendrive con las grabaciones de las cámaras de vigilancia. Durante un largo rato prestó atención a los movimientos registrados en la vereda impar de la calle Merlo, sin encontrar nada que justificara volver a revisar esas escenas. Como la monotonía y el cansancio visual le hacían cerrar los ojos, el veterano investigador se levantó, fue a la cocina y se preparó un café. Volvió a sentarse frente a la pantalla y se propuso no parar hasta terminar de ver todas las grabaciones de la cámara del bar. Pasó el tiempo y –entre cabeceada y cabeceada– Domecq se sobresaltó y casi se cae de espaldas. Dada la posibilidad de que se hubiera quedado dormido y soñado una escena de *Alí Babá*, rebobinó y avanzó la imagen cuadro por cuadro. De pronto, casi oculta por dos camiones estratégicamente estacionados, la pared que tapiaba el acceso a Merlo 2350, se corría hacia adentro y luego se deslizaba hacia un costado, como un portón corredizo. Al liberar la abertura original, comenzaron a salir bultos hacia los camiones, que también servían de tapadera. No había dudas, alguien muy inteligente había recreado la magia de “*Ábrete, Sésamo*”. Además, algunas de las cajas cargadas en los camiones eran similares a las que transportan cuadros.

Exultante, Domecq se hizo una tremenda pregunta: «¿Y ahora, qué?».

Esa noche, la ansiedad y la excitación por el hallazgo agravaron su habitual dificultad para conciliar el sueño. Cuando lo logró, tuvo la mala suerte de despertarse demasiado temprano y ya no pudo volver a dormirse. Amanecía, y al lejano canto de un zorzal se le sumaba el esporádico arrullo de las torcazas. Tan cansado como cuando se acostó, se dio un baño y se sentó frente a la computadora. Domecq temía que las imágenes de la cámara de seguridad no fueran aceptadas por los jueces. Tal vez se necesitasen tomas de mayor calidad, obtenidas bajo la supervisión de un escribano. Como ese proceso de certificación tenía un costo prohibitivo, el viejo investigador intentó buscar alternativas. Fue entonces que, entre otras opciones, se le ocurrió contactar a la doctora Barrantes. Sin pensarlo dos veces, le envió un mensaje a su ex patrona, proponiéndole una

inversión que podría resultar muy redituable, porque fotografiarían el movimiento clandestino de objetos en un depósito que compartían Magister y la galería de arte Wildestein, ambos vinculados al MNBA. Dado que esas imágenes contarían con la certificación de un escribano, tendrían validez judicial.

A la mañana siguiente, Domecq encontró la contundente respuesta de la empresaria española: «Solo invierto cuando tengo certezas. Si tú me consigues una foto actual de mi Renoir, certificada por escribano, te adelanto la mitad de la recompensa. Ximena Barrantes».

Desilusionado, pensó: «Si no arriesga ella que está podrida en guita, menos voy a arriesgar yo».

Cuando ya pensaba en claudicar, Domecq escuchó la voz atemporal de Leonor:

—Tu francesita de los macarons, ¿no tendrá interés en financiarte?

FIN CAPÍTULO (XXXIII): Resaca de Vodka

CAPÍTULO (XXXIV): Conexión francesa

—No es un fracaso —insistía la comisaria Aberanda ante la mirada escéptica de sus colaboradores—. Hemos cumplido con nuestro deber. El celular que le incautamos a Ratte ya está en manos del fiscal Bartik. Gracias a nuestro aporte, la justicia comenzará a actuar. No obstante, guardaremos a buen recaudo todo lo que hemos investigado, para poder aportarlo cuando nos lo soliciten. Acá termina nuestra intervención tanto en el caso Ratte, como en el caso de Natalia Blanc. De ahora en más, las prioridades de cada uno de ustedes son las que acabo de enviarles y ya pueden consultar en línea. Suerte y muchas gracias.

En silencio, mirando el piso para evitar a su jefa, los miembros del equipo de Aberanda retornaron a sus escritorios.

Una vez sola, con la puerta de su despacho cerrada, la comisaria retomó el

análisis de la copiosa información acumulada, como si –para ella– el caso Ratte continuara abierto.

§

—Permiso doctor Bartik —dijo la fiel secretaria, tan eficiente como poco agraciada—. La comisaria Aberanda le envía esta caja, de contenido confidencial. Querían entregársela a usted personalmente, pero invoqué razones de seguridad y me la dejaron, previa firma del acuse de recibo con el sello de esta Fiscalía.

—No le hubieras firmado nada —rezongó el fiscal.

—Lo intenté, doctor. Pero el oficial de la bonaerense tenía órdenes de no soltar la caja si no le firmaba y sellaba el recibo —se justificó la secretaria, con su vocecita chillona.

El viejo fiscal estaba por retomar sus quejas, pero su secretaria se anticipó:

—Esta caja debe contener algo muy importante como para justificar tantas precauciones —opinó ella, con lógica y experiencia.

—Veremos. Dejame solo y no me pases llamadas, excepto del juez Draco.

—Entendido, doctor —contestó respetuosamente, como lo hacía desde veinte años atrás, cuando ella estaba en la plenitud de su vida.

Una vez que el fiscal Bartik cortó la cinta engomada y arrancó el envoltorio de papel, se encontró con una caja de madera que –a su vez– contenía en su interior una caja de cartón, con el rótulo “frágil”. Dentro de esta segunda caja, bien protegido por una tela plástica con burbujas, había un celular y una nota en la que se explicaba que el teléfono había pertenecido a Adolfo Ratte e incautado al momento de su detención por la brigada de Morón. Por último, la comisaria Anahí Aberanda informaba que esta era la única prueba en su poder con validez judicial. El resto eran especulaciones, sin suficiente respaldo. «¡No!», explotó el fiscal. «¡No puede ser!», masculló. «¿Esto es todo? La comisaria me había dicho que en ese celular había imágenes de Ratte con un rifle Kalashnikov AK74, dentro del edificio Magister, pero ahora solo me manda el aparato bloqueado. ¡Es una malnacida! Esconde información y me obliga a empezar de cero. Se desquita conmigo cuando el culpable de esta pesadilla es el maldito juez Draco. Pero esta piba se equivoca. Debe pensar que mis ataques de pánico me impiden seguir en

la pelea; le voy a demostrar que todavía puedo ser tan jodido como el que más. Además, todavía tengo todos los recursos de la Fiscalía y los voy a usar», argumentó para sí mismo y, en plena calentura, apretó con insistencia el timbre del intercomunicador.

—¿Sí, doctor? —dijo, alarmada, la secretaria.

—Venga a buscar el celular de Ratte y lléveselo en mano al jefe de pericias informáticas. Necesito, URGENTÍSIMO, todas las imágenes de armas y explosivos que encuentren en ese aparato.

Mientras el ansioso fiscal recogía el auricular que acaba de caérsele, ya su secretaria abría la puerta intermedia y retiraba el teléfono en cuestión.

§

—¿Bartik? —preguntó el juez Draco, en un tono más autoritario que el de costumbre.

—Sí, señor juez.

—¿Cuándo carajo me vas a mandar las pruebas?

—Como el celular de Ratte está bloqueado, pensé...

—No te pedí que pensaras. Te pedí que me mandaras todo. Ya mismo.

Esté como esté. ¿Entendiste?

—Sí, señor juez —contestó el fiscal Bartik, exagerando el tono de sumisión, mientras le hacía cuernos con los dedos. En realidad, esta escena era innecesaria, porque el fiscal no necesitaba retener el celular en su poder, dado que sus expertos informáticos ya lo habían desbloqueado, copiado y vuelto a bloquear. Bartik era un viejo zorro con cicatrices de incontables batallas, a las que había sobrevivido, sanito y con más experiencia. Solo era vulnerable al paso de los años, pero eso ya lo tenía asumido. Ahora todo dependía de la velocidad de sus expertos para encontrar las imágenes con los fusiles rusos antes que la gente contratada por el juez.

En cuanto Draco recibió la ostentosa caja de madera con precintos, más los grotescos envoltorios con burbujas de polietileno para proteger al teléfono de Ratte, le pidió a su asistente que lo llevara en mano al laboratorio de la Policía

Federal, para que recuperaran y le hicieran copias de las mejores imágenes posibles de los fusiles Kalashnikov y otros elementos que pudieran poner en riesgo la seguridad interior.

§

«Tu francesita de los macarons, ¿no tendrá interés en financiarte?», la frase de Leonor había dado tantas vueltas en la cabeza de Domecq que terminó por convencerlo de consultar a Anouk. Sin embargo, ella le debía una respuesta. Días atrás, cuando estaba buscando datos en la web del museo Jeu de Pomme, Domecq no había podido ingresar a los archivos del expolio nazi porque tenían acceso restringido. En ese momento, le pidió ayuda a Anouk y ella le contestó que iba a intentar ayudarlo. Como ya había pasado una semana sin noticias, y ahora tenía otra consulta muy importante, decidió volver a escribirle.

Hola Anouk, Comment ça va?

Me gustaría saber si las autoridades del Jeu de Paume van a permitirme ingresar a los archivos de acceso restringido, vinculados a tu familia.

Además, ahora tengo un dato muy importante y necesito consultarte antes de seguir avanzando. Es sabido que la galería Wildestein comercializó obras de arte robadas por los nazis. Yo venía investigando los registros de la sucursal que tenían en Buenos Aires y acabo de descubrir que un depósito de los Wildestein en Castelar fue expropiado por la dictadura militar argentina y pasó a manos de la empresa Magister, encargada de administrar el botín de la "Triple A". La incógnita es qué pasó con los cuadros que tenían los Wildestein en ese depósito, entre los cuales podría haber estado tu Matisse. Tengo en mi poder grabaciones de cámaras de seguridad, con movimientos sospechosos de cajas similares a las que se utilizan para transportar cuadros. Si lo denuncio, el tema se nos va de las manos. Por eso te propongo contratar a un equipo de fotógrafo y escribano, para captar y certificar imágenes que puedan presentarse en juicio.

Dada la cotización del Peso contra el Euro, no creo que te resulte muy oneroso.

Cariños, Domecq

El mediodía llegó rápido, la temperatura había subido junto con el sol y Domecq ya estaba harto de las tareas domésticas. Mientras esperaba la respuesta de Anouk, había aprovechado para ventilar sus ambientes, lavar ropa y poner un poco de orden aquí y allá. La monotonía solo se interrumpía cada vez que el escobillón se acercaba a Negro y la mascota se alejaba con un corto maullido de protesta. Finalmente, cuando aún no había decidido si salía a comer o se preparaba algo rápido, llegó la respuesta esperada: «*Avant. La maison paie*».

Si bien seguía sin mencionar el tema del Jeu de Paume, Anouk aprobaba y financiaba el operativo “Foto certificada”, adjuntando copia de una transferencia bancaria de mil euros, para empezar. Sin perder tiempo, Domecq se comunicó con un conocido abogado de divorcios, especializado en fotografiar cónyuges infieles. Como era de esperar, el requisito de que las fotos fueran aceptables como pruebas, por la justicia, encarecía el operativo. Por suerte, la familia Rosenberg tenía espaldas bien anchas.

Como su estómago no cesaba de protestar y esa mañana había estado muy en contacto con asuntos franceses, le dio ganas de comer un sándwich *Croque Madame*, adaptado a las disponibilidades de su heladera: pan de molde, jamón cocido, queso en fetas (como quedaba poco le agregó queso rallado), queso crema (a falta de crema bechamel) condimentos y huevos fritos. Justo cuando estaba en medio del proceso de gratinado, sonó el timbre. Luego de unos pases mágicos y un poco de malabarismo, Domecq suspendió la cocción y se dirigió a abrir la puerta. Era un correo privado, que traía un sobre del Museo *Jeu de Paume*. Olvidando el gratinado en curso, rompió el sobre y encontró la clave alfanumérica para ingresar por primera vez a los archivos restringidos, para luego registrarse y crear una clave propia.

En cuanto le cayó la ficha, Domecq corrió hacia la cocina pero Negro le había ganado de mano y disfrutaba del inesperado festín.

Fin CAPÍTULO (XXXIV): Conexión francesa

CAPÍTULO (XXXV): Ford Gran Torino

La reincorporación de Bruno Rossini a sus funciones en Interpol, luego de su extensa rehabilitación-internación estuvo rodeada de inesperadas muestras de afecto y solidaridad, no exentas de respeto y admiración. Hasta su jefe tuvo a bien iluminar su gesto adusto por una sonrisa franca. Gratificado por el recibimiento, Bruno pensó que sus colegas de Interpol no estaban acostumbrados a recibir balazos como los agentes de policía.

Una vez que ingresó a la bien climatizada oficina 044 y encontró todo en orden, encendió la computadora y se enfrentó a una abrumadora cantidad de mensajes internos. Al ordenarlos por prioridad, comprobó que sus superiores le pedían con urgencia un informe actualizado del caso Aitor Ukiola. Esta perentoria exigencia, en lugar de sumarle presión, le permitió esbozar una sonrisa, como la del estudiante que en un examen saca justo la bolilla que más sabe.

Durante la internación en la Clínica de Rehabilitación, sus amigos Domecq y Aberanda habían mantenido el contacto telefónico y hasta se habían reunido un par de veces con él. Gracias a ellos, Bruno Rossini estaba al tanto de la secuencia criminal que vinculaba las muertes de Aitor Urkiola, Natalia Blanc y Adolfo Ratte. Por lo tanto, estaba en condiciones de satisfacer rápidamente el pedido de sus superiores.

De inmediato, y gracias a su buena memoria, redactó un estado de situación de las distintas causas penales vinculadas con el crimen de Aitor Urkiola.

INFORME CONFIDENCIAL:

Al ser asesinado en Puerto Madero, el detective español Aitor Urkiola colaboraba con la recuperadora de arte Ximena Barrantes, en la búsqueda de un Renoir robado al MNBA en 1980. El día de su muerte, Urkiola había informado a su jefa que estaba investigando a Magister (continuadora de la "Triple A"), por su participación en el robo al MNBA. Por mi parte, en cuanto comencé a investigar a Magister, se desencadenaron dos atentados. En uno murió mi informante (Natalia Blanc), y en el otro me balearon a mí.

Durante la internación, contacté a la comisaria Aberanda, quien investigó la muerte de Natalia Blanc y detuvo al asesino: Adolfo Ratte, joven miembro de la organización neonazi Alba Thulle, en cuyo teléfono tenía imágenes fotografiado con un rifle Kalashnikov, en el interior del edificio Magister. Entonces, aprovechando una puerta lateral, logré ingresar al edificio Magister y documenté mi intrusión con un centenar de fotos (ver adjunto).

Finalmente, la comisaria Aberanda entregó las pruebas al fiscal Bartik, del Juzgado Federal de Morón a cargo del juez Draco. Lamentablemente, la prematura muerte de Adolfo Ratte, antes de declarar por la muerte de Urkiola, impide cerrar el caso. Las pistas señalan al titular de Magister Craigson Benitez.

Quedo a vuestra disposición. Bruno Rossini.

NOTA: Esta información está actualizada hasta la hora 0:00 de hoy. En el transcurso del día, presentaré un dossier con documentación adicional de respaldo a estas afirmaciones

Una vez terminada la redacción, confirmó los códigos de seguridad que había memorizado y envió el mensaje confidencial a sus superiores. En ese momento, Bruno hubiera pagado por ver la cara de los capos de Interpol Argentina al comprobar que este joven agente, a quien habían imaginado rascándose el ombligo en la Clínica de Rehabilitación –apenas un par de horas después de reincorporarse– había presentado el informe más contundente de los últimos tiempos.

Al releer su informe confidencial, en el que no había mencionado a Malinka, Bruno no pudo dominar las ganas de llamar a la atractiva muchacha. Lo hizo, pero nadie atendió el teléfono de Magister.

Mientras reunía información complementaria para aportar a sus superiores, el agudo timbre del teléfono interrumpió el silencio:

—Agente Bruno Rossini —atendió con una presentación ya fuera de uso.

—Hola, por favor, quisiera verlo en mi oficina —dijo el Licenciado Coutinho.

El jefe de Rossini, ostentaba el modesto cargo de supervisor, pero –en el sencillo organigrama de Interpol– dependía directamente del Comité Ejecutivo. Renato Coutinho era un licenciado en Criminalística y Ciencia Forenses, con un

Máster en Historia del Arte. Aunque hacía solo tres años que estaba en Argentina, se comunicaba sin problemas en castellano. Normalmente, Coutinho era un hombre parco pero la expresión de ese día era de franca admiración.

—¡Lo felicito! —dijo Coutinho mientras le daba un fuerte apretón de manos.

—¡Gracias, señor! —respondió Rossini, decidido a esperar que hablara su jefe, y aprovechar esos segundos para ordenar las ideas.

El licenciado Coutinho era de contextura pequeña, alrededor de un metro sesenta, delgado, pero con músculos trabajados. La piel era morena y el cabello renegrido, corto y rizado. Tenía preguntas obvias que realizar, pero no estaba seguro de querer conocer las respuestas. Entonces, comenzó de menor a mayor,

—Su informe es muy completo, y al haberlo presentado tan rápido, debo imaginar que usted ya tenía esa información en su cabeza y pudo transcribirla en cuanto se la solicité.

—Así es.

—Tengo entendido que no pidió el apoyo de ningún miembro de nuestra organización —dijo Coutinho, esperando una confirmación.

—Así es, señor —respondió Rossini.

—Supongo que usted recuerda que Interpol tiene prohibido participar o desarrollar actividades de índole político, militar, religioso o racial, y —por lo tanto— Inuestros agentes están alcanzados por esa prohibición.

—Sí, señor.

—En virtud de lo expuesto, ¿no desea hacer algún cambio en su informe? —dijo Coutinho, mirándolo a los ojos, a la espera de que ese muchacho reconsiderara la contundencia de las afirmaciones volcadas en su informe.

—No, señor. Ratifico mis conclusiones, porque tengo evidencias. Mi única duda es si todas son admisibles como pruebas por la justicia.

—Muy bien, entonces me gustaría saber, paso a paso, cómo llegó a esas conclusiones.

El punto débil de la investigación de Rossini era su intrusión en el edificio Magister, y ese peccadito ya lo había confesado en el mismísimo informe confidencial, por lo tanto —como no tenía nada que ocultar— decidió darle el gusto

a su jefe y blanquear todas sus peripecias hasta que se diera por satisfecho. Para no hacérsela tan fácil, Bruno deslizó un comentario:

—Por insuficiencia de pruebas, no mencioné que el difunto Ratte —en un interrogatorio informal— dijo que Gustavo Craigson Benitez (alias Mister y actual conductor de Magister) está reclutando skinheads para reflotar la “Triple A”. Además, muchas de las fotos que saqué con mi celular, en Magister (durante mi intrusión), coinciden con los ambientes donde se filmó Ratte, con los fusiles rusos. Por último, Ratte dijo que se estaban preparando para el “Día X”, cuando una revolución mundial derroque a los regímenes democráticos.

—¿Cuándo sería ese “Día X”? —lo interrumpió Coutinho, vivamente interesado.

—Lamentablemente, no tengo idea. Pero, de tener alcance mundial, las potencias ya deberían estar informadas.

—Entonces, ¿quién mató a Urkiola?

—Lo siento, pero no tengo la menor prueba de los asesinatos de Urkiola y Ratte. Sin embargo, como Ratte mató a Natalia, la hipótesis más probable sería que Ratte también mató a Urkiola y atentó a balazos contra mí. Luego, alguien (¿Mister?) silenció a Ratte, en la mismísima puerta del Departamento de Policía de Morón, dentro de un patrullero, que lo trasladaba a Tribunales, para ser interrogado y juzgado.

—Mire, Rossini, es evidente que este caso lo excede. Usted está asignado al control del tráfico internacional de obras y objetos de arte. Pero el control del tráfico de armas y explosivos está a cargo de su colega el agente Berger. Ahora bien, la muerte de Urkiola está ligada al tráfico de bienes culturales, pero también tiene vinculaciones con el tráfico de armas, cuya investigación le compete Berger. Es decir que estamos en un caso en el que deberán complementarse y ayudarse entre sí. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—A partir de este momento los voy a habilitar para que Berger y usted puedan compartir la información de Magister. Le adelanto que Craigson está siendo investigado por una sospechosa importación desde Taiwán, que podría

ocultar armas. ¿Alguna pregunta?

—¿Puedo seguir con mi investigación informal o...? —comenzó a preguntar Rossini, pero su jefe lo interrumpió.

—Tenemos agentes tan o más informales que usted. Mientras la información lo justifique...

Cuando Bruno Rossini creía que se terminaba la reunión, el licenciado Coutinho le pidió que lo acompañara a la oficina de Walter Berger para presentarlos.

Se trataba de un hombre mayor que Bruno, pero menor que Coutinho, con un Máster en Artes. Era rubio, casi platinado, con un extraño corte de pelo, con flequillo, pero la nuca rapada. Parecía simpático, tenía los pómulos salpicados de pecas y una sonrisa digna de una publicidad de dentífricos. Era un poco más alto que Bruno, pero de similar contextura física. A diferencia de Coutinho y Rossini, el agente Berger no vestía ni traje, ni corbata, sino unos jeans y una remera negra, lisa.

En cuanto se retiró el jefe de ambos, Berger —quien tenía más antigüedad que Bruno en Interpol— agradeció la copia del Informe confidencial sobre Magister.

—Hace meses que le vengo diciendo a Coutinho que mis pistas me llevan a Magister, pero nuestro boss solo reaccionó cuando tu investigación llegó a Tribunales —comenzó Walter Berger, con un tono tan informal como su ropa. Y agregó—: En buena hora nos permite trabajar en equipo, como “Starsky y Hutch” —concluyó Berger.

—Pero sin el Gran Torino —bromeó Bruno, al recordar el Ford rojo, que usaban los detectives de esa vieja serie televisiva.

—Presiento que este es el comienzo de una hermosa amistad —agregó Walter Berger, parafraseando el final de Casablanca.

—¿Podemos hablar de Craigson? —preguntó Bruno.

—¡Claro! ¿Qué parte de su larga carrera de violencia?

—Necesito conocer su vinculación con el contrabando de armas.

—Después de juicio a las Juntas Militares, Craigson fue imputado por contrabando de armas. Habían sido compradas a Taiwán, para usar —

supuestamente— en la Guerra de Malvinas. Aunque la denuncia estaba bien hecha, el proceso judicial nunca se llevó a cabo, porque los milicos estaban en el poder y los jueces se cagaron en las patas. En 2001, la causa le llegó a Oyarbide y el muy turro la cajoneó hasta su prescripción.

—Muy buena data —reconoció Bruno—. Una pregunta más: ¿en ese juicio se mencionó un trueque de armas por obras de arte?

—Sí. Porque la Junta Militar no podía pagar con divisas porque tenía los fondos bloqueados —respondió el de flequillo rubio y despeinado sobre los ojos renegridos.

—Entonces voy a necesitar el acceso a la información de ese trueque. Especialmente si fue entre 1980 y 1982, porque podría tratarse de los cuadros robados al museo Nacional de Bellas Arte, en 1980.

—¡No me jodas! ¿Los milicos robaron cuadros de un museo argentino para canjearlos por armas? —preguntó Walter Berger, con un exagerado gesto de sorpresa

—Está probado que miembros de la “Triple A” robaron un Goya, del Museo de Rosario. Además, un detective amigo mío está cerca de probar la vinculación de milicos con el robo al MNBA, y creo que tu información puede ser de gran ayuda —concluyó Rossini.

—Ahora me toca a mí —comenzó Berger—. Necesito ver las fotos que sacaste en Magister, para buscar armas y explosivos.

—Hoy es tu día de suerte —bromeó Bruno—, te voy a pasar un instructivo para armar Kalashnikov, filmado en los depósitos de Magister, cuyo original ya está en poder de la Justicia Federal.

—¡Guau! ¡Juntos somos dinamita! —exclamó Walter Berger.

—¿Te interesa hablar con el detective que investiga el canje de armas por cuadros? —preguntó Rossini, con prudencia.

—¡Obvio, pibe! Siempre listo —respondió Berger, golpeando sus talones en un grotesco saludo militar.

FIN **CAPÍTULO (XXXV):** Ford Gran Torino

CAPÍTULO (XXXVI): Coupé Chevy roja.

Esa desapacible mañana, el temporal de lluvia y viento que azotaba Castelar invitaba a quedarse en casa. Domecq se acercó a la ventana, sintió la fría humedad de los cristales en su cara y dudó. Sin embargo, se armó de coraje y decidió concurrir a la reunión en Interpol con Bruno y un colega.

En el momento de salir, se le cruzó la mascota de Leonor, sin que Domecq asociara con que era un gato negro.

Ya en la Autopista del Oeste, el viento inclinaba la punta de los árboles y el vendaval zarandeaba a la coupé Chevy roja. Hojas y basura volaban en remolinos de un lado para otro. Desde la madrugada no paraba de llover. Preocupado, ingresó a la avenida General Paz, hacia el Río de la Plata. Al llegar a Beiró, comenzó a putear contra su mala suerte. El asfalto se hundía en el agua y reaparecía unos cien metros más adelante. ¡Estaba inundado! Imaginó una maniobra, pero el camión que tenía atrás le tocó bocina para que siguiera avanzando. Domecq puso segunda y –sin soltar el embrague– aceleró para que el agua no entrara por el caño de escape. Fueron unos segundos de tensión interminable. Su impecable Chevy avanzaba entre el agua mugrienta, mitad sobre las ruedas, mitad a flote, rebotando. En cuanto superó el enorme vado artificial, dejó pasar al histérico camionero y detuvo el coche en la primera estación de servicio. Revisó el interior del auto, el motor y el baúl. Todo en orden. Satisfecho, retomó la marcha. Al cruzar los bosques de Palermo ya no llovía. Sin prestar atención a la belleza circundante, condujo hasta un estacionamiento al aire libre, cercano al edificio de Interpol.

Después de admirar el contraste de su coupé roja sobre una alfombra de flores de jacarandá, Domecq ingresó al edificio donde Interpol alquilaba tres pisos. Se presentó en la recepción de planta baja, informó que tenía una reunión en el Departamento de Protección del Patrimonio Cultural y lo derivaron al séptimo piso. Cuando se abrió la puerta del ascensor, un efectivo de seguridad lo invitó a pasar por el detector de metales. Después de la alarma inicial, volvió a pasar –luego de sacarse el cinturón con gruesa hebilla de vaquero– y no hubo problemas. De

inmediato, se le acercó una secretaria de gesto adusto y edad incierta, quien lo condujo hasta la oficina 044, donde lo esperaba Bruno Rossini.

Mientras se saludaban, Domecq disfrutó la vista del Jardín Japonés desde una ventana bien alta. Los amigos no pudieron hablar demasiado porque enseguida se les sumó Walter Berger. Esta vez, el hombre del flequillo rubio que vestía jeans, había reemplazado la remera negra por una sobria camisa de mangas largas, blanca con rayas azules.

Una vez hechas las presentaciones del caso, Bruno propuso comenzar por el trueque de cuadros por armas provenientes de Taiwán. Tras comprometer a los presentes a no divulgar el contenido de esa reunión, invitó a Domecq a compartir su información sobre el tema.

—Cuando la doctora Barrantes me contrató para buscar un Renoir robado del MNBA, yo le avisé que detrás de ese robo estaba la “Triple A”. Entonces, hizo venir a un detective español de su confianza. Se trataba de Aitor Urkiola, quien murió asesinado al día siguiente de llegar a nuestro país y después de reunirse con Craigson, titular de Magister, administradora del botín de la “Triple A”. Por temor a la “Triple A”, la doctora Barrantes regresó a España.

—¿Eso es todo? —se apresuró a preguntar Berger, dudando de ese viejo, flaco, con pelo canoso y anteojos exageradamente gruesos.

—Hubiera sido lo lógico, pero —de puro testarudo— a partir de ese momento seguí investigando por mi cuenta —respondió Domecq y continuó su relato—: La abogada española me había contratado porque conocía mi colaboración con la autora del mejor libro sobre el robo al MNBA: Patricia Martín García. Después de su fallecimiento, quedó en mi poder un importante material inédito, y algunas pistas para retomar y avanzar —dijo Domecq, y al ver que había capturado la atención del flequilludo, siguió hablando—. Ese material inédito incluía la correspondencia entre Patricia y Anja Shortland. ¿La conocés? —le preguntó a Berger.

—No. ¿Quién es?

—Es una profesora e investigadora británica, quien aventuró que fue la propia Junta Militar la que habría mandado a robar las valiosas pinturas para

comprar armas. En cuanto Patricia Martín García leyó esa entrevista, la contactó y comenzaron a intercambiar información.

—¿Es la versión del tráfico de armas para Malvinas? —preguntó Berger.

—No exactamente. Fue en 1980 y en ese momento todavía no se pensaba en Malvinas, pero había otros conflictos —dijo Domecq.

—¿Y vos qué información tenés? —se interesó Berger.

—Desde datos judiciales a decretos secretos, recién desclasificados —respondió con orgullo el veterano investigador.

—¡Contá, contá! Largá el rollo —lo alentó, ahora interesado, el hombre del flequillo rubio.

—Durante el robo al MNBA, en la Navidad de 1980, los ladrones no eligieron las obras al azar, sino “a pedido”, y actuaron como si conocieran el edificio y las salas al detalle. Quizás porque trabajaban en la seguridad del museo, como era el caso de algunos miembros de la banda de Aníbal Gordon. Nadie vio nada y no hubo acusados. Más de veinte años después, en mayo de 2001, el tema se reavivó cuando un traficante de armas taiwanés se presentó a Sotheby's de Taipei y ofreció vender tres cuadros de dudoso origen. Sotheby's consultó a Art Loss Registrar, que notificó a Interpol y logró confirmar que eran los cuadros robados al MNBA. Bastante tiempo después, las obras recuperadas fueron devueltas a nuestro país. Sin embargo, la justicia Argentina admitió que el taiwanés había actuado de buena fe, porque desconocía la procedencia ilegal de las obras que recibió en el trueque. Además, la venta de armas no era ilegal en su país. En cuanto a los responsables del robo de los cuadros del MNBA —para variar— el caso recayó en el juzgado de Oyarbide, quien lo dejó dormir en una caja de seguridad hasta que prescribió.

—¡Entonces no tenemos nada! —exclamó desilusionado Walter Berger.

—Dicen que muerto el perro se acabó la rabia. Bueno, muerto Oyarbide los expedientes de su caja fuerte volvieron a los estantes. Y, siempre hay algún empleado dispuesto a vender datos, o fotocopias, como en este caso.

—¿Conseguiste copia? —explotó Bruno Rossini quien no conocía esa parte del relato de Domecq.

—Sí. Y como muestra, te cuento que la defensa de los militares involucrados culpó a Jimmy Carter, presidente de Estados Unidos, porque en enero de 1977, cambió la política de ese país respecto a la Argentina y dispuso un embargo de armas y la suspensión de ayuda militar por “violaciones a los derechos humanos internacionalmente reconocidos”.

—¡Pobres milicos! —ironizó Berger—. Como Tío Sam les cortó la financiación, tuvieron que robar cuadros de museos para comprar armas.

—Así es. El fiscal acusó a la mismísima Junta Militar por haber dispuesto el robo del museo. La diferencia fue que ese fiscal argumentó que en diciembre de 1980 Malvinas no era una hipótesis de conflicto, aunque sí lo era Chile —completó Domecq.

—¿Armas para usar contra Chile? —se preguntó Rossini en voz alta y luego agregó—. Lástima que está todo prescripto.

—El tema de la prescripción es el corazón de nuestro caso. La imprescriptibilidad de los delitos de lesa humanidad fue establecida y aplicada desde la década del noventa. Por ejemplo, cuando se probó que un buque argentino había sido utilizado como centro de clandestino de detención y tortura, y sus camarotes fueron celdas para los secuestrados, la justicia consideró que se trataba de imprescriptibles delitos de lesa humanidad —informó Domecq, antes de concluir—. Si demostramos que en Magister se cometieron delitos de lesa humanidad, serían imprescriptibles.

—Ojalá tengas razón —dijo Berger, antes de hacer un pedido—. ¿Podemos tener copia de ese expediente?

—Por supuesto. Ya mismo se lo paso a Bruno y después arreglan entre ustedes —dijo Domecq.

—¿Qué tenés en mente? —le preguntó Rossini a Berger.

—Me gustaría reescribir la acusación del fiscal de aquel caso, actualizarla y presentársela a Countinho, para ver cómo reacciona ante delitos imprescriptibles. Si nos da vía verde, le metemos pata. ¿Qué te parece? —Berger le preguntó a Rossini.

—Me parece bien. Contá conmigo.

—¿Me voy a ir con las manos vacías o me van a tirar algún hueso? —se quejó el viejo Domecq.

—No protestes y prestá atención —comenzó Berger, mirando fijamente a Domecq—. Desde que se firmó el Tratado Internacional sobre el Comercio de Armas, varias ONG y organizaciones como Amnistía Internacional e Interpol se incorporaron a un organismo de seguimiento y apoyo. Además de Countinho, yo también participo en el grupo que sigue revisando los gastos secretos de la última dictadura, en compra de armas. Para que tengas un dato, entre 1976 y 1983 las Juntas Militares contrajeron deuda en el exterior por casi USD 7.000 millones, para adquirir armamento y equipamiento bélico. Todo esto mediante cientos de decretos secretos. ¿Qué te parece este hueso? —le preguntó Berger a Domecq.

—Parece un hueso de dinosaurio bromeó el veterano investigador de Castelar, antes de pedir una copia.

La conversación quedó inconclusa porque sonó el beeper de Berger y el agente flequilludo pidió disculpas y —con un gesto que indicaba que lo llamaban de “arriba”— se retiró de la reunión.

Ya solos frente a la computadora, Bruno y Domecq comenzaron a revisar los documentos que habían sido desclasificados cuarenta años después de su firma. Además de los decretos secretos, el archivo de Berger incluía cientos de anexos con detalles de la deuda contraída por la Junta Militar para comprar armas: nombre de los proveedores del exterior y de los bancos prestamistas de Estados Unidos, Europa y Bahamas; las empresas importadoras, y los montos de cada compra.

Para satisfacción de Bruno y Domecq, el decreto secreto 2.310, de 1981, autorizaba la compra directa a Magister de escopetas, pistolas, revólveres, ametralladoras, fusiles, morteros y granadas, por 15 millones de dólares.

En medio de la euforia, Bruno propuso ir a tomar un café a la sala de descanso, para recargar las pilas antes de volver a sumergirse en los archivos aportados por Walter Berger.

Desde la sala 099, el Jardín Japonés se podía apreciar desde otro ángulo, distinto pero tan hermoso como desde la oficina de Bruno Rossini.

En ese intervalo, apto para la reflexión, Domecq tuvo la lucidez necesaria para replantearse el trabajo en curso.

—¿Qué estamos haciendo? —se preguntó y se respondió, mirando a su amigo—. Yo estoy buscando el Renoir para Ximena y un Matisse para Anouk. ¿Dónde debería buscarlos? ¡En los trueques de Magister! Es decir, en las órdenes de pago que no implicaban movimientos financieros y no eran presentadas a la Aduana, ni a los bancos intervinientes en la importación de armas. Entonces, tengo que concentrarme solo en eso. Punto. Y vos, ¿qué buscas? —le preguntó a Rossini quien lo escuchaba en silencio.

—Yo busco venganza. En cuanto logre convencerme de que Craigson ordenó atacar a Natalia, lo voy a matar con mis propias manos.

—Entonces no nos dispersemos. Acá hay más información que en la biblioteca de Alejandría, pero no creo que puedas encontrar alguna vinculación con Natalia. ¡Tenemos que focalizarnos! Te propongo que me ayudes a buscar la papelería de este trueque, y luego me pongo a tu disposición.

FIN CAPÍTULO (XXXVI): Coupé Chevy roja

CAPÍTULO (XXXVII): Secretos de Estado

Desde la ventana del séptimo piso de las oficinas de Interpol en Buenos Aires, los amigos apreciaban la imagen panorámica del atardecer sobre el Jardín Japonés.

—¿Qué te parece si seguimos una hora más y luego nos vamos? —propuso Bruno Rossini

—Tal vez festejemos antes —dijo Domecq.

—¿Encontraste algo?

—Estaba revisando una importación de armamento realizada por Magister

sin orden de pago bancaria. En teoría, podría ser que la empresa no hizo un pago, sino un trueque —respondió.

—No me digas que la otra punta del negocio estaba en Taiwán —arriesgó Bruno.

—¡Acertaste! —respondió el viejo y pidió que lo ayudara a completar la búsqueda.

A partir de ese momento, con la esperanza de presentarse ante la comisaria Aberanda con un caso razonablemente armado, los amigos entrecruzaron datos febrilmente. Ambos temían ser comparados con el pastorcito que mentía anunciando la falsa llegada de un lobo, y cuando fue verdad, ya no le creyeron.

Eran casi las 22 horas cuando Domecq se animó a llamar a la comisaria. Evitando los adjetivos, le contó que habían encontrado una importación de armas realizada por Magister, con la particularidad de que el pago se concretó mediante un trueque. Concretamente, a cambio de las armas se habían entregado cuatro bultos muy valiosos, con embalaje similar al de cuadros importantes.

Luego de una serie de preguntas sobre fechas y montos, cuyas respuestas le parecieron satisfactorias, Aberanda respondió:

—Los espero en mi departamento.

Aprovechando que a esa hora había poco tránsito, antes de las 23 horas, con dos docenas de empanadas y sendas botellas de Ruttini, Domecq y Bruno ingresaron al edificio donde vivía Anahí Aberanda.

Entre empanada y empanada, los visitantes expusieron las supuestas evidencias del tan buscado trueque de armas por cuadros, entregados por Magister.

—Como en la justicia no nos darán bola si estamos flojos de papeles, quiero ver los elementos de prueba que podemos presentar —dijo la comisaria, marcando la cancha.

—En esta documentación de embarque, consta que del puerto de Buenos Aires, con destino a Taiwán, la empresa Magister despachó cuadro bultos que por sus medidas, tamaño y formato (los cuatro eran rectangulares pero chatos)

podrían ser cuatro cuadros, valuados en 15 millones de dólares. ¿Qué otro objeto de ese formato y tamaño puede valer esa montaña de dólares? —respondió Domecq.

—¿Tenés la imagen del Permiso de Embarque? —preguntó Aberanda.

—Sí, dos, tomadas de fuentes distintas —se apuró a responder Bruno—.

La primera corresponde al Despacho de Exportación, que se conserva en el archivo de la aduana. Pero también tengo una copia posterior, con la imagen menos clara y con sellos adicionales, que corresponde al expediente del juicio iniciado en Taiwán, por el proveedor de armas, reclamando judicialmente haber recibido solo tres de los cuatro bultos. Además, afirma que el bulto que falta valía más que los otros tres —concluyó.

—Podría ser el Renoir que busca la doctora Barrantes —intervino Domecq, con mal disimulada euforia.

—De acuerdo. Parece que esta vez tenemos la bala de plata, pero antes de cargar el arma tenemos que estar seguros —comenzó la comisaria—. Debemos encontrar la tasación que presentaron ante la aduana para respaldar un “valor declarado” de 15 millones de dólares por los cuatro bultos. Por suerte, los trámites aduaneros están digitalizados y podemos acceder al Despacho de Exportación original para ver la factura y la tasación. Al ser un trueque, hubo una entrada y una salida, con doble papelería y necesitamos copias de ambas. ¿Está claro? ¡Manos a la obra! —alentó a sus amigos, como si fueran sus empleados.

Mientras Domecq y Bruno buscaban datos, la anfitriona les hizo un mimo, consistente en bombones helados, de frambuesas recubiertas de chocolate Bariloche. Poco después, sus amigos la sorprendieron con un festejo de panzazos entre ellos, como en los comics.

—Empiezo yo —dijo Domecq—. ¡Encontramos la tasación por 15 millones de dólares!

—¡Y el tasador fue galería Wildestein, con domicilio en Merlo 2350, Castelar, al lado del edificio Magister (Merlo 2310).

—Como frutilla del postre: al momento del trueque, el presidente y apoderado de Magister era Craigson Benitez —fue entonces cuando los tres

explotaron de alegría y olvidando que ya había pasado la medianoche, entonaron un cantito futbolero: ¡Olé, olé olé...!

En cuanto se acabaron las empanadas, los bombones helados y los dos Rutini, Anahí Aberanda preguntó:

—¿Cómo seguimos? ¿Conocen algún fiscal confiable como para entregarle en bandeja este caso ya resuelto, o le presentamos las pruebas al fiscal Bartik que, al menos, es honesto?

—Más vale mediocre conocido que bueno por conocer —dijo Domecq, apelando a uno de esos refranes propios de su edad.

—De acuerdo. Creo que Bartik no se opondrá a que vos lideres el allanamiento a Magister y que —en mi carácter de agente de Interpol— yo participe de la intervención a Wildestein.

—¿Y yo? —se quejó Domecq.

—Vos tendrás la primicia. Serás el periodista estrella que cubrirá los allanamientos, en directo, antes de que lleguen los canales sensacionalistas.

Como ya estaban de acuerdo en lo principal, no hubo discrepancias en el resto del plan de acción.

Aberanda se presentaría ante el fiscal Bartik con dos pedidos de allanamientos: Merlo 2350 y Merlo 2310, correspondientes a Magister y a Wildestein respectivamente. Y no se retiraría de ese despacho hasta convencer a Bartik, quien —como todos los humanos— tenía su punto débil y ella lo conocía.

A su vez, Bruno le pediría a su jefe que también intercediera ante el fiscal Bartik, para que autorizara la participación de Interpol en el allanamiento a Wildestein.

Domecq tenía la gestión más fácil: renovar la credencial de periodista acreditado como *freelance* de Castelar Digital. Si bien la fecha y hora del allanamiento era “*top secret*”, alguien se encargaría de pasarle el dato.

«¡Llegó el día!», pensó Bartik, mientras se preparaba para el inminente allanamiento. «Si meto este golazo, me retiro en mi momento de gloria. En la cima de todo y de todos. Por la puerta grande, con aplausos, papel picado y suelta de

globos. Gracias a la comisaria Aberanda que me trajo pruebas del tráfico gubernamental de armas, este caso va a explotar como una bomba. Siempre dije que esta comisaria tiene los ovarios bien puestos. Pero solía apurarse y presentaba los deberes a medio hacer. En cambio, esta vez hizo todo bien. Parece que maduró. Ahora me toca a mí. Pero tengo que cuidarme de Draco. Es peligroso e insaciable y las quiere todas para él. Por eso hoy lo dejo al margen. Ahora voy a hacer los allanamientos y cuando tenga los resultados se los voy a envolver para regalo. Pero, antes de ver al juez Draco, voy a llamar a la prensa, para que estén presentes cuando le entregue las pruebas necesarias para cerrar el caso Magister. Un caso con raíces en la década del setenta, y que estuvo oculto en las sombras hasta hoy. Eso sí, tengo que mejorar mi discurso. Tengo que buscar una frase contundente, que sea como un golpe en el mentón de los periodistas. Pum y a la lona. Pum y a la tapa de los diarios. Delitos de lesa humanidad. ¡Imprescriptibles! Secretos de Estado, tráfico de armas, robo a museos. Tengo todos los ingredientes, ahora debo presentarlos de la mejor forma posible. Hoy no puedo fallar. Sería mi muerte profesional. Chau vocación. Chau preparación, esfuerzos y sacrificios realizados. Mi carrera habría sido un fraude. Pero no voy a fallar. Esta vez tengo todas las de ganar...», con este soliloquio, en plena madrugada, el fiscal Bartik se alentaba a sí mismo, cuando fue interrumpido por la llegada de la comisaria Aberanda y el jefe del grupo Halcón, listos para iniciar el operativo conjunto.

Si bien los allanamientos judiciales deben ser ordenados por un juez, existen excepciones. Por ejemplo, los puede autorizar un fiscal *“cuando se tengan sospechas fundadas de que en un domicilio corre peligro inminente la vida o integridad física de una persona”*. Invocando esta causal el fiscal Bartik decidió avanzar sin consultar al juez Draco.

El operativo acordado consistía en allanar simultáneamente los domicilios de Merlo 2310 y 2350, y la puerta lateral del edificio Magister.

Como no existía un protocolo escrito, el jefe del Grupo Halcón definió la forma de la irrupción. Repartió a su fuerza de elite en tres grupos tácticos, cada uno irrumpiría por una de las puertas asignadas. Además, francotiradores

cubrirían cada punto de intervención. Dos camiones de bomberos se mantendrían apostados en cada una de las esquinas.

Por su parte, la comisaria Aberanda dispuso que dos de sus efectivos ingresaran detrás de cada grupo de halcones, mientras que ella se sumaría a los efectivos que entrarían por la puerta principal de Magister.

Finalmente, los dos agentes de Interpol, Bruno Rossini y Walter Berger, se integrarían al comando que debía ingresar al ex edificio Wildestein, en Merlo 2.350. Antes de entrar, Bruno intentó comunicarse con Malinka pero –igual que los días anteriores– el celular de ella estaba apagado.

Llegado el momento, camuflado bajo una gorra y un chaleco con la identificación “PRENSA”, Domecq se ubicó detrás de los efectivos que estaban por ingresar por la puerta lateral, descubierta días atrás por Bruno Rossini.

Mientras el dron policial sobrevolaba el objetivo, con sorpresa y velocidad – las dos claves del éxito–, a las 05:30 de la mañana comenzó el allanamiento. En menos de un minuto los hombres del Grupo Halcón controlaron la situación en los tres puntos de intervención armada. Ante la falta de reacción, todo parecía indicar que los dos edificios contiguos estaban vacíos.

Una vez dentro de uno de los enormes depósitos, pese a que su memoria ya dejaba mucho que desear, Domecq se esforzó por recordar las fotos sacadas por Rossini, pocos días atrás. Si bien había muchas estanterías similares, buscó las que contenían biblioratos con el logo Magister. Cuando los encontró, abrió varios, arrancó las hojas de su interior y las guardó en los amplios bolsillos de su chaleco.

Al mismo tiempo, cuando uno de los agentes del Grupo Halcón enfiló hacia una escalera que conducía al sótano, la comisaria Aberanda decidió seguirlo. En forma sigilosa, ambos descendieron los gastados escalones hasta descubrir un calabozo, con alguien tendido en el suelo. Siguiendo los protocolos, el agente de elite hizo detonar la cerradura y, de pronto, todos los que estaban dentro del edificio Magister quedaron inmersos en la angustia, el horror y el miedo a la muerte. A pesar de la mínima potencia del explosivo destinado a fragmentar las soldaduras de metal que sostenían la puerta del calabozo, en escasos segundos

se desató una terrible reacción en cadena. Una trampa cazabobos había provocado varias detonaciones, a lo largo y a lo ancho del edificio, generando un pavoroso incendio que devoraba todo a su paso.

Justo cuando Domecq había descubierto otro grupo de carpetas pertenecientes a Magister, fue sorprendido por la serie de explosiones incendiarias y, de pronto, la humareda y las llamas estallaron a su alrededor.

Por su parte, aturdida por las detonaciones y el humo, la comisaria Aberanda fue sorprendida por las lenguas de fuego que brotaron desde las entrañas del sótano. Las llamas jugueteaban y se retorcían en los escalones cada vez más cerca de ella, y el aire se tornaba irrespirable. Aterrada, entre llamaradas, retrocedió hasta la planta baja, donde el incendio también se propagaba con espeluznante rapidez, potenciado por la alta combustión de estanterías de madera, cajas de cartón y carpetas con papeles.

Por desgracia, la escasez de agua –debido a una falla en el suministro de electricidad– demoró las labores de extinción. En cuanto los camiones hidrantes pudieron atacar el fuego desde la calle, los bomberos ingresaron al edificio siniestrado. Por entonces, las llamas ya se habían expandido en distintas direcciones, incluyendo un pasillo de comunicación con el edificio Wildenstein, que también comenzó a incendiarse, poniendo en riesgo la vida de los agentes de Interpol.

Pero eso no fue todo, en los depósitos del grupo Magister se escondían valiosas obras de arte y el fuego era el peor enemigo de esos bienes culturales. Entonces, en apenas unos minutos, centenares de pinturas se convirtieron en pasto de las llamas.

Rodeados por el fuego, inmersos en el humo, paralizados por el horror, aislados entre sí y lejos de las salidas, los tres amigos estaban al filo de la muerte.

Mientras Domecq pensaba en Leonor y Rossini pensaba en Natalia, Aberanda pensaba en sus hijos.

FIN CAPÍTULO (XXXVII): Secretos de Estado

CAPÍTULO (XXXVIII): Incendio trágico y final

Temprano en la mañana de un día despejado, a la hora en que los vecinos de Castelar salían de sus casas para ir al trabajo, el incesante ulular de las sirenas de bomberos avisó que había estallado un incendio de gran envergadura.

Ya a las 06:30, los curiosos se habían acercado a Merlo al 2300 para presenciar el incendio que quedaría grabado en la historia de esa apacible ciudad. Alucinados, mientras algunos vecinos abandonaban con lo puesto las casas linderas, huyendo del peligro inminente, otros contemplaban cómo las llamas arrasaban el edificio de una antigua clínica, convertido en depósito abandonado.

Cada vez que el fuego avanzaba con más fuerza y las explosiones derrumbaban partes del techo, una exclamación de angustia aunaba a los curiosos que asistían a la destrucción de esa vieja mole de cemento.

Frenéticos, los policías bonaerenses intentaban alejar a los curiosos, empujándolos fuera del área de operaciones. Pero ni el aire ardiente, ni el humo, ni las cenizas y brasas que caían sobre la gente, hacían desistir a quienes no lograban apartar su mirada hipnótica de las gigantescas lenguas de fuego que se alzaban como flores descomunales. Desde lejos, el fiscal Bartik, tosiendo por el humo, con la vista nublada y los ojos enrojecidos, miraba impotente la devastadora imagen de esa dantesca hoguera y temía que un colapso y derrumbe total impidiera rescatar a las decenas de policías y bomberos atrapados en el interior.

A las 07:00, rodeado por las cámaras de televisión, el comandante de las brigadas de bomberos informó que habían logrado asegurar la estructura, pero las llamas continuaban activas y la prioridad era no perder hombres.

Cerca de las 08:00, el panorama empezó a mejorar. Ante una pregunta periodística, el fiscal Bartick informó que –a diferencia del edificio Magister– en la galería Wildestein el fuego parecía estar suficientemente controlado, como para iniciar las tareas de rescate. Sin embargo, a pesar de que la prioridad era salvar vidas, las bolsas negras, con jóvenes cadáveres calcinados, comenzaron a alinearse sobre Merlo al 2300.

A las 08:15, cuando el fuego en el edificio Magister continuaba activo,

desde el helicóptero policial, entre espesas columnas de humo, sobre techos vecinos, cubiertos de cenizas, lograron divisar un puñado de personas pidiendo auxilio.

A partir de esa esperanzadora noticia, se desplegó un gigantesco operativo contra reloj. Mientras un helicóptero del SAME intentaba descender lo más cerca posible de los sobrevivientes, tres grupos de bomberos ingresaron por las viviendas evacuadas intentando llegar al pulmón de manzana para rescatarlos.

Al caer la tarde de esa imborrable jornada de fuego, humo y ceniza, en el corazón de Castelar, mientras la televisión transmitía en directo y los curiosos permanecían rodeando los edificios siniestrados, los bomberos continuaban atacando los todavía humeantes huecos ciegos de las ventanas.

Finalmente, cuando un grupo de rescatistas comenzó a retirar más bolsas con cadáveres, la consternación recorrió a los familiares y vecinos que aguardaban en un silencio cargado de angustia.

Luego de innumerables trascendidos, recién a medianoche se conoció el informe de las víctimas: 22 heridos y 10 muertos (dos bomberos, tres miembros del Grupo Halcón, dos policías bonaerenses, dos agentes de Interpol y una NN).

Entre los heridos graves estaba la comisaria Anahí Aberanda, quien había sido alcanzada por las llamas y tuvo que ser trasladada de urgencia, en el helicóptero del SAME, al Hospital del Quemado. Por su parte, Domecq pudo ser rescatado a tiempo por los bomberos, pero fue internado con un cuadro de dificultad respiratoria y principio de asfixia.

Después de una prolongada pérdida del conocimiento causada por inhalar humo y gases tóxicos, sin haber recuperado todavía la total percepción de sí mismo, al escuchar la inconfundible voz de la difunta Leonor, el pobre Domecq creyó que había muerto en el incendio.

—¡Hola, mi amor? —saludó ella.

—¿Me llamó el Señor? —preguntó él, angustiado y con una ronquera propia de ultratumba.

—¡No! Estás vivo y coleando —intentó tranquilizarlo.

—¿Qué me pasó? —insistió Domecq, todavía aturdido

—Inhalaste humo en el incendio, tenías convulsiones y no podías respirar. Te trajeron a terapia intensiva y estuviste inconsciente bastante tiempo. ¿Cómo te sentís ahora?

—Me duele la cabeza y tengo ganas de toser. Siento náuseas y me duele el pecho —se quejó.

—¡Pero estás vivo! Gracias a Dios, los bomberos te sacaron a tiempo, antes de que te alcanzaran las llamas —respondió ella.

—¿Cómo están Anahí y Bruno? —preguntó Domecq, pero la voz atemporal de Leonor no le respondió, porque se había evanescido.

—¿Cómo está Aberanda? —insistió él—. ¿Cómo está Bruno?

Fue entonces cuando, en vez de Leonor, apareció una enfermera

—¡Hola! Por fin se despertó el abuelo dormilón —dijo ella con un tono de voz que al pobre viejo le pareció una burla.

—¡No soy abuelo! —la retó y preguntó—: ¿Dónde estoy?

—Está en el Hospital Posadas. En terapia intensiva y yo soy su enfermera nocturna. ¿Necesita algo? —dijo, con un tono ya formal y distante.

—¿Dónde está mi celular y la ropa que tenía puesta? —gruñó él.

—Seguramente está en una bolsa plástica que le devolverán cuando le den el alta.

—¡Pero necesito mi celular ahora! Y también los papeles que... —así había empezado a reclamar Domecq, subiendo el tono, cuando la enfermera lo frenó.

—¡Señor! Usted debe hacer reposo. Recién cuando lo pasen a la sala común podrá recibir visitas y autorizarlos a retirar sus pertenencias.

—¡Es que nadie vendrá a visitarme! ¡No tengo familia! Quiero hablar con... —se quejó en vano, porque la enfermera se había retirado, corriendo detrás de sí la cortina que separaba las camas de los internados.

«La puta madre», masculló Domecq. «Aberanda y Bruno son mis únicos contactos y si están jodidos como yo, nadie vendrá a visitarme. Necesito mi celular y si solo me lo devolverán con el alta, quiero el alta ya». Lamentablemente, esta idea tuvo que ser rechazada de inmediato, porque al intentar levantarse todo giró alocadamente a su alrededor. Mientras su cabeza caía pesadamente sobre la

almohada, el pobre Domecq se sintió impotente, frustrado y al borde del desánimo. Por suerte, como la medicación incluía calmantes y sedantes, pronto se quedó dormido.

Horas después se despertó transpirado. Había soñado que todavía estaba en el incendio, observando cómo se quemaban las pruebas contra Magister y las obras de arte ocultas en la galería Wildestein.

«Perdí la oportunidad de morir como un cronista quijotesco, luchando contra los molinos de la corrupción», deliró Domecq, inmerso en una confusión desenfundada. «Mientras el mundo sigue andando, yo estoy tirado en la banquina, fuera de carrera. ¿Cuál habrá sido el resultado del allanamiento? ¿Se habrán salvado los papeles que guardé en mi chaqueta? ¿Habrá algo útil que pueda hacer mientras estoy tirado en esta cama?», se recriminó acongojado, mientras continuaba desmoronándose hacia el fondo de la sima.

A primera hora de la mañana, cuando la enfermera diurna corrió la cortina y se encontró con la imagen de ese viejito sollozando, reaccionó conmovida y se puso de inmediato a su disposición.

—¿Qué le pasa? ¿En qué puedo ayudarlo?

—¡Una llamada! Necesito hacer una llamada. Hasta los criminales tienen derecho a una llamada —imploró acongojado.

A medida que se serenaba, Domecq pudo explicar su situación y pedirle a la enfermera que llamara a la Departamental Morón y dejara un mensaje para la comisaria Aberanda. Una vez que la enfermera se comprometió a hacerlo, ya más tranquilo o por efecto de nuevos sedantes, volvió a dormirse.

Al mediodía, la gentil enfermera del turno mañana reapareció con novedades, que no eran las que esperaba el veterano periodista de Castelar: la comisaria Aberanda estaba ausente, con licencia por enfermedad.

Enojado contra el mundo, Domecq osciló entre rogar por la eutanasia hasta pedir que se comunicaran con Interpol y dejaran un mensaje urgente para el agente Bruno Rossini.

Horas después, justo antes de terminar su turno, la misma enfermera regresó para informarle la muerte de Bruno Rossini.

Por su parte, el fiscal Bartik aprovechó la rueda de prensa para resaltar la enorme trascendencia de los elementos de prueba obtenidos en el allanamiento al grupo Magister. Sin embargo, cuando los periodistas lo increparon por la tragedia que costó tantas vidas, Bartik se descompensó y tuvo que ser internado de urgencia. Un par de días después, para completar su recuperación, se trasladó a las sierras de Tandil.

Diseñado para disfrutar del entorno natural y combinar el descanso reparador con una gran variedad de actividades recreativas, el Medical Wellness & Spa fue el lugar elegido por el fiscal para reponerse del pico de estrés sufrido días atrás. En ese lugar ideal para desconectarse, Bartik intentó abandonar el estado de alarma continuo, dejando fluir sus pensamientos.

«Pudo haber sido el allanamiento perfecto. Un éxito rotundo. Tuvo un comienzo impecable. Tres grupos de agentes de elite ingresaron por cada una de las puertas. Dentro de esos enormes depósitos encontramos armas y documentación sobre tráfico de armas y crímenes de lesa humanidad. ¡Hasta descubrimos un cadáver! En principio pensé que Craigson Benitez podría haberse suicidado, pero era una mujer, que murió carbonizada en un calabozo. En el edificio Wildestein tuvimos suerte de toparnos con una caja fuerte ignífuga que contenía cuadros valiosos, de dudoso origen. Con las pruebas en mi poder, yo podría haber sonreído para que los fotógrafos y las cámaras de televisión, captaran mi imagen triunfal, en la cumbre de mi éxito personal y profesional, disfrutando el reconocimiento generalizado. Todo iba perfecto hasta que algún boludo se llevó puesta una trampa caza bobos, que detonó explosiones en cadena, seguidas de lenguas de fuego, humo y derrumbes. En fin, una trampa explosiva preparada con premeditación y alevosía, arruinó mi exitoso allanamiento».

Cierto día, debajo de una sombrilla, despatarrado en una reposera, mientras se entretenía mirando a los pajaritos chapotear en un charco, Bartik saboreaba un jugo de frutas con jengibre. La bucólica escena se interrumpió cuando una de las acompañantes terapéuticas le avisó que tenía un llamado de un tal Domecq.

—¡No, no y no! —gritó Bartik, asustando a la dulce muchacha—. Maldito periodista. Maldito incendio. Pasaron los días, pero no puedo dejar de pensar en ese tremendo desastre. Y justo cuando me estoy distraendo alguien viene a recordármelo —continuó su desahogo, gritándole a la turbada enfermera, que se retiraba sin mirar atrás.

«¿Por qué los periodistas siguen buscándome? Todos saben que mi allanamiento pudo haber tenido un éxito imaculado, sin muertos, ni heridos, ni daños materiales», masculló el fiscal. «Nuestra planificación fue adecuada y encontramos armas y explosivos. Rescatamos papelería que prueba la vinculación de Magister con la “Triple A”. En el edificio Wildestein descubrimos cuadros originales, probablemente robados en Europa durante la época del nazismo. Estaba todo ahí, como esperando mi allanamiento. De no mediar el maldito incendio, la televisión mundial habría captado mi imagen al momento de recuperar intactos valiosos cuadros impresionistas. Yo merecía estar en la cima. Solo. Sin mis padres que nunca confiaron en mí, ni mi puta ex que se aburría pronto y me abandonó. Yo en la cima, solo, sin esa mierda de juez que quiso robarme los méritos. Además, yo iba a presentar pruebas de delitos imprescriptibles, de lesa humanidad, cometidos por la “Triple A” y sus continuadores liderados por Craigson Benitez. Seguramente, yo hubiera merecido alguna distinción por parte del Honorable Congreso de la Nación y —¿por qué no? — también hubiera sido merecedor de alguna recompensa económica por recuperar obras de arte tan valiosas. Todo esto pudo ser, pero no fue. Cuando explotó la bomba incendiaria, las llamas se ensañaron con cuanto encontraron en su paso. En fin, fue una tragedia, pero una tragedia exitosa, porque mis allanamientos fueron exitosos y logré cumplir mi objetivo. Encontré las pruebas que buscaba, incluyendo los temibles fusiles Kalashnikov. En Magister se recuperó el respaldo informático de operaciones de tráfico de armas realizado durante décadas. Y en Wildestein, la caja de seguridad ignífuga atesoraba cuadros de incalculable valor, cuyo rescate — gracias a mí— es hoy noticia de tapa a nivel mundial. Por supuesto, el incendio destruyó gran parte de las telas que no estaban protegidas en esa caja especial. Pero el drama de las obras de arte hechas humo, achicharradas o arruinadas por

el agua de los bomberos no es mi culpa. ¡Es culpa del incendio! Yo hice bien mi trabajo. Punto. Entonces, no me miren a mí. No me pregunten por los muertos, heridos y obras de arte quemadas. Busquen a la mente enferma que, con premeditación y alevosía, preparó estas trampas explosivas. En cambio, la recuperación de algunas obras de arte y documentación de interés nacional, es mérito de “mi” allanamiento», intentó convencerse Bartik, con esta ensimismada catarsis. «Fin de esta historia. Tampoco soy responsable de lo que pasó después. ¿Qué mente enferma podría imaginar que un fiscal Federal pudiera ser amenazado a punta de pistola en plena calle, en medio del humo, mientras supervisaba el allanamiento? Sin embargo, alguien se me acercó por detrás, me apoyó un arma en la espalda y amenazó con matarme si no destruía toda mención a los continuadores de la “Triple A” y sus actuales vínculos con el “Círculo Rojo”. No tuve opción y ya lo hice. ¡No fue mi culpa! ¡No soy culpable de nada! », repetía el fiscal Bartik, una y otra vez, definitivamente trastornado.

FIN CAPÍTULO (XXXVIII): Incendio trágico y final

CAPÍTULO (XXXIX): Venganza póstuma

Bruno Rossini, Anahí Aberanda y Jorge Domecq habían sido tres buenos amigos cuyas vidas fueron irremediablemente afectadas por el trágico incendio de la calle Merlo al 2300. Rossini había muerto y Aberanda estaba siendo sometida a una serie de cirugías y trasplantes de piel, con final incierto. Solo Domecq estaba en condiciones de retomar sus actividades, pero de a poco, sin interrumpir la rehabilitación de sus pulmones dañados por el humo, y renunciando a su pipa para siempre.

Más allá del dolor por el triste destino de sus dos mejores amigos, Domecq sentía el agobio de la soledad. Sin sus dos entrañables amigos, el viudo estaba

más solo que nunca. El esquivo Negro apenas cumplía su rol de mascota y –de vez en cuando– le movía la cola. La otrora omnipresente voz de Leonor ahora estaba en silencio, quizás porque no encontraba las palabras adecuadas para esa situación.

Como a su edad era una utopía pensar en nuevas amistades, Domecq se sentía definitivamente solo. Se imaginaba comiendo en Tarzán rodeado de sillas vacías, en una muda conversación consigo mismo. «No es bueno que un viejo esté solo», pensó. «Pero es inevitable».

Con vana ilusión intentó contactar a Anahí Aberanda, y se acercó hasta el Hospital del Quemado. Era un día gris, y las gotas de lluvia caían pesadamente sobre el paraguas de la mamá de Anahí. La sufrida mujer, a cargo de sus nietos, se retiraba del nosocomio con la tranquilidad de saber que lo peor había pasado. La vida de su hija ya no estaba en peligro, pero todavía nadie se atrevía a pronosticar cuán dañado quedaría su rostro. Por último, le recordó que su hija no recibía visitas, ni atendía llamadas, pero agradecería que rezaran por ella. Además, le contó que a Anahí le habían prescripto una licencia por tiempo indeterminado, que parecía anticipar el fin de su carrera policial.

Ya en su casa, en otro de esos largos e incómodos momentos en que se aburría y no sabía qué hacer, Domecq buscaba la pipa, pero cuando la tenía en sus manos, el instinto de conservación le obligaba a rechazarla. Beber no era una opción, pero leer sí. Revisó cada estante de su bien surtida biblioteca, buscando el libro que despertara su interés. Ojeó varios y empezó algunos. Se identificó con Bruñel, cuando –en *Mi último suspiro*– escribió: “*Soy viejo, esa es mi principal enfermedad. Solo me siento bien en mi casa, fiel a mi rutina cotidiana*”. Como no logró concentrarse en la lectura, Domecq optó por el *streaming*, pero tampoco pudo concluir ninguna película. Por casualidad, mientras hacía zapping, saltando de un canal a otro, en busca de algún programa de deportes, le pareció ver la palabra Magister y subió el volumen del televisor. Un funcionario judicial informaba que al allanar una mansión de Barrio Parque –perteneciente a Gustavo Craigson Benitez, titular de Magister– habían encontrado el cadáver del propietario, ahorcado en su interior.

«¡Se ahorcó Craigson! ¿O lo ahorcaron? Para el caso es lo mismo, un hijo de puta menos. Siempre pensé que él había matado a Urkiola y a Ratte y atentado a balazos contra Bruno. Posiblemente, también haya dejado morir a Malinka en el incendio, como había hecho con Natalia Blanc en el premeditado accidente de tránsito», reflexionaba Domecq, en un resentido soliloquio. «Al morir Craigson se cortó la cadena de mandos. Sin dudas fue una muerte muy oportuna y beneficiosa para las altas esferas del poder que amparaban a Magister. El pobre Bruno murió sin poder disfrutar esta noticia. No pudo vengarse con sus propias manos, pero Craigson está muerto», pensaba Domecq, tirado en la cama, panza arriba. «En la tele dijeron que el allanamiento fue pedido por Interpol. ¿Será la misma investigación que realizaban Bruno y Berger? Si bien ellos dos están muertos, alguien debería estar siguiendo el caso».

Al día siguiente, tras superar su lucha interna contra el sedentarismo mental, Domecq se animó a enfrentar las vicisitudes del viaje en tren y subte. Una vez que llegó a las oficinas de Interpol, tuvo que invocar su relación con los difuntos Bruno Rossini y Walter Berger para superar el burocrático rechazo al periodismo.

Ya frente al licenciado Renato Coutinho, Domecq puso sobre la mesa su experiencia en el caso Magister, ya compartida con Bruno y Walter, en una reunión realizada en esas mismas oficinas de Interpol. Recién entonces Coutinho le informó que el allanamiento a la casa de Craigson no estaba relacionado con el tráfico de armas descubierto en Castelar, sino con el robo de obras de arte.

Gratamente sorprendido, Domecq confesó que su interés por Magister tampoco se relacionaba con las armas sino con una recompensa, ofrecida por la abogada española Ximena Barrantes.

A partir de ese momento, el licenciado Coutinho cambió de actitud y el trato amistoso que le había estado dispensando a Domecq se transformó en protocolar y distante.

—¿Usted trabaja para International Art Recovery? —preguntó, con gesto serio y mirándolo fijamente a los ojos.

—Cobro viáticos mientras busco un cuadro, si tuviera la suerte de

encontrarlo, me haría acreedor a una recompensa —explicó Domecq, sintiéndose un tipo importante, capaz de jugar en las grandes ligas.

—¿Qué cuadro está buscando? —insistió el licenciado con visible interés.

—Se trata de un Renoir, “Gabrielle et Coco”, que formaba parte de los dieciséis cuadros robados al MNBA, en 1980, de los que se recuperaron tres en 2005.

—¿Usted sabe que ese cuadro figura como *Wanted*, entre los más buscados por Interpol? —preguntó Coutinho.

—Sí, me lo informó Ximena —respondió, utilizando el nombre de pila de la española.

—¿Desde cuándo trabaja con Ximena, o mejor dicho para la doctora Barrantes —preguntó el licenciado, con un raro toque de ironía, ante la aparente familiaridad entre Domecq y la abogada española.

—No trabajo para ella, estoy tratando de ganar una recompensa —respondió Domecq, empezando a incomodarse.

—¿A quién más conoce de International Art Recovery?

—Sé que un hombre de confianza de la doctora Barrantes llegó a Buenos Aires y al día siguiente lo mataron.

—¿Recuerda su nombre? —insistió Coutinho.

—Se llamaba Urkiola y no voy a contestar más preguntas —reaccionó Domecq—. Yo pedí esta entrevista para hablar de Bruno Rossini y usted me trata como en un interrogatorio policial.

—Disculpe, pero necesito conocer su relación con Barrantes, porque ella es persona no grata para Interpol —reconoció Coutinho.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido Domecq, arqueando sus cejas por encima de sus gruesos anteojos.

—En el negocio de las obras de arte hay muchos jugadores: los que subastan, los que roban, los que recuperan y los que falsifican, además de los pintores, obviamente. Si los que roban se asocian con los que falsifican y con los que recuperan, podrían aumentar sus ganancias. Bueno, como usted ya sabe, Magister está sospechado por su vinculación con el robo al MNBA. A su vez, la

empresa de Barrantes se dedica a recuperar arte robado. Si ambos quisieran armar una enorme estafa, deberían sumar a un falsificador.

—¿Para qué?

—Para entregar un cuadro falso a cambio de la recompensa, mientras se quedan con el original robado.

—¿Hay antecedentes?

—Sí.

—¿Y usted piensa que yo podría estar en ese juego? —preguntó Domecq, ofendido.

—Usted, Barrantes y Craigson son los únicos tres que tuvieron oportunidad y motivo para eliminar a Urkiola.

—Yo pensaba que Craigson se había sacado de encima a Urkiola porque lo perseguía, pero usted cree que podrían haber sido socios —respondió Domecq.

—Una cosa no quita la otra. Pudieron haber sido socios que se transformaron en enemigos. La recompensa que ofrecía Barrantes para quien encontrara el cuadro robado ocultaba el deseo de encontrar a Craigson, para después eliminarlo. Pero Craigson fue más astuto y limpió a Urkiola. Usted se salvó porque no llegó a acercarse tanto —opinó Coutinho.

—Entonces estoy vivo gracias a mi incapacidad para desenmascarar a Craigson —se auto flageló el pobre viejo antes de preguntar—. ¿El que se ahorcó era realmente él?

—Sí.

—Entonces el caso está cerrado. Muerto el perro... —dijo Domecq, con alivio.

—No, porque Craigson fue asesinado y debemos descubrir quién fue y si está relacionado con nuestra investigación sobre robo de cuadros.

—Supongo que lo habrán eliminado sus propios jefes, de la mafia paramilitar. Pero como ese no es mi tema, el caso sí está cerrado para mí —se apuró a concluir Domecq.

—¿Y si Ximena Barrantes reemplazó a Urkiola por otro sicario que logró eliminar a Craigson? —sugirió Coutinho.

—¿En serio?

—Es mi hipótesis. Además, estaría vengando a Urkiola

—¿Y por qué me lo dice, si —según usted— yo trabajo para ella?

—Mire, señor Domecq, le voy a ser sincero. Usted es el prototipo del inocente. Por eso, dado su perfil bajo, pensé que la doctora Barrantes podría haberlo usado como caballo de Troya para meterse en Magister, sin despertar sospechas. Pero su amigo Rossini lo defendió y me demostró que yo estaba equivocado.

La carcajada del pobre Domecq fue tan grosera y estruendosa que el licenciado Coutinho tuvo que pedirle que no hiciera tanto alboroto.

A partir de ese momento, uno porque era su trabajo y el otro porque quería vengar a su amigo, los dos hombres limaron asperezas y se pusieron de acuerdo para poner en marcha un plan de acción conjunto para investigar si Ximena estuvo vinculada con los fraudes y la muerte de Mister Craigson. Cada uno aportó ideas e intercambiaron comentarios hasta poco después del mediodía, cuando concluyó la reunión porque Coutinho tenía un almuerzo de trabajo.

Aprovechando que estaba cerca de las oficinas de Reuter, llamó a Simon Weis para ver si podía dedicarle unos minutos. El anciano empresario se disculpó, porque estaba por ingresar a una reunión, pero puso a su secretaria a disposición para colaborar con Domecq en la búsqueda de los nuevos datos que necesitaba. Una vez que en Reuter le permitieron el acceso a ciertos archivos restringidos, el veterano periodista emprendió el largo retorno a Castelar.

A la mañana siguiente, sacó el Chevy rojo y, en su triple carácter de periodista, testigo presencial y víctima del incendio de la calle Merlo al 2300, intentó hablar con Bastik. Recién entonces se enteró de que el viejo fiscal estaba en uso de licencia y había iniciado el trámite para jubilarse.

Su primera reacción fue conseguir el número de teléfono y llamarlo, pero Bastik se negó a atenderlo.

Entonces, como aún no habían designado a un reemplazante, Domecq recurrió al secretario del fiscal y logró ser recibido. Dado que ambos conocían a Aberanda, no pudieron dejar de lamentar la desgracia de esa mujer tan linda,

víctima de quemaduras atroces. Ya entrando en tema, Domecq solicitó ver el inventario de los cuadros rescatados del incendio y el detalle de los daños que habían sufrido, especialmente las pinturas similares a las que buscaban Ximena (Renoir) y Anouk (Matisse). Por desgracia, la respuesta fue demoledora, todos los cuadros habían sido dañados, en mayor o menor grado, por el fuego, el calor, el humo o el agua de los bomberos. Se necesitaría mucho tiempo para poder hacer un inventario de las obras rescatadas y de sus posibilidades de restauración. Desilusionado, en un último intento, Domecq preguntó si ya había información sobre lo encontrado dentro de la caja fuerte ignífuga e hidrófuga incautada en la ex Galería Wildestein. Como el secretario de la Fiscalía no tenía ese dato, Domecq le rogó que lo mantuviera informado.

Abatido, pero sin demostrarlo, argumentando que lo más importante debería estar en la caja fuerte, agradeció y regresó a su casa. En cuanto llegó, antes que nada, se dedicó a secar su coupé Chevy, apenas húmeda por una leve llovizna pasajera. Ya en el interior, luego de abrir las ventanas para ventilar el aparente olor a gato, ordenó los almohadones que Negro había repartido por el piso.

De pronto, miró el reloj, dejó lo que estaba haciendo e hizo una llamada. La madre de Anahí lo atendió y le pidió disculpas por tener que cortar porque estaba llevando sus nietos a ver a su mamá al Hospital. Lejos de darse por vencido, Domecq decidió enviarle un WhatsApp a la señora, solicitando que se lo reenviara a su hija.

El mensaje de texto, que había ido corrigiendo sobre la marcha, tenía una difícil y sentida introducción referida a la tragedia del incendio y el compromiso de intentar superarla para seguir adelante como hubiera querido Bruno y como esperaban sus hijos, su madre y sus amigos. Luego, cambiando de tema, le comentaba brevemente el plan acordado con Interpol y, por último, intentaba sorprender a Anahí con un directo pedido de ayuda sobre cómo manejar su propia situación con la doctora Barrantes, después de lo que le había contado el licenciado Coutinho.

Sin perder la esperanza de que Aberanda saliera de su mutismo y le

contestara, Domecq decidió aprovechar el tiempo y preparar comida para el almuerzo y la cena. Abrió la heladera y encontró tapas para tarta, siguió revisando y sacó cebollas. Listo, ya tenía el menú.

Mientras preparaba el relleno, reconoció que sabía muy poco de falsificaciones de cuadros. Desde que se enteró de la recompensa ofrecida por Ximena, había estado leyendo sobre robos, expoliaciones y recuperaciones de arte, pero no de falsificaciones. Entonces, una vez que la tarta de cebollas estuvo en el horno, ingresó a la web y buscó información sobre este tipo de fraudes.

La primera gran sorpresa surgió de un informe de Interpol que le había recomendado Coutinho, donde se estimaba que “*la mitad de las obras de arte en el mercado podrían ser falsificaciones*”. A partir de esa cifra alarmante, Domecq sintió que se diluía el límite entre la realidad y la ficción. ¡En el mercado de arte todo podía ser verosímil!

FIN CAPÍTULO (XXXIX): Venganza póstuma

CAPÍTULO (XXXX): Delincuentes con pincel

El informe de Coutinho comenzaba con fragmentos de una presentación de Interpol ante la última Conferencia Internacional sobre Obras de Arte Falsificadas, realizada en Francia, con la participación de 22 países. Para ejemplificar la dimensión del problema, Interpol admitió que los falsificadores habían logrado engañar al Museo Metropolitano de Nueva York (MET), al Louvre y a la galería de subastas Christie's, entre otros.

Al leer que estos fraudes mueven cifras millonarias y resultan especialmente atractivos para los grupos delictivos organizados, Domecq comprendió por qué Magister había incursionado en esta actividad.

Lo que no encontró en ese informe fue una respuesta a su pregunta inicial: «¿Quiénes serán los pintores de estas falsificaciones que logran engañar a los más entendidos? Esa curiosidad insatisfecha lo indujo a buscar información sobre

los más notorios falsificadores contemporáneos. Fue entonces cuando Domecq descubrió historias tan atrapantes que dedicó toda la tarde a esas lecturas.

Ya el mismísimo Miguel Ángel, cuando tenía 21 años, esculpió una estatua de mármol similar a una romana del Siglo III a. C. y la manipuló para hacerla parecer antigua. Logró vendérsela a un cardenal quien recién descubrió el engaño una década después, cuando Miguel Ángel ya era un artista cotizado e intocable.

Pero, entre muchos otros falsificadores famosos, el delincuente con pincel que más interesó a Domecq fue Wolfgang Beltracchi, cuyas estafas superan los 50 millones de dólares. Este artista alemán, nacido en 1951, no se contentó con falsificar pinturas famosas, sino que creó una sólida historia de trasfondo para cada obra que vendió, falsificando cartas y fotografías antiguas. Acusado del mayor fraude profesional organizado en Alemania, Wolfgang Beltracchi fue condenado a unos pocos años de prisión y a indemnizar a los estafados. Pero, lo sorprendente fue que la mayoría de sus víctimas no reclamaron, porque preferían conservar un cuadro famoso, aunque ellos sabían que era falso.

Pero esa no fue la última sorpresa para Domecq porque –más adelante, en el mismo informe– un experto sostenía que en la actualidad, después de cumplir su condena, Beltracchi gana millones de dólares vendiendo sus copias, casi perfectas de Renoir y otros, que promociona desde su sitio web en el que se autoproclama “*el falsificador de arte más prolífico del siglo XX*”.

Otro dato interesante era que Beltracchi se especializaba en las falsificaciones de obras de Renoir, en las que el pintor francés usaba como modelo a su hijo Coco. Se trataba de obras similares a la pintura que buscaba Ximena Barrantes.

«¿Será esta la conexión que busca Interpol?», se preguntó Domecq.

Sabiendo que con esa idea en la cabeza ya no podría dormir, se le ocurrió pasar la pelota del lado del licenciado Coutinho y le envió un mensaje de texto.

«*Licenciado, usted mencionó que si Magister y Ximena Barrantes intentaran armar una enorme estafa, deberían sumar a un falsificador. Acabo de encontrar un falsificador especialista en Renoir: Wolfgang Beltracchi. ¿Le parece posible? Buenas noches*».

La madrugada siguiente, cuando la mágica luz del amanecer comenzaba a penetrar en su habitación, Domecq abrió la ventana del dormitorio y se permitió disfrutar ese momento único.

Al rato, consultó su celular y se alegró al encontrar la respuesta de Coutinho, enviada poco después de media noche. Como era un extenso mensaje de voz, Domecq se preparó un jugo de naranja, para tomarlo mientras escuchaba el audio.

Luego de una introducción en la que asumía su nocturnidad y reconocía su preferencia por trabajar de noche y no madrugar, Coutinho comenzaba explicando cómo se validan las obras y cómo se construye un engaño millonario. Luego repasaba el modus operandi de un fraude famoso, que logró pasar por alto todo tipo de controles y alertas.

A continuación, Coutinho sostenía que el punto débil de las falsificaciones, aún las técnicamente perfectas, sigue siendo la trazabilidad, es decir la historia de propietarios de una obra. Para él, la procedencia, era central para determinar la autenticidad, porque a través de ella debe ser posible rastrear el camino que hizo el cuadro desde el último dueño al anterior, y así sucesivamente hasta el taller del artista que lo pintó.

Por último, Coutinho reconocía que la trazabilidad, esa barrera entre lo auténtico y lo falso, debería ser infranqueable, pero en la práctica depende del criterio de los expertos, que no son infalibles.

Recién después de esta larga introducción, Coutinho respondía la pregunta original de Domecq sobre Wolfgang Beltracchi.

«Desde hace años, Interpol tiene en la mira a Beltracchi. Por lo tanto, es válido suponer que pudo haber trabajado para Barrantes, Craigson o Magister. Pero ellos también podrían haber contactado a otros falsificadores, por eso Interpol tiene que investigar a todos. En cambio, para nuestra propia operación, me parece perfecto que usted se focalice en Beltracchi.

No obstante, por más que Craigson y Barrantes hayan recurrido al más virtuoso falsificador, siempre les faltaría otra pata: un ladrón o ladrona de guante blanco, como la mexicana Glafira Rosales. Esta mujer es una verdadera artista de

la estafa, que con sus modales y estilo engañó a expertos y entendidos. Se hizo pasar por una ignota art dealer y llegó sin previo aviso a una galería famosa cargando una pintura envuelta precariamente en cartones y una historia familiar verosímil, pero improbable. Así comenzó una de las estafas más grandes del mercado del arte de los últimos tiempos.

Sugerencia: le comparto una corazonada, ¿por qué no investiga quién pudo ser la Glafira Rosales de nuestro caso? Es decir, la cuarta pata adicional al trío de estafadores que usted ya imaginó: Craigson (Magister), Barrantes y Beltracchi. Suerte. Coutinho».

Al leer el nombre de Glafira Rosales, Domecq sintió curiosidad de conocer más sobre este personaje clave, pero no imaginaba lo que iba a descubrir entre las 37.000 respuestas que le mostró el soft de búsquedas. A falta de otro criterio, le dio prioridad a los artículos publicados por medios relacionados con las bellas artes.

Según esas publicaciones, cuando Glafira Rosales era una joven estudiante de enfermería y hacía prácticas en un Hospital de México, conoció y se enamoró del español José Carlos Bergantiños Díaz.

Ambos eran de origen humilde, habían trabajado desde muy jóvenes y habían logrado progresar por sí mismos. Como también eran ambiciosos, juntos decidieron abandonar México. Cruzaron al sur de Estados Unidos, para finalmente recalar en Nueva York.

Luego de aceptar diversas tareas menores, la pareja es contratada para trabajar en la limpieza de una vieja estación de servicio que iba a ser transformada en una galería de arte. Este nuevo centro cultural y bar de copas, pronto se convierte en un lugar de moda, frecuentado por artistas y los personajes más exclusivos del mundo del arte. Después de tantas charlas con pintores y marchands, la pareja se da cuenta de que aquellas conexiones son un gran negocio en potencia y se inscriben en un curso de la Universidad de Nueva York sobre Creación de empresas de venta de arte. Tiempo después Rosales y Bergantiños crean su propia empresa de compraventa de obras de arte, R&B's Fine Arts.

Entre varios artistas españoles y latinoamericanos, los flamantes empresarios también representan al inmigrante chino Pei-Shen Qian, quien para hacer más interesantes sus cuadros, los envejecía frotándolos con bolsas de té o cuarteando la pintura con el calor de un secador de pelo. Como el chino también era un excelente copista, Bergantiños investiga y busca materiales que hagan más creíble la autenticidad de las copias.

A esta altura, Domecq estaba tan atrapado en la lectura que no quería saltarse ninguno de los detalles de esa maniobra que posibilitó uno de los fraudes más importantes del mercado del arte neoyorquino.

Desde entonces y durante varios años, el equipo formado por Qian, Bergantiños y Rosales logra vender más de sesenta cuadros, la mayoría a través de la galería Knoedler. El precio más alto alcanzado fue por un Pollock falso, por el que percibieron 17 millones de dólares, de los que el pintor chino apenas cobró 10.000 dólares.

Después de tantas lecturas, Domecq encontró un dato que justificaba el tiempo invertido: en paralelo al negocio con Qian, los ambiciosos Rosales y Bergantiños también contrataron a otros falsificadores, como Wolfgang Beltracchi, capaz de reproducir obras de Renoir y otros impresionistas.

Para Domecq el tiempo había pasado volando y ya era el mediodía. Como no tenía ganas de cocinar, pidió un delivery de suprema a la Suiza y otro de helado de Sambayón y chocolate.

Mientras esperaba que llegara su almuerzo, cambió la orientación de su búsqueda y se focalizó en el trío Bergantiños, Rosales y Beltracchi. Como no encontró lo que esperaba, hizo otra búsqueda quitando a Rosales. Fue entonces cuando apareció la pista definitiva. Se trataba de una denuncia por lavado de dinero en España, en la que Beltracchi aparecía vinculado con tres personas de apellido Bergantiños: además del ya famoso Juan Carlos, figuraban sus hermanos Ximena María y Jesús Ángel.

Ansioso, pese a que ya debería estar por llegar el delivery, Domecq buscó específicamente a este nuevo personaje. Justo cuando una bocina de moto anunciaba la llegada del repartidor, el veterano investigador se topó con lo que

intuía: Ximena María Bergantiños estaba casada con Manuel Barrantes y era su conocida Ximena Barrantes. Tal como la situación lo ameritaba, Domecq destapó un Malbec para acompañar la comida.

Al terminar de lavar los platos, aunque el alcohol en sangre le pedía una siesta, se sentó en su sillón y le escribió un mensaje a su nuevo amigo de Interpol. *«Estimado Coutinho, tengo buenas noticias. El trío Magister, Barrantes y Beltracch, no necesita una cuarta pata, porque uno de ellos es también un estafador de guante blanco. El nombre completo de Ximena Barrantes es Ximena María Bergantiños casada con Manuel Barrantes y hermana de José Carlos Bergantiños Díaz, el estafador de arte falsificado, que trabajaba en pareja con la famosa Glafira Rosales. Creo que nuestra operación extraoficial va viento en popa y yo debería contactar a Ximena. Abrazos. Domecq».*

Para seguir trabajando, después del Malbec del medio día, Domecq necesitaba un buen café. Mientras buscaba la bolsita de Franja Blanca reapareció la entrañable voz de Leonor.

—¡Felicitaciones! Hiciste un buen trabajo.

—Gracias, mi amor. La verdad es que hice todo lo que mis neuronas me permiten —agradeció Domecq.

—No empieces a hablar de la edad porque es de mala onda.

—Hay que aceptar la realidad. Tengo la edad que tengo.

—¡Ufa! Mejor volvamos a la investigación ¿Qué sigue?

—Tengo que llamar a Ximena. Y acordar una reunión.

—¿Para qué?

—Tengo que poner mis cartas sobre la mesa y tratar que ella haga lo mismo.

—¿Vas a contarle la verdad?

—Sí. Al menos, casi toda. Lo necesario para que ella hable y quede implicada —respondió Domecq.

—¿Van a reunirse acá o en España?

—Donde Ximena quiera. Como es la que paga, se supone que será ella la que decida.

—Acá estarías más protegido —opinó Leonor.

—Tenés razón. Dicen que vaca que cambia de querencia...—Domecq no pudo terminar el refrán, porque sus palabras se superponían con la despedida de su difunta esposa.

FIN CAPÍTULO (XXXX): Delincuentes con pincel

CAPÍTULO (XXXXI): Mi querida Anahí

Era un día importante y quería empezarlo bien. Esa mañana, luego de servirle la comida a Negro, Domecq se tomó el tiempo para preparar un desayuno equilibrado, apropiado para alguien de su edad.

Dentro de las limitaciones de su guardarropas, eligió lo menos inadecuado para la ocasión y —con suficiente tiempo para compensar las posibles demoras ocasionadas por piquetes y cortes de calles— salió de su dúplex en Castelar, con destino a Puerto Madero.

Abrió la reja del garaje, se sentó en la cómoda butaca de su coupé Chevy, arrancó el poderoso motor de 155 hp y escuchó el ronroneo de los seis cilindros en línea. Satisfecho, puso marcha atrás y aceleró mientras maniobraba con el volante. Tocó el freno, apretó el embrague, puso primera y pisó el acelerador, despacio, pensando en la mujer que lo esperaba.

En el primer tramo, por Santa Rosa, los dos semáforos que encontró en su camino estaban verdes y Domecq lo tomó como un buen presagio. Ya en la Autopista del Oeste, el tránsito estaba más cargado, pero sin cortes por accidentes o protestas. Cuando estacionó, cerca del Faena, en la radio sonaba *Adiós Nonino* y él dejó el contacto encendido hasta que Amelita terminara de cantar.

Una vez dentro del Hotel, como ya lo conocía, cruzó el hall central y caminó

directamente hasta el *Library Lounge*, donde esperaba reunirse con la doctora Ximena Barrantes.

Desde la anterior reunión que habían mantenido en el mismo lugar, ambos mostraban cambios en su aspecto. La mujer pálida de labios carmesí, otrora platinada, era ahora una morocha con pelo recogido. El llamativo traje sastre rojo había sido reemplazado por un sobrio vestido negro, con la evidente intención de pasar desapercibida.

Por su parte, siempre precedido por sus anteojos, con grueso marco de carey oscuro, Domecq parecía más flaco, más canoso y tenía una desprolija barba gris. En cuanto Ximena lo invitó a sentarse a su lado, él percibió la misma fragancia que ya lo había perturbado.

—Así que has encontrado mi Renoir —comenzó Ximena, en tono distendido.

—Sí, doctora —respondió, con falsa modestia.

—¡Felicitaciones! ¿Está impecable? —preguntó ella, dejándose llevar por el optimismo, sin imaginar la lacónica respuesta.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? He adelantado un viaje transatlántico y tú no sabes si el cuadro está bien conservado —lo increpó Ximena, frunciendo el seño y mirándolo con dureza.

—Supongo que está bien, pero todavía no pude verlo de cerca —respondió Domecq, con llamativa tranquilidad, mientras limpiaba sus pesados anteojos.

—¿Y cómo estás tú seguro de que es mi Renoir? —insistió ella resaltando el posesivo “mi”.

—Porque en el inventario figura como “*Gabrielle et Coco*”, de Renoir —respondió Domecq, dosificando la información de acuerdo con lo que había planeado.

—¿De cuál inventario me hablas? —preguntó la abogada, subiendo su agresivo tono de voz.

—El inventario del incendio de Magister y Wildestein.

—¿Y tu cómo lo sabes? —continuó, siempre con tono inquisitivo.

—Porque estuve ahí —dijo con naturalidad.

—¿¡Que has estado en el incendio!?! —preguntó, sorprendida—. ¿Tú?

—Sí, estuve en el incendio y arriesgué mi vida para ganar la recompensa que usted tiene que pagarme —respondió Domecq, con inesperada firmeza y mirándola a los ojos.

—¿Y qué viste?

—Vi cómo los bomberos recuperaban la caja fuerte con nuestro Renoir —dijo Domecq, resaltando el posesivo nuestro.

—¿Y después? —insistió Ximena.

—Los forenses se llevaron la caja fuerte y —cuando la abrieron—, la Fiscalía hizo el inventario que incluye al Renoir.

—¿Y quién tiene el cuadro? —preguntó, impaciente, Ximena.

—No sé —dijo él, demostrando fastidio por lo que ya parecía un interrogatorio.

—¿Cómo que no sabes? —volvió a presionarlo.

—Hay dos causas contra el grupo Magister. Una por tráfico de armas, en Morón. Y otra por el robo de cuadros, en la Justicia Federal. ¿Entendió? —respondió Domecq, mirándola a los ojos con un gesto de agobio.

—¿Entonces...? —intentó seguir presionando, pero Domecq la interrumpió.

—Usted ofreció una recompensa, a cobrar mitad al ubicar el cuadro y mitad al recuperarlo —dijo él, cambiando de tema y priorizando sus intereses—. Como ya ubiqué el cuadro quiero...

—Vale. Pero tengo que confirmarlo con mis abogados —ahora fue ella quien interrumpió al otro.

—De acuerdo, pero —al menos— quiero cobrar ya mis viáticos, a cuenta de la recompensa —respondió Domecq, con voz cansada.

De pronto, luego de mirar para ambos lados, él se acercó a Ximena y bajando la voz, en tono inquietante, le susurró—. ¿Ustedes vengaron a Urkiola?

—¿¡Qué?! —exclamó sobresaltada la española de labios carmesí.

—A Craigson lo asesinaron, y yo pensé...

—¿Estás loco? —protestó Ximena Barrantes, mientras se retiraba para no

hablar de ese crimen.

—Dígale a sus abogados que me transfieran los viáticos, en dólares —
pidió Domecq, con su mejor sonrisa gardeliana.

Al salir del Faena Hotel, Domecq caminó hasta el estacionamiento, verificó que su coupé seguía impecable, pagó la onerosa tarifa y arrancó rumbo a Pedro Goyena al 300.

Ya en el Hospital del Quemado, se encontró con la madre de Anahí Aberanda quien le informó que su hija seguía negándose a que alguien la viera en las lamentables condiciones en que estaba. Adaptándose a la situación, para poder interiorizarse de la evolución de su amiga Anahí, Domecq invitó a la señora a tomar un café en el Bonafide que había en la esquina.

Con una mezcla de entereza y resignación, la señora contó el calvario sufrido por su hija. Cuando los bomberos la rescataron del incendio, Anahí estaba en estado de shock y sobrevivió gracias a los médicos del SAME. Ya en el Hospital detectaron quemaduras de tercer grado, con daños en la capa más profunda de la piel. Los médicos tuvieron que limpiar las heridas para luego intentar reemplazar la piel, pero una maldita infección complicó todo. «Solo nos queda rezar», concluyó la señora.

Mudo, Domecq escuchó a la pobre mujer, le dio un beso en la frente y se retiró.

Antes de regresar a Castelar, Domecq llamó al licenciado Countinho para proponerle una reunión y acordaron encontrarse a mitad de camino, en el Caffè Tabac de Avenida del Libertador.

En cuanto llegó a destino, como no había almorzado, Domecq pidió un par de chips de jamón y tomate. Luego, ante la atenta mirada del funcionario de Interpol, comentó su conversación con Ximena y la reacción de ella al escuchar el nombre de Craigson. Fue entonces cuando el licenciado Coutinho le compartió un dato confidencial: estaban siguiendo a Ximena y habían pedido autorización judicial para pincharle los teléfonos, por la causa federal por el robo de cuadros. Para Interpol, solo era cuestión de tiempo conseguir información suficiente como para arrestarla. Antes de terminar la reunión, Domecq preguntó si había un listado

de los cuadros recuperados y de su estado. Lamentablemente, por tratarse de un tema en curso, su interlocutor no tenía el dato.

Apenas comenzó su regreso a casa, antes de tomar la avenida Lugones para empalmar con la General Paz, Domecq estacionó en los bosques de Palermo, para disfrutar un momento de paz, rodeado de verde, mientras ordenaba sus ideas.

Con la llegada del verano, los días eran más largos y cuando Domecq entró a su casa, pudo presenciar la magia de los últimos rayos de sol que ingresaban por la ventana orientada al Oeste. Como de costumbre, tuvo que acomodar los almohadones desparramados por Negro y, como la mascota ya merodeaba rozando sus pantalones, le dio de comer. Poco después, aprovechó para escribirle a Anouk.

«Hola Anouk, Comment ça va?»

Finalmente, recibí la clave para ingresar a la web del Jeu de Paume. Gracias, me fue muy útil. Tengo buenas noticias. Con la ayuda de Interpol Argentina, descubrimos que Magister (actual propietario de galería Wildestein) realizó trueques de armas por cuadros provenientes del saqueo nazi. En base a nuestras denuncias, allanaron a Magister (por las armas) y a Wildestein (por los cuadros). Durante el allanamiento, se desató un tremendo incendio. Muchos cuadros se quemaron, pero, por suerte, se recuperaron varias pinturas, especialmente las que estaban en cajas ignífugas. A medida que tenga precisiones, te avisaré. Cariños, Domecq».

Cuando ya estaba por salir de la ducha, le pareció haber escuchado un sonido similar al que emite el celular para avisar que ingresó un mensaje. A medio secar, comprobó que era un correo de M&M Mason, los abogados de Ximena. Para su enorme alegría, le pedían el CBU para hacerle una transferencia de 4400 dólares en concepto de viáticos, a cuenta de futuras acreencias.

«¡Vamos carajo nomás!», gritó el viejo y asustó a su gato. Pero luego, se preguntó: «Este pago significa que están preocupados, pero ¿qué los preocupa? ¿La muerte de Craigson? ¿El Renoir en observación? ¿Todo?».

Lamentablemente, al no tener la respuesta, el pobre Domecq no podía

imaginar de dónde vendrían los golpes.

Era la primera vez, en muchos años, que no tenía con quién compartir sus dudas, sus temores y —¿por qué no?— sus miedos. Bruno había muerto y Aberanda estaba aterrorizada de sí misma y no quería que nadie viera al monstruo en que se había convertido. Con Coutinho habían avanzado juntos, pero solo el pequeño tramo del camino en el que coincidían sus intereses. Ahora, en Interpol, el licenciado contaba con el apoyo de sus superiores y no necesitaba jugadas marginales junto al viejo sabueso de Castelar.

Ansioso por superar esa sensación de tristeza y desamparo, cuando estaba por ceder a la tentación de volver a fumar en pipa, decidió darse un gusto. Fue hasta la cocina, se sirvió todo el helado de Sambayón que quedaba en el freezer, se sentó en su sillón preferido y dejó fluir sus pensamientos.

«Tal vez fue un error asustar a Ximena vinculándola con la muerte de Craigson. Pero ya no tengo marcha atrás. Mi única opción es llegar al Renoir antes que ella», concluyó el quijotesco jubilado.

El exquisito helado de Sambayón se deslizaba hacia el paladar, pero los sentidos de Domecq estaban concentrados en pergeñar una buena idea. Recién después de saborear la última cucharada, el veterano investigador recordó que el fiscal Bartik ya debería haberse reintegrado a sus funciones, después de sufrir un pico de estrés. De inmediato, decidió concurrir a los Tribunales de Morón, a primera hora de la mañana, para intentar hablar con el viejo fiscal.

Después de otra mala noche, Domecq se levantó y cumplió con los rituales de preparar su desayuno y darle la comida a Negro. Se vistió, puso en marcha la coupé Chevy y, después de un corto trayecto, estacionó en el playón de los Tribunales de Morón. Una vez que se presentó en la recepción, la secretaria del fiscal pasó a buscarlo y juntos subieron por las escaleras hasta el segundo piso.

Ya frente a frente, los hombres se percibieron como adultos mayores que aún esperan hacer algo útil.

—¿Qué sabe de la comisaria Aberanda? —preguntó el fiscal.

—Ayer fui al hospital, pero ella no quiere recibir visitas. Hablé con la madre y confesó que la recuperación será lenta y difícil.

—¡Qué pena! Tan joven y tan capaz...

—Si me permite —lo interrumpió Domecq—. Lo felicitó por el caso Magister. Tengo entendido que su causa por el tráfico de armas va viento en popa. Como usted sabe, yo estoy buscando cuadros, pero sus colegas de la Justicia Federal no quieren compartir información. Por eso quisiera saber si todos los cuadros recuperados del incendio están en la causa Federal o algunos quedaron bajo su custodia.

—Mire, Domecq, suspendí mi licencia por enfermedad para venir a apurar los papeles de mi jubilación que dormían en algún cajón. En cuanto lo firmen, doy las hurras y me voy. A partir de ese momento, sueño con no tener noticias del pasado, ni de casos pendientes. Mientras tanto, puedo informarle que todavía estamos clasificando lo incautado en el allanamiento a Merlo 2310. Había armas, documentos y un cuadro...

—¿Un cuadro?

—Sí. Está maltrecho pero parece un Renoir —confirmó el fiscal Bartik.

—¿Por casualidad tiene alguna foto?

—Sí. Los peritos me enviaron copia.

—¿Puedo verla?

—Todavía rige el secreto de sumario.

—No me joda. Siempre puede haber algún distraído que reenvía copias por error —se arriesgó Domecq con una propuesta *non sancta*.

—¡Hasta pronto! —dijo el fiscal mientras se levantaba, abrió la puerta de su despacho e invitaba a Domecq a que se retirara.

Domecq salió, mascullando un saludo. Cuando apenas había bajado unos pocos escalones recibió un mensaje con la imagen de los restos de un cuadro impresionista muy dañado por el fuego.

Fin CAPÍTULO (XXXXI): Mi querida Anahí

CAPÍTULO (XXXXII): Siempre nos quedará París

La alegría que le produjo la recuperación de un Renoir, apenas duró hasta que Domecq sintió el agobio de una serie de preguntas decisivas: « ¿Ese cuadro chamuscado será el que busca Ximena?, ¿qué debo hacer?, ¿quién podría ayudarme? ».

Mientras con su coupé atravesaba Morón, de regreso a su casa, reapareció la voz de Leonor.

—¡Hola, mi amor! —comenzó su difunta esposa y continuó con una sugerencia—. Ya que sos tan afecto a los refranes, te recuerdo que más vale pájaro en mano que cien volando.

—¿Qué me querés decir? —la increpó—. ¿Que cobre la recompensa y mire para otro lado, mientras los malandras se salen con la suya?

—Los de afuera somos de palo. Es tu dilema y tenés varias opciones. Podés llamar al periodismo y denunciar que este cuadro quemado es el Renoir que la “Triple A” robó al MNBA, en 1980, para canjearlo por armas para Malvinas. Como consecuencia, además de ganar enemigos y ser considerado un antipatria, no recibirás ni un mango. En cambio, si llegás a un acuerdo con Ximena, seguirás con esta misma frustración existencial, pero cobrarías la recompensa. Por desgracias, no existe una solución mágica en la que te convertís en héroe y disfrutas las mieles del éxito por el deber cumplido y la recompensa cobrada. En fin...Te deseo buena suerte. Besitos. Chau.

§

Según los memoriosos, la cantidad de periodistas congregados en los Tribunales de Morón por el caso “Renoir” solo había sido superada durante los juicios a un famoso asesino serial. Tal convocatoria se debía a que muchos pensaban que ese día saldría un veredicto sobre una obra maestra conocida en todo el mundo. Por un lado, el fiscal Bartik acusaba a los directivos de Magister de haber robado el Renoir “Gabrielle et Coco” del MNBA, en diciembre de 1980. Además, afirmaba que el Renoir recuperado del incendio acaecido en Merlo 2310,

Castelar, era aquel original robado. En la misma línea que el fiscal, los representantes del Museo Nacional de Bellas Artes coincidían con el fiscal en que se trataba del original, pero –además- pedían la restitución, como ya había ocurrido en 2005, con otros 3 de los 16 cuadros robados en 1980. Pero había una tercera posición, la doctora Ximena Barrantes, titular de International Art Recovery, coincidía en que se trataba del cuadro original, pero argumentaba que la propiedad de esa obra de arte correspondía a la familia Lung, de Taiwán, que se la habían comprado de buena fe a Magister. Por su parte, ningún directivo de Magister se hizo presente sino solo el representante legal, quien negó que el cuadro presentado fuera el original robado, sino una de las tantas copias que se venden por Internet. Finalmente, el juez dictaminó que se trataba del original y que el propietario legal era la familia Lung, a quienes les correspondía quedarse con los restos calcinados de aquella irrecuperable obra de arte.

Luego del revuelo por el fallo supuestamente “antipatria”, una de las primeras en hablar con los periodistas fue la doctora Ximena Barrantes, quien consideró que se había hecho un acto de justicia al reconocer los derechos de la familia Lung. Según la abogada española, en 1980 se había concretado un trueque lícito, los taiwaneses entregaron armas a Magister, a cambio de cuatro cuadros que Magister declaró haber comprado de buena fe.

Pero el mayor alboroto, con gritos y empujones, se desató cuando Barrantes confirmó que el juez había accedido al pedido de la familia Lung para cremar los restos de la dañada pintura de Renoir.

En medio de insultos, silbidos y escupitajos, protegida por sus guardaespaldas, la doctora Barrantes subió a una camioneta negra con vidrios polarizados y se alejó a gran velocidad.

§

Mientras tanto, muy lejos de Castelar, en el piso 98 del Taipei 101 –el edificio más alto de Taiwán y uno de los rascacielos ecológicos más grandes del mundo– miembros de la poderosa familia Lung festejaban el triunfo de la paciencia y la perseverancia. Después de cuarenta años de espera, iban a cobrar los

millones de dólares del seguro por la destrucción total del trajinado cuadro de Renoir, “Gabrielle et Coco”.

§

En Castelar, Domecq pasaba de la euforia a la depresión, Ximena acababa de darle una buena noticia pero él no tenía con quien compartirla. Bruno estaba muerto y Anahí no recibía visitas. Fue entonces cuando decidió enviarle un mensaje de texto.

«Querida Anahí, respeto tu decisión de no hablar de tu salud. Te escribo para decirte que la patriada de los Tres Mosqueteros no fue en vano. Ximena reconoció que debe pagarme la mitad de la recompensa. Una decisión salomónica porque logré encontrar el Renoir, pero se dañó en el allanamiento a Magister y –según Christie’s– no era el original. En fin, gané tantos dólares que voy a necesitar tu ayuda para gastarlos.

Por si te interesa, te cuento la historia de la falsificación.

Parece que en 1980, cuando los cuatro cuadros del trueque por armas estaban por ser embarcados a Taiwán, la acaudalada familia Lung pidió un peritaje a cargo de los expertos de la prestigiosa Christie’s. Inesperadamente, uno de los cuadros –el “Gabrielle et Coco”, atribuido a Renoir– fue rechazado por falso, y de las cuatro pinturas acordadas, la familia Lung solo recibió tres. La cuarta nunca salió de Buenos Aires y permaneció en poder de Magister.

Yo no tengo idea de los entretelones de esa misteriosa falsificación. No se sabe cuándo, ni quién reemplazó el Renoir original –donado por la familia Santamarina al MNBA– por una copia falsificada. Unos piensan que los paramilitares de la Triple A, que robaron el cuadro del MNBA, lo reemplazaron por una falsificación al momento del trueque por armas. Otra teoría apunta al MNBA y se los acusa de haber tenido en exposición una versión falsa de “Gabrielle et Coco” de Renoir. Lo cierto era que, tras años de reclamos, la familia Lung continuaba con las manos vacías, sin el cuadro original y sin compensación económica. Finalmente, la recuperadora de arte española Ximena Barrantes tuvo una idea tan insólita como brillante, consistente en destruir “a la vista de todos” el polémico Renoir, supuestamente falso. De esta forma, la familia Lung –que había cumplido con la

entrega de armas pactadas para el trueque— pudo cobrar el seguro de millones de dólares. Como este final feliz no hubiera sido posible sin la extraordinaria maniobra de Ximena Barrantes, la familia Lung la premió con una merecida recompensa. Seguimos en contacto. Besos para toda tu familia. Chau. JOD».

§

Tiempo después, una helada tarde del diciembre europeo, con gorro de lana y emponchado hasta cubrir la nariz y las orejas, después de disfrutar un interesante paseo por el Sena, cuando el Bateau Mouche amarró sobre la rive gauche, Domecq descendió y caminó las pocas cuerdas que lo separaban de la casa de Anouk. Una vez que llegó frente al antiguo portón de madera tallada, tocó timbre y una voz metálica le preguntó quién era. En cuanto se anunció, abrieron una puerta lateral y —en vez del viejo mayordomo con levita que había imaginado Domecq— apareció una muchacha de tez morena, con prolijas trencitas africanas y vestida con un conjunto de dos piezas, como los uniformes médicos pero de un agradable color pastel.

Ella lo guió por el interior del suntuoso palacete, donde la orfebrería, el mobiliario, las esculturas, las pinturas y los objetos preciosos cautivaron al visitante. Luego de subir por una escalera de mármol de Carrara con barandas de hierro forjado, Domecq llegó a una exquisita sala de lectura, donde —rodeada de una delicada boiserie, de pie junto a una ventana— lo esperaba Anouk.

Siempre cautivante, sonriéndole con sus ojos ámbar, le preguntó sobre su estadía en París, y volvió a insistirle que se mudara a esa inmensa casona con cuartos de huéspedes sin ocupar y que estaban a su disposición.

Sin embargo, Domecq reiteró que le producía un placer especial poder pagar todo ese viaje con su propio dinero, ganado con mucho trabajo y arriesgando el pellejo para cobrar esa maldita recompensa.

—¿Por qué maldita? —preguntó Anouk.

—Porque por esa investigación murió un amigo y quedó desfigurada mi amiga Anahí Aberanda.

—¿Y cómo está evolucionando ella?

—Está complicada, porque necesita un trasplante de piel muy especial, que todavía no se hace en nuestro país.

—Tal vez pueda ayudarla —dijo Anouk en tono confidente—. Desde que mis padres murieron quemados en el Rally París-Dakar, nuestra fundación apoya al Instituto Pasteur, que tiene un departamento dedicado a trasplantes de piel. Te paso los datos, para que ella o su médico puedan contactarse directamente.

Como el emocionado Domecq no podía emitir palabras, Anouk cambió de tema.

—¿Sabías que la doctora Barrantes está presa?

—¿Ximena?

—¡Sí! —confirmó ella, antes de continuar—. Como ya sabes desde hace años ella recuperó muchas obras de arte y cobró las respectivas recompensas. Pero, con el tiempo, apareció un cuadro igual a uno que fuera robado y luego recuperado por ella. Al peritar las obras para determinar cuál era el original, surgió que la falsa era la que Ximena había presentado como recuperada.

—Pero... si es cierto, puede haber hecho lo mismo en Argentina con el Renoir —dijo Domecq.

—Sí. ¿Y cuántos más?

Más adelante, la conversación derivó hacia el tema que más le interesaba a Anouk: las obras saqueadas por los nazis en Europa y su posible llegada a Sudamérica. Al respecto, Domecq se explayó sobre las vicisitudes que enfrentó su investigación a la familia Wildestein, tanto sus importaciones y exportaciones de obras de arte, como sus tenencias en galerías y depósitos. Inevitablemente, el veterano sabueso tuvo que volver a hablar del trágico incendio que destruyó dos edificios en Castelar Norte. Por los daños irreversibles que habían sufrido, ninguno de los cuadros rescatados del incendio era recuperable desde el punto de vista artístico. No obstante, Domecq tuvo la posibilidad de confirmarle a Anouk que —tal como ella sospechaba— alguno de los cuadros que los nazis le robaron a su bisabuelo Paul Rosenberg habían llegado ilegalmente a Argentina. Por lo tanto, era factible que el Matisse que ella buscaba pudiera estar en alguno de los otros depósitos de Wildestein, o en otro lugar de nuestro país. Solo era cuestión de

seguir buscando

Finalmente, en el magnífico salón comedor, a la luz de las velas, Anouk le ofreció una cena bien francesa, compuesta por un aperitivo, una entrada fría y otra caliente, *confit de Canard* como plato principal, queso, postre, vino y champagne.

Influenciado por París, cautivo de esos ojos ámbar, mientras esbozaba su mejor sonrisa gardeliana, Domecq buscó en vano la mejor forma de decir lo que no debía decir.

FIN CAPÍTULO (XXXXII): Siempre nos quedará París

*****FIN*****